Historia de Europa / XXI

LA EUROPA DEL RENACIMIENTO

1480-1520

J.R.Hale

XXI / siglo veintiuno editores s.a

Historia de Europa
Siglo veintiuno

LA EUROPA DEL RENACIMIENTO 1480-1520

J. R. Hale



EL AUTOR

J. R. Hale es profesor de lengua italiana en el University College de Londres. Fue durante algunos años *Fellow* y *Tutor* de Historia Moderna en el Jesus College de Oxford. En Warwick ejerció como profesor de Historia cuando se fundó aquella Universidad. Ha escrito sobre algunos aspectos del Renacimiento, en particular sobre temas bélicos, pensamiento político y descubrimientos geográficos.

TRADUCTOR

Ramón Cotarelo

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Diego Lara



siglo veintiuno editores, sa
GABRIEL MANCERA 65, MEXICO 12, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBIN, 7, MADRID-33 - ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
Av. CORDOBA 2064, BUENOS AIRES, ARGENTINA

Primera edición en castellano, noviembre de 1973

Primera edición en inglés, 1971

Título original: Renaissance Europe. 1480-1520

ISBN: 84-323-0108-6 (obra completa)
ISBN: 84-323-0110-8

Depósito legal: M. 30.299-1973

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

Closas-Orcoyen, S. L. - Martínez Paje, 5 - Madrid-29

INDICE

PREFACIO

El planteamiento de este libro difiere en algunos aspectos del que es común a otros volúmenes de esta Historia de Europa en que se integra. Sin ignorar los acontecimientos sobre los que se estructura la cronología, su fin principal es facilitar la comprensión del modo de vivir del mayor número posible de personas, a través de los testimonios que hasta nosotros han llegado, y con las limitaciones que impone mi propio conocimiento. Tratará tanto de las condiciones materiales como de las mentalidades, a fin de registrar no sólo lo que sucedió en los cuarenta años que median entre 1480 y 1520, sino —y esto es más importante— de dar una idea de lo que era la vida entonces.

Cada uno de los capítulos facilita información acerca de un aspecto específico de la investigación, al mismo tiempo que ofrece respuestas a algunas cuestiones básicas, imprescindibles para comprender a los hombres de cualquier época. ¿Qué idea se hacían del tiempo y de su entorno? ¿En qué tipo de organización política vivían, y cuáles eran sus relaciones con ella y con las otras comunidades, graduadas desde la familia hasta la Cristiandad? ¿De qué modo y dentro de qué estructura económica se ganaban la vida? ¿Cómo se veían a sí mismos y a los otros en función del *status*, el empleo y los niveles de vida? ¿Qué importancia tenía la religión en sus vidas, y qué tipo de distracciones culturales e intelectuales se les ofrecían?

Creo ser consciente del peligro de excesiva ambición que entraña esta visión, pero aún existen otros riesgos contra los que conviene prevenir al lector. Los testimonios a partir de los cuales se pueden reconstruir las «mentalidades» de esta época resultan deshilvanados y extremadamente difíciles de evaluar. La decisión acerca del uso que se haga de uno u otro testimonio, así como de la investigación de una u otra esfera de la realidad

es, fatalmente, subjetiva. Al pretender ponderar los sentimientos de la mayoría, se esfuma la in[illegible] variedad de las reacciones individuales. Por último, esta visión merma el interés que en el lector de historia despiertan la narración realista de los enredos en los asuntos públicos.

Mucho se pierde y mucho se arriesga, pero al margen de las inclinaciones personales, creo que las ventajas de esta visión (que, por supuesto, no es original), a modo de introducción de un período, pueden sobrepasar a las desventajas. «Renacimiento» es la abreviatura más atractiva del lenguaje histórico, y aquellos cuarenta años —con los comienzos de un contacto duradero entre Europa y América, con los papas Borgia, della Rovere y Médicis, con pensadores y artistas de la talla de Maquiavelo y Erasmo, de Leonardo, Miguel Angel y Durero— son los más atractivos del Renacimiento. Su historiador tiene el deber de profundizar en su examen, para incluir otros procesos y personalidades, además de aquellos que, luego de una larga labor historiográfica, se han convertido ya en comúnmente representativos. Al relacionar los «acontecimientos» con su público coetáneo, la historia de masas ayuda también a corregir el latente liberalismo de la tradición popular. Por ejemplo, el descubrimiento de América no tuvo interés más que para una minoría en aquella época[1]; Maquiavelo no era un nombre que hubiera que conjurar porque sus obras políticas aún no se habían publicado, aunque ya estaban escritas; la parte que en la progresiva pérdida de respeto a la autoridad de Roma corresponde al nepotismo, a la militancia y a la extravagancia cultural del papado hay que medirla en función de quién estaba al corriente de ellos y de en qué medida se preocupaba.

Por último, el exigir el realce de «lo significativo» en la materia que se estudia implica una cierta abulia, filisteísmo e intolerancia. Los lectores de

---

[1] Ver J. H. Elliott, *The old world and the new* (Cambridge, 1969), esp. cap. primero. (Hay traducción española Alianza Editorial. Madrid, 1972.)

historia, ya que no los escritores (debido a razones conocidas) han buscado siempre el lado significativo, porque el hombre es un amnésico social, un desarraigado intelectual y, en cierta medida, también emocional, si desconoce los vínculos con el pasado. Y para muchos, el tipo de significación que ayuda a ampliar este conocimiento no se encuentra en la búsqueda de situaciones pasadas análogas a las nuestras ni, mucho menos, en soluciones a problemas actuales, sino en la posibilidad de comparar nuestras propias actitudes respecto a cuestiones fundamentales (justicia social, digamos, o amor, o la reacción frente a las obras de arte) con aquellas de las edades pasadas y, viceversa, la posibilidad de revisar las actitudes del pasado para inquirir de nuevo acerca de las nuestras.

Por lo menos, tal ha sido mi experiencia como profesor de historia del Renacimiento aquí y en los Estados Unidos. Por eso reconozco que tengo mi primera deuda de gratitud con mis estudiantes de Warwick y Berkeley. Le debo también mucho al estímulo del profesor G. R. Potter, quien leyó el tremendo montón de páginas del borrador, así como las pruebas, y también a la orientación firme y solidaria que recibí del profesor J. H. Plumb, así como a los consejos y a la ejemplar paciencia de Mr. Richard Ollard.

I. Tiempo y espacio

1. EL CALENDARIO, EL RELOJ Y LA DURACIÓN DE LA VIDA

«¡O espacioso relox —exclamaba el abrumado héroe de la obra de Fernando de Rojas, *La Celestina*—, aun te vea yo arder en bivo fuego de amor! Que si tu esperasses lo que yo, quando des doze, jamás estarías arrendado a la voluntad del maestro que te compuso... Pero ¿qué es lo que demando? ¿...No aprenden los cursos naturales à rodearse sin orden que à todos es un ygual curso, à todos un mesmo espacio para muerte y vida; un limitado término a los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, de los crescimientos é mengua de la menstrua luna... ¿Qué me aprovecha á mí que dé doze horas el relox de hierro, si no las ha dado el del cielo?» [1].

Esta comparación entre el tiempo del reloj y el natural ya no era una simple metáfora. Aunque hacía mucho que los relojes no eran novedad, para la mayoría de la gente el tiempo se medía por la duración de las labores, según el día solar y la estación del año. Con la naturaleza se comenzaba y se medía el día. «Al amanecer», «alrededor del mediodía», «hacia la puesta de sol»: tales eran aún las referencias temporales más comunes. Los meses se computaban en términos de las actividades rurales que les eran propias, dentro de un calendario de supervivencia. Sentimentalmente, el año comenzaba con las primeras flores, la prolongación de los días y los primeros resultados de la ventura que corriera el grano sembrado en invierno. Solamente aquellos que tenían que ver con documentos legales o diplomáticos pensaban en el comienzo del año como una fecha oficial y no re-

[1] Aquí, como más adelante, se cita de la edición de la Librería Antonio López, Editor, Barcelona, 1909.

lacionada con la estación; y aun entre éstos no existía acuerdo unánime acerca de la fecha en que el año empezaba, variando ésta según los países, del 25 de diciembre al primero de enero, el uno de marzo, el 25 de marzo y el uno de septiembre. Podía variar de ciudad en ciudad y, aún dentro de una misma, en las diferentes clases de documentos: en Roma, las bulas se fechaban de acuerdo con un año que daba comienzo el 25 de marzo y las cartas papales de acuerdo con otro que empezaba el 25 de diciembre.

Los días de Año Nuevo más corrientemente usados coincidían con festividades eclesiásticas: la Anunciación, la Navidad y, en algunas partes de Francia, el comienzo de la Pascua. El calendario eclesiástico ocupaba el segundo lugar, tras el cómputo natural, en la división de las ceremonias del día y en los intervalos entre las mayores festividades a lo largo del año. Las rentas se pagaban no el 29 de septiembre, sino el día de San Miguel; la Sorbona daba comienzo no el 12 de noviembre, sino «el día posterior a la festividad de San Martín». A pesar de que en las crónicas comenzaban a utilizarse las fechas, los dos modos de computar continuaron coexistiendo. Según *The Great Chronicle of London* (Gran Crónica de Londres), la paz angloescocesa se proclamó «el día de San Nicolás o el IV día de diciembre» y el incendio de Sheen, donde el rey había reunido a la corte navideña, se declaró «la noche siguiente al día de Santo Tomás, mártir». Más significativa aún que la división del día en horas lo era la división en comidas. La estación, el servicio eclesiástico y el estómago marcaban la pauta del horario del año rural. Debido a los peligros nocturnos y a la carestía del alumbrado, se procuraba limitar en la medida de lo posible los horarios al día solar, comprimiéndolos en invierno y espaciándolos en verano. Las iglesias y los monasterios conservaban las horas canónicas para sus servicios, pero estas «horas» se apretaban en invierno, para que dieran doce durante el día, aunque fueran cortas.

Sin embargo, esta concepción del tiempo no resultaba satisfactoria en las ciudades comerciales,

donde la hora podía ser una unidad de producción y la diferencia de un día podía significar también distintas tasas de cambio. Por ello, en las ciudades se computaba el tiempo en horas iguales y mediante relojes. Mientras que, en el campo, los escolares asistían a la lección una hora después del amanecer, en las ciudades los horarios estaban ordenados de un modo más preciso, como lo muestra uno de los *Coloquios* de Erasmo.

> Si no consigo llegar antes de que pasen lista, me ganaré una zurra. Por ese lado no hay peligro alguno. Son las cinco y media justas. Mira el reloj: la manilla no ha alcanzado aún la media.

Desde que fueran introducidos en el siglo XIV, los relojes daban las horas en todas las ciudades de Europa; sin embargo, el modo de contarlas era distinto. En Italia, los relojes comenzaban en el ocaso y contaban de una a veinticuatro horas; en Alemania, de una a veinticuatro, pero comenzando con la aurora; en Inglaterra y Flandes, de una a doce horas desde el mediodía y la medianoche, respectivamente. Cada ciudad medía su tiempo a partir del momento en que el sol desaparecía tras su horizonte particular o emergía de él. Muchos relojes daban la hora, pero pocos tenían minutero y muy pocos, desde luego, daban los cuartos. Además, todos eran inexactos y requerían reparaciones continuas. A pesar de que, con la ayuda del reloj y la igualdad de las horas, se introdujo un concepto diferente del tiempo, no podemos considerar que hubiera un conflicto entre el tiempo del sol y el de la máquina, entre el tiempo «natural» del campo y el «artificial» de la ciudad, que caracterizó a la Revolución Industrial. Muchos pueblos de Francia y de los Países Bajos tenían relojes públicos. Una petición de 1481 por la que se instaba al ayuntamiento de Lyon para que instalase «un gran reloj cuyas campanadas puedan oír todos los ciudadanos en todas las partes de la ciudad», señalaba que «si se fabricara tal reloj, vendrían más comercian-

tes a la feria», aunque también se añadían otras razones: «los ciudadanos quedarían muy confortados, animados y felices, y vivirían una vida más ordenada y la ciudad ganaría en decoro». Además, ciertas costumbres horarias, tales como el relevo de la guardia en las ciudades con guarnición, el cierre de las puertas de la ciudad por la noche y el establecimiento del cubrefuego, después del cual se castigaban los delitos con pena doble y hasta triple, exigían un cómputo del tiempo. En las ciudades, las personas concertaban citas y asistían a reuniones; los relojes eran la expresión de la necesidad social de un lenguaje preciso y común capaz de medir el tiempo y reflejaban el deseo de dividir el día en interés del beneficio. Los grandes relojes de sol de las fachadas de las iglesias medievales y de los ayuntamientos, y los pequeños, de bolsillo, habían medido el tiempo eficazmente, si bien no de modo continuo. La proliferación de los relojes y la introducción de los portátiles y de los de resorte (más inexactos aún que los relojes de torre) reflejaban tanto una moda como una necesidad. Antonio de Beatis, que acompañó al cardenal de Aragón en el viaje de éste por Europa, en 1517 y 1518, anota que, en Nuremberg, el cardenal encargaba relojes y otros complicados artefactos en metal como regalos para los dignatarios no capitalistas. Todos estos instrumentos eran recordatorios del paso del tiempo y contribuían a mejorar la conciencia existente del transcurso de un día de trabajo, pero conviene recordar que el culto al trabajo y la condenación de la pereza fueron rasgos característicos de la Alta Edad Media; el *nulla dies sine linea* anticipa la invención de la contabilidad por partida doble. Incluso se podría argumentar que, lejos de ser un símbolo del capitalismo, la medición del tiempo por el reloj protegía realmente al artesano, haciendo más preciso su horario laboral obligatorio. La pausa para el almuerzo de los bataneros de Orleans, por ejemplo, se estableció entonces entre una hora completa antes y después del mediodía. Tampoco hay testimonio alguno de que los horarios de trabajo hubieran aumentado porque los empresarios tu-

viesen relojes en sus tiendas y casas. Cuando en París, ciudad tan bien provista de relojes como cualquier otra en Europa, se reformaron los estatutos que reglamentaban las condiciones laborales de los curtidores, el texto anterior a la introducción del reloj se reprodujo intacto: los curtidores tenían que trabajar desde el alba hasta el crespúsculo, «hasta esa hora en que apenas se distingue a un habitante de la ciudad de Tours de uno de la de París». Tampoco las vacaciones se acortaron por el empleo del reloj en el cómputo del tiempo eclesiástico. La semana de dos días laborables en su dependencia isleña de Skyros constituía un escándalo para los venecianos, quienes guardaban un año de doscientos cincuenta días laborables; pero, a pesar de todo, las festividades dominicales y los santos (a los que se añadía el medio día anterior para la confesión) seguían manteniendo el año laboral medio europeo en unos doscientos días y, aunque quizá existiera un incremento del trabajo nocturno, especialmente entre los oficios más nuevos, tales como la imprenta, para la mayoría de las personas el trabajo se acababa cuando el sol se ponía.

Del mismo modo que había un ritmo natural del día y otro artificial, pautado por el reloj de la ciudad, y así como había un año oficial y otro según las estaciones, también existía la consideración de una duración natural y otra artificial de la vida de un hombre. Salvo en algunas ciudades italianas, raramente se registraban los nacimientos con cierta regularidad (este es el principal motivo por el que el trabajo demográfico sobre esta época resulta tan inexacto) y muchas personas desconocían su propia edad. La siguiente relación de testigos de un asalto a una partida de comerciantes en camino al sur de París resulta completamente típica: «Jean Gefroy, trabajador, de unos cuarenta años... Queriot Nichalet, carnicero, de unos sesenta años... Pernet Callet, trabajador, de unos veintisiete años... Colin Byson, casero, de unos ochenta años.» En sus tareas organizadoras, sin embargo, el gobierno tenía que dar por supuesta una precisión que no existía. Si había que or-

ganizar un ejército, se establecían cuidadosamente las edades para el alistamiento. Se suponía que la edad máxima de un hombre para ser útil en el servicio militar era la de sesenta años; la edad mínima variaba, según la urgencia de la situación, entre veinte y quince años. En materia tributaria, la mínima impositiva se establecía comúnmente a la temprana edad de quince años.

En Florencia, una persona alcanzaba la mayoría de edad política a los catorce años: a esa edad ya se le podía exigir que asistiese a las reuniones del *parlamento*. En Florencia, como en otros lugares, se habían establecido mínimos de edad para los nombramientos de los diferentes órganos de gobierno, así como para el período de pena reducida «propter aetatis imbecillitatem» en la administración del derecho penal. Los manuales de los confesores consideraban los catorce años como la edad en que se presuponía conocimiento de la naturaleza del pecado mortal. Doce años fue la edad mínima que se señaló para permitir el bautismo forzoso de los niños judíos durante la controversia que ello produjo. La mayoría legal de edad era distinta según el lugar, pero siempre estaba claramente definida, así como la edad en la cual un príncipe podía prescindir de la regencia, o aquella en la que un súbdito feudal tenía que rendir tributo, o un tutelado podía entrar en posesión de su patrimonio.

Incluso en las altas esferas de la sociedad era común la incertidumbre acerca de la edad, especialmente fuera de Italia. Uno de los más dificultosos pleitos de la época fue aquel por el que Luis XII de Francia, sucesor de Carlos VIII, intentaba obtener la anulación de su matrimonio a fin de desposar a la viuda de Carlos, Ana, y, de este modo, conseguir que el ducado de Bretaña no se sustrajese a la jurisdicción de la corona de Francia. Luis pretendía, con toda la riqueza de detalles físicos precisos para apoyar su acusación de deformidad, que no había sido capaz de tener relaciones sexuales con su esposa. La acusación no sólo era desagradable, sino también carente de verosimilitud, ya que Juana podía demostrar lo

contrario, incluso por medio de testigos, quienes juraron que el rey había entrado una mañana diciendo: «Me tengo ganado un trago, y bien ganado, porque durante esta noche he montado a mi mujer tres o cuatro veces.» A esto argüía Luis que su hazaña había sido impedida por arte de brujería. En tal caso, contestaba Juana, ¿cómo pudo saber que había intentado hacer el amor con ella? La causa del rey era tan endeble que si el papa Alejandro VI no se hubiera comprometido a conceder la anulación debido a razones políticas, el monarca hubiera perdido el pleito. Sin embargo, estaba obligado a moverse en tan dudoso terreno debido a una razón: aunque se encontraba estrechamente emparentado con Juana como para conseguir una anulación sólo por este motivo, no lo podía probar. Todo lo que podía hacer era presentar testigos que dijeran que, «en su opinión», o «según su experiencia, ya que entonces vivían en la corte», los distintos vínculos matrimoniales habían tenido lugar. También se invocó a las crónicas en vano: no existía prueba documental alguna. Y lo mismo sucedió cuando Luis pensó alegar que, cuando se le obligó a la unión, se hallaba por debajo de la edad de consentimiento, catorce años. Y no lo podía probar porque no existía certidumbre alguna acerca de la fecha de su nacimiento. El sostenía que, por entonces, tenía doce años, pero no pudo citar ni el día de su nacimiento, ni el de su esposa. Los testigos diferían en sus opiniones: el rey «debía de tener» once, once y medio o doce o trece. Otros dijeron que el monarca: «debía de ser» entonces aún menor de edad, a juzgar por lo que ellos recordaban acerca de su altura y figura. Debido a esta contradicción entre el tiempo objetivo y el subjetivo, el rey se vio forzado a sumergirse en las turbias aguas de aquel pleito sobre la no consumación.

Tales pretensiones de precisión no eran comunes en aquella época relativamente poco burocrática. En los sepulcros un creciente número de retratos incluían la edad del difunto, ahora que los artistas estaban capacitados para reproducir una imagen similar a una persona tal cual era en un tiempo

determinado. Pero tal preocupación se restringía a algunas personas pertenecientes a los sectores mejor educados de la comunidad, hombres a quienes enorgullecía poner en relación su edad con sus logros en los negocios, en la erudición y en los asuntos públicos; la mayoría no sentía la necesidad de una perspectiva tan precisa. Por otro lado, había un vivo interés general por la edad en un sentido subjetivo generalizado. El tiempo fisiológico era más tenue que la huella del natural o del culto del día, pero también más significativo para algunos que el tiempo del reloj de hierro. Se trataba de la sucesión de estados de ánimo, codificados por los antiguos en el sistema de caracteres y aceptados por la medicina contemporánea: el sanguíneo dominaba desde la medianoche al amanecer, el colérico desde el amanecer hasta el mediodía, el melancólico desde el mediodía al anochecer y el flemático desde el anochecer a la medianoche. La literatura y la oratoria sagrada facilitaron ancho campo a la opinión de que la vida se medía más eficazmente que por años por estadios, tales como la infancia, la juventud, la madurez, la vejez y la senilidad; división de estadios que alcanzaba un gran dramatismo, ya que la esperanza media de vida era de treinta a treinta y cinco años, y entre aquellos que llegaban a edades superiores, todos, con excepción de los ricos, comenzaban en esas edades a mostrar los atributos de la vejez. Erasmo, que llegó a alcanzar unos setenta años, relata sombríamente que a los treinta y cinco la seca vejez agota las fuerzas del cuerpo. Para los sacerdotes era una dificultad encontrar amas que hubieran alcanzado la edad de cuarenta años, a fin de no alimentar el escándalo. El pueblo utópico descrito en el *Relox de Príncipes* (alrededor de 1518), de Antonio de Guevara, mataba a sus mujeres a los cuarenta años y a los hombres a los cincuenta, para liberarlos de la debilidad en que se cae con la edad

Se puede calcular que en el primer año moría el 50 por 100 de los niños, y no solamente los vástagos de los pobres. Este holocausto de infantes no suscitaba una consideración especial de la in-

fancia como un estadio preciso y separado. A los niños se les vestía al estilo de los adultos y se les urgía a desempeñar ocupaciones de adultos. No estaban sujetos a disciplina especial ni aislados en guarderías o mantenidos a distancia del mundo de preocupaciones de los mayores. La enseñanza escolar no era obligatoria ni incluía uniforme alguno, pupilaje o código especial de comportamiento; en la universidad, los estudiantes tenían una amplia autonomía; lo que dividía a los años irresponsables de los responsables no era la convención, sino la circunstancia. El patetismo de las «cinco edades» establecidas radicaba no en que reflejaran mentalidades y actividades distintas, sino en que pusieran de manifiesto el raudo paso del cuerpo del hombre de una forma de desamparo a otra. El tiempo generacional estaba dominado por la imagen de la decrepitud, la espalda encorvada y la mueca desdentada de miles de tallas y caricaturas. La leyenda de la fuente de la vida mantenía su ilusoria promesa en las pinturas, los grabados y las xilografías. Los ancianos, tropezando y arrastrándose, llegaban desde todos los puntos, hasta sus orillas y caían en sus aguas, para resurgir transformados en jóvenes de piel tersa que sonreían maliciosamente a sus compañeras a quienes asían lascivamente para demostrar su sexualidad recuperada. La tenue aura pornográfica que exhalan los sepulcros, mostrando a los difuntos casi como esqueletos con los vientres bullentes de gusanos; la jactancia con que Enrique VIII se palmeaba los muslos y alardeaba de su virilidad ante el embajador veneciano; las estampas satíricas populares de viejos espiando a las mozas, el esplendor con que el arte revestía los músculos tensos y la carne fresca, todo ello, ya fuera abiertamente, ya cubierto de moralidad y mito, denunciaba un culto al cuerpo sobre el que el tiempo se tomaría rápida venganza. Ponce de León exploró Florida con la intención de descubrir la fuente de la vida. Todo esto no quiere decir que los ancianos fueran una rareza. En el campo había muchos Queriot Nichalets de «alrededor de sesenta años», muchos oscuros Colins Bysons, de «alrededor de

ochenta años». Según las descripciones, al alcanzar los setenta años, el papa Alejandro VI estaba «más joven cada día; sus preocupaciones no le quitan el sueño; está siempre feliz y nunca hace algo que no le guste». El comerciante veneciano Francesco Balbi mantuvo el control de sus negocios hasta que murió, a la edad de ochenta y cuatro años. Como historiador real, Marineo Sículo anduvo por los campos de batalla en los que las tropas españolas luchaban, se rompió un brazo a los setenta años y murió a los ochenta y nueve, siempre sin dejar de escribir. Gran parte de la obra anatómica de Leonardo se basa en su disección del cadáver de un centenario. No era ninguna casualidad que *De senectute*, de Cicerón, fuera una de los obras seculares más reimpresas en su tiempo; y, desde luego, los viejos no eran tan difíciles de hallar como para que se originara un respeto especial por la sabiduría y la experiencia de los venerables. Una de las exhortaciones más frecuentes de los predicadores, los moralistas y los tratadistas sobre las costumbres era que los jóvenes deberían ser más respetuosos con los viejos.

2. LA ALIMENTACIÓN Y LA SALUD

La concepción del tiempo generacional estaba ligada a los determinantes materiales de la duración de la vida: comida, salud y violencia. Cada uno de ellos tenía un efecto doble: la violencia mataba a algunos y afectaba a la perspectiva de los demás; la peste bubónica, el tifus y otras enfermedades, como el sudor inglés, mataban a muchos y amenazaban la seguridad de todos; hambres como las de 1502-1503 y 1506-1507 en España podían despoblar regiones enteras, donde los supervivientes, como relata un contemporáneo, «vagaban a lo largo de los caminos, llevando a sus hijos, muertos de inanición, a sus espaldas». La armonía física y psíquica de la vida estaba condicionada por lo que el hombre se podía permitir comer.

Si bien en muchos aspectos de la vida y no sólo para la minoría, ésta fue una época de cambio, la

alimentación constituía una monótona y universal continuidad con la Edad Media. No sólo porque los suministros alimenticios fueran precarios y que, en el mejor de los casos, la alimentación de la mayoría no podía recuperar las energías desgastadas o preservar la salud, produciendo, por el contrario, estados de desasosiego nervioso y paroxismos de terror que subyacían en algunas de las turbulencias políticas y en los delirios religiosos de la época. La alimentación se componía, sobre todo, de farináceas: trigo, centeno, cebada, avena y mijo. La comida más común estaba compuesta por trozos de pan que flotaban sobre una clara sopa de verduras. Raramente se comía carne fresca; en la mayoría de las familias, quizá una docena de veces por año. A causa de la especial dedicación a los cereales, y debido a la dificultad de mantener vivo el ganado durante el invierno, el número de cabezas era pequeño. Solamente en las ciudades más grandes era posible encontrar carniceros, y aun así no siempre tenían provisiones y sus precios eran elevados. La leche, la mantequilla y los quesos curados eran muy caros, y el habitante pobre de la ciudad probablemente no los probaba nunca. Los huevos y algún ave ocasional proveían a la variedad de la mesa en el campo. A causa de los elevados costes de la salazón, solía ser más conveniente enviar un cerdo al pueblo o al señor feudal como pago, que comérselo. Los grandes propietarios protegían celosamente la caza. Por supuesto, cerca de la costa se podía conseguir pescado fresco, pero es dudoso que el pescado salado formara parte de la alimentación del hombre normal. Por los costos de la salazón y el transporte se deduce que los viernes y otros días de ayuno se guardaban sin esfuerzos, siguiendo la dieta normal de ausencia de carne. En los ríos y lagos se practicaba la pesca —en el muro de la ciudad de Constanza había una placa que mostraba qué tipo de pescado era mejor comer en cada mes del año—, pero los derechos pesqueros quedaban restringidos a los grandes señores ribereños, y gran parte de la pesca iba a parar al mercado, a los monasterios o a las casas nobiliarias.

Los tipos humanos variaban grandemente. Los hombres y mujeres bien alimentados, que miran sagazmente desde sus retratos, no le debían su seguridad al pan y a la sopa. Según el suelo y el clima, había diferencias entre una región y otra, pero mucho más aguda la había entre la casa señorial y el campo circundante, y entre el campo en su totalidad y las ciudades. Los empleados de una casa noble podían comer carne todos los días —dos veces al día, según los cálculos del conde bávaro Joachim von Gettingen—; el ama de una casa burguesa próspera podía incluso utilizar azúcar de Sicilia, no para su uso habitual a modo de medicina, sino como sustitutivo de la miel, como edulcorante; los huertos monásticos, bien cuidados y adecuadamente abonados, podían producir espárragos, alcachofas y melones, pero aunque la diferencia entre la alimentación del rico y la del pobre era tan extrema, en realidad hasta el más afortunado comía .frugal y monótonamente en comparación con la Europa moderna, y los casos de exceso a los que se concede tan gran importancia en los relatos de la época, alcanzaban especial relieve porque contrastaban con una sobriedad obligada, debida a los altos precios y a la escasez. La ingenua alegría con la que se describe la fiesta aristocrática, con su catálogo pantagruélico de carnes, aves y pescados, no es distinta del espíritu que debía presidir una orgía campesina, cuando una boda, una muerte o una fiesta de la recolección se presentaban como disculpa para tomar un descanso en la existencia laboriosa. Tanto la oratoria religiosa como la escena obtenían provecho de las consecuencias de tales excesos: bastardos, cabezas rotas y enfermedades. En la obra teatral de Nicolás de la Chesnaye, doctor francés en derecho civil y canónico, *Condena de los banquetes,* la COMIDA, la CENA y el BANQUETE invitan a comer a GLOTÓN, EPICURO, PLACER y BUENA COMPAÑÍA. Cuando están en mitad del agasajo, les ataca una horda de monstruos siniestros: APOPLEJÍA, PARÁLISIS, EPILEPSIA, PLEURESÍA, CÓLICO y GOTA, entre otros. Tras una danza violenta, los sibaritas expulsan a sus indeseados huéspedes y van de casa

de COMIDA a la de CENA, donde vuelven a pecar. De nuevo invaden las enfermedades sus bebidas y, esta vez, quedan triunfantes. Con ellos se han traído a la SEÑORA EXPERIENCIA, y cuando BUENA COMPAÑÍA confiesa su falta, ella le entrega a sus servidores, PÍLDORAS, LAVATIVA y SANGRÍA. A CENA la condenan a no acercarse nunca menos de seis horas a COMIDA y a llevar pulseras de plomo, de forma que sus manos no puedan volar tan rápidamente hacia su boca. COMIDA se libra con una regañina, pero a BANQUETE, tras confesar la grosería de su conducta, le cuelgan ALIMENTACIÓN solemnemente, a título de aviso al público.

Era una advertencia que pocos necesitan tomar en serio, pero se repetía como corolario en la legislación por la cual los gobiernos trataban de limitar el número de platos que se podían servir en las bodas y en otras ocasiones de regocijo. El consumo del acomodado no debe ser tal que excite la envidia del pobre. La impresión de libros de cocina —el inglés *Boke of Kerving* (1508) es un ejemplo temprano— indica que entre los razonablemente acaudalados se estaba estableciendo un punto medio más elaborado entre el ayuno y el banquete; de todas formas, si deseamos comprender el sentido de la época tal como se desprende de los días festivos, tenemos que imaginar uno en el que los excesos de la mesa estaban muy espaciados y dejaban memoria tras de sí.

No hay asunto que se trate más insistentemente en la legislación real y municipal que los intentos por mantener bajo el precio del pan, impedir el monopolio del grano y fomentar el envío de suministros a las zonas de escasez. De todos los mercados de alimentos, el de granos solía estar vigilado, la mayoría de las veces, tanto en lo arquitectónico como en lo administrativo, por el ayuntamiento de la ciudad. Desde los almacenes del Norte, herméticamente cerrados, hasta los silos subterráneos de las islas mediterráneas, los almacenes de granos eran tan importantes para la observancia de la ley y del orden dentro de las ciudades como sus murallas para la protección del exterior. Los campos producían poco, raramente lo sufi-

ciente para abastecer a todos. El propietario feudal y la Iglesia restaban sus porciones antes de que la distribución hubiera empezado; las aves y el ganado absorbían aún otra fracción antes de que el grano se pusiera en camino —siempre quedaba una cantidad para las necesidades locales— hacia el mercado y la cervecería, porque en toda la Europa del norte el grano destinado a la elaboración de bebida competía duramente con el reservado para la alimentación. El maíz fue el producto aceptado con mayor avidez, de todos los descubiertos en América antes de la tardía importación de la patata; a partir de su introducción, alrededor del 1500, comenzó a extenderse desde España a través de Francia, Italia y los Balcanes. El hecho de que en los viajes de descubrimiento se llevaran depósitos de víveres demuestra que se conocía la conveniencia de una alimentación equilibrada. Los hombres de Vasco de Gama disponían de una ración compuesta del siguiente modo: libra y media de bizcocho, una libra de carne salada o media libra de cerdo salado, un tercio de *gill* * de vinagre, un sexto de *gill* de aceite de oliva, ocasionalmente judías, lentejas, cebolla o ciruelas pasas, dos pintas y media de agua y una y cuarto de vino diarios. Se añadía también amplia provisión de pescado salado. Si esa dieta, a más de fruta y verduras frescas, se hubiera podido conseguir regularmente en toda Europa, hubiera transformado radicalmente la mentalidad, la productividad y la longevidad de la población.

Pero como no era así, los hombres, las mujeres y los niños eran muy vulnerables a la enfermedad. La basura que los vecinos de París arrojaban a las murallas llegó a alcanzar tal altura en algunos puntos que hubo que cavar y apartarla de allí por miedo a facilitarles el ataque a los ingleses en 1512. Erasmo atribuía la peste y la enfermedad del sudor inglés a la inmundicia en las calles, a los esputos y a los orines de perro que obstruían

---

* Medida de líquidos equivalente a un octavo de litro. (N. del T.)

los arroyos cavados en el suelo. Pero es fácil exagerar las condiciones antihigiénicas de los pueblos. Muchos de ellos tenían grandes espacios abiertos, y la ausencia, frecuente, de ventanas vidriadas indica que las casas estaban a merced del aire frío. A despecho de la ineficacia de la medicina contemporánea o quizá a causa de ello, la Europa urbana había alcanzado un nivel razonablemente alto en medicina preventiva. La caridad privada y el sentido común municipal llevaron al establecimiento de un número adecuado de hospitales. Incluso Lutero, a quien, en otros aspectos, cegaba el odio a Italia, reconocía; en la visita que hizo a la península en 1511, que «los hospitales están graciosamente construidos y admirablemente provistos de excelente comida y bebida, así como de servidores cuidadosos y médicos capacitados». Quizá los hospitales efectuaran pocas curas, pero su valor como defensa mediante el aislamiento para el pueblo era inestimable. La lepra había sido casi erradicada gracias al reconocimiento de la importancia del aislamiento y de la cuarentena, así como a la prohibición que pesaba sobre los mercaderes de telas usadas de que vendieran prendas pertenecientes a los pacientes; en 1490, el papa Inocencio disolvía la orden de los lazaristas porque el fin para el que se fundó se había cumplido.

Los obstáculos para la consecución de la higiene personal eran enormes. En Alemania y en algunos partes de Suiza los baños públicos mantenían un elevado nivel de higiene, pero en países que carecían de esa costumbre tradicional y subvencionada, el coste y la dificultad para calentar el agua y el elevado precio del jabón hecho con aceite de oliva o con sebo significaban que los cuerpos llegaban sucios a la mesa y a la cama. En algunos lugares era costumbre llevar un pequeño trozo de piel para incitar a las chinches a que se agruparan allí; en otros se ponían ramitas de zarzamoras debajo de las camas para distraer a las pulgas: el acaudalado veneciano Marco Falier anota en sus cuentas caseras, en 1509, que la renovación de las ramitas le ha costado cinco *soldi*. Los libros sobre buenas maneras reflejaban un interés crecien-

te por la higiene doméstica: algunos de estos libros estaban impresos en verso, para ayudar a la memoria; otros se ajustaban a melodías populares, como el alemán *Tischzucht im Rosenton* (La educación en la mesa en Rosenton). «Limpia tu nariz, tus dientes y tus uñas / Guárdate de la carne —advertía una obra inglesa— y no escupas en la mesa.»

En una época en que los médicos se limitaban a decir que «todo el que bebe media cucharada de aguardiente cada mañana, nunca estará enfermo» y en la que las amas de casa, sagazmente, preferían los elixires destilados en casa a la sanguijuela y la lanceta, eran los mandatarios los que salvaban vidas, y no los doctores. Cuando había carne, se procuraba que no extendiera enfermedad alguna. Los estatutos (1514) del gremio de carniceros de Chevreuse, un pueblecito de la Ile de France, especificaban, entre otras regulaciones, que todo cerdo que se hubiera criado en las inmediaciones de una barbería o herrería tendría que ser alimentado durante nueve días en lugar aparte antes de la matanza. Pero no había regulación eficaz contra la peste. Se sellaban las casas y se identificaban por medio de cruces pintadas, se prohibía la venta de telas infestadas, se alimentaban grandes hogueras en todos los espacios abiertos, inspectores de sanidad andaban a la busqueda de enfermos encubiertos, pero nada conseguía detener la aparición de los abscesos negros y azules en las axilas y las palmas de las manos, que eran el anuncio de algunos días de dolores seguidos, en la mayoría de los casos, por la muerte. Venecia la ciudad de Europa que se veía obligada a adoptar las más estrictas regulaciones sobre la salud a causa de su constante comercio con el Este, estaba indefensa ante la peste; la *Entronización de San Marcos*, la temprana obra maestra de Tiziano, fue un *ex voto*, después de la peste de 1510, en la que murió su joven coetáneo Giorgione. En 1484, un maestro de escuela de Deventer, escribía a un amigo con naturalidad reveladora: «Me preguntas cómo va la escuela. Bueno, ya está repleta de nuevo; pero en el verano el número des-

cendió mucho. Muchos se marcharon a causa de la peste, que mató a 20 muchachos, y, sin duda, algunos no aparecieron por tal motivo.» Los doctores discutían la teoría de los miasmas o la del contagio, la del aire corrupto o la del cuerpo corrupto, pero toda su sabiduría se reducía a un consejo: «¡Huid de los infectados!» No era necesario saber leer para seguir este precepto: en las epidemias de peste que azotaron Francia en 1493, 1497, 1518 y 1520 se evacuaron pueblos enteros y sus habitantes huyeron a bosques y arbolados que, normalmente, hubieran esquivado; las familias morían allí de inanición, y el cronista francés Jean d'Autun describe cómo en otro estallido de terror, en 1502, el rey y sus nobles se vieron obligados a organizar batidas de caza a fin de salvar a los enflaquecidos refugiados de las fauces de los lobos.

El espectro de la peste era un visitante habitual, pero cuando la sífilis llegó por primera vez a Europa en 1494 (traída, con toda certeza, en su forma virulenta, del Nuevo Mundo) la acompañaba el terror provocado por la novedad. Su paso a través de Europa fue espantosamente rápido: partiendo de Nápoles alcanzó Bolonia a principios del año 1495 y cruzó los Alpes ese mismo año, con las tropas que se desbandaron después de la campaña de Italia y la llevaron a sus casas en todas las direcciones. En enero de 1496 se la describía en Ginebra, y en Francia se denunciaba su presencia por doquier; antes del fin de año ya estaba en Holanda y en toda Alemania; la primera mención cierta en Inglaterra data de 1497, y en 1499 había pasado al este de Praga. Además, por la publicidad que ahora podía concederle la prensa y la xilografía, la transmisión del virus se hacía aún más perturbadora. «El aspecto del cuerpo entero es tan repulsivo —escribía un doctor francés en 1495—, los dolores son tan intensos, sobre todo por la noche, que esta enfermedad supera en horror a la lepra y a la elefantiasis, y amenaza la vida del hombre.» Los predicadores se apresuraron a saludar la aparición de un aliado en su campaña contra las relaciones sexuales ilícitas. El obispo Fisher, de Rochester, en un sermón impreso en 1509, des-

cribía una Inglaterra poblada por hombres «aquejados de las pústulas francesas, pobres y necesitados, tirados por los caminos, hediendo y casi podridos en vida y con un intolerable dolor en los huesos». Los cultos y los acaudalados tampoco se libraban. Konrad Celtis la contrajo a comienzos de 1496, y su colega el humanista Ulrich von Huten escribió un libro de mucho éxito acerca de su curación, pero murió de ella a pesar de todo; el mismo Erasmo la sufrió, así como el amigo y protector de Durero, Willibald Pirckheimer. El número de obispos de quienes se dice que eran sifilíticos hace pensar que se trata de una exageración maliciosa, pero parece autorizado creer que el papa Julio II sí lo era, aunque no turbó su ánimo heroico. Cierto es que la enfermedad mutilaba a muchas más personas de las que mataba, pero la repugnancia que causaba y el dolor que la acompañaba justificaban el espanto con que se la veía.

Los doctores se apresuraron a elaborar razones que justificaran la aparición de la plaga, principalmente de orden astrológico, así como remedios, si bien el primero que resultó parcialmente efectivo, la aplicación interna de mercurio, no se propuso hasta 1512. Entretanto, las autoridades públicas tomaron medidas contra el pánico. En 1497, Jacobo IV de Escocia ordenó que todos los sifilíticos fueran aislados en una isla en el estuario del río Forth. A comienzos del mismo año, en París se notificaba, mediante pregón callejero, a todos los residentes infectados que tenían que acudir a un alojamiento de cuarentena, improvisado en St. Germain-des-Près; todos los infestados no residentes estaban obligados a abandonar la ciudad en un plazo de veinticuatro horas por dos puertas concretas, donde tenían que firmar para recibir el dinero del transporte y marcharse a sus casas. Todo ello bajo pena de muerte en caso de incumplimiento. Estas medidas resultaban demasiado drásticas para ser observadas, de forma que la enfermedad hizo estragos a lo largo de toda Europa, como los haría tres siglos más tarde en Polinesia. El emperador alemán Maximiliano interpretó la sífilis como un signo de que Dios estaba castigando a los hom-

bres en los umbrales del año místico de 1500 e instó a su pueblo a abandonar el mal camino y a unirse a la cruzada que estaba intentando organizar contra el turco.

3. LA VIOLENCIA Y LA MUERTE

Ya fuera organizada o casual, la violencia añadía una dimensión perturbadora a la incertidumbre que la enfermedad introducía acerca de la probable duración de la vida de un hombre. En las guerras de esta época intervenían ejércitos mucho más grandes de los que hasta entonces se habían organizado y el tránsito de éstos de un campo de batalla a otro dejaba tras de sí un ancho sendero de miseria donde los empleados de la intendencia habían abusado, los acompañantes civiles habían robado y los soldados saqueado. A las bajas en combate, la matanza de prisioneros y el pillaje de los pueblos hay que añadir las consecuencias de los graneros urbanos vacíos, la escasez de alimentos, la elevación de los precios que arrojaban a miles de no combatientes del nivel de supervivencia a la necesidad más desesperada. Pero no acababa aquí el azote de la violencia organizada: del mismo modo que un ejército se formaba trabajosamente a partir de compañías de hombres que atravesaban el país como bandidos legales en su camino hacia el punto de reunión, luego, cuando llegaba la disolución, había muchos que preferían la vida errabunda del aspirante a mercenario. Estos se aburujaban en cuadrillas, dependientes de la posibilidad de empleo por medio de la clase ascendente de los jefes militares y, entre tanto, se mantenían a sí mismos mediante el saqueo. Por supuesto, no era éste un fenómeno nuevo. En 1477, una horda de jóvenes soldados suizos, licenciados de las guerras de Borgoña, se había abierto camino como vándalos desde Lucerna a Ginebra, provocando una oleada de pillajes. Una vez cristianizada la «vida salvaje», esta delincuencia de masas reflejaba un problema que ninguna sociedad se encontraba preparada para resolver: la reabsorción de

sus fuerzas armadas. Otra razón de la violencia la constituía la creciente eficacia del intento de los gobiernos de imponer ley y orden. Los bandidos que caían sobre los viajeros o que asaltaban pueblos para pedir rescate no eran solamente los detritus de la guerra, sino también los residuos de la desfeudalización y la centralización, inasimilados sociales a quienes un contacto más estrecho entre el gobierno y la sociedad en su totalidad había expulsado. Aparte de estos desplazados, la violencia podía surgir dondequiera que se hiciera un intento de transformar antiguas formas de vida, desde el asesinato del duque de Northumberland en 1489, mientras trataba de recaudar un impuesto real en una aldea de Yorkshire, hasta el desafío armado con el que la Sorbona de París trataba de proteger sus exenciones frente al derecho común.

Sin embargo, la causa principal de la violencia urbana era la pura miseria. La sospecha de que los comerciantes estaban almacenando grano cuando un alza de precios o un rumor acerca de un nuevo impuesto bastaban para provocar explosiones populares acompañadas por incendios y asaltos a las tiendas. En Francia, el más rico de los países europeos, se produjeron tumultos de este tipo en Bayona en 1488 y en Montauban y Moissac en 1493. En 1500, las calles de París fueron invadidas por masas de personas que trataban de arrojar al Sena a los comerciantes de granos. En 1507 se produjeron en Nevers tumultos a causa de la alimentación. En 1514, la muchedumbre ocupó por completo la ciudad de Angers y, antes de que el ejército hubiera podido cercarla, las masas exigieron una distribución igualitaria de los bienes y la exclusión de los ricos del gobierno municipal. Cuando Lyon se encontró al borde de una explosión similar en 1515, los magistrados prohibieron las reuniones públicas y censuraron todos los pasatiempos populares que contuvieron propaganda igualitaria; dos años más tarde, la ciudad caía en manos de bandas armadas de artesanos. Nada tiene de extraño que en la mayoría de los pueblos europeos se prohibiera el uso de armas y se impu-

siera el cubrefuegos por las noches en las calles; cualquier persona que saliera por la noche tenía que llevar una antorcha y explicarle sus intenciones a la guardia; y, frecuentemente, las calles tenían cadenas que se podían desenrollar de sus bobinas y usar para impedir la entrada en caso de disturbio.

En los manuales de orientación para los confesores se concedía gran importancia a la necesidad de convencer a los feligreses de que guardaran la paz, no provocaran a otros a disputa y no excitaran a los vecinos mediante ruidos, gestos desafiantes o murmuración maliciosa. También se deploraba el juego como la causa principal de la reyertas; en vano lo prohibían el gobierno en las tabernas, los capitanes en los barcos y los estatutos gremiales a los aprendices. Era ésta una legislación de clase. Enrique VIII podía permitirse hacer sus apuestas delante de toda la corte, al ajedrez, a los dados, a las cartas, en el tiro con arco o en el tenis; el libro de apuestas de los comerciantes de la Hansa en Danzig muestra a éstos apostando sobre la duración de una guerra, los resultados de una elección o de una justa, sobre el precio de los arenques, sobre las posibilidades que asistían a una cocinera que señalaba al señor feudal como el probable padre de sus hijos; todos ellos podían afrontar las pérdidas. Los pobres eran los que tenían una más clara inclinación a sentirse engañados y a tirar de cuchillo, especialmente después de haber bebido; las actas de los tribunales están llenas de salvajismo de taberna y pequeñas y brutales *vendettas* rurales. Había, sin embargo, una oculta inclinación hacia la violencia en todas las esferas de la sociedad, violencia presente incluso en los pasatiempos. De las justas se esperaban heridos y, por lo común, las batallas fingidas, escenificadas como entretenimiento público, se convertían en auténticas. Estas bajas eran el atroz resultado de una época brutalizada por su contacto continuo con la violencia y su indiferencia hacia ella. Los combates de animales eran distracciones habituales de los príncipes. Se mutilaba y descuartizaba a los criminales en pú-

blico, ante numerosos espectadores excitados, y sus cuerpos, o los pedazos, se colgaban en piquetas fuera de las murallas o en los cruces de los caminos. A veces se celebraba la tortura en público, como la vez que, en 1488, los ciudadanos de Brujas aullaban para que el espectáculo se prolongara tanto tiempo como fuera posible o como el caso, citado por Johan Huizinga, en el que los habitantes de Mons «compraron un bandido a un precio muy elevado por el placer de verlo descuartizado, ante lo cual el pueblo disfrutó más que si un nuevo cuerpo santo hubiera surgido del muerto».

Consideradas en este contexto, las crueldades que, bajo el impulso de la codicia o el miedo, infligieron los portugueses y los españoles a los no cristianos no resultan sorprendentes: Vasco de Gama disparando contra un puñado de mujeres y niños, los hombres de Tristao da Cunha en Somalia amputando los brazos y las piernas de las mujeres para obtener sus brazaletes más rápidamente, Balboa soltando los perros enfurecidos contra los indios de Centroamérica. Los filósofos, como Marsilio Ficino, podían deplorar la crueldad de los hombres que «les acercaba a las bestias», pero quizá resulten más sorprendentes los prolongados esfuerzos de los monarcas españoles, Fernando e Isabel, para mitigar la crueldad de sus colonos en las Indias Occidentales.

Mezclando lo sagrado con lo terrible, los misterios trajeron al escenario público los cuadros más bestiales de las cámaras de tortura y demostraron una gran ingenuidad al sustituir a los actores por maniquíes en el momento en que las tenazas comenzaban a apretar y los hierros al rojo a quemar. La misma inclinación mórbida al horror reflejan las xilografías en las crónicas impresas, con sus descripciones detalladas, y a menudo ilustradas, de nacimientos monstruosos y campos de batalla sembrados de trozos de carne; y lo mismo ocurre con el arte, especialmente con las versiones de la tentación de San Antonio, del norte de Europa, y la flagelación de Cristo. Por supuesto, esta inclinación es común a todos los

tiempos; sin embargo, el carácter especialmente febril con que aparece en este período sólo se puede explicar parcialmente y de modo fáctico. La fascinación que la tortura ejerce se puede ver muy claramente en Francia, para no escoger más que un ejemplo y, no obstante, las penas prescritas de hecho por el derecho francés se estaban dulcificando notablemente en aquel tiempo. Siempre que no hubiera atentado contra el orden público, el derecho penal en toda Europa era injustamente sumario en sus procesos, pero no salvaje. La práctica era diferente de un país a otro: por un caso de juramento blasfemo que en Francia hubiera costado 17 *sous*, se arrancaba la lengua en Italia; la ley podía transformarse súbitamente en violencia en virtud del pánico, pero el hombre medio no estaba mal protegido. El súbdito poderoso era quien podía sufrir la arbitrariedad completa, que es el hado de las víctimas propiciatorias: así el asesinato propagandístico que Enrique VIII hizo en los dos impopulares mandatarios de su padre, Empson y Dudley, o el consejo práctico de Maquiavelo de ofrecer el asesinato político de Ramiro D'Orco como un presente para los súbditos de César Borgia en la Romaña. La enorme cantidad de procesos que se producían, a pesar de las demoras y de los elevados gastos, demuestra que el derecho no sólo tenía como función la disminución de la violencia, sino también el constituirse en un coso donde los instintos combativos podían encontrar una salida pública, formalizada y, normalmente, incruenta.

El barniz con el que el derecho, los Mandamientos y una prosperidad relativa habían cubierto la violencia era quebradizo y se rompía fácilmente, en especial cuando la creencia de que Dios había decidido castigar a su pueblo desembocaba en olas de pánico.

Al azote de la peste se añadía el del infiel. El terror generado por las narraciones sobre las atrocidades de los turcos durante la ocupación de Otranto en 1480 encontró expresión no solamente en la imprenta, sino también en la pintura, a través de un sarpullido de martirologios de santos

inocentes. Un médico, que escribía en 1496 acerca de la sífilis, se preguntaba si esta enfermedad, como castigo al pecado, no estaría más allá de cualquier posible cura humana, y si esto no sería una verdad aplicable a todas las enfermedades, considerada como un desfallecimiento del ánimo; teoría que subyacía en la tendencia, creciente y nueva, a identificar toda enfermedad mental con los manejos del diablo y, por ello, con la brujería. La milenaria preocupación por la muerte de la Edad Media, que la proximidad del año 1500 tendía a exacerbar en algunos, adquiría una morbosidad especialmente profunda en las diversas versiones de la *Vida del Anticristo:* un judío engendra un monstruo en su propia hija, entre sicofantes que le adoran; el monstruo se circuncida a sí mismo y triunfa sobre aquellos que le niegan, mientras éstos son serrados, quemados, crucificados o enterrados vivos. A medida que se acercaba el fin del siglo se multiplicaban los rumores y los signos portentosos: nacimientos monstruosos, lluvias de leche y sangre, manchas en el cielo. Las noticias llegaban de Francia —una luna triple—, de Alemania —una verdadera plaga de niños deformes—, de Grecia —una corona de espadas llameantes—, de Italia —un rayo entraba en el Vaticano y derribaba al papa de su trono—. El sentimiento de una inminente perdición persistía aún después de que hubiera pasado el peligro. Continuaron cayendo lluvias de sangre (Durero consiguió imitar una mancha en forma de crucifijo como si uno de esos aguaceros la hubiera dejado sobre la camisa de una sirviente), los predicadores fogosos aún anunciaban el fin del mundo y los cronistas pasados de moda, hartos ya de las seculares narraciones de violencia, aseguraban a sus lectores que el mundo se acercaba a sus últimos días. En las ilustraciones de la *Danza de la Muerte,* la mano del esqueleto tocaba a un mayor número de personas refractarias y apuntaba a una sección más detallada de la sociedad. Ya no se solía representar a la muerte en la apariencia casi consoladora del gran nivelador o del guardián del auténtico fin de la vida, la salvación. Un nue-

vo tema proliferaba rápidamente en libros de xilografías y en la imaginería de los sermones: el arte de morir, que se centraba no en la misma muerte, sino en el preciso momento en que ésta llega al borde de la cama.

Resulta imposible averiguar en qué medida se compartían los terrores. Los suicidios eran raros y, por tanto, se les podía satirizar, como sucede en la obra de Diego de San Pedro, *Cárcel de amor* (1492), en la cual el héroe, rechazado por su amante, comete suicidio tragándose las cartas de aquélla. Las inscripciones de las tumbas continuaban dando por supuesto el interés de las generaciones aún nonatas, los hombres de negocios y los políticos continuaban haciendo planes, sin que hubiera afluencia de mercedes pías para ganar la amistad de San Pedro. Los humanistas podían seguir vislumbrando una era de ilustración ante ellos, cuando hubiesen acabado de pulir y publicar todo el tesoro de la antigua sabiduría. «Creo que veo la aurora de una edad dorada en el futuro próximo», escribía Erasmo en una carta de 1518. «Veo acercarse una transformación que viene de lo profundo», escribía el erudito y reformador de la enseñanza española, Vives, al año siguiente. «En todas las naciones están surgiendo hombres de una inteligencia clara y verdaderamente libre, cansados de la servidumbre.» Y un año después de esto, un libro escolar enseñaba el latín porque «la vena de oro o mundo de oro (por revolución celestial) ha vuelto o retornado».

Se comenzaba a dominar el pasado. Los historiadores podían mirar hacia atrás con perspectiva; episodios que, frecuentemente, en la crónica medieval habían oscilado en la atemporalidad, se localizaban ahora con referencia a un punto convencional. Los caracteres históricos, vistos a través de una psicología bastante realista, resultaban más fáciles de imaginar y se posibilitaba la identificación con ellos. La búsqueda de un razonamiento de causalidad que explicaba los acontecimientos en función de la debilidad y la ambición humanas, fortalecieron el hilo narrativo de la historia, y cierta selección en la utilización de las

fuentes realzó su atractivo intelectual. Ya fuera para buscar información o una confirmación del patriotismo, ya movidos por una búsqueda de la sabiduría, por un elevado sentido de la identidad personal o simplemente por la evasión, los hombres se interesaron cada vez más por ese pasado organizado. Se sucedieron las ediciones de Livio, César, Josefo, Eusebio y Valerio Máximo (para escoger una muestra de un solo centro impresor: Lyon); se revisaron las crónicas medievales y salieron otras nuevas respondiendo a la demanda de todo un público lector. Por otro lado, no existía principio rector alguno para el futuro próximo, salvo el emitido por la Iglesia, que era potencialmente amenazador. El concepto de progreso secular no existía, excepto en el sentido de una recuperación más eficaz del pasado, esto es, la consolación por la sabiduría antigua y el acicate para emular las consecuciones de la antigüedad. La idea de que el hombre pudiera mejorar su destino físico, de que se podían aumentar los recursos alimenticios, erradicar las enfermedades y hacer la vida más cómoda y agradable no existía: faltaban las dos motivaciones que posibilitan una planificación esperanzada para el futuro: las humanitarias y las tecnológicas. Para la inmensa mayoría, el futuro no era una zona en la que un hombre pudiera proyectar con confianza sus propias actividades y las de su descendencia o especular de modo optimista acerca de la sociedad como totalidad. El futuro se agotaba en la imagen de la muerte.

4. LA MOVILIDAD

La idea del tiempo es en parte objetiva, influida por calendarios, trabajos y relojes; es también parcialmente subjetiva, determinada por las estaciones, el hambre, la actitud del individuo ante los estadios del discurrir vital y la esperanza de vida; es, por último, intelectual, condicionada por la capacidad de penetrar con la imaginación en el pasado y en el futuro. De la misma manera, la idea

del espacio reúne un aspecto físico, otro emocional y otro imaginativo o intelectual. Es una idea configurada por lo que vemos —el contorno inmediato y los itinerarios elegidos en los viajes—, por lo que pensamos acerca de lo que vemos y por la capacidad de imaginarnos lo que el ojo no puede ver. El primer elemento está determinado por la movilidad; el segundo, por la idea de la naturaleza; el tercero, al menos en su esencia, por los mapas.

En casi toda su extensión, Europa era una zona agrícola, con grandes bosques, pantanos y chaparrales, y casi inhabitada. La gran mayoría de los hombres, posiblemente el 85 por 100 en la Europa occidental y cerca del 95 por 100 en la oriental, vivían en caseríos desperdigados o en pequeñas aldeas. Nacían, se casaban y morían a la vista del mismo bosque y de la misma iglesia parroquial. En Inglaterra y Gales había unos 810 pueblos con mercado (con poblaciones que oscilaban entre los 300 y los 1.000 a 2.000 habitantes) y que atendían a los suministros que no se podían conseguir o cultivar en las casas particulares. La distancia media que un hombre tenía que recorrer para alcanzar el más próximo de estos pueblos era de siete millas. Si tomamos en consideración las áreas menos uniformemente urbanizadas, así como el largo trecho que al amanecer tenían que cubrir los hombres entre la aldea fortificada y los pastos en las islas del Mediterráneo y las llanuras al este del Elba, no nos equivocaremos si fijamos en quince millas el viaje medio más largo que hacía la mayoría de la gente en toda su vida.

Los pueblos, particularmente los que se hallaban al borde de los caminos más frecuentados, actuaban ahora como centros de nuevas ideas y de procesos de ajuste social más decididamente de lo que hicieran un siglo antes. Aunque las abadías aisladas y las aldeas monásticas aún podían albergar a algunos meritorios eruditos aislados, ya no eran centros de aprendizaje. Los días de las escuelas de arte radicadas en las pequeñas ciudades, St. Alban, Aix, Siena, habían pasado ya o estaban declinando. Lentamente, a medida que la pobla-

ción europea, especialmente a partir de la mitad del siglo XV, se recobraba de la peste de la muerte negra, crecían los pueblos, principalmente los que se encontraban enclavados en las rutas más frecuentadas. El crecimiento se debía en parte a que eran más los niños que habían nacido y conseguido sobrevivir en ellos, así como a la emigración del campo. Fueron las grandes poblaciones, sobre todo, con sus oportunidades económicas, su variedad social, sus imprentas, sus grupos minoritarios cosmopolitas, sus racimos de monumentos y la protección que extendían a la literatura y a las artes, las que atrajeron, a lo largo de los caminos y ríos de Europa, a los inquietos y a los necesitados de trabajo, que llegaban para instalarse entre las nuevas experiencias o para recogerlas y continuar su camino. Para la mayoría de los hombres que ensancharon su horizonte espacial viajando, siempre fue una ciudad lo que les impulsó a dar el primer paso.

Para el viajero, las dificultades eran inevitables y los avatares grandes. El gobierno veneciano, poseedor de uno de los sistemas diplomáticos más elaborados de Europa, tenía que amenazar con graves sanciones si quería mantener a sus agentes en movimiento. En 1506, Francesco Morosini escribía desde Turín para decir que, al atravesar los Alpes, a su regreso de Francia, algunos de su acompañamiento habían muerto a consecuencia de las tormentas de nieve. Al año siguiente, el legado pontificio, de regreso del encuentro entre Luis XII y Fernando de Aragón, en Savona, escribía que en el mar se había mareado «usque ad sanguinem»; y, en efecto, alcanzó Roma en tal mal estado de salud que contrajo una fiebre y murió. La correspondencia diplomática está llena de historias de terror y de quejas acerca de malas posadas, de comidas putrefactas, de muleros insolentes y de las incomodidades continuas del viento y la lluvia (no había ropas impermeables y las carreteras estaban demasiado rodadas para que se pudieran emplear carruajes cerrados y pesados). La vida de los embajadores oscilaba alternativamente entre el ceremonial y la incomodidad. Se añadía, además,

especialmente en las zonas deshabitadas de Europa oriental, el miedo constante a los bandidos. Incluso en la parte occidental, los viajeros que no tenían dinero suficiente para pagarse una pequeña escolta, esperaban el paso de un convoy de comerciantes, antes de aventurarse por las regiones más desoladas.

Algunas regiones estaban muy pobladas, como resulta evidente echando una ojeada a las cifras de población en números redondos: Alemania, 20 millones de habitantes; Francia, 19; Rusia (muy inseguro), 9; Polonia, 9; Castilla, 6-7; Los Balcanes, sur de los ríos Save y Danubio, 5 1/2; Borgoña (incluyendo el Artois, Flandes y Brabante), 6; Inglaterra, 3; el reino de Nápoles, 2; los Estados Papales, 2; Portugal, 1; Aragón, 1; Suecia y Suiza, ambas, 3/4. La densidad de población era baja. Los centros mayores tendían a agrandarse, mientras que los pequeños no aumentaban y las aldeas no se convertían en pueblos. El viajero podía emplear días enteros en atravesar extensiones de campo abierto que separaban a un oasis de comodidad del siguiente. Nápoles era un caso extremo: con una población de más de 200.000 habitantes, posiblemente fuera la mayor ciudad de Europa, pero, aparte de ella, no había ninguna otra ciudad, ni siquiera mediana, en todo el sur de Italia. Londres tenía 60.000 habitantes; luego se contaban Norwich, con 12.000, Bristol, con 10.000, Coventry y quizá una decena más con unos 7.000, algunas, como Northampton y Leicester, con 3.000, y la gran mayoría con 200 o menos. París tenía más de 150.000 y comenzaba entonces a extenderse más allá de sus murallas, en el futuro Faubourg St. Germain; Lyon era la mitad que París, y mucho más abajo aparecían los centros de orden inmediatamente inferior, tales como Reims o Bourges, con 10.000 habitantes. La disparidad política de Alemania daba lugar a una situación diferente: no había ni una población realmente grande, pero sí muchas alrededor de los 15.000 habitantes (Frankfurt del Main, Ulm, Regensburg) o de los 10.000 (Mainz, Speyer, Worms), y algunas por encima de esas cifras: Colonia, con 40.000; Nuremberg y Mag-

deburg, con 30.000. En Castilla, Burgos, Toledo y Sevilla tenían poblaciones por encima de los 50.000 habitantes y Salamanca probablemente 100.000 (Madrid, que aún no era capital, tenía 12.000); tras estas ciudades, las cantidades descendían vertiginosamente; por algo la mayoría de los viajeros contaban a España entre los países más desérticos y rústicos de Europa occidental. En Portugal, ningún otro centro se aproximaba al tamaño de Lisboa (40.000). Aún más pronunciado era el contraste entre Estocolmo, con 6.500 habitantes; Bergen, con 6.000; y otros pueblos suecos y noruegos, o el que existía entre Moscú, probablemente con 150.000 habitantes, y las otras poblaciones rusas, de entre las cuales sólo Novgorod tenía unas dimensiones apreciables. En Holanda, únicamente Leiden, Amsterdam, Delft y Haarlem pasaban de 10.000 habitantes; en Suiza, sólo Ginebra con 12.000 a 15.000 habitantes. Las más grandes poblaciones de Italia, después de Nápoles, eran Venecia, con unos 100.000 habitantes, y Milán, que, aproximadamente, tenía la misma cantidad; la población de Florencia era de unos 70.000. En realidad no existía razón alguna para que el peregrino o el comerciante europeos se sintieran superiores cuando visitaban Constantinopla (bastante más de 100.000 habitantes), Aleppo (65.000) o Damasco (57.000) y, sobre todo, cuando visitaban El Cairo, ya que no se poseen cifras, si obra el testimonio de los visitantes italianos según los cuales era una ciudad capaz de albergar las poblaciones de Roma, Venecia, Milán y Florencia juntas.

Es preciso tomar con precaución estas cifras. Los gobiernos tenían escaso interés en las estadísticas de población por sí mismas, y las listas tributarias, a partir de las cuales se pueden compilar, suelen ser incompletas o están mal interpretadas. Pero, desde el punto de vista del viajero, la situación está clara. Representadas en un mapa, las grandes ciudades, las libres, las hospitalarias, no pasaban de ser puntos espaciosamente separados unos de los otros. Unicamente en las principales rutas de comercio podían encontrarse fondas a distancias de diez a quince millas. Sólo los

ricos se podían permitir el lujo de llevar comida suficiente, ropas de cama y hombres armados para apartarse de las rutas principales. Sin embargo, cualquiera que quisiera viajar, a pesar de las dificultades, podía hacerlo, y ello a velocidades que apenas se transformaron hasta la llegada del ferrocarril. De París a Calais, por ejemplo, se precisaban cuatro días y medio; a Bruselas, cinco y medio; a Metz, seis; a Burdeos, siete; a Toulouse, de ocho a diez; a Marsella, de diez a catorce; a Turín, de diez a quince. La media de tiempo para otras distancias era: de Venecia a Roma, cuatro días (aunque existe noticia de un correo que lo hizo en día y medio, sin detenerse); de Venecia a Londres, veintiséis días; a Madrid, cuarenta y dos; a Constantinopla cuarenta y uno. Estas eran duraciones de viajes de comerciantes y diplomáticos apresurados. En las rutas donde había un servicio postal organizado todavía se podían acortar más los plazos. En 1516, las cartas enviadas desde Bruselas por medio del sistema postal explotado por la familia Taxis alcanzaban París en el verano en treinta y seis horas, Lyon en tres días y medio y Roma en diez días y medio. Sin embargo, fuera de las rutas principales, y especialmente si se incluía un pasaje marítimo, resultaba imposible predecir a ningún nivel de exactitud la duración del viaje.

El tráfico más importante, el de los comerciantes, sus mercancías y sus agentes, alcanzaba su apogeo durante las cuatro ferias anuales, según las estaciones, que se celebraban en Lyon, donde, durante quince días de intensa actividad, los mercaderes traían muestras de todos los confines de Europa occidental. Los buenos caminos, los ríos navegables, su posición central y la protección real hacían de Lyon la más activa de las ciudades europeas. La ciudad se llenaba también con los mayordomos de las familias ricas, que enviaban a aquéllos a largas distancias para cargar una recua de mulas con artículos exóticos. Los libros de cuentas de uno de estos compradores, el agente de la princesa Filiberta de Luxemburgo, muestran las distancias que alcanzaban la red del comercio. Sus compras incluían especias de Venecia, vino de Cre-

ta, grosellas de Corinto, pescado salado de Flandes, anchoas secas españolas, tejidos de Inglaterra, Italia y Holanda, mercancías de cuero de España y Alemania, collares de perro, pihuelas y bolsos. La feria de Lyon es sólo una de ellas, si bien la más grande; únicamente en Francia había también ferias de comercio en París, Rouen, Tours, Troyes, Dijon y Montpellier. Señalemos que las ferias se limitaban a concentrar una actividad continua. La movilidad europea era más que nada mercantil.

Además de los comerciantes había un sin número de hombres buscando trabajo. La población de Europa crecía lentamente, pero más deprisa de lo que la agricultura y la oferta de trabajo urbano podía absorber sin problemas. Esto era especialmente cierto en lo que se refiere a Castilla y las montañas centroeuropeas, menos fértiles que las islas y costas del Mediterráneo. De estas zonas provenía un flujo constante de hombres a la búsqueda de empleo, sobre todo como soldados. Se podían encontrar mercenarios albanos en lugares tan lejanos de su patria como España, aunque la mayoría buscaba servir en Italia y encontraba acomodo particularmente en Venecia. Llamados *stradiotas* porque siempre estaban en camino (en italiano, *strada*), allí se les reunían hombres procedentes de otras regiones estériles a la búsqueda de guerras que otros, más prósperos, quisieran hacer sin riesgos personales. Con un poco de fortuna y un número escaso de hombres, un vagabundo se convertía en soldado de la noche a la mañana; prácticamente éste era el único medio por el que un hombre sin cualificación alguna podía ascender. La experiencia inglesa muestra lo difícil que le resultaba al vagabundo no cualificado, al jornalero, encontrar empleo viajando. No se le admitía, excepto quizá temporalmente, en otros distritos agrícolas y en las ciudades no se le admitía en ninguna época. Por otro lado, valía la pena viajar cuando se poseía una cualificación adquirida y la capacidad de servir como aprendiz. Un análisis de dos compañías londinen-

ses muestra que casi la mitad de sus aprendices venía del norte de Inglaterra.

Algunos podían viajar; tenían que viajar, más bien, con la esperanza de conseguir empleo. Los relojes de las aldeas los hacían relojeros errantes, y las iglesias, frecuentemente, las construían albañiles errantes. Renegados cristianos habían construido las grandes mezquitas de Constantinopla, así como los cañones que destruyeron las murallas de la ciudad en 1453. Para muchos, la imprenta era una profesión errante, al igual que la corrección de pruebas. Sabemos mucho de los grupos errantes de actores, juglares y músicos, algo de los jugadores profesionales errantes de fútbol y tenis, pero, desgraciadamente, casi nada acerca de los más errabundos de todos, los gitanos. Habían sido expulsados de España (de derecho, ya que no de hecho) en 1499, de Borgoña en 1515; perseguidos por doquier, en Escocia y Escandinavia era donde más tolerantemente se les trataba. Sin embargo, a través de la música y los testimonios pictóricos sabemos que, a pesar de todo, tuvieron gran auge. Un grupo de gitanos interpretó en la boda de Matías Corvinus y Beatriz de Aragón en Buda en 1476 y también vuelven a aparecer representando ante la corte en 1483. En Corfú, y bajo la protección veneciana, un centenar de gitanos formó una comunidad eximida del servicio de galeras y de las obligaciones campesinas habituales.

Vagabundos también por necesidad, casi tanto como los otros, eran los estudiantes y los eruditos. Los grados universitarios se podían conseguir por partes, tras haber residido en distintas universidades. Había un plan de estudios idóneo para cada estudiante, basado en los libros de los grandes maestros y en la enseñanza oral acerca de ellos; pero este plan de estudios no se podía seguir trasladándose de un aula a la otra, sino de un país a otro. El estudio del latín, el griego y el hebreo había producido un tipo de sabiduría nuevo y revolucionario, secular al mismo tiempo que cristiano, y para participar de él los estudiantes habían de correr de una fuente a otra, según iba manando entre las peñas de la enseñanza escolástica

tradicional. Motivo de viaje era también la necesidad de entrevistarse con los colegas, de sacar partido de algún editor entusiasta o de establecerse durante un tiempo bajo el ala de algún protector magnánimo. A este respecto, Moro escribía en defensa del incansable errar de su amigo: «Erasmo desafía los mares tormentosos, los cielos enfurecidos y la mortificación de los viajes por tierra, y atraviesa cansado por los viajes densas selvas y bosques salvajes, cumbres escarpadas y pasos montañosos, caminos acosados por los bandidos... azotados por los vientos y ensuciados por el lodo.» Pero hace esto a fin de aprender y enseñar, porque «al igual que el sol esparce sus rayos, del mismo modo, donde quiera que está, Erasmo esparce sus maravillosos dones».

Esta defensa del nomadismo de una persona puede aplicarse a la cultura europea como un todo, caracterizada en esta época por una velocidad desconocida hasta entonces, por la internacionalización de sus formas o, más bien, por una exposición sin precedentes de las formas nacionales o locales al desafío de las influencias exteriores. A fines del siglo XV y principios del XVI, los eruditos italianos introdujeron el Derecho Romano y el estudio del griego y del latín clásico en la universidad de Cracovia; además, fueron italianos los que trabajaron en la catedral de la ciudad y en el palacio de la colina Wawel, dejando una huella perdurable en los polacos que trabajaron a sus órdenes. También los italianos, a quienes Fernando e Isabel protegían, le dieron a la cultura española un matiz similar permanente; de extenderlo se encargaron tanto la propia organización de la corte, que incluía tutores para los príncipes y una escuela para los jóvenes aristócratas que los monarcas tenían bajo su protección, como el nomadismo permanente de toda la corte, tan múltiple en su composición, con tropas, músicos, cocineros, talabarteros, sastres, cirujanos y una multitud de empleados, tan brillante y tan grande que constituía una verdadera capital andante y que acabó influyendo en el modo de vivir y las ideas de la nobleza de toda España. En el otro

extremo de Europa, Iván III importó italianos que trabajaran en las obras finales del Kremlin. Aristóteles Fioraventi terminó en 1479 el Uspensky Sobor, y Solari, que había diseñado el palacio Granovitaia como un prisma, pensando en la decoración de los palacios de Ferrara, lo terminó en 1491. Enrique VII de Inglaterra empleó trabajadores en vidrios polícromos procedentes de Flandes; algunas de sus monedas también las diseñó un flamenco y la verja de bronce que rodea su monumento —éste del italiano Torrigiano— era obra de un holandés. En Francia se incorporaron *équippes* enteros de artífices italianos, que venían a añadirse a Leonardo da Vinci (muerto allí en 1519) y a los arquitectos Francesco Laurana, Fra Giocondo, Giuliano de San Gallo y Doménico da Cortona. Carlos VIII tenía arquitectos, pintores, escultores, talladores de madera, marqueteros, tapiceros, maestros armistas y un organero, para los trabajos del castillo de Amboise. A este grupo, Luis XII añadió, en 1500, ceramistas de Forli con sus propios hornos.

A los músicos les caracterizaba una movilidad similar. Al igual que los ejércitos, las mejores orquestas eran las que estaban compuestas por especialistas de varias naciones; y del mismo modo que empleaba piqueros suizos, Francisco I había contratado, desde comienzos de su reinado, cornetines y trombones procedentes de Italia. El organista veneciano Dionisio Memmo se trasladó de San Marcos a Londres en 1516. Mientras que las corrientes de intérpretes partían del Sur hacia el Norte, provocando con ello una importación marginal de modas musicales —Enrique VIII bailó en la primera mascarada italiana, en 1513—, las de compositores y profesores iban del Norte hacia el Sur. Mientras que el inglés John Hothby (muerto en 1487) enseñó durante 20 años música, la mayoría era originaria del norte de Francia y de los Países Bajos y extendía sus brillantes logros por toda Europa. Johannes Tinctoris pasó más de veinte años (de 1474 a 1495) en la corte napolitana, donde dio a conocer a través de la práctica y de numerosos tratados la gran calidad de uno de los

más ilustres compositores de la época, Johannes Okeghem. El propio Okeghem pasó algún tiempo en la España de Fernando el Católico y su influencia nórdica quedó confirmada cuando en 1516 el sucesor de Fernando, Carlos, se trajo consigo un coro holandés completo.

Josquin des Prez, *doyen* de los compositores de la época, también había abandonado su patria, Hainault; trabajó en Milán, en la capilla pontificia en Roma y, al final del siglo, en la corte de Ercole d'Este, en Ferrara; más tarde pasó la mayor parte del tiempo en Francia, donde murió en 1521. Esta costumbre de viajar, así como la afable práctica establecida por los reyes de llevarse a los músicos con ellos y de prestarse ejecutantes unos a otros, son claro indicio de que Europa aprendía a hablar un lenguaje musical común con una rapidez y un método que, felizmente, contradecían la ley de Gresham.

Los procedimientos administrativos también obligaban a muchos hombres a desplazarse. La pertenencia a la magistratura o a un cuerpo representativo, la necesidad de apelar a un tribunal de instancia superior, todo ello desarraigaba a los hombres de una existencia por otro lado estática; este proceso de desarraigo operaba como un factor de selección social, ya que cuanto más rico o mejor nacido era un hombre, tanto más se esperaba que se desplazara hasta los tribunales centrales de la nación. Este lento afluir hacia el centro de representantes, litigantes y solicitantes, corría paralelo a otro que llevaba sentido contrario, del centro a la periferia, de jueces, agentes financieros, mensajeros reales y comisiones investigadoras.

Algunas de las viejas rutas de peregrinación, como la de Santiago de Compostela, comenzaban a caer en desuso y, además, entre los que estaban demasiado ocupados o eran excesivamente perezosos para ir por sí mismos, se había extendido la costumbre de pagar a otros —generalmente en forma de donación— para que fueran en peregrinación delegada. Pero a pesar de todo ello, es bastante probable que en aquella época hubiera

más peregrinos que en los tiempos anteriores o posteriores. Tenemos el testimonio negativo de los críticos que desde el púlpito a la prensa tronaban contra los que iban en peregrinación de forma demasiado irreflexiva o despreocupada. Tenemos también el positivo del comercio de recuerdos —conchas pintadas e imágenes de estaño de San Miguel en el monte del mismo santo—, las cifras de asistentes, anotadas por los porteros de Aix-la-Chapelle, adonde acudieron 142.000 peregrinos en un sólo día para adorar el relicario con la santa sangre; la estimación de que de los cientos de miles de peregrinos que llegaron a Roma en 1500, año de peste y de jubileo, unos 30.000 murieron allí.

Naturalmente, los motivos que les impulsaban eran diferentes. El humanista francés Lefèvre d'Etaples describe la sincera ingenuidad de un anciano, antiguo esclavo de los turcos, a quien encontró en el norte de Italia en 1491. «Vi a un hombre vestido con una tela de saco, descalzo y sin nada en las manos. Tenía un cinto hecho de juncos y llevaba una cruz de madera. Iba de capilla en capilla sin cuidarse de la lluvia ni de la nieve, muy espesa en aquella época. Si encontraba cerradas las puertas, aguardaba fuera en oración, arrodillado sobre la nieve. No se alimentaba de nada más que de pan y de hierbas y ayunaba días enteros de una sola vez. Su bebida era agua y su cama la tierra.» En el otro polo de la escala se encontraba el fraile Félix Fabri, quien se preparaba para una peregrinación a Jerusalén con gozoso entusiasmo. Abarrotó la celda que ocupaba en el convento de Ulm con cuantos libros de viaje pudo conseguir. Por supuesto, como escribía en su relato penetrante y atento: «Le doy mi palabra de que trabajé más pasando de uno a otro libro, copiando, corrigiendo y cotejando lo que había escrito, que yendo de un lugar a otro en mi peregrinación.» Este era el tipo de curiosidad que impulsó al doctor Diego Chanca y a Miguel de Cuneo a acompañar a Colón en su segundo viaje, sin perseguir beneficio alguno o que incitó a Pigafetta a abandonar su Vicenza nativa para unirse a la ex-

pedición de Magallanes «para experimentar e ir y ver con mis propios ojos»; éste es el interés que hizo que Ludovico Varthema mostrara «el mismo deseo, que había animado a otros, de contemplar los distintos reinos de la tierra», de tal modo que, en 1502, «anhelando la novedad», zarpó hacia La Meca, disfrazado de peregrino musulmán, continuando después hasta hacer comercio con algún éxito en Burma y Ceilán.

5. LA IDEA DE LA NATURALEZA

En sí mismos, los viajes no condicionan el sentido del espacio; éste depende de las reacciones del individuo ante los lugares que atraviesa. A este respecto nos enfrentamos con un gran problema de falta de testimonios. De no ser por la colección de esbozos a la acuarela sobre el paisaje, independientes del diario de viajes de Durero, tal diario sugeriría que el pintor sólo estaba interesado en la cantidad de millas que viajaba, en la gente que se encontraba y en los precios de las fondas.

En todo caso no existía la idea de una serena contemplación de muchos de los accidentes naturales por sí mismos. Aparte de las escasas comunidades de pescadores, muy separadas unas de otras, y de las aisladas salinas, la costa marítima de Europa estaba desierta; sus peñas y ciénagas eran un *cordon sanitaire* que el viajero o el comerciante se limitaban a traspasar para embarcar o desembarcar. Hasta los países costeros como Portugal o Venecia padecían escasez de marineros. Una vida miserable, arañando la subsistencia del suelo, resultaba más atractiva que la existencia a bordo de un barco. Nadie iba a la costa a descansar. El mar era peligroso y el mundo de los naufragios algo acerca de lo que nadie escribía, excepto en canciones desesperadas, y que no aparecía en las pinturas salvo como fondo de un milagro o primer plano ante los muelles de una ciudad. También las montañas constituían zonas de terror, que nadie admiraba —excepción hecha de un estratígrafo como Leonardo— más que en

el caso de que sus pastos y bosques los hicieran útiles para el hombre. Nadie penetraba en las selvas, que cubrían gran parte de Europa, salvo los cazadores y los fugitivos de la justicia.

También la oscuridad ponía un límite a la contemplación de la naturaleza. El miedo a la noche estaba generalizado; durante las horas nocturnas, nadie entraba o salía de las aldeas, y los campesinos atrancaban las puertas. Si un vecino gritaba en la calle, nadie oía sus gritos. Los lobos rondaban por los alrededores, los jabalíes desenterraban los árboles frutales tiernos y las bandas de ladrones se enseñoreaban de los caminos. Esta inseguridad en un mundo en el que apenas había ley y orden alimentaba las narraciones de pesadilla sobre licántropos y horrores semejantes. La noche era el día del diablo, cuando sus brujas volaban. Con los fogones asfixiados con agua por miedo al fuego, la gente que no vivía en las ciudades pasaba la noche en una situación física y psíquica parecida al estado de sitio.

Era una época en la que también la salud, y a veces la vida, dependían del tiempo atmosférico. Los diarios consistían frecuentemente en una angustiosa relación de grandes lluvias y heladas. El campo, esto es, lo que quedaba tras restar las zonas costeras, las selvas, las montañas y los desiertos, era, más que nada, el lugar de donde procedía la alimentación. Una mala cosecha afectaba a todo el mundo, con excepción de los ricos; los más pobres morían de inanición; «fértil» o «árido» en lugar de «bello» o «deprimente» eran las palabras que expresaban la primera reacción ante el paisaje. Todo el mundo tenía una visión de agricultor: el humanista, el comerciante o el monje. La Europa agrícola no era ni especialmente exuberante (debido al posterior avenamiento y a la selección de pastos) ni tampoco estaba agradablemente recortada, ya que había pocas divisiones por medio de cercas. Además, tampoco tenía una productividad tan alta, a pesar de la escasa población, como para compensar una mala cosecha con otra buena. Aproximadamente un tercio de la tierra se encontraba en permanente barbecho,

puesto que, debido a la escasez de ganado y a la ausencia de abonos artificiales, raramente podía la tierra soportar más de dos cosechas sucesivas. El alto precio y escaso número de animales de tiro, así como la ineficacia de los arados que la mayoría de los campesinos podía procurarse, determinaban una propensión al cultivo superficial; como, además, le faltaba humus a la tierra (los campesinos ingleses extendían helechos sobre las veredas, esperando que los viandantes los convirtieran en abono al pisarlos), la rentabilidad era baja. Por tanto, todo dependía del tiempo atmosférico; la valoración objetiva contrarrestaba la idea subjetiva de la naturaleza.

No solamente en los campos de cultivo cedía el placer al cálculo de la utilidad, también se consideraba a las flores, los matorrales y las hierbas fundamentalmente en función de su empleo como condimento o medicinas. Es dudoso que la gente pobre pudiera considerarlos de otra manera. Incluso lo es que lo hicieran personas acomodadas e instruidas. Las ilustraciones xilográficas tradicionales que representaban herbarios ocultaban a la misma flor tras una imagen frecuentemente muy deformada, que se había mantenido desde los tiempos de Dioscórides, a lo largo de toda la Edad Media, sin que la observación directa viniera a reformarla. Los herbarios y los bestiarios mostraban las flores comunes y los animales familiares bajo formas que contradecían la experiencia diaria; pero tales imágenes poseían dos fuentes de poder: de un lado, simbolizaban el conocimiento y la autoridad y, de otro, constituían jeroglíficos aceptados que demostraban lo variado de la obra de Dios y su inmediato interés por el hombre. Tras el ojo que contemplaba la naturaleza había una botánica falsa, una zoología falsa y una topografía falsa, habida cuenta de que, tanto para árbol como para río y montaña existían símbolos convencionales. Aun cuando los artistas habían demostrado su capacidad para representar una ciudad con exactitud, los impresores continuaban ilustrando las descripciones escritas de las diferentes ciudades con la misma vista convencional

en xilografía. Desde luego, resulta imposible dictaminar en qué medida esta visión estaba determinada por asociaciones que oscurecían un inmediato «amor a la naturaleza», entre ellas la utilidad, las imágenes de la pseudociencia y la idea de la voluntad divina, dentro de la cual el amor a la naturaleza se confundía con la adoración a Dios. Lorenzo de Médicis podía ver desde su casa de campo en Poggio a Caiano que «según la dirección del viento, el olivo aparecía verde o blanco sobre la loma, abierta y graciosa». Aquí se incluye un atisbo de observación directa. En otros poemas de Lorenzo —en quien el sentido de la naturaleza estaba más fresco que en cualquiera de los otros escritores de la época—, esta viveza va poco más allá (y en ello es representativo) de la fragancia que se desprende de los motivos de la tapicería de la Edad Media y de la literatura clásica: «*Cerchi chi vuol le pompe*... Dejad que el que las desea busque la pompa y el honor, las plazas públicas, los templos y los grandes edificios, tesoros y placeres que sólo traen con ellos mil dolores y preocupaciones. Un verde prado lleno de hermosas flores, un arroyo que humedece la hierba en sus orillas, un pajarillo con su lamento de amor, todo esto alivia nuestras pasiones mucho mejor»[2].

A comienzos del siglo XVI la retirada de la ciudad en busca de la saludable tranquilidad del campo se había convertido en una actitud generalizada. En Italia, la casa de campo tenía ya una historia de cincuenta años de perfeccionamientos y en toda Europa la construcción del castillo comenzaba a dulcificarse, a medida que la ley y el orden ganaban terreno. Los moralistas alababan las ocupaciones inocentes de la vida rural, los poetas imitaban los versos de Teócrito y del Virgilio de las *Eglogas* y los pastores y pastoras pasaron a formar parte de las mascaradas. Hacia el año de 1490, Signorelli, con su dios *Pan*, proporcionó una divinidad tutelar al movimiento de regreso a la naturaleza, y en 1502, con su *Arcadia*, Sannazaro

[2] Trad. de Eve Borsook, *The Companion Guide to Florence* (1966), pág. 244.

captó el anhelo de la época por la paz y la inocencia con una delicadeza de espíritu y una firmeza de estructura que permitía predecirle a la pastoral una vida duradera. Aunque en la corte del joven Enrique VIII habían de danzar salvajes de las selvas, era ésta una costumbre italiana y, al menos en parte, artificial. Además del amor al campo, había otras razones a favor de la vida en la casa de campo; la propiedad de la tierra era una sólida inversión en una época en que la vida comercial italiana estaba sometida a recesiones alarmantes. Al igual que en los tiempos de Boccaccio, aquellos que podían permitírselo, se retiraban de la ciudad en los meses de calor, que eran frecuentemente los que traían la peste. La casa de campo no servía tanto para identificar a un hombre con la vida rural cuanto para permitirle distanciarse de ciertos aspectos de la existencia urbana. Dominaba una gran admiración por la caballería nórdica, el castillo, la caza y la distancia social, a todo lo cual renunciara la clase dominante italiana cuando, siglos antes, escogió la dura competencia en las ciudades. La quinta permitía una vida feudal desmilitarizada, aún más alejada de los conflictos de clase en sus asociaciones tradicionales. Los dirigentes republicanos de Florencia y Venecia podían hacer excursiones a caballo y representar el triple papel de Amadís, Cicerón y el banquero comerciante, provistos como estaban de sus trovadores-humanistas para entretenerles, de sus perros y sus halcones. Para los aristócratas, el amor al campo probablemente era secundario frente a la conveniencia social del asentamiento, y para aquellos humanistas que se podían permitir construir una quinta o modificar una casa de labranza para ellos, la vida rural se convertía en una biblioteca al aire libre. Una referencia más segura que la poesía es el testimonio de las xilografías y los grabados, producidos para un público de masas y en los que se mostraba al campo sobre todo como un lugar para el amor. A los primeros días cálidos de la primavera, los amantes abandonaban unas casas donde no existía la intimidad, donde los colchones estaban impregnados de humedad y

bullían pulgas, para dirigirse a los prados y a los bosques. No es casualidad que las dos escenas de amor más bellas y serenas de la época, los *Marte y Venus*, de Piero di Cosimo y Botticelli, estén situadas al aire libre.

El arte, en su totalidad, es una referencia más valiosa que la literatura. A pesar de que se conocían los logros de los antiguos en la pintura de paisajes a través de la descripción que Plinio el Viejo hace de las obras clásicas, no se habían conservado muestras que fuera posible copiar o que ejercieran alguna influencia. Ya a comienzos del siglo XV se habían pintado paisajes con bastante exactitud técnica; el río que serpentea hacia las colinas en lontananza de la *Madonna del canciller Rolin* (1425) es un magnífico ejemplo, aunque, por su intención, todavía se trata sólo de la naturaleza como símbolo. Hacia el año 1500 comenzó a abandonarse el empleo del paisaje como símbolo de la creación o alegoría de un estado de ánimo, a favor de una valoración de la naturaleza en sí misma, como un contenido autónomo de sentido y no un poste indicador de cierta dirección para la mente o el alma. El progreso técnico ayudó a preparar el terreno para este cambio. El dominio de la perspectiva aérea y compositiva permitía al pintor —un Durero o un Giorgione— volver del campo con un paisaje completo en la mente o en un boceto; facilitaba también a los pintores el empleo de paisajes que poseían un significado personal para ellos, de tal modo que podían registrar, con facilidad y naturalidad, los lugares en que se desarrollaban sus vidas propias. De este modo, el valle del Arno aparece en la *Natividad*, de Baldovinetti, y en el *Martirio de San Sebastián*, de Pollaiuolo. Estos fondos familiares habían perdido su carácter de símbolos debido a que se les veía y recordaba en su conjunto como una escena y no constituían solo la mezcolanza de un río, una colina rocosa y una selva procedentes del diccionario iconográfico que todo pintor llevaba en la cabeza.

Sin embargo, no resulta sencillo determinar la calidad de este sentido de la naturaleza. En su

Selva con San Jorge y el dragón, de Altdorfer, el santo encubertado resulta un enano en comparación con el follaje abrumador del bosque, pero cabe preguntarse si el pintor lo hizo así porque amaba los árboles o porque éstos simbolizaban para él la parte del país reservada especialmente a la clase de los caballeros y a sus monteros. También cabe preguntarse si Pollaiuolo no había empleado el valle del Arno porque el río, al alejarse, le permitía pensar en términos de perspectiva lineal convencional. Todo lo que puede afirmarse es que pocos artistas manifestaban un goce inequívoco con el paisaje por sí mismo y, aún estos, para su propia satisfacción. La mayor parte de estas escenas son dibujos; pocos alcanzan un grado de elaboración que permita la venta o el regalo y, por ende, la existencia de *connoiseurs* capaces de compartir el goce. No hay ni un cuadro completo que esté dedicado únicamente al paisaje. Si bien es probable que la literatura pastoral, particularmente una obra como la de Pietro Bembo, *Gli Asolani,* con su imaginación, intensamente visual, estimulase a los pintores, la visión de éstos era mucho más penetrante que la de los poetas. La descripción del olivo de Lorenzo resulta increíblemente exacta para un escritor: no obstante, he aquí uno de los muchos pasajes en los que Leonardo describe el aspecto del follaje: «Cuando te sitúas ligeramente por debajo del nivel del árbol puedes ver el anverso de algunas de sus hojas y el reverso de otras, y los anversos serán de un azul más oscuro porque las hojas están más escorzadas, y habrá veces que la misma hoja muestre parte de su anverso y parte de su reverso y, en consecuencia, tendrás que pintarlas de dos colores». Al intentar utilizar observaciones como la anterior y bocetos *au plein air* para el acabado de una obra de estudio se planteaban enormes problemas de interpretación. Es posible que, aparte de la falta de demanda, la razón por la que los paisajes se mantuvieron como fondos residiera en que así eran más sencillos de ejecutar.

El hecho significativo de que, entre los grupos errantes, hubiera una gran proporción de aquellos

que producían obras de arte y literatura y aquellos otros que las protegían —comerciantes, nobles, eclesiásticos—, autoriza a suponer que habrá contribuido de algún modo a la representación de la naturaleza. No hay que olvidar, sin embargo, que las impresiones sobre las que se elaboraba el sentido del espacio de estos hombres las recogían fundamentalmente a lo largo de caminos harto transitados o en las inmediaciones rurales de las ciudades y que, además, la mayor parte de los viajeros se ponía en camino con un fin práctico, ya fuera obtener un empleo, ocupar un cargo, estudiar, comerciar o combatir, y que, por tanto, se orientaban hacia su fin específico. Erasmo expresa la actitud típica del viajero cultivado; se resiste a separarse de sus amigos y hace el camino a regañadientes, hasta que vuelve a encontrarse en compañía humana. La naturaleza es algo ante lo que se refunfuña —demasiada fatiga, excesivamente nublado, demasiado frío, un mar demasiado encrespado— y con lo que no se obtiene placer casi nunca. La naturaleza es un vasto pasillo desagradable que une las cálidas viviendas de los hombres. Incluso los geógrafos y los topógrafos, cuya mirada profesional admitía los escenarios nuevos, apenas expresan sentimiento alguno frente a ellos. Su interés se centraba en la toponimia, en la productividad y en la gente. La ciudad, donde se colgaba a todos los acusados y se les desenterraba para darles cristiana sepultura si posteriormente se demostraba que eran inocentes, éstas y otras curiosidades antropológicas resultaban de más interés que el paisaje en el que tenían lugar. El único de los descubridores que muestra cierto deleite ante la naturaleza es Colón; pero tras haber pasado muchas noches bajo cielos tropicales, no hace mención de las estrellas, si no es como puntos de referencia para la navegación e incluso su alabanza al paisaje degeneraba rápidamente en el utilitarismo: «En esta isla Española hay montañas de gran tamaño y belleza, vastas llanuras, pequeños bosques y campos muy fecundos, admirablemente adecuados a la labranza, al pasto y a la vivienda».

La búsqueda concienzuda y práctica de productos útiles, especialmente oro y especias, fue lo que determinó en mayor medida la extraordinaria rapidez con la que se produjo la apertura a través de la cual los europeos pudieron mirar al mundo. El cabo de Buena Esparanza se rodeó en 1488; en 1492 se descubrieron las Indias Occidentales; por vía marítima se llegó a la India por primera vez en 1498; la descripción del Brasil data de 1500; en 1513, cuando Balboa confirmó las suposiciones existentes viendo un «nuevo» océano, se reconoció a América como continente separado; Magallanes circunnavegó Sudamérica en 1520.

Estos viajes, que llegaron a marcar una época, representaban, en gran medida, la consecución de objetivos pretendidos durante mucho tiempo atrás y la recompensa a la pericia adquirida. Durante siglos se había ido a buscar a los puertos del norte de Africa el oro procedente de allende el Sahara, así como aquel sucedáneo de la pimienta, llamado granos del paraíso, mientras que los puertos del Mediterráneo oriental suministraban drogas y especias de las Indias Orientales. El deseo de alcanzar las fuentes de esas mercancías había llevado a los comerciantes a cruzar el Sahara y a viajar por tierra hasta la China; pero ya a fines del siglo XIV estaba claro que las fuentes no se podían explotar ventajosamente más que por mar. Los costes de los transportes por tierra, la inseguridad política, así como el tiempo que se perdía en vigilar los fardos propios cuando los cambiaban de una caravana a otra, convertían en inútiles las experiencias de viajeros tales como los Polo.

En el siglo XV se generalizaron los viajes marítimos prolongados. Las galeras venecianas singlaban regularmente hacia Inglaterra; los comerciantes del Báltico, a España; los pescadores ingleses comenzaban a aventurarse hasta Islandia. La frecuencia de los viajes dentro del triángulo Lisboa-Azores-Cabo Bojador (del cual se había levantado mapa incluido en el *Atlas Catalán* de 1375) constituyó una escuela de adiestramiento para los bár-

cos y los marinos que les capacitó para la exploración a más largas distancias. Una serie de expediciones portuguesas, que fueron cabotando las costas africanas hacia abajo, condujeron al paso del Ecuador en 1473. En 1482 fundo Juan II el puerto de Elmina, en la Costa de Oro, con lo que consiguió desviar la ruta de las caravanas del Sahara.

Ya desde el segundo decenio del siglo XV, cuando comenzaron estas expediciones, existían casi todas las condiciones necesarias para la navegación transoceánica, así como para la exploración costera. La base administrativa era adecuada: préstamos para el equipo, seguro marítimo que cubriera riesgos imprevisibles y colaboración de los reaccionarios y los expertos geógrafos. Los modelos que se podían seguir para la explotación de las tierras descubiertas en ultramar y que, desde luego, se adoptaron en las Azores y en las Canarias, se obtuvieron de la experiencia de las plazas y enclaves comerciales cristianos en el Levante dominado por los otomanos y los mamelucos, de la distribución y administración de las tierras conquistadas a los moros en Granada, así como del trato a los esclavos o a los trabajadores virtualmente desprovistos de derechos. Desde el punto de vista tecnológico, se mejoró el diseño de barcos en el siglo XV; pero en 1420 los buques eran ya lo suficientemente resistentes y podían navegar a bolina como para hacer la travesía hasta las Américas y regresar. Lo mismo se puede decir desde el punto de vista científico: los instrumentos de navegación, astrolabios y nocturnos, se mejoraron mucho y las tablas astronómicas, de las que dependía su uso adecuado, se refinaron; sin embargo, los marinos no confiaban en las técnicas avanzadas de posición. Utilizando el familiar compás, estimando la distancia viajada por medio de la experiencia, añadiendo a esto el conocimiento de su barco y —en el caso de que hubiera que cambiar de bordada— el manejo de una rosa de los vientos, los pilotos navegaron a derrota estimada hasta bien entrado el siglo XVI. Un exacto control de la hora es absolutamente imprescindi-

ble para determinar la longitud, aumento adecuado para su uso en el mar era el reloj de arena, que nunca fue un utensilio preciso y mucho menos en un barco sujeto a continuos cabeceos y arfadas, y ello si un accidente no lo volcaba. Existía un abismo infranqueable entre una teoría elaborada desde la costa y lo que realmente se practicaba en el mar. No es que las matemáticas, la astronomía y la fabricación de instrumentos de precisión carecieran de utilidad en el proceso de exploración deliberada y continua, pero, desde luego, no determinaron ni la velocidad con que se llevaba a cabo ni su alcance. Estos estaban condicionados por dos cosas: el desarrollo de la teoría geográfica y un cambio en la idea que los hombres se hacían del espacio terrestre.

Hacia 1480, los geógrafos habían consagrado gran atención a la *Geographia* de Ptolomeo y a los mapas que se basaban en ese texto. El mapa mundial de Ptolomeo mostraba el mundo que habían conocido los romanos cultos del siglo II; un mapa que, gracias a los contactos de los griegos con la India y a las suposiciones —originadas a partir de los rumores y del comercio— acerca de lo que pudiera haber más al Este, daba un bosquejo más o menos exacto de Europa, de la costa norte de Africa y de Arabia, y adjudicaba una generosa extensión al océano Indico, al que mostraba, sin embargo, como un mar interior, con su costa sur bañando la vasta masa completamente imaginaria de la Terra Incognita, que se alargaba hacia el norte y llegaba a ser paralela al trópico de Capricornio, punto en el cual se confundía con Africa. Según este mapa, los barcos podían navegar fácilmente desde Africa hasta las Indias (término en el que se comprendían la península malaya, las Indias Orientales y la China), pero también parecía demostrar que no había manera de llegar por mar hasta esta meta; parecía burlarse, permitiendo una clara visión del tesoro y cerrando la puerta de acceso al mismo tiempo. Sin embargo, a Ptolomeo se le estudiaba poniéndolo en relación cada vez más intensamente con su predecesor Estrabón, quien alimentaba la idea de que era posible la

circunnavegación de Africa, como lo pensaba también un tercer autor cuyas obras recibieron gran atención en los círculos de humanistas: Cayo Julio Solinus.

El mapa mundial elaborado por el monje veneciano Fra Mauro muestra cuanto, hacia 1459, se había modificado la teoría de Ptolomeo. Este mapa adoptaba la silueta de Asia ofrecida por Ptolomeo, pero dibujaba un Africa que, aunque no se le había incorporado los recientes descubrimientos de los portugueses, quienes ya se encontrarían a la altura de Sierra Leona, resulta claramente circunnavegable. Este cambio de perspectiva fue el que estimuló a Juan II de Portugal para no darse por satisfecho con el oro de Elmine y para decidir alcanzar también las fuentes de las especias orientales.

Juan envió dos expediciones en 1487 a fin de comprobar la exactitud de sus cartógrafos antes de hacer una inversión en una flota mercante. Despachó a Bartolomé Díaz hacia el Sur, cabotando la costa de Africa, en tanto que a Pero de Covilhâ le envió en la dirección opuesta con el objeto de que pasara al oceáno Indico a través del Mediterráneo y del mar Rojo y recogiera cuanta información le fuera posible entre los árabes (el explorador hablaba esta lengua) que traficaban entre el Africa oriental y la India. Mientras las tormentas apartaban a Díaz de la costa y le arrastraban hacia el Sur y al Oeste de modo que realmente llegó a doblar el cabo sin ser consciente de ello, Covilhâ alcanzaba Sofala justo al sur de Beira, donde hizo investigaciones acerca de las rutas marítimas en torno a Africa del sur. De las historias de árabes cuyos barcos habían sido arrastrados hacia el Este, del mismo modo que Díaz lo fue hacia el oeste, Covilhâ llegó a la conclusión de que la circunnavegación era posible. El resultado de la maniobra de tenaza de Díaz y Covilhâ fue obtener una imagen relativamente clara de toda la costa africana, excepción hecha del trecho donde ninguno de los dos puso el pie, entre Londres oriental y Sofala. Habían madurado las condiciones para el viaje de Vasco de Gama alrededor del Cabo, siguiendo ha-

cia arriba la costa Este hasta Malindi y atravesando hasta Calicut; y, con entera certeza, sólo se debió a la posterior enfermedad de Juan el que los portugueses retrasaran el contacto con la India hasta 1498.

En aquellos momentos, Colón hacía su tercer viaje a las Indias Occidentales. El descubrimiento de América se había hecho de modo completamente distinto a como hasta entonces se llevaban las exploraciones en Africa y el contacto con la India. Hasta el momento en que las tormentas arrastraron a Díaz a gran distancia en el Atlántico sur, cuando se encontraba a unas 500 millas al norte del Cabo, la exploración de la costa africana se había llevado paso a paso. Los marinos se aproximaban a lo desconocido partiendo de lo conocido y procediendo de cabo en cabo y de bahía en bahía. Una vez que los portugueses doblaron el Cabo y establecieron contacto con Mozambique, penetraron en una zona comercial muy compleja, con un intenso tráfico de grandes barcos, donde había mapas y los pilotos utilizaban cuadrante y compás. El océano Indico se asemejaba a un Mediterráneo arábigo-parlante, donde, mediante intérpretes de la península Ibérica o de Africa, los europeos podían dominar los entresijos sin demasiada dificultad, aunque, desde luego, no sin arrostrar bastantes peligros e inevitables privaciones. Toda vez que la teoría geográfica y, por tanto, también los mapas habían admitido que Africa era circunnavegable, el contacto con el lejano Oriente era una cuestión de voluntad y valor sin que se precisara una convicción imaginativa que justificase un enorme salto sobre la mar océana.

Que Cathay se hallaba hacia el Oeste, al otro lado de un gran océano, hacía mucho tiempo que se había dado por supuesto. Sin embargo, para poner en práctica semejante conocimiento no sólo se requerían barcos dotados de las características precisas, técnicas de navegación adecuadas y hombres dispuestos a arriesgar sus vidas, sino también de la capacidad de imaginar el espacio, expresado en términos cartográficos, como abierto a la exploración de modo real y tentador. En el cambio de

mentalidad que suponía el dejar de ver los mapas como registros de lo que se conocía o se imaginaba, para pasar a considerarlos como diagramas de lo posible, como invitaciones a expediciones a las que se podría considerar como mera prolongación de los viajes ordinarios, tenía una influencia más directa el arte que la ciencia o los propios viajes. A finales del siglo XV un artista como Leonardo podía no solamente registrar con exactitud un paisaje que tuviera delante, sino también proyectar imaginativamente su capacidad de asimilación espacial hasta la más amplia perspectiva del ojo de pájaro e incluso, más alto y amplio, podía dibujar un mapa detallado de una provincia completa. El arte ayudaba a la mente a pensar en categorías de espacio mediante el previo adiestramiento del ojo. Al ayudar a los hombres a «ver» el campo como una totalidad y no como un amontonamiento de impresiones independientes y al adiestrar sus imaginaciones, confrontándolas con paisajes imaginarios, pero perfectamente verosímiles, el pintor les capacitaba para proyectar la imaginación más allá del marco del cuadro, más allá de lo que era visible, hacia lo que sólo se podía conjeturar. De la misma manera, con los mapas la imaginación adiestrada se elevaba desde la parte conocida, allí dibujaba, a la consideración de las regiones inexploradas como susceptibles de conocimiento. En efecto, a partir de 1490, los mapas determinaban la dirección de los viajes de exploración con un sentido de incitación positiva que era nueva hasta entonces, pero que alcanzó tal intensidad que docenas de barcos habían de zozobrar y cientos de hombres iban a perecer a la búsqueda de pasos, estrechos y hasta de un continente entero, la Terra Incognita Australis, que sólo existían en la imaginación de los cartógrafos.

Al mismo tiempo se registraba una creciente demanda de mapas y descripciones escritas con fines administrativos y militares. «Me han pedido», escribía un médico humanista de Zurich a comienzos del último decenio del siglo XV, «que describa las regiones de nuestra Confederación y sus alrededores, de modo que puedes compren-

der... lo útil que resulta tal descripción para todos aquellos príncipes que se aprestan a tomar el país por la armas». Los historiadores comenzaban a utilizar la geografía, «el ojo de la historia», con el fin de situar su tema tanto en el espacio como en el tiempo, y el celo patriótico también constituía motivo para descripciones de ciudades y regiones. Asimismo, los políticos, que carecían de atlas o mapas que señalaran las fronteras nacionales, mostraban un creciente interés en concretar el escenario de sus operaciones diplomáticas, valiéndose de los informes de los embajadores para suplir los defectos de los mapas de Europa, aún muy rudimentarios.

Hacia el año 1520, sin embargo, únicamente una minúscula fracción de la población europea había visto alguna vez un mapa. En las escuelas y universidades no se enseñaba geografía, a excepción de en algunos centros, la mayoría de los cuales se encontraban en Alemania, donde se estudiaba a Ptolomeo. Careciendo de la costumbre de pensar el espacio en conceptos, un viajero que fuera a la guerra o al trabajo no podía relacionar sus impresiones aisladas con la naturaleza del camino como un todo, y tampoco podía extenderlas imaginativamente a las partes no visibles de la zona que estaba atravesando; un hombre no podía imaginarse gráficamente el país en el que vivía; un propietario agrícola, incapaz de «ver» sus propiedades como totalidad, no estaba interesado en concentrar sus dispersadas pertenencias por medio de la compra o el cambio; al gobernante, carente de la «visión» de su reino, no le inquietaba malbaratar provincias que las generaciones posteriores, conocedoras del mapa nacional, habían de considerar como esenciales para el mantenimiento de las fronteras estratégicas; informados a través de descripciones verbales, los gobiernos estaban imposibilitados para valorar los recursos materiales y humanos de sus rivales; los generales calculaban erróneamente las líneas de comunicación y encontraban enormes dificultades para elaborar un plan sistemático de operaciones. Por supuesto, en una época que virtualmente carecía de mapas efecti-

vos es lógico que se desarrollara el espíritu localista, así como la caza capacitaba al ojo para juzgar el terreno y las distancias. Si, a pesar de todo, los asuntos militares y diplomáticos están revestidos de un aura de confusión e improvisación, ello se debe, al menos en parte, a que los hombres eran literalmente incapaces de ver sus propios fines.

La dificultad de relacionar la información escrita y oral con un concepto gráfico del espacio también explica (aunque solo parcialmente) la indiferencia general de la mayoría de los europeos ante el pasmoso ensanchamiento de sus horizontes geográficos. Resultaba imposible seguir los viajes con la imaginación, y los relatos de lo que se había encontrado únicamente resultaban atractivos si se podían enlazar con las maravillas y los monstruos de la tradición viajera medieval; las diferencias esenciales con las nuevas tierras y los nuevos pueblos no se podían comprender porque la imaginación se encontraba retenida en Europa.

Los relatos de viajes comenzaron a imprimirse a partir de 1493, cuando apareció en Roma la narración del primer viaje de Colón, mas no encontraron un círculo importante de lectores hasta mediado el siglo XVI. A pesar de la gigantesca influencia que las consecuencias económicas y políticas del comercio y el asentamiento en ultramar habían de ejercer, hasta entonces la información sobre Africa, Asia y las Américas era insignificante, excepto para los que estaban directamente implicados en el comercio ultramarino o en la preparación de los viajes de descubrimientos. La mayor parte de los eruditos humanistas estaba más interesada en el redescubrimiento del mundo antiguo —descubrimiento que se podía realizar mediante palabras y el estudio de los textos— que en prestar atención al descubrimiento del nuevo, lo cual exigía una nueva imagen gráfica del espacio. Absolutamente típica fue la reacción de Marineo Sículo, quien enseñaba en Salamanca cuando Colón estaba allí discutiendo su teoría geográfica con sus colegas y que, además, era uno de los historiadores oficiales de Fernando de Aragón; en-

tre todos los numerosos escritos de Sículo sólo hay una referencia al Nuevo Mundo, aquella en la que comenta el hallazgo de una presunta moneda romana en América Central, mientras desliza comentarios como: «Esto arrebata la gloria a nuestros soldados, quienes alardeaban de su navegación, dado que la moneda es una prueba de que los romanos habían navegado hacia las Indias mucho tiempo antes.» Marineo se mantuvo con los ojos de la mente observando el pasado. Para la gran mayoría de los hombres ilustrados el desafío más interesante venía del tiempo y no del espacio.

II. La Europa política

1. LA UNIDAD POLÍTICA

La variedad de formas de gobierno en la Europa de la época era asombrosa. Incluso aunque omitamos anomalías tales como el Papado y las zonas sobre las que, a todos los fines y efectos, no se ejercía gobierno alguno, aún nos encontramos con monarquías hereditarias, electivas y compartidas, con repúblicas oligárquicas de amplia o estrecha base social, con confederaciones que actuaban como agentes libres y con un emperador cuyas órdenes ignoraban virtualmente la inmensa mayoría de sus súbditos[1]. No obstante, la palabra gobierno en esta época tiene la ventaja de ser menos equívoca que la de nación o estado para la descripción de los acontecimientos políticos, ya se refieran a la política exterior y a la guerra o al sistema tributario y a la administración de justicia, ya a las luchas por el poder dentro de un país determinado, ya a las relaciones entre el súbdito y su gobernante.

En aquel tiempo, la palabra «nación» significaba un conjunto de individuos que habían nacido en el mismo lugar; y así se entendió en los concilios ecuménicos de la Iglesia en el siglo XV, al igual que se seguía considerando en la organización social de las universidades; implicaba también la idea de fines compartidos, experiencias y sentimientos que se podían movilizar a través del gobierno. Evidentemente, en este tiempo resulta posible hablar de un sentimiento nacional, del mismo modo que resulta imposible explicar los asuntos internacionales soslayando la fortaleza del patriotismo[2]. Pero la palabra nación, en su acep-

[1] Véase apéndice. Europa hacia *1500: Un nomenclátor* político.

[2] Véase más adelante, págs. 118 y s.

ción moderna, sugiere un sentimiento comunitario más extensivo de lo que entonces se daba y resulta inseparable de la idea de unas fronteras bien definidas. En la legislación económica mercantilista que promulgaban los gobiernos o en la construcción de fortalezas para la defensa de sus territorios hay implícito algo parecido a un «pensamiento de frontera», pero como ni estaban claramente delimitadas, excepto en la costa marítima, ni tampoco se daba por supuesto que hubieran de ser necesariamente duraderas, fundamentalmente las fronteras eran poco menos que tierras de nadie de distinta extensión, donde las comunidades locales se sometían bien a las leyes de un lado bien a las del otro, según rezara su interés en cada momento, y donde unos hombres que fortificaban sus haciendas e iglesias, con la intención de defenderse a sí mismos, ignoraban en principio el brazo del gobierno, generalmente debilitado al extenderse tan lejos del centro administrativo.

Los geógrafos podían hablar de las fronteras naturales, las montañas y los ríos, como lo hacían Johann Cuspinian en su *Austriae regionis descriptio*. El rey francés Luis XI podía decir en 1482 que quería que «el reino se extendiese... hasta los Alpes... y hasta el Rin»; doce años más tarde, su sucesor Carlos VIII renunciaba a sus pretensiones sobre el Franco Condado y el Artois a fin de evitar que Maximiliano se interpusiese en su proyecto de conquista de Nápoles. De hecho no existía la opinión de que los accidentes naturales pudieran constituir fronteras. No había dos países que se dieran por satisfechos al encontrarse separados por un río, que, por otro lado, constituía un vínculo natural entre las dos riberas, en un tiempo de malos caminos y transporte acuático relativamente barato. Iván III fortificó el río Oka contra las incursiones provenientes del Sur, pero también estableció fortificaciones bastante más al Sur, donde asentó una densa marca de tribus cosacas. Durante las guerras de Italia, a partir de 1494, los alemanes y los suizos pasaron los Alpes y llegaron tan lejos como pudieron en la llanura lombarda. Las montañas dividían a los países, pero no supo-

nían un límite a la expansión. Ni siquiera el mar impidió a Enrique VIII considerar que Calais era parte de Inglaterra y tratar de anexionarse Bolonia; tampoco Aragón retrocedió ante el mar al intentar dominar el reino de Nápoles. Los teóricos también trataban de sostener que el lenguaje actuaba como una frontera natural; mas ni un solo gobernante utilizaba este argumento en la práctica como no fuera a modo de excusa para la conquista. Incluso dentro de cada nación faltaba la convicción de que todos los súbditos del mismo príncipe tuvieran que hablar la misma lengua. Por ejemplo, los estudiosos y las prensas le llevaban mucha delantera al gobierno, sosteniendo la necesidad de extender por el sur el francés, que se hablaba en Ile de France. Carlos V no vaciló en gobernar los heterogéneos componentes que su elección al Imperio en 1519 le aportó, como si se tratase de una unidad gubernativa: lo que por herencia le correspondía en la Europa central y los Países Bajos, así como España, trofeo matrimonial.

Los países europeos, especialmente los del Oeste, estaban tan apretados unos con otros entre el Atlántico, el mar del Norte, el Báltico y el Mediterráneo, sus rivalidades tan claramente definidas, las conquistas que unos conseguían a expensas de los otros eran tan pequeñas y sus sistemas administrativos tan efectivos que resulta tentador considerarlos como verdaderos estados modernos, principalmente si se los compara con Asia, con sus poblaciones tan escasamente esparcidas y sus rachas de entusiasmos religiosos supranacionales. No obstante, Europa, vista desde dentro, estaba aún lejos de constituir un sistema de entidades políticas con una autoconciencia de tales y administradas metódicamente; y ello sin contar las regiones más «asiáticas», el extremo norte, donde los lapones y los fineses pescaban y perseguían a los renos sin que necesitasen saber quién les gobernaba por el momento; ni la región entre el Dniester y el Danubio, una zona vagamente gobernada, asilo de nómadas, esclavos y refugiados.

Desde el punto de vista de las relaciones inter-

nacionales se puede considerar a Europa como un mundo cerrado y propio. Los turcos se habían retirado de sus posiciones en suelo italiano, en Otranto, en 1481, y, desde entonces, aparte de una guerra naval con Venecia de 1499 a 1503, estuvieron demasiado ocupados como para que pudieran constituir una gran preocupación para los poderes europeos: en sus fronteras orientales tenían que luchar contra Persia, en 1516 conquistaron Siria y Egipto en 1517. En lo referente a ultramar, aunque hacia 1520 se habían dado pasos gigantescos en el establecimiento de los imperios español y portugués tras el primer viaje de Colón en 1492 y el desembarco de Gama en Calicut en 1498, el tratado de Tordesillas[3] había resultado efectivo al convencer a los marinos de los dos países de que los unos se mantuvieran fuera de la ruta de los otros, y viceversa; la época de los entrometimientos y los asentamientos rivales por parte de otros países todavía no había llegado. En el campo de las relaciones internacionales en Europa, los descubrimientos y la colonización que les siguió apenas si influyeron, como no fuera para dirigir todo el interés de Portugal y parte del de Castilla hacia ultramar. Aragón prácticamente no participaba en esta actitud y precisamente era Fernando, el gobernante de Aragón, el principal arquitecto de la política exterior española.

El meollo diplomático del período de 1480 a 1520 lo constituyeron los sucesos de Italia entre 1494 y 1515. Ambos años fueron de victoria para Francia; en el primero, Carlos VIII invadió Italia, avanzando a la conquista de Nápoles; en el segundo, el joven Francisco I recobró Milán tras la batalla de Marignano. La segunda victoria había de mostrarse tan efímera como la primera. Lo importante de estos veintiún años radica en el tamaño de las alianzas que se fundaron con este fin y la velocidad con que éstas se rompían y se reconstruían. Limitémonos a dos ejemplos: Carlos VIII se protegió a sí mismo antes de invadir Italia por medio de pactos con Maximiliano, Fernando e Isa-

[3] Véase más adelante, pág. 79.

bel y Enrique VII. Al año siguiente, y alarmados por su fácil triunfo, Fernando e Isabel y Maximiliano cambiaron de bando y se unieron a Venecia y al Papado para expulsar de Italia de nuevo al rey francés. Hacia 1509 los asuntos se complicaron, ya que los propios estados italianos vacilaban menos en utilizar la ayuda extranjera para resolver sus disputas con sus enemigos interiores. En aquel año, Fernando, Maximiliano, Luis XII, el papa Julio II, el duque de Ferrara y el marqués de Mantua constituyeron la liga de Cambrai, con el fin de derrotar a Venecia y de repartirse sus territorios en tierra firme. En la batalla de Agnadello la Liga obtuvo una victoria tan abrumadora que el Papa, atrapado en el dilema del aprendiz de brujo, se volvió contra Francia, que estaba devorando la parte del león de los despojos, y dos años más tarde, en 1511, había fundado una alianza antifrancesa que incluía, una vez más, a Fernando y Maximiliano, junto a los suizos, a Enrique VIII de Inglaterra y a la víctima reciente, Venecia. Tras la batalla de Ravenna (1512), Francia tuvo que retirarse, sólo para regresar, como hemos visto, tres años más tarde.

Si bien las alianzas en gran escala no eran novedad alguna (tales alianzas habían decidido la guerra de los Cien Años) nunca antes se habían construido y reconstruido con tal rapidez. Esto se había hecho posible gracias a la transformación de los métodos diplomáticos. A partir de finales del siglo XV se había extendido desde Italia (donde encontraba amplia aceptación) al resto de Europa la costumbre de mantener diplomáticos *en poste* en el extranjero durante varios años seguidos, de modo que la maquinaria para realizar tratados internacionales o cambios de frente estaba siempre en funcionamiento. Un segundo punto es que los países de Europa, en especial los de la Occidental, eran ahora *capaces*, en un grado hasta entonces inusitado, de emprender una iniciativa diplomática que luego se podía apoyar con el dinero y con los ejércitos, simultáneamente.

Carlos VIII pudo invadir Italia con el ejército mayor que Europa había visto, porque su prede-

cesor, Luis XI, había dedicado un largo reinado (1461 a 1483) a conseguir la recuperación económica de Francia después de la guerra de los Cien Años. Fernando podía intervenir, primero de un lado y luego del otro, a causa de que su reinado compartido con Isabel había restaurado el orden en los dos reinos al rematar la Reconquista y conquistar el reino moro de Granada en 1492, dejando por todo ello un entrenado ejército desocupado. En Inglaterra, el fin de la guerra de las Dos Rosas y el reinado de Eduardo IV (1471-1483) habían restaurado la paz en el país y la rectitud en el gobierno, proceso éste que se acabó bajo un monarca Tudor, después de los dos años de gobierno de Ricardo III (1483-1485). De aquí que Carlos VIII tuviera que sobornar a Enrique VII para conseguir que éste no invadiese Francia en 1494, cosa que hizo Enrique VIII en tiempos del sucesor de Carlos, sin importarle gran cosa los costes. En 1477, los suizos habían derrotado (y muerto) a su principal enemigo, el duque Carlos el Calvo de Borgoña, en Nancy, con lo cual consiguieron la necesaria seguridad para proporcionar gran cantidad de sus piqueros, altamente especializados, para las primeras campañas francesas en Italia. Hacia 1499, y tras una batalla aún más sangrienta que la de Nancy, derrotaron a un ejército enviado contra ellos por Maximiliano, y libres ya de cualquier dependencia real del imperio, tomaron parte en las guerras de Italia cada vez más como entidad política propia y menos como proveedores de tropas para los demás. Unicamente Alemania permaneció tan desunida y ausente de administración central como lo estuvo a mediados del siglo xv. De resultas de ello, Maximiliano era el más débil de los contendientes que lucharon en la península.

Este interés general y pronunciado sobre Italia desde 1494 a 1515 estimuló a cada uno de los países de Europa occidental a vigilar lo que los otros hacían y fomentó un método manifiestamente «moderno» de efectuar los intercambios diplomáticos. Todavía resulta más tentador pensar en los asuntos internacionales en términos de sistema de Estados, cuando el nieto de Maximiliano, Carlos,

que ya gobernaba España desde 1516, heredó las tierras de los Habsburgo a la muerte de su abuelo, en 1519, y fue elegido emperador. Italia siguió siendo el campo de batalla, pero desde aquel momento la lucha estaba establecida entre dos bloques, los Habsburgo y los Valois (en la persona de Francisco I), a quienes ayudaban unos aliados que ya no pasaban de ser meros satélites. Sin embargo, hacia el final de la época que estudiamos, esta polarización no había producido aún la búsqueda consciente de un equilibrio de poderes que, más tarde, había de caracterizar a los asuntos internacionales en Europa. La información acerca de la fuerza real de los otros países era demasiado incierta y el ritmo de los acontecimientos demasiado rápido. Quizá lo más importante es que no se estimulaba la planificación a largo plazo o la posibilidad de un equilibrio eventual debido a que, desde el punto de vista de las potencias no-italianas, las guerras de la península eran guerras de conquista y no por la supervivencia.

Sin embargo, incluso teniendo en cuenta esta reserva, el ritmo de los asuntos internacionales da la impresión de que Europa estuviera constituida por Estados en un sentido moderno, al menos en el Oeste, y el hecho de que fueran la unidad interna y el incremento de la eficacia administrativa, lo que les permitió participar en la contienda por Italia, no hace más que reforzar esta suposición. Es conveniente, por tanto, antes de considerar la evolución interna de cada país, prevenir contra una comprensión de la palabra «Estado» en un sentido demasiado moderno cuando se la emplea en este libro.

En la Europa oriental resulta especialmente equívoco. Iván III (1462-1505) y su sucesor, Basilio IV, estaban empeñados en transformar «Moscovia» en «Rusia» por medio de una serie de conquistas que llegaron a constituir una estructura integrada y vacilante hacia 1520. En lo que se refiere a los otros países del Este, el vínculo entre Lituania y Polonia, el carácter electivo de la monarquía en Polonia, Hungría y Bohemia, que destruía la posibilidad de una continuidad adminis-

trativa, la ausencia virtual de una clase de administradores que hubiera podido cubrir esta continuidad en alguna medida: tales eran las dificultades que se oponían a la consecución y que quedaban compensadas por el hecho de que los destinos de esos países estaban determinados por el egoísmo de una clase particular, los nobles, y por los vínculos de familia de los gobernantes, quienes constituían una «camarilla» que consideraba las tierras comprendidas entre Alemania y Rusia como una propiedad común que se podía repartir según las conveniencias dinásticas más bien que según los intereses nacionales. En los países escandinavos, una incertidumbre similar acerca de dónde residía la autoridad efectiva lastraba la tendencia hacia la administración uniforme y hacia un mayor grado de homogeneidad entre el pueblo y el gobierno. En Alemania era tan fuerte el particularismo de algunas ciudades y príncipes, que preferían aliarse entre sí mismos antes que invocar la protección del gobierno imperial. De este modo se formó la Liga Suaba en el Sur en 1488 con el fin de contener a los suizos, así como la expansión de Baviera, gobernada por su agresivo duque Wittelsbach. Dentro de este mosaico de particularismos había territorios donde el gobierno era tan eficaz al menos como, por ejemplo, el inglés. Uno de esos territorios era el Palatinado, pero incluso aquí se producían anomalías. Su gobernante, el elector, tenía que aceptar que algunos de sus vasallos le prometieran su apoyo, mas no en su calidad oficial de conde palatino, sino en su calidad privada de, pongamos por caso, señor de Weinsberg. El ducado de Borgoña se parecía a Alemania. Desde el Franco Condado hasta Brabante y Flandes, todos sus componentes estaban sujetos a un señor y a su consejo, pero eran excesivamente diferentes en tamaño, importancia económica y condicionamiento histórico para funcionar con auténtica coherencia. No era solamente que las regiones industriales se negaran a unirse con las agrícolas del sur del ducado, sino que, además, proseguían sus rivalidades tradicionales propias, provincia contra

provincia y ciudad contra ciudad. Respetaban, además, fuertes lealtades personales. Los güeldreses consideraban a la familia Egmont como sus dirigentes naturales y no a los Habsburgo. Los Países Bajos no constituían una unidad realmente inviable, pero la consecución de un consenso generalizado era un proceso inmensamente costoso en dinero y tiempo. Por último, dentro de la Confederación Suiza no había poder central alguno; cada cantón continuaba siendo independiente. Si había que discutir cuestiones de interés general, uno o dos de los cantones, generalmente los más ricos, Berna o Zurich, tomaban la dirección e invitaban a los otros a enviar representantes a una dieta *ad hoc*. Los cantones no se consideraban vinculados por las decisiones de la mayoría. A cierto grupo de cantones, cuya topografía y comunidad de ocupaciones proporcionaban vínculos espelcialmente estrechos —tales como los cantones de la «selva», Uri, Schwyz y Unterwalden— se les reservaba la posibilidad de convocar una dieta local sin necesidad de llamar a los otros.

A la hora de analizar la evolución de los restantes países de Europa occidental es importante tener presente no sólo la falta de un claro concepto de las fronteras, sino también la omnipresencia de los enclaves, regiones mal adaptadas o reacias a cooperar completamente con los fines del gobierno que, por tanto, impedían el desarrollo (en parte por razones psicológicas, en parte debido a la organización administrativa) de una respuesta más o menos uniforme y favorable a las decisiones gubernamentales, universalmente vinculantes.

En las monarquías, los enclaves más grandes eran, paradójicamente, las posesiones personales del gobernante, vastas propiedades que podía tratar más favorablemente o explotar de modo más efectivo que el resto de su dominio, zonas que eran «suyas» en un sentido puramente personal, aunque sus rentas se destinaban a sostener a un gobierno que legislaba para el país como un todo. Cada país tenía, además, otro enclave en la Iglesia, sus posesiones territoriales y sus tribunales.

Asimismo tenía cada país enclaves en forma de zonas mal catastratadas por los empleados de la administración central. En 1515, Francisco I heredó una Francia cuyos límites apenas si iban a cambiar hasta el reinado de Luis XIV, pero sólo podía actuar con auténtica libertad dentro de los antiguos núcleos del país: Picardía, Champagne, Touraine, Berry, Anjou y Maine, la «Francia real», como señaló un viajero italiano. El rey tenía siempre las manos atadas por contratos hechos cuando se adquirieron las tierras: exenciones tributarias, exclusiones legales, necesidad de consultar a asambleas locales. Aunque era heredero del país más rico y más grande de Occidente que profesaba lealtad a un solo gobernante, se veía obligado a administrarlo en algunos aspectos como si se tratara de una federación de poderes independientes. En Aragón, la necesidad de respetar las costumbres locales de Cataluña obstaculizaba la voluntad de Fernando, y lo mismo le sucedía a Isabel en la parte más remota de la nación, Galicia, donde tenía que moverse con mucha precaución y recabar el apoyo de los cabecillas enemigos. También la autoridad de los Tudor comenzaba a vacilar a medida que se acercaba a la frontera escocesa; pero incluso más hacia el centro había trozos de territorio, como el palatinado de Lancaster, el «privilegio» de Richmond y el *soke* de Peterborough, que conservaban derechos tradicionales de autodeterminación en materia legislativa y, en menor medida, de imposición. Incluso en Milán, el ducado que Jacob Burckhardt pusiera de relieve para demostrar su tesis de que en Italia el Estado se había convertido en una «obra de arte», lo era tan escasamente que Ludovico Sforza, el más fuerte de los gobernantes italianos de la época, tenía que tolerar que algunas de las familias dirigentes del Milanesado elaboraran sus estatutos propios y que admitieran los juramentos de fidelidad de los hombres de los alrededores.

2. FLORENCIA, FRANCIA, ESPAÑA, INGLATERRA Y ALEMANIA

En la historia de organizaciones políticas tan diferentes como una república: Florencia; una monarquía de dinastía indiscutida: Francia; una monarquía compartida: España; una monarquía de dinastía nueva: Inglaterra, y una combinación de poderes federales y monárquicos: el Imperio; se pueden establecer períodos que, si bien no son absolutamente autónomos, constituyen algo más que meras conveniencias; representan momentos de la evolución política claramente delimitados y, en líneas generales, coinciden. Para Florencia, este período abarca desde 1478, año de la conspiración de Pazzi, cuyo fin era asesinar a Lorenzo de Médicis y a su hermano, hasta 1523, fecha en la que, por segunda vez, se elige papa a un Médicis, bajo el nombre de Clemente VII; para Francia, desde 1481-82, con la recuperación del control real sobre Anjou y el Ducado de Borgoña, hasta 1520, fecha de la batalla del Drap d'Or; para España, desde 1479, año de la unión de Castilla y Aragón, hasta 1519, en que se eligió emperador a Carlos de Habsburgo; para Inglaterra, desde 1485, año en que los Tudor acceden al poder, hasta 1518, cuando se consolida el control de Wolsey sobre la política exterior; para Alemania, desde 1493, fecha de la muerte de Federico III, hasta la elección de Carlos.

A causa del pequeño tamaño de la república, en Florencia los acontecimientos políticos afectaban a la gente más intensamente. En 1478, el atentado contra Lorenzo y Julio tuvo lugar en la catedral, durante una misa mayor. Julio resultó muerto y Lorenzo herido, y a los asesinos se les dio caza a través de las calles, donde ellos trataron vanamente de obtener apoyo mientras huían. A la caída de la noche, cuatro miembros de la familia Pazzi, uno de ellos un arzobispo, colgaba de las ventanas del Palacio de la Señoría, a la vista de todo el pueblo.

En esta época, Lorenzo, quien había heredado en 1469 la dirección de los asuntos públicos que les fuera concedida desde 1434 a su padre y a su abuelo, había endurecido el dominio político y se había

creado enemigos tanto dentro de la ciudad como fuera de ella. En colaboración con sus partidarios, incrementó la fiscalización que el Consejo «Médici» de los Ciento ejercía sobre los órganos de gobierno, el cual pretendía representar una opinión más o menos popular. Por un lado, su casamiento con una aristócrata no florentina, Clarizia Orsini, originó la sospecha de que la familia ya no se contentaba con la idea de ser unos ciudadanos como los demás; por otro lado, se había negado a colaborar con el papa Sixto IV en sus esfuerzos por aumentar el control pontifical sobre la Romaña. La conspiración de 1478 la tramó una familia florentina envidiosa, con el apoyo del Papa; la consecuencia fue una guerra contra el Pontificado y su aliado el rey de Nápoles, cuyo término constituyó un triunfo diplomático personal para Lorenzo y le dio la ocasión para fortalecer aún más los controles por medio de los cuales tanto él como sus partidarios acostumbraban a mantener fuera del poder a sus potenciales enemigos. Aunque formalmente Lorenzo nunca había sido más que un ciudadano privado, cuando murió, en 1492, la dirección de la ciudad pasó, sin que se provocara conflicto alguno, a su hijo Pedro, el cual constituía el punto de referencia que mantenía unido —y, por tanto en el poder— al grupo de familias que tiempo atrás se habían asociado con los Médicis.

Hacia 1494, las decisiones políticas en Florencia eran competencia de un grupo de 300 personas, que suministraba el personal de las principales comisiones alternantes de gobierno. En aquel año, Carlos VIII invadió Italia y mientras el monarca francés atravesaba la Toscana, Pedro trató de encaminarle hacia Roma por medio de concesiones tan importantes (permiso de ocupación de fortalezas claves) que su propio partido denunció el acuerdo y él tuvo que huir de la ciudad. Los resentimientos que, en esta ocasión, emergieron a la superficie, representaban corrientes diversas de opinión resumibles en dos argumentos esenciales: según unos, Florencia debería gobernarse por medio de un pequeño número de personas experimentadas no subordinadas a ninguna familia; según otros, la par-

ticipación política debería ser más extensa de lo que había sido a lo largo de todo el siglo. Por aquel entonces, el prior de los dominicos, Jerónimo Savonarola, había alcanzado notable influencia sobre un gran número de personas pertenecientes a todas las clases sociales, influencia que se sustentaba sobre un vigoroso estilo en la prédica, dentro de la tradición de los evangelistas, el cumplimiento de algunas profecías (la de la muerte de Lorenzo y la de la invasión francesa, entre otras) y una forma secular de considerar los problemas públicos. Es casi seguro que fue su apoyo al partido «popular» lo que le permitió triunfar a éste. Se reformó la Constitución incluyendo algunas defensas contra la formación de partidos, así como un artificio que venía a ser la alternativa más radical concebible en la Europa del tiempo al Consejo de los Cien de los Médicis: un Gran Consejo compuesto por uno de cada cuatro o cinco varones legos adultos residentes en la ciudad.

La nueva forma de gobierno hubo de resistir de inmediato la prueba de la guerra no a través de la directa participación en ella de sus ciudadanos, sino los elevados impuestos necesarios para el alquiler de los mercenarios, la presión psicológica originada por el aislamiento diplomático (ya que Florencia perseveró en la alianza con los franceses que inaugurara Pedro y las reales amenazas a su territorio que suponían los ejércitos invasores y crisis locales, tales como los intentos de César Borgia de consolidar los fragmentos de unidad política de la vecina Romaña. Aún más importante para los florentinos resultó ser la guerra por la recuperación de Pisa, que se prolongó desde 1495 a 1509. Ocupada por las tropas francesas como garantía de que Florencia no cortaría las comunicaciones de Carlos VIII durante la campaña de Nápoles, de 1494 a 1495, la ciudad se negó a volver bajo dominación florentina, una vez que los franceses se retiraron. Apenas se había resuelto esta prolongada crisis cuando dio comienzo otra, provocada por la resistencia de los florentinos a unirse a la liga que Julio II creó en 1511 para levantar a toda Italia contra los franceses. La oposición a tal proyecto

condujo a la intervención de las tropas pontificias y españolas en 1512, al restablecimiento de los Médicis, la abolición del Gran Consejo y la vuelta a las formas constitucionales de los últimos años de Lorenzo.

Apoyado en los celos fraccionalistas y en la indignación que provocaban los chapuceros procedimientos del gobierno «democrático», había vuelto a surgir un partido pro-Médicis, que saludó los acontecimientos de 1512. Por supuesto, había descontentos y dos de ellos planearon en 1513 una repetición de la conspiración de Pazzi, pero una traición los llevó al fracaso; a esta traición, en la que estaba complicado Maquiavelo, le debemos las grandes obras de sus años de destierro de los asuntos públicos, *El príncipe* y *Los discursos acerca de la primera década de Tito Livio*. Sin embargo, el republicanismo radical, el republicanismo simbolizado en el Gran Consejo, había desaparecido.

En 1512, el jefe de la familia Médicis era el hijo de Lorenzo, el cardenal Juan, quien se convirtió en Papa al año siguiente bajo el nombre de León X. Como consecuencia, Roma pasó a gobernar cada vez más a Florencia que, formalmente, seguía siendo una república en la cual los miembros de la familia residentes en la ciudad recibían un acato especial. El vínculo entre el Vaticano y el Palacio de los Médicis ponía de relieve una de las dos diferencias entre la Florencia de 1494 y la de 1513; la otra era mayormente una cuestión de calidad: relacionadas con un Papa y emparentadas con familias reales, las nuevas generaciones de los Médicis traían con ellos reminiscencias de un mundo que no se conciliaba con el de una república. La muerte inesperadamente temprana de León X en 1521 hizo renacer las esperanzas entre las fracciones de opinión republicana, pero el nuevo jefe de la familia, el cardenal Julio, fue lo bastante astuto para desarmar a la oposición invitándola a manifestarse a través de sugestiones escritas para realizar cambios constitucionales. Dos años más tarde también él se convertía en Papa con el nombre de Clemente VII. La política pontificia de León X no le había costado demasiado cara a Florencia en el

aspecto económico; además, florecieron las sucursales de los bancos florentinos en Roma. Clemente, en cambio, se encontraba más condicionado por la presión política de españoles y franceses y no podía ignorar la expansión del sentimiento anticatólico en Alemania. Necesitaba sumas de dinero cada vez mayores que buscaba regularmente en Florencia. Creció la oposición dentro de la ciudad, fomentada por la impopularidad de los representantes habituales de la familia que residía allí y, tras el saqueo de Roma en 1517, realizado por los enemigos de Clemente, los florentinos volvieron a expulsar a los Médicis y reconstruyeron el gobierno bajo la forma que Savonarola ya había dado.

Si en Florencia la historia que los datos reflejan es una historia constitucional, en Francia es predominantemente militar. A la muerte de Luis XII, los reyes se sucedieron sin problemas ni conflictos; a Carlos VIII le sucedió Luis XII en 1498; a Luis, Francisco I en 1515. El buen resultado de la política de Luis XI, consistente en asegurar la paz interna, en mantenerse claramente al margen de las mayores complicaciones extranjeras, en fomentar el comercio y la agricultura y en recabar el consejo de personas que compartían su propio gusto por el duro trabajo poco atrayente, añadido a los ricos recursos naturales del país, permitieron a éste recuperarse de la guerra de los Cien Años. Al final de su reinado, dos afortunados acontecimientos le permitieron casi duplicar la extensión de la Francia que pertenecía directamente a la corona. La muerte del último representante masculino de la gran casa feudal de Anjou en 1481 le aportó las extensas provincias de Anjou y la Provenza. Por el tratado de Arras de 1482, que ponía fin a la cuestión de lo que habría de hacerse con los territorios de Carlos el Calvo tras su muerte en 1477, se le adjudicaron la Picardía y el ducado de Borgoña. Desde 1482 hasta las conquistas de Luis XIV, la historia de Francia, en agudo contraste con los períodos anteriores, es la de la misma zona geográfica, con excepción de Bretaña. Este ducado se había gobernado a sí mismo tradicionalmente como un poder independiente. Pero

una nueva muerte afortunada vino en auxilio de la corona. En 1488 murió el duque Francisco II, dejando el Ducado a su hija. De entre todos los pretendientes, Carlos VIII resultó ser el más convincente, porque invadió el territorio al frente de un grueso ejército y sólo consintió en la paz bajo la condición de que ella se casase con él.

Esta «Francia», en la que ya se reconoce a la moderna, aún se gobernaba de acuerdo con las firmes orientaciones de Luis XI, esto es, concentración de la autoridad en el consejo real, delimitación de competencias de los otros órganos del Estado, en particular los relacionados con las finanzas, y de sus relaciones con el consejo, continua merma de los privilegios locales a favor de una administración central que actuaba desde París. Este último proceso se lleva a cabo con la lentitud apropiada para evitar una confrontación grave entre la corona e individuos o corporaciones poderosos. El hecho de que desde 1484 no se volvieran a convocar los Estados Generales hasta 1560 ha alimentado la opinión de que este último año constituye un hito en varios aspectos, siendo así que, de hecho, la idea de una asamblea de representantes de toda Francia gozaba de poco apoyo popular y que los reyes seguían consultando a sus súbditos a través de las asambleas locales: la corona obtenía de ellas lo que precisaba y las regiones tenían la posibilidad de presentar sus quejas, por lo que no se requería cambio importante alguno.

Carlos VIII y sus sucesores heredaron el sistema tributario más productivo y la organización militar más perfecta de Europa y, seguros de la estabilidad interior, lanzaron decididamente al país a la guerra. En 1494, Carlos entró en Italia con la intención de apoyar las pretensiones de los angevinos al trono de Nápoles. Como la llamada la había hecho Ludovico Sforza, y ni Florencia ni Roma se oponían, el ejército francés avanzaba hacia Nápoles con la misma rapidez con que sus intendentes buscaban los alojamientos precisos. Nápoles se rindió tras brevísimo combate y aunque Carlos VIII tuvo que luchar denodadamente para alcanzar de nuevo los Andes al año siguiente, la

inconclusa batalla de Arnovo le iba a permitir salvar la mayor parte de las tropas que no dejó de guarnición en Nápoles.

Si bien los napolitanos se rebelaron de inmediato contra su nuevo gobernante, Luis acabaría considerando la aventura de su predecesor como un éxito. Sus objetivos eran mayores que los de aquél, porque a las pretensiones napolitanas de la corona él añadía las de su propia familia sobre Milán, originadas en el matrimonio de un antepasado suyo con una Visconti. Durante el segundo año de su reinado, 1499, invadió Italia y al siguiente era dueño del Milanesado. El paso siguiente fue la conquista del reino de Nápoles; no de todo él, sino de la mitad, ya que Fernando había manifestado los intereses tradicionales de Aragón en el sur de Italia enviando tropas que ayudaran a los napolitanos a expulsar las guarniciones de Carlos VIII. El rey francés hubo de aceptar a regañadientes el reparto de los despojos con Fernando. En 1502 ambos ejércitos invadieron y se repartieron Nápoles; pero, como era inevitable, surgieron disputas sobre la división de los despojos, de modo que las tropas españolas, dirigidas por un general genial, Gonzalo de Córdoba, y apoyadas en los refuerzos procedentes de Sicilia y España —el inadecuado poder naval de Francia no se mejoró nunca en el curso de sus intervenciones en Italia—, expulsaron de nuevo a los franceses de Nápoles en 1504 y esta vez para siempre.

Por aquel entonces, las aventuras militares en Italia se habían convertido en algo así como una moda. El siguiente intento de conquista por parte de Francia, utilizando para ello la liga de Cambrai en 1508, era parte de un asalto por el que Francia, España, Maximiliano, el papa Julio II y el duque de Mantua iban a repartirse entre ellos las posesiones de Venecia. Los preparativos diplomáticos para la participación de Luis en esta aventura tuvieron un inevitable carácter laborioso. Luis era un monarca bastante más trabajador que Carlos VIII, quien apenas si podía firmar, pero si bien tenía una cierta inteligencia, no era ni sutil ni paciente, y tuvo suerte al tener un Wolsey en

la persona de Jorge, cardenal de Amboise, el cual le descargaba del mayor peso de la administración y las negociaciones. La victoria de los aliados en Agnadello fue completa, pero, al igual que en el caso de Nápoles, a la ocupación siguieron las mutuas rencillas. Como en el caso anterior, los aliados volvieron a enfrentarse; Fernando, Julio y, más tarde, Maximiliano, unieron sus fuerzas contra los franceses a quienes expulsaron en 1513, no sólo del Véneto, sino también del Milanesado.

Brillante y cultivado, Francisco I se distinguía de sus predecesores en casi todos los aspectos excepto en el militar. A los pocos meses de su ascensión al trono cruzaba los Alpes y, por la batalla de Marignano, recuperaba Milán de modo indiscutido. El Concordato de Bolonia y las concesiones hechas por el Papa en este plan maestro para el gobierno interno de la Iglesia en Francia, así como sus relaciones con Roma[4], demuestran que León X creía que los franceses habían llegado a Italia para quedarse. Lo mismo sucedía con el muy alabado tratado de Cambrai en 1517 y su gemelo, el tratado de Londres del año siguiente, que trataba de asentar una paz duradera. A la muerte de Maximiliano, Francisco llegó a presentarse como candidato al imperio. Esta atractiva propuesta, que se sabía inviable, seguida al otro año por la fabulosa entrevista del Campo del Drap d'Or, es notable porque representa un gasto que, añadido a los costos de la guerra en tres reinos, sólo podía proceder de un país tan próspero y tan ordenado para el nivel alcanzado en aquella época que cualquier estudio de su historia política ha de comenzar con los acontecimientos que tuvieron lugar fuera de sus fronteras.

Para España, por el contrario, tal estudio ha de ocuparse por igual de los actos del Estado internos y externos. Los predecesores de Fernando e Isabel, reyes de Castilla y Aragón, habían sido hombres mediocres cuyos reinados habían estado plagados de rebeliones de los nobles disidentes y de una anarquía muy extendida. La ascensión al

[4] Véase más adelante, pág. 261.

trono de Isabel en 1474 provocó, además, una guerra civil que no se zanjó taxativamente a su favor hasta 1479, el año en que Fernando se convirtió en rey de Aragón. La unión de las dos coronas, que se anunció entonces, estaba fundada en una colaboración probadamente eficaz. Fernando se había casado con Isabel en 1469 y la había apoyado a lo largo de la guerra con medios diplomáticos y militares; el mutuo respeto que se profesaban fue una contribución esencial para lo que, posteriormente, se habrían de considerar como las dos generaciones más extraordinarias de la historia de España.

Aunque España estaba unificada en las personas de sus reyes, no se hizo ningún intento para mejorar la unidad administrativa y constitucional. Siendo Castilla el reino más grande y el más poblado absorbía mucho tiempo a Fernando y casi todo a Isabel. Fernando gobernaba mediante un consejo real errante, ligado al mismo Aragón y a sus regiones hermanas, Cataluña y Valencia, por medio de virreyes y consejos locales; además, el monarca delegaba bastante en las instituciones locales tradicionales a fin de mantener satisfecho a su dominio tripartito y elegía cuidadosamente el personal de aquellas para minimizar las consecuencias de su absentismo. La consolidación del quebrantado poder real en Castilla comenzó durante un momento de calma de la guerra civil, cuando en 1476 una reunión de las cortes (la asamblea nacional) resolvió unificar la multitud de órganos autónomos locales, las Santas Hermandades, en una organización directamente responsable ante la corona en sus funciones de policía y de supresión del bandidaje en toda la extensión del reino. Pero si Isabel necesitaba un fundamento de ley y orden a partir del cual pudiera actuar, también necesitaba dinero y capacidad para sobornar o recompensar a los nobles a los que estaba dispuesta a someter; al establecer ese mismo año de 1476 el principio de que la corona tenía el derecho de nombramiento de grandes maestres de las órdenes militares, inmensamente ricas, dio un paso notablemente audaz ha-

cia el cumplimiento de sus fines: la primera que quedó vacante se la ofreció a Fernando, quien, prudentemente, la rechazó. Pero tal rechazo significaba que no había seria oposición a su acepción de las dos restantes. En principio, el asunto de los grandes maestres demostraba lo beneficioso de la unión de coronas y de talentos: la astucia de Fernando equilibrando la actitud de su esposa, una mezcla de pragmatismo impulsivo y de idealismo, al menos en asuntos religiosos.

Inmediatamente después de la unificación se produjo otra medida que estaba destinada a obtener dinero y a reducir el poder de la nobleza *vis a vis* de la corona: el acta de restitución de 1480 por la que se exigía a los nobles que devolvieran todas las tierras de la corona que habían ocupado durante los disturbios de 1464. En el mismo año se reformaba el consejo de Castilla, en un sentido que mutilaba seriamente la iniciativa de los grandes feudatarios. En 1482 Isabel distrajo las energías de éstos recomenzando la secular cruzada contra los moros, por entonces reducidos al reino árabe de Granada; con ello ganaba tiempo además para que la administración se estabilizara.

Durante los diez años siguientes, la historia de España fue fundamentalmente la de la guerra en el sur y la consolidación en el centro; y si hay una ruptura en la época de que estamos tratando, ésta se produce en 1492. En ese año cayó finalmente Granada, incorporada después a Castilla. Seis meses más tarde, Cristóbal Colón conseguía por fin el respaldo que buscara durante años y zarpaba para establecer el primer contacto entre Europa y las Indias Occidentales que registra la historia. En cierto sentido, este viaje y los que le siguieron representaba una prolongación ultramarina del espíritu de la *reconquista.* Pero así como la guerra contra Granada había combinado los dos objetivos del servicio de Dios y del orden interno, los viajes transatlánticos tenían como fin proporcionar nuevos cristianos y oro. Mayor idealismo o, al menos, mayor sinceridad doctrinaria, contenía el tercer acontecimiento principal de aquel año: la

expulsión forzosa de todos los judíos practicantes[5].

La bula *Inter caetera* del papa español Alejandro VI, en el año 1493, por la que España obtenía los derechos exclusivos sobre sus descubrimientos en el Nuevo Mundo y su contrapartida secular, el tratado de Tordesillas del siguiente año, que dividía las partes del globo hasta entonces no descubiertas entre España y Portugal, se produjeron en interés casi exclusivamente de Castilla. Aunque se permitía a aragoneses aislados asentarse en las Américas, el comercio y los beneficios del asentamiento revertían en la corona castellana. Por cuanto desde 1494 la preocupación política había sido la resolución de los asuntos internos y el lanzamiento del país a su asombrosa carrera ultramarina hacia el Oeste, a partir de esta fecha la iniciativa fernandina se hace predominante y se dirige hacia el área tradicional de influencia aragonesa, el Mediterráneo oriental. La mayor importancia la alcanzan ahora la política exterior y la guerra.

La alianza de los poderes italianos en 1495 para expulsar de Italia a los franceses se debía en gran parte a Fernando, el cual permaneció decididamente fiel a esa política a despecho de su consentimiento para el reparto de Nápoles con Luis XII, acordado por el tratado de Granada de 1500. Hacia 1504, ya dueño de Nápoles, se unió a la liga antiveneciana de 1508, otra ocasión en la que se aliaba con Francia sólo mientras le conviniera. En 1512, gracias a sus tropas pudo Julio II obligar a rendirse al último aliado de Francia, Florencia, y aceptar de nuevo a los Médicis exiliados. Aprovechándose de los problemas de Luis en Italia, se anexionó el reino de Navarra, redondeando con ello España en sus fronteras actuales.

Isabel murió en 1504 y, de acuerdo con la naturaleza esencialmente personal de la unión, no la sucedió Fernando, sino su hija Juana, esposa de Felipe, hijo de Maximiliano. En 1504, por lo tanto, Juana se convirtió en la reina de Castilla y Fernando quedó limitado legalmente al gobierno de

[5] Véase más adelante, págs. 224 y s.

su propio reino. Pero en 1506 murió Felipe de Habsburgo y, como Juana estaba loca, Fernando pasó a ser regente, en lugar de su heredero Carlos, de seis años de edad. A pesar del apoyo del principal consejero de Isabel, el cardenal Cisneros, la posición de Fernando en Castilla era difícil, debido a la interferencia de los consejeros holandeses de Carlos. Sin embargo, supo continuar la política de Isabel en dos aspectos: prosiguió la cruzada contra los moros a través de la costa norte de Africa, donde se tomó Orán en 1509, y obtuvo de Julio II el derecho de nombramiento para todos los beneficios eclesiásticos en el Nuevo Mundo, un derecho que Isabel y él habían ya obtenido para Granada.

Esta fue la primera línea política de los Reyes Católicos (título que se les concediera a Isabel y Fernando en 1494 por sus servicios a la Iglesia) que Carlos prosiguió tras la muerte de Fernando en 1516. Sus consejeros persuadieron al papa de que garantizase a la corona el derecho de nombramiento de todos los obispados de España, con lo que se consiguió la más manejable de todas las ramas nacionales de la Iglesia católica en Europa. Ello sucedió algunos años antes de que el monarca recogiera los otros hilos de la política de sus predecesores. Al llegar a España en 1517, sin saber hablar español y rodeado de flamencos, su impopularidad personal produjo una oposición resentida ante los cambios políticos del momento, hasta que aprendió a gobernar España como un español en los años posteriores a su elección al Imperio en 1519.

Al igual que en España, la primera responsabilidad del gobierno en Inglaterra consistió en la imposición de la ley y el orden, y en el restablecimiento del poder real efectivo. En Inglaterra la tarea estaba simplificada debido a que los medios por los que se ejercía la autoridad de la corona ya estaban establecidos de tiempo atrás y configurados en instituciones financieras, judiciales y consultivas, que, si se daban circunstancias favorables y una dirección sana, podían producir un gobierno fuerte y ordenado. En Castilla, y algo menos en

Aragón, los soberanos tenían que inventar; en Inglaterra, su principal tarea era la de restaurar.

Durante el decenio de los años 70 del siglo XV, Eduardo IV consiguió algunos progresos en esa dirección. No es que pudiera contener gran cosa la tendencia hacia una especie de la descentralización no planificada, resultado de la conservación de los ejércitos privados y de las luchas entre los partidarios de York y los de Lancaster, pero sí hizo cuanto pudo por poner los órganos centrales de gobierno al servicio del país y no de una camarilla. Eduardo murió en 1483. La sucesión por su hijo Eduardo V, de doce años de edad, provocó la escaramuza de gabinete que constituyó el preludio a la última de la guerra de las Dos Rosas: una lucha por el control del gobierno entre la madre del rey niño y su tío Ricardo, duque de Gloucester, lucha que terminó cuando Ricardo convenció al Parlamento de que le nombrara rey a él considerando la posible ilegitimidad del niño. Para algunos, este modo de hacerse con la corona constituyó una fuente de disgustos, otra fue la inmediata desaparición de Eduardo y de su hermano, y la tercera, la forma que tenía el rey de contrarrestar la oposición con el hacha más que con la ley. En este clima, su intento de gobernar pacíficamente, en la línea de Eduardo IV, se consideraba ambición personal y, cuando el representante de la casa rival de Lancaster, Enrique Tudor, llegó de Francia en 1485, encontró apoyo suficiente para ganarle la batalla de Bosworth y la misma corona.

Con su rival muerto, Enrique no perdió tiempo en convencer a nadie de la evidencia de que él y sus herederos representaban la auténtica línea de la realeza inglesa; pretensión ésta que no se podía probar ni a través de la genealogía ni a través de la ley. El Parlamento se mostró de acuerdo, como lo hizo en el caso de Ricardo. Casándose con Isabel de York, Enrique aplacó algo a la latente oposición que aún existía, y encerrando en la Torre al heredero de York, el joven conde de Warwick, la privó de su dirigente natural.

Si Enrique VII fue capaz de fundar una dinastía que gobernó Inglaterra durante más de un si-

glo, se debió, además de a su muy desarrollado sentido de la oportunidad, al carácter de los tiempos que corrían. Hacia 1485 había mayoría de magnates que se consideraban a sí mismos yorkistas, pero que estaban dispuestos a poner la seguridad por encima de la aventura de un nuevo conflicto; y este sentimiento aún estaba más extendido entre los terratenientes no pertenecientes a la nobleza y entre los mercaderes, todos los cuales gozaban de bienestar y estaban orgullosos de su influencia local, por lo que la subsistencia les interesaba más que la lealtad. Era a esos hombres a quienes pretendió ganarse Enrique con medidas orientadas a acabar con los ejércitos privados de vasallos, a terminar con la intimidación a los jurados y a proteger las posesiones, los contratos y el orden público por medio de tribunales directamente responsables ante la corona. Ellos fueron los que le sirvieron de buena gana cuando jueces de paz en los condados y quienes le prestaron su voz cuando alguna rara vez los llamaba a Londres a sentarse en el Parlamento. No obstante, aún existía una oposición latente. Lambert Simnel, quien pasaba por ser el preso conde de Warwick, reunió a su alrededor tanto desafecto a Enrique que éste tuvo que extirparlo con una batalla, la derrota de Stoke en 1487, que dejó a Simnel prisionero en sus manos. Perkin Warbeck, que se hacía pasar por el hermano de Eduardo V, el duque de York, supuso una amenaza más grave y mucho más duradera. Que los problemas de Enrique no eran simplemente de orden interno lo demostraba el apoyo que Warbeck obtuvo primero en Francia, después en Holanda y, sucesivamente, en el Imperio, en Irlanda y en Escocia, antes de encontrarse abandonado por los hombres de Cornwall, en cuya resistencia tradicional había confiado para que le proporcionaran un ejército. Cuando se rindió en 1497 llevaba una carrera de impostor de seis años. Dos años más tarde, Enrique seguía tan preocupado con las conspiraciones contra el régimen que tuvo que ejecutar a Warbeck y al conde de Warwick, quien aún estaba prisionero.

Por aquel tiempo, Enrique había tomado medidas para protegerse por medio de un anillo de alianzas extranjeras. En el tratado de Medina del Campo, de 1489, se comprometió el matrimonio de su hijo Arturo, de dos años de edad, con la hija de Fernando, Catalina. El tratado de Etaples con Francia, en 1492, puso término al apoyo que Enrique había estado prestando a la lucha de Bretaña por su independencia, apoyo que se debía por una parte a sus pretensiones al trono de Francia y por otra, a que la amistad con Bretaña era el medio más seguro de mantener la piratería alejada del Canal. En 1496, un acuerdo de paz con Holanda redujo el peligro que suponía que los Países Bajos apoyaran a un pretendiente que allí surgiera, sin que, sin embargo, afectara a la continua rivalidad económica. Más cercana al país, se castigó a Irlanda por haber apoyado a Warbeck; para ello se promulgaron en Drogheda, en 1494, las «Poynings laws», que, teóricamente, subordinaban a Irlanda por completo a la corona inglesa. En 1502 se concertó el matrimonio entre la princesa Margarita y Jacobo IV de Escocia. En lo referente a asuntos internos, el reinado se caracterizó más por los acontecimientos que por los procesos. La corona adquirió una libertad de acción muy incrementada debido a un acta de restitución de 1481, similar a la de Isabel en 1480; pero, al margen de esto, actuó más bien como un buen administrador que como un innovador constitucional o un propietario ostentoso. Incluso los estatutos de sus parlamentos redactados con más rigor, como el acta de retención de 1504, no pasaron de añadirle uñas a la legislación ya existente.

En 1509, Enrique VIII, de diecisiete años de edad, entraba en posesión indiscutida de una herencia que incluía un experimentado núcleo de consejeros y burócratas, un tesoro lleno, una sociedad que, si bien violenta y criminal, no era potencialmente rebelde, y un peso modesto, aunque claramente reconocido en el concierto internacional. Aparte de ejecutar a dos de los más impopulares ministros de su padre, Empson y Dudley, el nuevo rey dejó que los asuntos domésticos discurrieran

por las vías que su antecesor determinó. Unicamente escarbó profundamente en el tesoro legado por su padre, a fin de labrarse una imagen más impresionante en el extranjero. Casado con la viuda de Arturo, Catalina, saludó el contacto con Aragón que le proporcionaba una carta introductoria para los protagonistas del extenso drama de las guerras italianas y justificaba la agresión a Francia. En 1513 probó el sabor de la sangre en persona en una expedición que tomó Thérouanne y Tournai y que derrotó un pequeño ejército francés en la batalla de Spurs, así como en la victoria de sus agentes sobre el aliado de Francia, Escocia, en la batalla, más decisiva, de Flodden. A partir de entonces, la importancia de Inglaterra en la diplomacia internacional se hizo más relevante, especialmente cuando la ambición personal de Wolsey condujo a éste, después de 1515, a vincular los asuntos ingleses más estrechamente con los del Papado. En 1518, la iniciativa inglesa, manifiesta en el tratado de Londres, extendió un barniz lustroso, aunque superficial, sobre la hostilidad mutua de las potencias occidentales y la época termina con estremecimientos de aprensión transmitidos a lo largo de toda la red diplomática europea como resultado de los encuentros personales de Enrique y Carlos en Inglaterra y Holanda, y de Enrique y Francisco en el Campo del Drap d'Or en 1520.

Alemania aparece mucho en la historia diplomática de la época, aunque, por regla general, sus intervenciones tienen solamente una significación ritual. Las amenazas de guerra eran más frecuentes que las movilizaciones reales y los ataques militares solían consumirse sin dejar nada tras ellos que delatase su existencia. Y, sin embargo, Alemania era rica y populosa.

La disparidad entre los fines y los medios nacía de la disparidad entre la geografía y la constitución. El emperador hablaba como dirigente político de Alemania, pero los alemanes no le respaldaban, o, en todo caso, sucedía en escasa medida, debido a la naturaleza electiva, más bien que hereditaria, del título imperial. A todos los fines y propósitos, el Imperio era hereditario dentro de la fa-

milia de los Habsburgo; Maximiliano sucedió a su padre Federico III en 1493 y, a su vez, su nieto Carlos le sucedió a él en 1519. El motivo principal de esta situación era la ausencia de una maquinaria imperial capaz de vincular la política de los emperadores con los bolsillos de la multitud de príncipes, caballeros y ciudades que consideraban el lugar que ocupaban dentro de la constitución imperial como un asunto marginal respecto a sus propios intereses. En realidad, el lugar constitucional no se ignoraba. Por supuesto, se reconocía que ciertos problemas, tales como el bandidaje, la guerra privada y el incremento demográfico en el Suroeste, no se podían tratar a nivel local. Tanto los componentes del Imperio como el mismo emperador deseaban que las partes de la maquinaria funcionasen, pero sus esfuerzos se venían abajo ante la incapacidad de ponerse de acuerdo sobre cómo tendrían que funcionar. Esta incapacidad y, por ende, la del emperador para obtener respaldo fuera de sus tierras hereditarias, se puso de relieve en las consecuencias de la muerte de Carlos el Calvo, duque de Borgoña, en la batalla de Nancy en 1477.

Gracias a su matrimonio con María, la hija de Carlos, Maximiliano recibió la parte del león en las tierras del Ducado de Borgoña. Por este motivo hubo de luchar contra Francia, pero, con la Paz de Senlis, en 1493, retuvo el Franco Condado, Luxemburgo y los ricos e industrializados Países Bajos, gobernados en su nombre por su hijo Felipe desde 1494 y después, a la muerte de Felipe en 1506, por el joven Carlos, quien se encontraba fundamentalmente bajo la influencia de su tía Margarita. Esta adquisición de tierras en el Oeste fue la que dio carácter de urgencia al problema de la reforma de la constitución imperial. Habitualmente, los emperadores solían poner el interés de sus propios territorios por encima de los de Alemania como totalidad; pero ahora, se añadía a los intereses políticos de las viejas tierras de los Habsburgo —hostilidad hacia Venecia, defensa contra los turcos, pesca en las aguas dinásticas de Bohemia y Hungría— el desafío que suponía el vecin-

daje con una Francia no amistosa. Y esto sucedía en una época en que Francia se mostraba como la más agresiva de las potencias europeas a través de sus repetidas invasiones de Italia. El desafío se producía además durante el reinado de un emperador[6] cuyo carácter era particularmente susceptible a los valores caballerescos, religiosos y militares, que aún guardaba el nombre de Sacro Imperio Romano. De entonces en adelante, Maximiliano estaba decidido a representar un papel heroico en Italia como preludio a la dirección de una cruzada europea contra los turcos. Sus súbditos estaban decididos a que no hiciera nada parecido.

Maximiliano no se opuso a la invasión de Italia por Carlos VIII en 1494 porque esperaba obtener apoyo contra Venecia; además se casó con la hija del aliado de Carlos, Ludovico Sforza, en Milán, en parte por la dote, en parte para poder decir públicamente que Milán era un feudo del Imperio. Pero la facilidad con que Carlos conquistó Nápoles le dio que pensar. Para conseguir el dinero que le permitiera unirse a las fuerzas de los coligados a fin de oponerse a Carlos en su camino hacia el Norte, se dirigió al *Reichstag*, la dieta imperial, que comprendía a los electores junto con los representantes de los príncipes y las ciudades, en Worms, 1495. La cantidad que recibió llegó demasiado tarde para convertir la azarosa retirada de los franceses en una derrota. La dieta insistió en tratar la reforma constitucional, y de tal insistencia surgieron dos decisiones que iban a perdurar: la proscripción de la lucha de la guerra privada entre el Imperio y un *Reichskammergericht*, o tribunal imperial, que era quien había de poner en vigor tal proscripción. Estaba compuesto de 25 jueces, de los cuales solamente cinco los nombraba Maximiliano, aunque también nombraba dos más en su calidad de propietario de las tierras de los

[6] Maximiliano no era emperador formalmente, porque tal título dependía de que fuera coronado por el papa, lo cual no sucedió. Pero desde 1508 adoptó el título de emperador electo. Su título exacto había sido hasta entonces el de rey de los romanos.

Habsburgo. Cinco años más tarde, en 1500, se reunió de nuevo la dieta en Augsburgo. En aquel tiempo, Maximiliano tenía que digerir la recién conquistada independencia de los suizos en la guerra Suaba de 1499 contra el Imperio y tenía que vigilar también la conquista de Milán por Luis XII durante el mismo año. Nuevas peticiones de reforma respondieron a las suyas de dinero. Las medidas de 1495 habían afectado los intereses del emperador únicamente en cuanto que le obligaban a compartir la autoridad judicial completa. En 1500 tuvo que aceptar el *Reichsregiment*, un cuerpo gobernante supremo del cual el emperador era el presidente, pero que podía legislar para el Imperio sin él. Sus planes militares se desvanecieron, pero, al menos, tuvo la satisfacción de ver marchitarse un par de años al nuevo consejo como órgano estatal efectivo. Se trataba del último intento serio de reforma antes de la muerte de Maximiliano.

Mas aunque las siguientes dietas fueron menos críticas, el emperador continuó presentando una pobre estampa en el extranjero. En 1496 había atacado sin éxito la parte toscana de Livorno, en su calidad de aliado de Ludovico Sforza contra Florencia. En 1509 su única contribución a la guerra contra Venecia fue el fracaso del sitio de Padua. En 1516 invadió el Milanesado, pero se quedó sin dinero después de haber pasado un solo día en Milán; sus tropas desertaron y él retornó a Austria humillado.

De 1493 a 1519, la historia del Imperio muy poco tiene que ver con la de Alemania. La historia de Alemania es ante todo la de los principados aislados, los territorios eclesiásticos autónomos y las grandes ciudades que componían el mundo germanohablante. Maximiliano trató de darles a todos ellos un destino común por medio de una ferviente propaganda en nombre de una idea imperial revivida y fracasó en su empeño. Su éxito radica en el gobierno de sus propias tierras y en una política dinástica que hizo de su sucesor el gobernante de más de la mitad de la Europa del oeste.

3. LA EVOLUCIÓN INTERNA

Salvo en algunos pocos casos, el objetivo interno principal de gobierno tanto de estos cinco países como de los otros no era renovar, sino restaurar. Sin embargo, como lo señala Guicciardini en sus comentarios a los *Discursos* de Maquiavelo, cualquier intento de reproducir algo que haya sucedido en el pasado origina necesariamente algo nuevo, debido a las circunstancias concomitantes. Lo que les da cierto aspecto de novedad a los gobiernos de este período es la cantidad de precedentes que exhumaron o restauraron y la rapidez con que lo hicieron, el consentimiento general obtenido de sus súbditos (excepto en Alemania) y la existencia de grandes burocracias permanentes, garantía de que lo que se había recuperado bajo control central iba a permanecer.

Aunque no había gobierno cristiano alguno que pudiera compararse con los turcos otomanos a este respecto, el incremento del control central era un fenómeno que se podía observar en todo Europa, desde Rusia con las conquistas de Iván III hasta los Estados Pontificios, donde los papas —de Sixto IV a Julio II y León X— luchaban para recuperar territorios que se habían perdido bajo sus predecesores y, por tanto, incrementaron las reservas humanas y de dinero de las que dependía su posición predominante, tanto en la política internacional como en la peninsular. La centralización eficaz, sin embargo, se encontraba obstaculizada por la mala calidad de las vías de comunicación, especialmente allí donde la capital estaba excéntricamente situada con relación a la periferia, cual era el caso de Inglaterra y de Francia, y por la ausencia de ejércitos permanentes; sólo contaban con las guardias reales y las guarniciones, lo que suponía que los gobiernos tenían que adecuar los cambios a lo que los súbditos se hallaban dispuestos a tolerar.

La corona desbrozaba las zonas abiertas a la fiscalización central por medio de la restitución de derechos que prescribieron en períodos de anarquía, a través de la revisión de cartas que guarda-

ban como reliquias (o decían guardar, ya que en este campo se habían producido muchas falsificaciones), exenciones y privilegios, ampliando la categoría de los delitos que se podían interpretar como violaciones de la «paz real» o, simplemente, ofreciendo un procedimiento judicial más rápido y más justo que el que el individuo podía encontrar en la mansión feudal o en el ayuntamiento. Todos los procedimientos se costeaban por medio de honorarios y de multas, y la justicia real arremetía con toda su fuerza contra las justicias locales, no sólo porque al hacerlo así desbarataba lealtades puramente locales, sino porque de ese modo conseguía lo que en realidad era un impuesto lucrativo aunque invisible.

Si en el campo de la justicia el gobierno parecía dar más de lo que tomaba, en el tributario el intercambio era menos favorable y, por ende, tenía que proceder con mayor cautela. Ni un solo rey francés, por ejemplo, se atrevía a tocar las exenciones tributarias de la nobleza. Casi todos los gobiernos tenían que buscar compromisos con asambleas que declaraban representar a las clases que pagaban impuestos. En Polonia había un *seym;* en Suecia, un *ting;* en el Imperio, el *Reichstag;* en Castilla y Aragón, las *cortes;* en Francia y en los Países Bajos, *asambleas de los estados;* en Inglaterra, el Parlamento. En su origen, todos estos cuerpos los había configurado la corona en su necesidad de levantar impuestos especiales con fines militares, y para obtener también el apoyo público que se hacía necesario si había que recaudarlos; eran susceptibles de manipulación por parte de la corona, en particular si la nobleza estaba del lado de ésta, pero el principio de reparación de agravios a cambio de las concesiones en dinero era común a todos ellos y, naturalmente, los gobernantes se resistían a convocarlos excepto en casos de gran necesidad. Mientras los costos de sus guerras y de las de Fernando en Italia no alcanzaron una cifra alarmante, Isabel dejó pasar catorce años sin convocar las cortes castellanas; entre el año 1497 y el de su muerte, en 1509, Enrique VII sólo convocó el parlamento

una vez. Esta época constituyó un momento de prueba para la evolución de las asambleas nacionales, más que un período de transformación. En los últimos años de ella aún no se había confirmado la decadencia de los estados generales franceses; por otro lado, la colaboración regular entre la corona y el parlamento, que, más tarde caracterizaría al gobierno inglés, apenas si se esbozaba.

Mayor importancia cabía al incremento en la cantidad de profesionales empleados en el gobierno, ya que éstos representaban la continuidad, un concepto del servicio ajeno a la sangre o a la posesión y un sentido de la actividad crecientemente impersonal y eficaz, en nombre del gobierno y no de un gobernante particular. La cantidad de personas empleadas en función de su capacidad ya fuera en los consejos reales ya en la administración local crecía continuamente. El secretario se convirtió en una pieza clave en todos los países, desde Rusia al Palatinado, desde España a Inglaterra. No es casual que en el Imperio, donde el servicio civil era muy débil, no se consiguiera organizar una administración imperial o federal eficaz; mas también aquí se expresaba el espíritu del estado futuro más impersonal a través de uno de los consejeros cultos de Maximiliano, quien se quejaba de que nunca se hacía nada porque el emperador se entrometía constantemente.

Esta tendencia hacia una forma impersonal de gobierno no disminuía de modo alguno la función personal del gobernante o la imagen que éste presentaba a su pueblo. Todo súbdito, decía el canciller de Carlos VIII cuando en 1484 le presentaba a éste los Estados Generales, tiene que anhelar la vista de su rey. «¡Mirad, pues, con alegría a su rostro! ¡Cuán radiante es la belleza que exhala, cuán serena! ¡Cuán claramente refleja una naturaleza noble e ilustre! ¡Qué promesa para todos de sagacidad futura! ¿Acaso el liberaros del miedo, el aportar la calma perpetua a los terrores de todo el mundo, no es lo bastante valioso para entregarle la obediencia? ¡Sin duda que, con el auxilio de la confianza que depositamos en él, cumplirá su

tarea de tal modo que la edad de oro regresará entre nosotros durante su vida y por todas partes resonarán gritos de alegría y regocijo!» La idea de que el gobierno era la corporeización de una relación personal entre gobernante y gobernado, que daba a entender esta arenga, no implicaba la simple obediencia. Era opinión general que el príncipe tenía que simultanear la protección al pueblo con las exigencias sobre éste. Las convenciones feudales habían impregnado a Europa con la idea del contrato; los juramentos de coronación subrayaban los deberes del príncipe tanto como sus poderes y, si se les daba la ocasión, los súbditos no se mostraban remisos para pronunciarse por su parte en la relación contractual.

Cuando Enrique VII cabalgaba a través de Worcester en 1486, un actor teatral le saludó con las siguientes palabras:

> «¡Oh, Enrique! eres responsable frente a nosotros, que te hemos elevado por nuestra elección.»

En 1514, los estados de Baviera aleccionaban al duque Guillermo en términos todavía más llanos: «¿Qué es un príncipe sino un administrador de un territorio, un criado de criados, como se ha llamado a sí mismo hasta el papa? Un príncipe es el primero en su país mientras gobierne con virtud a sus súbditos. Si no es así, no merece que se le alabe, que se le honre o que se le obedezca.» Enrique VII era un rey nuevo cuyo derecho al trono no estaba por completo fuera de discusión. Guillermo tenía la activa oposición de su hermano Luis. Aunque éstos son casos especiales, reflejan una idea general —que ya entonces estaba pasada de moda—, según la cual había un vínculo especial y directo entre el gobernante y su pueblo. Los reyes continuaban reconociendo esa convención cuando, en ciertos casos, explicaban las razones de sus actos: Carlos VIII les explicó a los Estados Generales su reforma de la tesorería de Rouen, invitó a las ciudades a sancionar los tratados que preparaban la invasión de 1493 y justificaba esta

misma ante aquéllos. Los monarcas tomaban todavía juramentos de lealtad a las ciudades e individuos, indicando, desde luego, que las lealtades fundamentales habrían de referirse al soberano y no al Estado La visita de Enrique a Worcester era parte de un programa, que todos los gobernantes seguían, destinado a hacerse ver por el pueblo. Erasmo prevenía al futuro Carlos V de que «no hay nada que aliene más el afecto de pueblo [por su gobernante] como que éste se complazca viviendo en el extranjero, porque entonces se sienten relegados por él, para quien ellos quisieran ser lo más importante». Ya viejo y enfermo, Luis XI, aterrorizado por la idea de que pudieran asesinarle, se encerró en Plessis-les-Tours, fortaleciéndolo con rejas y troneras de hierro, desde las cuales los arqueros podían disparar sobre cualquiera que tratase de ganar la entrada. Despidió a muchos de sus sirvientes porque temía que le pudieran envenenar. Sin embargo, a fin de dejar bien claro que aun en reclusión no había dejado de gobernar, incrementó su actividad diplomática y se inventó excusas para establecer correspondencia con países con los que no era probable que se pudiera entrar en negociaciones diplomáticas. Según Commines, mandó buscar mastines a España, «perritos lanudos» a Valencia, una mula a Sicilia, caballos a Nápoles e incluso alces y renos a Suecia y Dinamarca.

Los gobernantes tenían tal desconfianza en las formas administrativas y en la política centralizadora para preservar la lealtad al hombre y la obediencia a la máquina, que hinchaban sus títulos. El Gran Duque Iván III de Rusia se definía como «soberano de toda Rusia», y su sucesor, Basilio, se refería a sí mismo al hablar de zar y emperador. El neutral y objetivo «rey» Enrique VII se había convertido en 1504 en «nuestro más temido soberano señor». Los títulos que aparecían en las proclamaciones acentuaban que las guerras se hacían entre gobernantes y no entre estados. En 1485, cuando Inglaterra y Francia se hallaban en términos amistosos, al referirse al rey francés se le llamaba «el más querido primo de Enrique,

Carlos de Francia». Cinco años más tarde Francia era un enemigo y su gobernante, simplemente «Carlos, el rey francés». En 1492, la alianza común consiguió que Enrique se refiriera al «más excelso y poderoso príncipe, su primo de Francia». La guerra de 1513 condujo de nuevo a la fórmula «Luis, el rey francés», y la tregua de 1514 impuso el estilo de «el muy excelente, elevado y poderoso príncipe, rey Luis de Francia». En esta época fue cuando se elaboró todo un ceremonial para ocultar la muerte del rey francés hasta el momento en que se le depositaba en la tumba. Se hacía una trabajosa efigie exactamente igual que el recién difunto monarca y se le rendían todos los honores, como si fuera la persona misma. En el trayecto fúnebre hasta S. Denis, el cuerpo del rey yacía desnudo en un ataúd, mas la efigie llevaba su corona, su cetro y su vara de justicia. Hasta que no se enterraba realmente al cuerpo no se lanzaba el grito «¡el rey Carlos ha muerto; viva el rey Luis!». Hasta aquel momento, este ritual, cuya enorme fuerza residía en que reunía el interés de las piezas teatrales y de los misterios, no constituía una representación de la teoría de que el rey nunca muere; ni ese grito implicaba algún tipo de referencia a instituciones distintas de la personalidad del monarca, algo parecido al Estado. Expresaba más bien la convicción de que era importante prolongar el homenaje y la gloria debida a un rey hásta el mismo borde del sepulcro.

Como es lógico, la corte del gobernante, como prolongación de su personalidad, se hizo más vistosa. Enrique VII, que era frugal con el dinero de la nación en otros aspectos, se prodigaba en los banquetes y entretenimientos que daba en la corte. El fin de la vida de la corte era no sólo despertar el interés y la reverencia en el país, sino impresionar a los visitantes extranjeros. Con el gasto que hizo Enrique VIII en el torneo de Westminster de 1511 se hubiera sufragado la construcción de 16 ó 17 barcos de guerra. Y esta inflación de los espectáculos principescos era un fenómeno extendido que se podía observar en las cortes de Milán, Viena o Moscú y en traslados reales durante los cua-

les los reyes franceses y Fernando e Isabel se mostraban a sí mismos como la incorporación de sus respectivas naciones. Además de ello, el gasto tenía también un carácter de cebo para atraer a los nobles y cumplir, por tanto, un objetivo político directo: el gasto de una corte vistosa y las pensiones concedidas a los cortesanos suponían menos desembolso del que causaba la deslealtad, por no mencionar la rebelión.

Un sentimiento de identidad con un gobernante no conduce necesariamente a una identificación con su política. Por esta razón se comenzó a hacer uso de la propaganda en una cantidad desconocida hasta entonces. Los medios que se usaban eran diversos: las proclamas y los manifiestos se distribuían para su lectura desde el púlpito. Se empleaba a hombres de letras incondicionales a fin de pregonar la fama de su patrón y la justicia de su causa. También las bellas artes se vieron obligadas a contribuir al servicio, aun cuando el público al que tenían que alcanzar fuera obligadamente pequeño. Amenazado por las propuestas para convocar un concilio ecuménico de la Iglesia, Sixto IV comisionó a Botticelli para que, por medio del fresco *El castigo de Corah,* advirtiera a los conciliaristas el destino que esperaba a los que se rebelaban contra Dios. Julio II, consciente de que aquellos herejes que atacaban la doctrina de la transubstanciación estaban atacando también a los sacerdotes, que eran los únicos que podían producir el milagro, hizo que Rafael pintara *El milagro de Bolsena,* donde aparece la hostia cubierta de sangre[7]. Las medallas se acuñaban con consignas políticas; incluso las monedas corrientes podían llevar un mensaje político. Después de la muerte de Isabel, y aunque legalmente ya no era más que regente de Castilla, Fernando había acuñado monedas en las que se leía la inscripción

---

[7] A fin de conmemorar la liberación de los suecos de las garras de Dinamarca, Sven Sture comisionó a Bernt Notke para que hiciera la estatua ecuestre de San Jorge y el dragón, gesto similar al de la erección del grupo de *Judith y Holofernes,* de Donatello, frente al palacio cívico de Florencia, cuyo fin era simbolizar la expulsión de los Médicis

«Fernando y Juana, Rey y Reina de Castilla, León y Aragón». Tampoco se echaba en olvido el drama. *El triunfo de la fama,* de Sannazaro, celebraba la conquista de Granada por Fernando en beneficio de su primo Ferrante de Nápoles. Konrad Celtis escribió una obra que conmemoraba la victoria de Maximiliano sobre el ejército bohemio en 1504 y le añadió una exhortación al emperador para que condujera un ejército cruzado hasta Constantinopla, proyecto para el cual Maximiliano había buscado dinero y tropas durante largo tiempo. No está claro si Luis XII protegía realmente al poeta y dramaturgo Pedro Gringoire, pero los escritos de éste seguían muy de cerca la política del monarca: antiveneciano en 1509, cuando Francia se preparaba para atacar Venecia; antipapal en 1512, cuando Luis estaba tratando de amedrentar a Julio II con la ayuda de un concilio general de la Iglesia.

La utilización del lenguaje popular en las obras propagandísticas de Gringoire autoriza a pensar que estaban escritas para públicos de diversas procedencias sociales. Un público más amplio alcanzaban los grabados, que cumplían una función parecida a las modernas historietas. Ningún gobernante utilizó el grabado para fines tan varios como lo hizo Maximiliano, quien abarcaba desde las toscas hojas baratas, que justificaban medidas políticas particulares, hasta el elaborado «Arco del Triunfo» (de esta obra autoglorificadora llegaron a hacerse 700 copias) y los gruesos libros ilustrados, *Freydahl* y *Teuerdank,* los cuales trasmitían, bajo el más diáfano de los disfraces, una imagen de Maximiliano como un superhombre polifacético bajo la especial protección de los dioses. La imprenta posibilitó el folleto de propaganda (Luis XII los editó durante sus campañas en Italia). También se imprimían y se cantaban canciones cargadas de sentido político.

Por supuesto, la propaganda podía actuar en dos direcciones: o el dirigente la utilizaba para explicarles a sus partidarios o súbditos lo que tenían que pensar, o los súbditos la podían utilizar para exponerle su caso propio al dirigente. En 1515,

cuando el nieto de Maximiliano, Carlos, llegó a los Países Bajos, los ciudadanos de Brujas, que se estaban quedando rezagados en los negocios respecto a Amberes (principalmente debido a que el río se estaba cegando), precisaban apoyo. Para ello montaron una representación de entrada para el príncipe, en el curso de la cual se «le condujo ante dos escenas que iban al meollo del problema. La primera mostraba a una dama llamada Brujas, de cuyo lado huían Negocios y Mercancías. La siguiente, además de presentar el problema, sugería la solución; en ella, Ley y Religión impedían por la fuerza que Negocios y Mercancías abandonaran a la señora[8].

Algo parecido a un diálogo entre gobernantes y gobernados se producía cuando se daban estas peticiones animadas, así como la proclamación que las satisfacía; pero debe tenerse presente que ios programas teatrales los planeaban los gremios y los consejos municipales y no los representantes de todos los grupos de población y de ingresos. Incluso cuando los cuadros teatrales tenían un carácter puramente congratulatorio, como, por ejemplo, la vez en que Lyon saludó a Francisco I en 1515 con una escena que le identificaba con Hércules llevándose las manzanas de oro del jardín de las Hespérides (referencia Milán), el asunto y el gobernante quedaban unidos ante un público masivo, que era mayor que el que allí se congregaba debido a la publicación de descripciones posteriores.

El realismo en las artes —bellas y gráficas—, en los retratos sobre medallas y monedas, en la prensa y en las más recientes creaciones del teatro y la mascarada, conseguían hacer tan vívida la imagen del gobernante que, para la mayoría de las personas a las que alcanzaban esos medios de comunicación, conseguía ocultar el crecimiento de las instituciones burocráticas y el aumento del poder del gobierno sobre la nación como una totalidad. Las colecciones impresas de estatutos, procla-

---

[8] G. R. Kernodle, *From art to theatre: form and convention in the Renaissance* (Chicago, 1944), pág. 69.

maciones y decisiones legales ayudaban a que un grupo de hombres cultivados, en su mayor parte juristas, obtuvieran una imagen más clara del gobierno como un todo sustancial y evolutivo, debido a que, aunque el volumen de legislación original era todavía escaso y frecuente la cita de estatutos seculares, el poder del gobierno para interferirse crecientemente y de modo minucioso en la vida de los hombres resultaba difícil de comprender. Ello resultaba particularmente cierto en una época en la que la diplomacia, las guerras y la gran resonancia pública de los matrimonios dinásticos atraían continuamente una atención creciente sobre la importancia personal del príncipe o de su *alter ego* (un Wolsey en Inglaterra, un Amboise en Francia), en lo referente a las decisiones que afectaban a los destinos de los pueblos [9].

4. LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA GUERRA

Antes de comenzar la descripción de Utopía, al viajero que Tomás Moro imagina, Rafael Hithlodeo, le preguntan por qué no pone toda su sabiduría, acumulada en ultramar, a disposición de algún gobernante de Europa. Su respuesta es que «más de uno lo ha hecho con sus escritos, pero todo es inútil, ya que los gobernantes no escuchan sus sabias advertencias. Creedme —continúa— supongamos que yo sea consejero del rey de Francia, y que soy llamado a la Cámara del Consejo, junto con los otros hombres de sano juicio. ¿Cuántas no serían las cuestiones sobre las que habríamos de decidir? ¿Cómo y por qué causas podría guardarse Milán y reconquistar Nápoles, que se escapa de manos francesas; cómo someter a los venecianos y después de ellos a los otros estados de Italia? ¿Cómo añadir Brabante, Borgoña y demás provincias al reino de Flandes? Uno propondría aliarse con Venecia; otro, sobornar a Suiza y asegurarse su concurso por medio de pensiones; otro, seducir al emperador con grandes sumas de dinero, argu-

[9] Acerca de esto, véase más adelante, págs. 118 y s.

mentando que éste es irresistible; alguien aconsejaría firmar la paz con el rey de Aragón y que para consolidarla se hiciesen concesiones al rey de Navarra; otro, sería del parecer de intrigar en la corte de Castilla con objeto de concertar una alianza, asegurando que ciertos negociadores son susceptibles de pasarse a la causa francesa mediando buenas prebendas y donativos.

El punto más difícil sería el siguiente. ¿Qué hacer con Inglaterra? ¿Proponer una paz con ella, y para consolidarla pronto tratar a los ingleses como amigos, aunque en el fondo se los tenga como enemigos? Para ello sería preciso tener siempre a los escoceses a punto de lanzarlos sobre Inglaterra, eso de una manera oculta (a causa de la alianza), asimismo sería indispensable ayudar a los nobles exiliados, pretendientes a la corona, a fin de tener en jaque al soberano sospechoso...

Cuando los consejeros se hubieran excitado hablando todos de hacer la guerra, imaginaos que en aquel momento un pobre mortal como yo tomase la palabra y contradijese sus opiniones, y les dijese que dejasen vivir tranquilos a los italianos en interés del reino de Francia, hace ya tiempo demasiado extenso para un solo señor y amo, y que, por consiguiente, no era preciso pensar en anexiones, citándoles, como ejemplo, el caso de los archadianos, pueblo situado al sureste de Utopía, que desde hacía años guerreaba para conquistar cierto reino, sobre el cual su príncipe tenía, por alianza, fundados derechos. La conquista costaba tanto de realizar como de ser mantenida, ya que los nuevos súbditos se rebelaban constantemente y el derramamiento de sangre y los grandes dispendios no cesaban, sin reportar la más ligera ventaja para el pueblo, que, por otra parte, se había corrompido debido a las costumbres adquiridas durante tantos años de guerra, y por los hábitos del fraude y del homicidio, viviendo con la autoridad de un soberano que pretendía regir dos naciones y que en realidad no gobernaba bien ninguna de las dos. Recordaría que los archadianos en cuestión, viendo que todo iba de mal en peor, suplicaron a su príncipe que escogiese el reino que más

le agradase gobernar, pues era evidente que no podía ocuparse de gobernar los dos a un tiempo; y que entonces el bueno del príncipe se contentó con su antiguo reino, cediendo la nueva conquista a un amigo carísimo, el cual no tardó mucho en ser destronado. Para terminar, ¿creéis que podría ser bien recibido quien hablase como os digo?» [10].

Por supuesto, la respuesta de Moro «no es muy favorable». Su propia repugnancia frente a los negociantes de la guerra era tal que hace que los utópicos prefieran el asesinato, el apoyo a las facciones en pugna, la introducción de los rivales del enemigo en su retaguardia; cualquier cosa, en verdad, que la inteligencia pueda inventar antes que recurrir al fenómeno humillante y animalesco del combate.

Su retrato de la reunión del consejo era sólo una suave caricatura basada en la política real de Francia al comienzo del reinado de Francisco I. Si se considera el pasado desde 1516 hacia atrás, resulta difícil creer que un hombre de natural apacible como Moro, nacido en 1478, no reflexionara sobre la cantidad de guerras que habían tenido lugar a lo largo de su propia vida y sobre los escasos cambios a que condujeron en materia de prosperidad, fronteras o régimen en Europa. Solamene en el Este la guerra había provocado cambios dramáticos y duraderos. La expansión turca hacia Europa ya había sobrepasado Servia y Bosnia, alcanzando con ello el Adriático. La ocupación de Otranto y la más osada incursión de la caballería turca alrededor de Venecia, en las inmediaciones de Vicenza en 1499, no eran más que demostraciones de fuerza, si bien de terrible carácter; la negativa de las tropas turcas de invernar lejos de sus casas puso un límite geográfico a sus conquistas reales. Pero en 1516 y 1517, en dos campañas soberbias e incontenibles, Selim I conquistó Siria y Egipto; esa conquista tuvo mayores consecuencias a largo plazo para el comercio en el Mediterráneo que la

[10] Tomás Moro, *Utopía*, Iberia, Barcelona, 1970, versión de Ramón Pin de Latour, págs. 67 a 69. Myron P. Gilmore llama la atención acerca del valor ilustrativo de este trozo en *The World of Humanism* (N. Y., 1952), pág. 155.

que pudiera haber provocado un conflicto puramente europeo. También en Rusia el ejército de Iván III era la base de su control más allá de Moscú y, bajo su sucesor, Basilio, llevó todo el peso de la campaña para completar el dominio sobre Riazán, así como del golpe que acabó con la independencia de Pskov. También los ejércitos fueron los que cortaron los vínculos que mantenían unida a Hungría durante el reinado de Matías Corvino, y, a la muerte de éste, en 1490, Silesia, Moldavia, Moravia y Valaquia se desmembraron, cayendo bajo otras órbitas: polaca, lituana o turca.

Más hacia el Oeste, aunque las guerras eran frecuentes, sus consecuencias no resultaban tan impresionantes, ya que la población era más densa y estaba repartida de un modo más regular, los vínculos entre el gobierno central y el local eran más estrechos y las fronteras estaban más determinadas por la tradición. Si se dejan a un lado la guerra civil que trajo a Inglaterra la dinastía Tudor, las guerras casi civiles dentro de los dominios de Maximiliano —la rebelión flamenca de 1488 o el fracasado intento de controlar a los suizos en 1499— y las guerras de pequeña importancia, como el fracaso del ataque veneciano sobre Ferrara en 1483, el conflicto bávaro-palatino de 1503 y la acción emprendida por la Liga Suaba contra el duque Ulrich de Württemberg, si se dejan todas estas guerras de lado y se limita la perspectiva por el momento a los conflictos que carecían de respaldo internacional mayor, nos encontramos con que solamente la conquista española de Granada en 1492 originó consecuencias de real importancia.

Las guerras en las que Moro-Hithlodeo pensaba principalmente eran aquellas con las que los sucesivos reyes franceses habían tratado de conquistar territorio italiano. Aunque las invasiones francesas no «acabaron en agua de borraja» hasta 1525, cuando Francisco I cayó prisionero en la batalla de Pavía, lo cierto es que las pérdidas en territorios, adjudicados a los aliados, y en metálico, empleado en pagar los ejércitos invasores, sobrepasaban con mucho cualquier ventaja positiva que

hubiera podido obtener la corona francesa, por no hablar del pueblo francés.

Como ya hemos visto, las actividades militares francesas actuaron como un agente transmisor de infecciones para las otras naciones. Hasta las potencias que no alimentaban esperanzas de conseguir trozos de territorio italiano para sí pudieron ver que su actitud en materia de asuntos exteriores variaba en función de los cambios de dominación en Italia, de las distintas suertes corridas por los franceses, los españoles y los alemanes, de las peticiones de ayuda por parte de los pueblos italianos amenazados y de las exhortaciones pontificias a apoyar ora a un bando ora al otro. Los acontecimientos de Italia condicionaban las políticas nacionales de los distintos países, al menos intermitentemente, desde Londres a Constantinopla. La primera invasión de 1494 había originado poca inquietud fuera de Francia e Italia; en cambio, el tratado de 1518 por el que se pretendía apaciguar las ambiciones sobre Italia lo suscribieron Francia, España, Alemania, Inglaterra y el Papado, y quedó abierto para Escocia, Dinamarca, Portugal, Suiza, Hungría y los castigados estados de Italia.

Este proyecto utópico se hundió al año siguiente con la elección imperial y, dado que Francisco no esperaba poder conquistar las posesiones centrales de Carlos, recomenzaron las guerras de Italia a una escala mayor que nunca. Dentro de la misma Italia hubo muchos cambios administrativos, ya que los estados saldaban viejas cuentas pendientes entre unos y otros, cambiaban sus propios gobiernos, buscaban protección extranjera o estaban temporalmente ocupados; pero lo que no hubo fueron grandes reajustes de fronteras. Tampoco las campañas que se realizaron fuera de Italia, como residuos de la lucha principal, tuvieron éxitos más notables. Fernando no conquistó la totalidad de Navarra, Enrique le vendió Tournai a Francia cinco años después de haberlo conquistado. Escribiendo, como lo hacía, en el momento en que el destino de Nápoles y Milán aún estaba en el aire, resultaba natural que Moro pensara que las ganancias de una guerra no justifican los sa-

crificios hechos por ella. En verdad, aparte de las conquistas españolas en Italia medirional y septentrional, los cambios políticos más duraderos de la época no fueron resultado de la guerra. Venecia obtuvo Chipre de su propia gobernante Catalina Cornaro en 1488 como resultado de un negocio monetario, aunque mediante amenaza de emplear la violencia. Los reyes de Francia debían la extensión de su poder no tanto a las armas como a las confiscaciones para castigar el delito de traición (territorios de Armagnac y Alençon), a la ausencia de herederos (Anjou, Maine, Provenza) y a los matrimonios (Bretaña). La acumulación más grande de poder cayó en las manos de Carlos V por elección y herencia. ¿A qué se debía, pues, tanto espíritu guerrero?

En Europa casi todo el mundo consideraba que la guerra era algo natural. Un puñado de descendientes de los hussitas en Bohemia creía que Cristo había venido a librar al mundo de la guerra, y que los cristianos deberían ofrecer de verdad la otra mejilla y responder a la violencia con la noresistencia. Moro y Erasmo se contaban entre las escasísimas personas que defendieron ideas pacifistas por razones humanitarias. La doctrina eclesiástica de la guerra justa —que era legítimo combatir bajo la autoridad de un cuerpo superior legalmente constituido por una causa justa y con un recto propósito— no era innoble en sí misma; pero, como Erasmo señalaba, «entre tan grandes y tan cambiantes vicisitudes de los acontecimientos humanos, entre tantos tratados y acuerdos, que ora se establecen, ora se rescinden, ¿a quién le puede faltar un pretexto... para ir a la guerra?». De hecho, no se iniciaba campaña alguna que no consiguiera obtener la bendición del clero nacional. Por supuesto, entre obispos obligados por derecho a proporcionar tropas a requerimiento de la corona y papas que levantaban ejércitos propios para extender su poder secular y que forjaban alianzas para llevar a cabo acciones militares conjuntas, raro predicador tenía que ser —John Colet se llamaba esta rareza— el que considerara apropiado elevar su voz contra la amenaza de una campaña.

El obispo Seyssel incluyó una sección sobre nuevas conquistas, como si de cosa evidente se tratara, en un tratado político escrito para el joven Francisco I. No fueron los eclesiásticos los que deploraron la expansión de las armas de fuego, sino, y ocasionalmente, algún sensible erudito o hidalgo de conciencia caballeresca.

Después de todo, las guerras en Europa eran endémicas desde hacía tanto tiempo como la memoria podía recordar o registraban las crónicas. La guerra constituía el tema de lectura más interesante de las historias; y de guerra sobre todo se habían nutrido el orgullo patriótico y la conciencia nacional. Los hombres de negocios eran tan ajenos a la idea de que Cristo hubiera traído la paz al mundo, que Commines, perspicaz servidor de la corona francesa, podía escribir que Dios lo había planeado todo de manera que cada potencia europea tuviera un enemigo situado a su lado: «Así, al reino de Francia le ha adjudicado Inglaterra como oponente; a los ingleses, los escoceses; al reino español, Portugal».

El campo de batalla era considerado también como un tribunal natural de apelación para los litigios entre los gobernantes, principalmente en cuestiones de herencias. Si Francia tenía derechos sobre Nápoles, como creía Carlos VIII, o sobre Milán, como era evidente para Luis XII, y las autoridades locales rechazaban estas pretensiones, ¿de qué otro modo se podía obtener la justicia? Teóricamente el Papado era un árbitro internacional; pero prácticamente nadie creía tal cosa. Unicamente la potencia que tenía razones para creer que el papa fallaría a su favor estaba dispuesta a someterse a su decisión. Fernando lo hizo, a fin de asegurar los derechos españoles para posteriores exploraciones y asentamiento en América. En 1493 obtuvo lo que quería, la bula *Inter caetera,* pero concedida por un papa español, Alejandro VI. El combate singular, como medio de dejar que Dios juzgase un caso que confundía la sabiduría de los hombres, aún subyacía en el pensamiento judicial y la guerra no era otra cosa que una extensión de esa idea. En un mundo fundamentalmente agra-

rio, la mayor parte de los pleitos versaban sobre la tierra. Todo el mundo trataba de apoderarse ávidamente de nuevos pedazos de tierra, por lejos que se hallaran de la propiedad principal, por improductivos o difíciles de administrar que resultasen. Al igual que los grandes terratenientes de un país, los gobernantes aplicaban las mismas medidas a territorios tan distantes como, por ejemplo, Nápoles y París; y la guerra en esas circunstancias no podía ser más que un pleito proseguido con otros medios.

La ausencia de una clara idea de las fronteras naturales o lingüísticas resulta fundamental para la comprensión de esta mentalidad. La ecuación reza como sigue: el poder es igual a la tierra. Para los súbditos, la tierra exhalaba todavía un aura de justicia privada y homenaje personal, a pesar de que los gobiernos estaban haciendo lo que podían para disiparla. Al margen de las repúblicas urbanas, la categoría social se medía, sobre todo, por la cantidad de acres, selvas, arrendatarios, solicitantes esperando en la antecámara, sirvientes a la mesa general y títulos en los que enumeraban los privilegios, aunque ya no se pudieran obtener. Para el gobernante, en su calidad de heredero y conquistador, la tierra tenía valor en sí misma. El intento de criticar a los reyes de Francia por dirigirse al Sur, hacia Nápoles, que apenas si producía algo más que grano (artículo que rara vez tiene que importar Francia) y que sólo era accesible por vías de comunicación extraordinariamente vulnerables, es razonable, pero irreal. A Enrique VIII se le reprocha[11] por haber ocupado territorios en Francia que tenían que ser inestables por fuerza. ¿por qué no se gastó en cambio el dinero en fortificar verdaderamente Calais, que ya era inglés y poseía valor comercial? Conquistar la misma Francia, afirmar su débil pretensión sobre el trono francés: estas cosas eran imposibles. Sin embargo, las monedas de Enrique continuaban llamándole rey de Francia. La necesidad de conseguir

[11] Y muy duramente, por cierto, en *Army Royal*, de C. G. Cruikshank (Oxford, 1969).

tierra era tan fuerte que subyacía simbólicamente una vez que la realidad que la sustentaba había muerto. Catalina Cornaro, reducida a propietaria de la pequeña ciudad de Asolo, se intitulaba a sí misma todavía reina de Chipre y reina también de Jerusalén y Armenia.

Dados los tiempos que corrían, el plan de Maximiliano para hacerse con Bretaña en 1490 por un matrimonio secreto con su duquesa, cuando apenas si podía controlar la parte meridional de su herencia alemana, no resultaba grotesco, ni por su alcance geográfico ni por su método. La mayor parte del tiempo que los diplomáticos dedicaban a su actividad giraba alrededor de la política de dotes y de un tráfico internacional de herederas, o posibles herederas, casi al margen de sus edades. Cierto que este plan de Maximiliano no dio resultado. Carlos VIII convenció a los representantes de Ana de que rompieran el contrato y se casó con ella, violando a su vez su propio contrato con Margarita de Austria, a quien estaba prometido desde los dos años de edad. El Imperio de los Habsburgo, que Carlos V heredó estaba constituido fundamentalmente por el matrimonio de Maximiliano con Margarita de Borgoña y por los matrimonios que organizó entre su hijo Felipe y la hija de Fernando, Juana, así como entre su nieta María y Luis, hijo de Ladislao de Hungría y Bohemia.

Desde cierto punto de vista, la construcción de imperios mediante matrimonios era un empeño pacífico; sin embargo, Moro lo criticaba y Erasmo lo condenaba, en parte porque desviaba el interés del gobernante del cuidado de su propio pueblo y en parte porque, en cualquier momento, la resurrección de una antigua pretensión podía proporcionar una excusa para la guerra. Además, las muertes tempranas hacían que la incertidumbre y, por ende, la tensión, flotaran en el ambiente de continuo. A título de ejemplo, se puede escoger los destinos que siguieron los matrimonios que Isabel y Fernando concertaron para sus hijos. Casaron a su hija mayor con Alfonso de Portugal, quien murió pocos meses después; vuelta a casar con el

sucesor de su difunto marido, murió al dar a luz un niño que sólo llegó a vivir dos años. Otra hija, Catalina, se casó con el hijo de Enrique VII, Arturo, quien disfrutó de corta vida; vuelta a maridar con el hermano del anterior, Enrique VIII, su incapacidad para proporcionarle a éste un heredero iba a provocar el divorcio más azaroso de la historia de Inglaterra. A su hijo Juan le casaron con la hija del emperador Maximiliano, Margarita; a los seis meses el marido había muerto, dejando a Margarita embarazada de un niño que nació prematuro. A causa de todos estos accidentes, la sucesión española regresó a otra hija, Juana, que padecía ataques de locura, y al hijo que había tenido con Felipe, Carlos. Por tanto, una sucesión de inoportunas muertes reales contribuyó a dar la tónica de inestabilidad héctica que caracterizaba en gran medida la actividad diplomática del tiempo, y la tensión aumentaba más porque a las reacciones en cadena que seguían a una guerra no se oponía concepto claro alguno de neutralidad. Un país podía tratar de mantenerse al margen de la contienda, pero entonces se invocarían viejas lealtades, se reclamarían derechos de pasaje. Si el argumento «quiero que me dejen tranquilo» tenía fuerza, mayor era la del «mi causa es justa, por tanto, como gobierno cristiano tienes que ayudarme».

En la decisión de la guerra, las motivaciones económicas tenían más bien poca importancia. A la piratería, endémica en el Báltico, el canal inglés y el Mediterráneo, se respondía con represalias, contrapiratería autorizada y confiscaciones de los individuos, más que con la guerra. A lo largo de los siglos se había elaborado una acumulación de dispositivos que permitían la importación y la exportación y el flujo de materias primas y bienes acabados a un ritmo adecuado a las necesidades económicas de cada país; tales dispositivos eran los acuerdos de mercado entre naciones vecinas, establecimiento de ciudades-mercados, las ferias internacionales y las compañías comerciales. Los gobernantes se movían con mayor facilidad en función del pasado que a través de una imagen de li-

bros de contabilidad: Iván, por el deseo de recuperar «toda la antigua tierra rusa»; Maximiliano para poner en práctica las pretensiones seculares del Imperio sobre la Italia septentrional; Carlos VIII y Luis XII para reactivar sus propias pretensiones familiares en la península. Aunque las oportunidades se presentaban en la actualidad, las justificaciones para la guerra había que encontrarlas en la historia; generalmente consistían en un rimero de exigencias que se podía resucitar, dándole un ligero barniz de legalidad y que, además, podía asociarse con los agravios de los exiliados y los descontentos: la pretensión de Luis XII frente a Milán nacía de un matrimonio celebrado en 1389 y su primer ejército invasor iba dirigido por un milanés, Gian Giacomo Trivulzio, que fuera expulsado por Ludovico Sforza.

La doctrina medieval de la Guerra Justa presumía que la decisión de abrir las hostilidades era personal y no colectiva. La posición no cambió durante los siglos intermedios. «La gente común no va a la guerra por su propia voluntad —escribía Moro—, sino que la locura de los reyes la arrastra a ella.» De modo similar, Erasmo arrimaba a las puertas de los príncipes europeos la responsabilidad por «esa locura de la guerra que ha durado tanto tiempo tan desgraciadamente entre los cristianos». La iniciativa personal del gobernante, su importancia como fuente de honor caballeresco y como dirigente natural del ejército se daban por supuestos. La feudal era una sociedad organizada para la guerra y a los reyes todavía se les consideraba como la cumbre armada de la pirámide social. Todos dirigían los ejércitos en persona: Carlos VIII, Luis XII, Francisco I, Enrique VIII, Maximiliano. Los monarcas que, como Luis XI, Enrique VII y Fernando preferían planear más que ejecutar, constituían objeto de comentario sorprendido (aunque entre los intelectuales, como Maquiavelo y Commines, el comentario era respetuoso).

Los miembros del consejo del rey, especialmente los burócratas entre ellos, podían reclamar precaución, pero en el círculo inmediato de conseje-

ros de la corona, los nobles estaban en mayoría, hombres éstos que, como dirigentes del segundo estado, habían sido educados para la guerra. Es dudoso, sin embargo, sobre todo en el Oeste, que los reyes realmente buscaran las oportunidades para emprender una guerra a fin de satisfacer los anhelos aristocráticos por algo más satisfactorio que la caza y las batallas aparentes de los torneos. En Hungría, cuando el sucesor de Matías Corvino adoptó una política de paz y atrincheramiento, la nobleza se tomó venganza saqueando a sus campesinos y mermando el mismo poder de la corona, rehusando cooperar con su política de centralización. En el Oeste, como ya veremos [12], el servicio de la corte, la diplomacia y la administración del estado resultaban cada vez más atractivos. Sin embargo, nunca hubo escasez de nobles o de caballeros para proveer de oficiales a un ejército que iba a la guerra, incluyendo el arma «no caballeresca» de artillería; y no solamente se empleaba a los segundones cuyas perspectivas financieras eran nulas a causa de la costumbre de la primogenitura, sino también a los más grandes nobles del país; de cualquier modo, sería difícil demostrar que los gobernantes estaban sumergidos en las guerras a incitación de una aristocracia incansable. Incluso en Francia se escuchaban quejas de que el segundo estado no cumplía la función armada para la que estaba predestinado.

Todavía estaban las naciones organizadas para la guerra. En Inglaterra, donde la ley había limitado enérgicamente la costumbre por la que los nobles se rodeaban de siervos armados, se esperaba de aquélla, sin embargo, que proporcionara hombres armados a requerimiento del rey. A las parroquias y a las municipalidades se les exigía también la aportación de hombres ya entrenados en el uso de las armas. Pero un ejército formado de este modo ya no era una fuerza eficaz de lucha adecuada al tiempo. El noble caballero era un valor depreciado frente a un pica y a un arma de fuego, los reclutas locales no solían estar bien en-

---

[12] Véase más adelante, págs. 245 y s.

trenados, sus armas y equipos eran frecuentemente inadecuados, incompletos y, en todo caso, anticuados; se componían de espada, alabarda y arco, en una época en que la pica (que requería entrenamiento regular por grupos) y la pistola o el arcabuz (caro y peligroso en tiempos de paz en manos de la clase baja) se convertían en las armas claves de la infantería. Si a todo esto añadimos la renuncia del habitante de las ciudades a abandonar sus ocupaciones y la de los campesinos a dejar sus cosechas a cambio de las incertitumbres de una campaña, resulta evidente que, en alguna medida, el viejo sistema se había venido abajo. Aquellos que planeaban las guerras tenían que hacerse cargo del contrato y pagar a los mercenarios. El alcance de la discusión acerca de los distintos méritos de tropas nativas *versus* mercenarias, de ejércitos *ad hoc versus* permanentes, abona la misma conclusión.

Esta discusión era menos apremiante en Castilla, cuya economía principalmente pastoral provocaba el desempleo y hacía sencilla la recluta, así como en Suiza, otro país pastor que, además, estaba acostumbrado a defender su independencia con las armas; era vivísima en Italia, especialmente en las repúblicas, donde unos ciudadanos poco belicosos hacía ya mucho tiempo que habían delegado en profesionales de alquiler para llevar a cabo sus combates y donde más preocupaba la dificultad de controlarlos; también tenía interés para Francia e Inglaterra. Los mercenarios eran hombres adiestrados que aportaban su propio equipo; pero eran caros y había que pagarles prontamente; sus jefes no siempre estaban de acuerdo con los dirigentes nativos; en su calidad de ejércitos multinacionales resultaban más difíciles de disciplinar y eran reacios a acatar las órdenes. Además, el resentimiento nacional podía originar disturbios si se utilizaba a los mercenarios en misiones de guarnición. Un ejército nacional permanente evitaba demoras en el comienzo de las operaciones, ya que los hombres estaban adiestrados y siempre listos; disminuía también la necesidad de ingresar en alianzas con el sólo objeto de obtener tropas ex-

tras; capacitadas para aplicar las experiencias de una guerra a los métodos de la siguiente. Por otro lado, era caro mantener una organización militar en tiempo de paz y, además, un ejército permanente podría convertirse en revolucionario.

No eran estos problemas nuevos, pero sí se discutieron en esta época con nuevo interés, aunque no se llegaron a resolver. Los ejércitos se hacían cada vez más grandes (entre 25.000 y 40.000 hombres) merced a la mayor regularización de las armas y al enorme cuerpo de suministro: carpinteros, herreros, carreteros y zapadores, necesarios en el servicio de artillería. Al mismo tiempo, los gobiernos estaban tratando de recortar los poderes militares semiindependientes de los principales nobles y de llevar la ley y el orden al campo en general. La necesidad de ejércitos más grandes coincidía con la de desmilitarizar y pacificar. La política social y la militar entraban en colisión.

Ello no significaba que los gobiernos no pudieran ir a la guerra cuando la decidían. En líneas generales, la aristocracia aún estaba preparada para luchar e ilustraba con el ejemplo su función de dirigente militar natural de la sociedad. Los habitantes de las ciudades podían criticar los gastos de las guerras en el extranjero o, al menos, podían hacer como que criticaban, a fin de recibir alguna clase de beneficio en contraprestación; pero el mismo Gringoire defendía las guerras italianas porque el honor francés estaba en juego y, tras una cortina de quejas, las ciudades pagaban los impuestos que se les pedían. Poco se puede saber acerca de lo que pensaban sobre la guerra el analfabeto y el no representado, pero es bastante posible que, por tratarse del pueblo, cuyo margen de supervivencia dependía de un capricho del clima, que añoraba la perspectiva de una paga regular y que ignoraba las condiciones reales de servicio en el extranjero, la consideraran atractiva. Siempre había una razón u otra por la que los hombres ingresaban en filas: podía ser el hábito de obediencia, la inquietud natural o la desesperación (no es seguro que a hombres con una vida tan circunscrita se les pueda atribuir un «sentido de la aven-

tura»), también podía ser la lealtad a un capitán local o, cuando menos, un conocimiento suficiente del mismo. Excepto Alemania, donde Maximiliano encontró enormemente dificultoso juntar tropas (aunque las ciudades y los príncipes podían hacerlo para sus querellas) siempre se podía encontrar el elemento nacional en un ejército. Los principales problemas con los que se enfrentaban los gobiernos abarcaban el equipo, el transporte, el aprovisionamiento, el pago de los mercenarios y las relaciones con los aliados.

Raramente se enfocaban estos problemas desde una perspectiva realista. Por lo general se subestimaba la cantidad de armas de repuesto para reemplazar a las que se habían estropeado o perdido; lo mismo sucedía con el número total de armas que se requería. Había, además, la dificultad de alquilar carretas y animales de tiro cuando se cruzaba por todo el país en plena época de cosecha. Con frecuencia no había dinero suficiente para pagar a la tropa, aunque la experiencia demostraba que eso era perjudicial para la moral en el caso de tropas nativas y desastroso en el caso de las mercenarias, quienes podían desertar *enmasse* o, incluso, volverse contra sus empleadores. Pero esta misma falta de realismo facilitaba las declaraciones de guerra, cuando un rey y su entorno así lo decidían. Y esto se reflejaba en la confianza puesta en los aliados.

El fin de las guerras civiles en Inglaterra, la consolidación del territorio francés, acompañada por una vigorosa recuperación económica después de la guerra de los Cien Años, la unión de las coronas españolas y el fin de la cruzada contra los moros, la sucesión del cauteloso Federico III por Maximiliano, al aspirante a guerrero, todos estos acontecimientos produjeron una atmósfera muy tensa en las relaciones internacionales a fines del siglo XV debido al interés común por Italia y por los negocios que pudieran surgir entre las distintas potencias que allí competían. Tanto el ritmo como el carácter de la gestión diplomática quedaron afectados. Si bien el diplomático residente en el país pertenecía normalmente a un nivel so-

cial demasiado bajo para poder firmar un tratado, lo que si podía era apresurar las negociaciones hasta un punto en el que una embajada más formal pudiera sancionarlo. Por otro lado, era más sencillo convencer a esos agentes de que sus actividades iban a servir a los intereses del gobierno de su patria, convencerles de que no abandonaran y que no aplicasen sus propios escrúpulos morales a los asuntos políticos; y, con todo, los agentes encontraban muchas dificultades para obtener información y para que se les tratara con la confianza real de la que disfrutaban el noble tradicional o el embajador episcopal. Tampoco sus propios gobiernos trataban siempre la información que ellos enviaban en sus despachos con el secreto que le era debido. La información se seguía buscando por otros procedimientos: por medio de espías o abriendo las mallas de noticias mercantiles. No hay duda de que la presencia de diplomáticos rivales en una misma corte, los sobornos y otros métodos solapados que se veían obligados a emplear conferían a la diplomacia un aire de desconfianza que ellos ayudaban a fomentar.

Aunque había algunos temas que se repetían duraderamente (Inglaterra utilizaba a Flandes para contrarrestar las intrigas francesas con los escoceses; la confianza de España en Inglaterra cuando tramaba un complot contra Francia; la dependencia inglesa del Imperio cada vez que los franceses amenazaban) era éste un período de flujo. Cuando Enrique VIII descubrió una alianza en 1514 y 1517, mientras sus aliados se preparaban secretamente a cambiar de bando, ello no significaba seguridad duradera o que hubiera que abandonar sin problema alguno las conversaciones con otra potencia. Si bien se reconocía la posibilidad de que a uno le abandonara o le traicionaran, existía la creencia obstinada entre los gobernadores (no compartida necesariamente por los agentes) de que cada nuevo compromiso, solemnemente jurado y, a menudo, pomposamente celebrado, funcionaría realmente.

La guerra no es solamente relevante para la comprensión de las relaciones internacionales. La

búsqueda de dinero que permitiera a los dirigentes iniciar la acción militar era, junto con el intento de obtener la seguridad dinástica (y en el caso a las repúblicas, clasista), el principal factor que subyacía en la evolución constitucional e institucional antes de la Reforma. Desde luego, los gobernantes gastaban dinero en otras cosas, en sus retaguardias, sus cortes, sus palacios, sus empleados y diplomáticos, pero las necesidades financieras de la guerra superaban con mucho a las otras.

III. El individuo y la comunidad

1. LA CRISTIANDAD

No era ésta una época en la que el individuo se hubiera liberado de la necesidad de vincularse a los demás. Por el contrario, es bastante probable que estos vínculos fueran más fuertes que nunca, desde el punto de vista de los sentimientos, del interés propio y del intelecto. Así, la familia era una unidad más consciente de sí misma, el gremio suponía una mayor protección, la ciudad resultaba fuente de mayor orgullo, la nacionalidad alcanzaba mayor significado y la fraternidad internacional de los estudiosos sin duda se había hecho más intensa. Unicamente la idea —que siempre fue difusa— de pertenecer a la supercomunidad cristiana estaba desvaneciéndose.

La idea de la Cristiandad se había convertido en un lugar común que aún se mantenía en vida gracias a dos nociones, muy ajenas ya a la realidad política: una nostalgia por los tiempos de las cruzadas, alimentada por la literatura caballeresca, y la esperanza del individuo según la cual podría borrar sus pecados contribuyendo a la recuperación de los santos lugares, esperanza muy debilitada debido al eficaz servicio turístico que los gobernantes mamelucos habían establecido en las tierras de la Biblia.

Muchos de los papas, desde luego, se tomaron en serio sus obligaciones de cruzados. En 1481, Sixto IV organizó con inmenso esfuerzo una flota y un ejército para desalojar a los turcos de Otranto, en la esperanza de persuadir a su fuerza, además, para que cruzara el Adriático y recuperara la ciudad fortificada dálmata de Valona. Pero una vez que hubieron cumplido su objetivo principal, barcos y tropas se escabulleron, regresando a sus puntos de partida. En 1484, Inocencio VIII hizo una llamada a todos los gobernantes europeos

para que enviaran embajadores a Roma con el fin de planear una cruzada; en 1488 sus legados aún estaban tratando de despertar el interés de las potencias. En 1500, Alejandro VI formuló un requerimiento similar que corrió también igual fortuna. En 1517, León X elaboró un proyecto de tan largo alcance que llegaba a planificar de qué modo se repartirían entre las naciones cruzadas los territorios que se conquistasen a los turcos. Nadie se presentó voluntario para interpretar un papel en este gran drama de la Cristiandad en acción. Es cierto que Carlos VIII había dado a entender que tenía intención de utilizar Nápoles como punto de escala para una cruzada cuando entró en Italia en 1494. Maximiliano, consciente de las responsabilidades del sacro emperador romano y ardiente partidario de los valores (y, en la mezcolanza de su territorio, de la utilidad política) del ideal caballeresco de lealtad personal y servicio cristiano, revivió la vieja orden de cruzados de San Jorge, situándose él mismo a la cabeza. Las ráfagas de entusiasmo podían aún estremecer a las muchedumbres o impregnar las páginas de las crónicas de las cruzadas en el estudio de algún erudito; pero, para los políticos prácticos, la espada del idealismo estaba ya muy oxidada en su vaina.

En los años que siguieron a la caída de Constantinopla se hizo evidente que se podía llegar a un *modus vivendi* entre los diferentes intereses comerciales del Levante. Consecuentemente, cuando los venecianos tenían que combatir, lo hacían para defenderse y no para atacar. El comercio y las relaciones diplomáticas condujeron a una mayor comprensión. Los peregrinos descubrieron que los musulmanes no eran tan satánicos como se les había hecho creer. Había un interés creciente y respetuoso por las instituciones administrativas turcas y Maquiavelo alababa la disciplina y la moral de las tropas turcas en comparación con las cristianas. Durante la ocupación turca de Otranto, el escultor de Lorenzo de Médicis, Bertoldo, troqueló una medalla en la que aparecía una magnífica idealización de Mohamed, mientras que Alfon-

so de Calabria alquiló una compañía de caballería turca ¡para que le ayudase en su guerra contra el papa! Un fraile alemán, de visita en Venecia en 1482, se escandalizaba de ver a los venecianos dando la bienvenida a una misión militar musulmana, cediéndoles a aquellos «perros, feroces enemigos del Sacramento», un lugar en la solemne procesión del Corpus Christi.

Dada esta falta de decisión en materia de cruzadas en Italia, no es de extrañar que monarcas más lejanos hicieran oídos sordos a las exhortaciones para otras cruzadas. Sin duda que la escasez de su celo se debía en gran parte al hecho de que se encontraban muy ocupados organizando sus propios estados y precaviéndose contra la perfidia que reinaba entre ellos. A finales de siglo, el sultán Bayaceto aseguraba a sus visires que los proyectos europeos para una cruzada acabarían en nada. «Los cristianos», señalaba, «luchan de continuo entre ellos mismos... El uno le dice al otro: "Hermano, ayudadme vos hoy contra este príncipe y mañana yo os ayudaré contra aquél". No temáis, no existe concordia entre ellos. Cada cual se preocupa únicamente de sí mismo; nadie piensa en el interés común.» En 1516, Erasmo confirmaba esta observación en *La educación del príncipe cristiano*, escrita para el futuro Carlos V: «Cada anglo odia al galo, y cada galo, al anglo, solamente porque es anglo. El irlandés, sólo porque es irlandés, odia al británico; el italiano odia al alemán; el suabo al suizo, y así, a lo largo de toda la lista. El campo odia al campo y la ciudad a la ciudad.» En efecto, cuando en 1516 el embajador veneciano reclamó la ayuda de Enrique VIII contra el común enemigo de la Cristiandad, obtuvo la siguiente contestación: «Sois inteligente y en vuestra prudencia comprenderéis que nunca se realizará expedición general alguna contra los turcos mientras exista tal perfidia entre las potencias cristianas que su única preocupación sea la de destruirse unas a otras.» Iván III, quien teóricamente ocupaba una buena posición para iniciar un ataque lateral, prefería la negociación a la cruzada. Florencia incrementó su colonia comercial

en Constantinopla aprovechándose de que Bayaceto, que sucedió a Mohamed el Conquistador en 1481, estaba más deseoso de consolidar su autoridad que de extenderla.

En cuanto a la península Ibérica, se había producido una salida más ventajosa (y, para las potencias occidentales, también más significativa) respecto al sentimiento de cruzada, con el comienzo de las exploraciones portuguesas a lo largo de la costa occidental africana. Cuando los portugueses se pasaron del oro de Guinea a las especias de Calicut, el rey Manuel explicaba en una carta en 1499 a Fernando e Isabel que «el principal motivo ha sido, como en las anteriores, el servicio de Dios nuestro señor y nuestro propio beneficio». Y Colón, consciente de que los Reyes Católicos esperaban dinero como resultado de su viaje, también se imaginó que se sentirían satisfechos al saber que las condiciones en las Indias Occidentales eran «propicias para la realización de lo que yo concibo que es el deseo de nuestro rey serenísimo, ello es, la conversión de estas gentes a la santa fe de Cristo». El descubrimiento de América coincidía con el fin de la propia cruzada española para desembarazar de moros la península y contribuyó a alejar su impulso de Europa y de Levante. Los esfuerzos misioneros de España y de Portugal produjeron nuevos cristianos sin fortalecer con ello la idea de la Cristiandad. Los turcos estaban ya establecidos en gran parte de Europa y los europeos se estaban estableciendo en territorios de ultramar. Ambos procesos contribuían a quitarle significación geográfica al término, mientras que su coherencia espiritual se difuminaba en el renovado interés que cobraba la leyenda de un imperio cristiano en Africa gobernado por el Preste Juan, así como la discusión acerca de las condiciones espirituales de los pueblos que se habían encontrado en la India y en las Américas (¿era posible que ya se les hubiese explicado el Evangelio? ¿Se les podía considerar cristianos en un sentido potencial o real?). Hasta 1520, fecha en la que Solimán el Magnífico llegó a sultán, quien en los dos años siguientes tomó Belgrado y la isla de Rodas, la acti-

tud de Europa hacia los turcos era, si no de indiferencia, sí de interés precavido o de idealismo inactivo.

2. EL ESTADO, LA REGIÓN Y LA «PATRIA»

El individuo exigía tres cosas del gobierno, todas ellas de naturaleza altamente conservadora: la conservación de la ley y el orden, de forma que las personas pudieran desempeñar sus tareas habituales sin peligro para su vida ni para sus miembros; justicia imparcial, barata y rápida; impuestos tan bajos como fuera posible. Para hacer frente al crimen y a los desórdenes, los gobiernos podían reforzar los dispositivos locales que preservaban la paz tales como los somatenes; enviar tropas o comisiones provistas de poderes extraordinarios para administrar justicia sumaria o reorganizar y reforzar los órganos locales de ayuda propia como hizo Isabel con las Hermandades de las ciudades de Castilla. A pesar de que, como en este último caso, los medios podían ser nuevos y aunque la acción del gobierno iba a acrecentarse, restringiendo, por ejemplo, la libertad de movimiento de los parados, que eran, potencialmente, los más inclinados a la violencia, la eliminación del bandidaje era una de las obligaciones tradicionales de la corona y no suponía ningún compromiso que pudiera desviar la atención de la responsabilidad personal del gobernante.

Lo mismo sucedía con la justicia. Había una expansión continua de la justicia real a expensas de la local o de la personal. No obstante, tanto si la administraba un rostro familiar, como el del juez de paz inglés, o un juez real de jurisdicción, o la administraba uno de los tribunales de apelación central, la imagen que se ofrecía no era la de una ley impersonal, sino la de un rey ejerciendo la más tradicional de sus funciones: resolver las disputas entre sus súbditos. Cuanto más arriba llegaba el demandante a través de los tribunales, tanto más cercano se hallaba, no a la majestad de la ley, sino a la majestad del rey. En reconocimiento de esta función, los gobernantes continua-

ban aceptando peticiones individuales de reparación de agravios, bien a través del Parlamento, como lo hacía el rey inglés, o bien —cual era la práctica de Fernando e Isabel— en persona, un día señalado al efecto; también seguían haciendo un uso generoso de su prerrogativa de gracia.

Poco a poco se iba frustrando la tercera expectativa, la de que los gobernantes deberían vivir con los ingresos de sus posesiones personales en la medida de lo posible e imponer la mínima contribución para permitir la continuación de la guerra. Crecían los costes del gobierno y había que cubrirlos: administraciones nacientes, ejércitos mayores, más especializados y, por tanto, mejor pagados. No todo el mundo padecía la amenaza del bandidismo, no todo el mundo recurría a la ley, pero, en cambio, los derechos aduaneros y los impuestos de ventas —en especial sobre los artículos de primera necesidad, como la sal— convertían a los impuestos en una preocupación casi universal. Sin embargo, la reacción general frente a los impuestos impopulares tampoco era de resignación ante la inexorable extensión del control central, sino la de tratar de negociar en un auténtico *quid pro quod* en forma de reparación de agravios o concesión de privilegios, o lamentarse de que el rey estuviera mal aconsejado, de que fuera víctima de ministros corruptos o de cortesanos voraces.

Es cierto que los agentes del gobierno central se hallaban insertos en la administración local, pero esto sólo lo podía ver con claridad la pequeña minoría de europeos que vivía en las ciudades. Una evolución gradual, junto con la utilización decreciente de los cuerpos representativos, indicaban que los actos del gobierno (entendido como los más importantes empleados del gobernante con su personal), se discutían ahora públicamente con menor frecuencia. Si añadimos la creencia generalizada de que la función del gobernante era preservar, proteger, restaurar y honrar alguna disposición antigua y difusa —tal como la Ley Sálica o el Código de Magnus Lagaboter— antes de introducir cambios, nos encontramos con los factores

que encubrían el crecimiento del poder gubernamental a los ojos de todos menos de una pequeña minoría.

Por supuesto, en las ciudades-república, la situación era distinta. Existía un amplio interés en la política, provocado por la rotación de los puestos públicos cada pocos meses, por el principio de selección mediante elecciones, por el hecho de que, debido a las cortas distancias (en veinte minutos se podía atravesar Florencia), todo el mundo era conocido o de todo el mundo se murmuraba. También aquí el interés principal se centraba sobre las personalidades, sobre quién estaba arriba y quién de momento, estaba abajo. Al igual que en las grandes naciones la naturaleza ocasional de los contactos entre el gobierno y el pueblo impedían el nacimiento del concepto de «estado», el fenómeno inverso, esto es, la familiaridad estrecha con aquellos que tenían que ver con el gobierno, provocaba un efecto similar. Incluso Maquiavelo, escribiendo en su calidad de ex empleado civil de carrera, usaba frecuentemente la palabra «estado» en el sentido de «aquellos individuos que están en el poder de momento». Quizá únicamente en Venecia se daban las condiciones para que surgiera el concepto de un estado impersonal, así como para que naciera un sentimiento patriótico; ello se debía a su sistema de castas legalmente definido, que ahogaba las rivalidades de clase, y a la inusual homogeneidad de la vida económica, ya que el comercio tenía una importancia mayor que la banca o la industria.

Evidentemente en todas parte, excepto entre algunos intelectuales y muchos administradores profesionales, la región, la zona que rodeaba el propio lugar de nacimiento, era más importante que el país como un todo. Muchos germanos, incluso los suizos, tenían el vago sentimiento de pertenecer al Imperio; pero el homenaje rendido a la idea no influía en la acción [1]. «Francia» resultaba una

---

[1] Las canciones populares de diversas regiones ensalzaban a Maximiliano y vilipendiaban a sus rivales, los franceses, mas cualquier intento de conseguir dinero para combatirlos levantaba oleadas de protesta.

palabra atractiva, porque las personas conocían, a través de las crónicas y las baladas, los grandes hechos realizados por los monarcas franceses y sus ejércitos. Sin embargo, la idea de una asamblea general de representantes de todas las partes del país o, para los meridionales, de una asamblea que exigiera de todos ellos, de Toulouse a Provenza, la igualación de sus identidades regionales, provocaba una resistencia general. Un italiano que regresara de una estancia en el Norte podía anhelar el regreso a Italia, mas una vez que se encontraba allí, su horizonte se resumía al deseo de llegar a su propia patria nativa, Florencia, Rimini o Nápoles. Es comprensible que en Bohemia, donde muchos de los comerciantes, prelados y terratenientes eran germanos, a las capas bajas de la sociedad les resultara difícil sentirse identificadas con el gobierno, aunque también en la mayor parte de Europa el derecho del «estado» tenía que luchar penosamente para sustituir al derecho local que, aún siendo imperfecto, se consideraba más «natural» que la justicia administrada por los jueces de apelación de la capital, perfectamente capacitados. La tendencia de los príncipes a emplear jueces y cancilleres preparados en Derecho Romano provocaba una irritación general en Alemania. Constituía un error fundamental, decía un caballero bávaro en 1499, «porque estos hombres de leyes no conocen nuestras costumbres, y si las conocen, no están dispuestos a aceptarlas». Una protesta de los estamentos de Württemberg en 1514 contenía la misma veta anticentralista; el duque debía emplear únicamente a hombres que «juzguen de acuerdo con las costumbres y los usos antiguos y no atribular a sus pobres súbditos».

Cuando Francisco I subió al trono en 1515, Francia constituía el ejemplo supremo en Europa de lo que una política deliberadamente centralizadora podía conseguir. Lo que ésta no podía conseguir, en Francia o cualquier otra parte, era una extensión del alcance de las lealtades del individuo, un ensanchamiento del círculo de causas por las que estaba dispuesto a sacrificarse. El gran magnate podía convertirse en gobernador provin-

cial y actuar para la corona, pero con ello no se canalizaba hacia la capital la lealtad y la deferencia que se le profesaban. En todas las ciudades e incluso en algunos pueblos grandes había uno o dos de los habitantes principales ocupando cargos reales, habitualmente en conjunción con sus ocupaciones normales como comerciantes o abogados. Correos y administradores ambulantes les unían con los tribunales financieros y judiciales de París. Pero estos empleados eran considerados aún como hombres locales y estaban empeñados en continua lucha por imponer los decretos reales sobre las costumbres locales. Una cita del diario-crónica de Benoit Maillard, prior de la abadía de Savigny, cerca de Lyon, refleja algo de la atmósfera dentro de la cual estaban ocurriendo estos cambios. «En el penúltimo día del mes de abril del año de gracia de 1487, un cierto Jean, zapatero y ladrón, que se había refugiado en esta ciudad de Savigny, encarcelado aquí en virtud de la acusación de una pobre mujer de St. Clement-de-Valsome, a quien había robado, percatándose de que la policía local iba a entregarlo a la de St. Clement para que sufriera el castigo a su robo, o sea, la ejecución, se encomendó a la Virgen María y, doblando los recios barrotes de hierro de la puerta de la prisión de Chamarier, y desprendiendo su parte inferior, se escapó y buscó refugio en nuestra iglesia, lo que vieron algunos de nuestros monjes. De este modo, con ayuda de la Virgen María, escapó de manos de la justicia y se salvó.» Y en 1493 el mismo Maillard anotaba cómo hubo que instalar por la fuerza de las armas al candidato del rey para arzobispo de Lyon, aunque era cardenal y el papa había aprobado su nombramiento.

Como la mayoría de sus contemporáneos, Maillard contemplaba a la corona a través de una red de prejuicios locales, eclesiásticos y seculares; el rey, casi convertido en un dios por el carácter sagrado de la ceremonia de su coronación y capaz de realizar milagros y curas, a diferencia de los otros hombres, no debería haberse inmiscuido en la elección de Lyon; aunque Maillard está orgulloso de ver la persona del rey en las visitas de éste

a los lioneses, se estremece al pensar en la desolación de los pueblos a su alrededor cuando los ejércitos reales se pasean de un lugar a otro durante las guerras del rey. Por supuesto, cuando el pago era tardío y las posibilidades de saqueo escasas, los ejércitos tendían a disolverse por sí mismos. «Si consideramos solamente —escribía Commines sobre la expedición italiana de Carlos VIII— cuántas veces ha estado a punto de desbandarse este ejército desde su misma llegada a Vienne en el Delfinado... tenemos que reconocer que Dios Todopoderoso dirigió la empresa.» Cuando el estado burocrático comenzaba a surgir de su crisálida feudal, los empleados que le ayudaron a nacer, muchos de los cuales eran abogados, estaban obligados a buscar un compromiso entre la eficacia de los esquemas (de los que existían modelos en el Derecho Romano y en el funcionamiento de grandes propiedades individuales, laicas y monacales) y la tradición, entre someterse a las concepciones locales o solicitar la cooperación invocando el hechizo del nombre del rey. Del «gobierno» no emanaba destello alguno; los nombramientos, las proclamaciones, los edictos tenían que venir del rey.

El nombre del rey era familiar en todo tribunal donde se administraba justicia real. En la sala de justicia de Nottingham se presentó denuncia contra Henry Gorrall porque se decía que «en el vigesimosexto día del mes de septiembre, en el decimotercer año de reinado del rey Enrique VII (1497), valiéndose de la fuerza y de las armas, a saber, de una porra y un cuchillo, arrojó un caballo muerto y putrefacto a las calles de nuestro señor el Rey en la precitada Nottingham, para la penosa molestia de los vasallos de nuestro dicho señor el Rey y contra su paz». Los nacimientos, defunciones y bodas reales suscitaban un vivo interés. Las visitas ceremoniales de los reyes a los pueblos de sus dominios se registraban en memorias y los grabados conmemoraban las coronaciones. Sin embargo, esta invocación continua del nombre del monarca, esta concepción de la realeza, no contribuían a vincular a los hombres en una

comunidad nacional de súbditos. En 1495, en el curso de un intento que se hizo para fallar un litigio fronterizo entre el Languedoc y la Provenza, se envió a un comisionado de Provenza (anexionada a la corona en 1481) a plantar las armas provinciales en las Iles du Rhône. Al hacerlo pasó un puesto que ostentaba las armas reales. Su reacción fue reveladora: se descubrió y se arrodilló ante el símbolo del poder real, después se levantó, lo apartó de allí y lo dejó en la sacristía de la iglesia local, «donde se conservan las reliquias».

Se daba por supuesto que los límites de jurisdicción de un país pudieran fluctuar por razón de la herencia, los matrimonios dinásticos o la fortuna de la guerra. La idea de «Francia» quedaba aún más debilitada por la noción que la acompañaba de «las tierras gobernadas en el momento por el rey francés». Es más, cuando el poder regio francés daba un paso hacia delante, lo hacía hacia un fin moderno, pero con medios medievales, invocando la herencia o el derecho feudal o en contestación a una petición de ayuda o protección; por tanto, cada nuevo vínculo con una región o una ciudad se consideraba aislado de una política centralizadora total y según los términos de un contrato feudal teóricamente revocable y basado en el cumplimiento mutuo de las obligaciones. El dispositivo del futuro estado-nación se estaba construyendo entre pueblos que hasta entonces no eran conscientes de ello.

Mientras que los príncipes y los oficiales trataban de establecer sistemas de procedimiento para la capital (o sus sustitutos errantes, los tribunales) a través de la densa maraña de costumbres locales, el horizonte patriótico de la mayoría de los hombres seguía siendo reducido. Fuera de las ciudades, entre la gran mayoría de la población, donde había menos movilidad y menos ilustración, es dudoso que se pueda hablar de patriotismo en ningún sentido; allí la «política» la constituían los visitantes del señor local, las habladurías de los soldados desmovilizados y los destellos de la distante majestad del rey que se filtraban a través de

las palabras de un juez o de un recaudador de impuestos.

En cuanto al nacionalismo, allí donde existía en alguna forma que se pareciese al moderno, se trataba de una invención literaria de los intelectuales; era la versión idealizada del disgusto del hombre común ante el extranjero, por medio de la cual se escudriñaba en la historia para aportar testimonios de la superioridad cultural del país del escritor. El renacer del estudio de la historia antigua servía a la causa nacional. En la historia mundial de Spiridon se aseguraba que la familia real rusa descendía del hermano del emperador Augusto y con ello se reforzaba la poderosa ficción de que Rusia era «la tercera Roma». Los escritores lituanos daban pábulo al orgullo nacional narrando que su pueblo descendía de la tripulación de un bote de legionarios romanos separados de las fuerzas de Julio César por una tempestad en el mar del Norte. Pero era principalmente entre los países vecinos de Italia y más conscientes de la superioridad intelectual de la península donde la leyenda se combinaba con los hechos antiguos y medievales a fin de crear deliberadamente una historia patriótica. Los autores franceses subrayaban el carácter puro de los galos, revelado en los *Comentarios* de César. Los alemanes acentuaban el valor y la nobleza de ánimo de Arminio en los *Anales* de Tácito y estaban seguros de que si se pudieran conseguir otras obras clásicas, ocultas por los envidiosos italianos, éstas describirían en detalle las virtudes de la antigua raza germana; «¡que nos devuelvan la *Historia* de Tácito entera, que han escondido», requería Albert Krantz, «que nos restituyan los veinte libros de Plinio sobre Alemania!». «Roma conquistó la Galia», escribía Valeran de Varennes en 1508, «pero, después de la decadencia de Roma, fueron los galos quienes conquistaron Alemania (Carlomagno), protegieron el Papado (Pipino y Carlomagno) y libertaron la Tierra Santa (las cruzadas)». Roma dejó una huella de crueldad y subyugación, señalaba en 1510 Christophe de Langueil, pero los galos han actuado siempre con justicia y virtud. «En las artes y las ciencias», ade-

más, «Francia es superior a Italia; ha producido más hombres eminentes en su propio suelo que todas las otras naciones juntas». Nada tiene de asombroso que el abogado humanista Guillaume Budé se sintiera movido a dedicar uno de sus tratados, el *De Asse* de 1515, que se refiere a la acuñación romana, simplemente «al genio de Francia». Nada tiene de asombroso, tampoco, que, por otro lado, el alsaciano Jakob Wimfeling negara que los descendientes de los Nervii hubieran conquistado alguna vez a los descendientes de Arminio. Los franceses pretendían que la buena tierra alemana entre los Vosgos y el Rin les pertenecía. «¿Dónde están allí las trazas de la lengua francesa? —preguntaba—, no se encuentran libros en francés, ni monumentos, cartas, epitafios, títulos o documentos.» En cuanto a los italianos, ¿qué necesidad había de ceder ante ellos? Se había hundido en la ignorancia, en tanto que, en el siglo X, la monja alemana Hroswitha escribía las obras de teatro que Celtis había redescubierto y se las dedicaba al elector Federico. Los alemanes tenían que hacer valer sus derechos a la dirección de Europa, que era suya por su carácter, cultura e historia. «Verdaderamente —escribía von Hutten en su diálogo *Trias Romana*—, es un grande y excelente hecho conseguir por medio de la persuasión, la exhortación, el estímulo y el impulso, que la patria llegue a reconocer su propia degeneración y se arme a sí misma para reconquistar su antigua libertad.»

Este jingoísmo de los intelectuales conseguía escasa respuesta pública. El papa Julio II podía recordar a todos los italianos la común herencia de la antigua Roma, cuando les exhortaba a respaldar su determinación de expulsar a los «bárbaros». Pero, en el momento de establecer alianzas, los estados italianos lo hacían de modo que, cuando hubiera desaparecido el peligro común, ellos siguiesen siendo diferentes. Florencia se regocijaba cuando los extranjeros conquistaron Nápoles en 1501 y exultaba de alegría cuando la «bárbara» coalición de Cambrai despojó a Venecia de sus principales posesiones de tierra firme en 1509. En

un estallido de entusiasmo literario en el último capítulo de *El Príncipe*, Maquiavelo reclamaba alguna forma de dirección unificada, al menos para el centro estratégico italiano, pero en la contestación a la pregunta de un amigo durante el mismo año, 1513, acerca de una alianza de los poderes italianos, decía llanamente: «No me hagas reír.»

Los moldes de un patriotismo nacional se forjaban lentamente: un lenguaje común, una administración unificada, la elevación de una monarquía milagrosa a la categoría de una visión completa por encima de los grandes hombres de la localidad, la proliferación de los empleados de gobierno de plena dedicación, la elaboración de una literatura destinada a cualquier precio a predicar, a ensalzar la fama de un pueblo. Gran parte de la realidad de que esas formas se iban a revestir, ya se encontraba presente: la conciencia de las características nacionales diferentes, la competitividad política y económica, el resentimiento frente a la interferencia exterior. Pero a muchos hombres les faltaba la visión, el conocimiento y, sobre todo, no les era necesario pensar, como no fuera de vez en cuando, en la nación como una comunidad. Sus fronteras eran demasiado difusas, su pueblo demasiado diverso en lenguaje y costumbres, sus gobernantes demasiado distantes y sus intereses demasiado alejados. Lo significativo residía en lo familiar y en lo cercano.

3. EL «EXTRANJERO»

El estrecho sentido de identificación con la propia región y el mucho más oscuro de que la región estaba unida a una unidad política mayor estaban condicionados por la actitud de las personas hacia lo que era diferente y extranjero. Al tratar de valorar la noción de «lo extranjero», tenemos la impresión, no de mirar aquí y allá a través de un telescopio, sino de un caleidoscopio. No había geografías o historias generales de Europa, ni nomenclators o mapas exactos que ayudasen a ubicar las impresiones visuales, las lenguas extranjeras, las

características nacionales proverbiales y las narraciones de victoria y atrocidad en ciertas partes de Europa.

La más intensa de las impresiones visuales era, probablemente, la del vestido. Dentro de ciertas limitaciones —ya que no había diferencia de corte o de paño entre las prendas de verano y de invierno, y dado que la moda de los hombres cambiaba con más rapidez que la de las mujeres— se cultivaba la fatuidad mediante el acicalamiento personal, siempre que el dinero alcanzase. La sensibilidad visual y táctil a los paños era aguda. Una parte considerable de la economía europea, desde luego, dependía del placer que producían ciertos paños, desde los forros a los brocados, los terciopelos y los tafetanes. Los artistas pintaban las telas con suma atención y algunos hasta diseñaban cortes. El cuerpo, entrenado para la danza, se ajustaba con facilidad al peso y al corte. Los vestidos eran símbolos de lealtad. Los gobernantes vestían a sus criados de librea, roja para la casa del Palatinado, escarlata y blanca para la de Aragón. Los músicos del papa León X llevaban sus colores, blanco, rojo y verde. En las casas nobles se seguía también esta costumbre. Los vestidos indicaban la clase, la ocupación y la condición, según se fuera virgen, casada o viuda. En toda Europa había una legislación suntuaria que trataba de contener la extravagancia de los sastres en interés de la armonía de clases (la mujer del burgués no debía imitar a la del noble y ésta no debía hacer ostentación de su situación), así como fomentar la decencia (no se debían resaltar los pechos o los genitales), la moralidad (contención de la vanidad y la extravagancia) y el proteccionismo (no se debían comprar géneros importados). Su constante repetición muestra que era imposible contener el deseo de variedad y exhibición.

Vanas también eran las exhortaciones desde el púlpito. «Mujeres —suplicaba el franciscano Michel Menot en un sermón de Cuaresma—, en estos días de penitencia la Iglesia cubre a sus santos con un velo; por el amor de Dios, haced lo mismo con vuestros pechos.» En otra ocasión, en 1508, arre-

metía contra la exravagancia de sus peinados. «Oh mujeres, vosotras que os consagráis al atavío, que a menudo no escucháis la palabra de Dios, aunque para ello os bastaría con cruzar la calle, estoy seguro de que llevaría menos tiempo limpiar un establo de 44 caballos de lo que os lleva a vosotras peinar vuestros cabellos.» Vanas eran las quejas de los poetas; en 1509 Alexander Barclay se lamentaba de que:

> «La forma del hombre se desfigura en cada escalón, como caballero, escudero, hacendado, gentilhombre o bellaco. ¡Ay!, así decaen todos los estados del hombre cristiano, y también de la mujer, deformando su figura.»

Por supuesto, el ritmo de cambio de las modas se aceleraba cada vez más con mangas que, ya eran tan anchas como las de los monjes, ya casi demasiado estrechas para poder moverse, como lamentaba otro predicador en Strasburgo. Y no sólo las modas en el vestido: «Era un honor dejarse crecer la barba; ¡ahora los elegantes afeminados dicen no!», escribía Sebastián Brant en su *Barco de locos*[2].

Con tanta preocupación por los vestidos en el país propio, no es sorprendente que los extranjeros fueran objeto de un profundo interés. «¿Acaso no se visten de modo diferente el español, el italiano, el francés, el alemán, el griego, el turco, el sarraceno?», pregunta un personaje en los *Coloquios* de Erasmo. «Y en el mismo país, ¡cuánta variación de atuendo entre personas del mismo sexo, de la misma edad y rango! ¡Cuán diferentes son en apariencia el veneciano, el florentino, el romano y ello dentro de Italia únicamente!» Durero se procuró ilustraciones de vestidos irlandeses y livonios para copiarlos, e hizo dibujos en los que resaltaba las diferencias de atavío entre Italia y Alemania.

Las modas se extendían a través de los grupos de pintores y bailarines y también a través de las

[2] Aquí y en lo sucesivo se ha utilizado la traducción de Edwin H. Zeydal (Columbia U. P., 1944).

relaciones comerciales, militares y diplomáticas. «Las modas en el vestir», escribía Celtis en su descripción de Nuremberg, «cambian continuamente, influidas por las naciones con las que se realiza comercio». Hacia 1480 se copiaba en el norte de Italia el atuendo de la corte borgoñona; en 1515, Enrique VIII tenía un vestido de «brocado duro a la moda húngara» y otro «en damasco blanco, según la moda turca». Un viajero anotaba que las mujeres de Génova, las más bonitas de Italia según él, habían comenzado a vestirse en 1517 como si fueran españolas. Tales importaciones suscitaban la resistencia patriótica. «Ved los pantalones —escribía Johann Geiler—: están cuadriculados como un tablero de ajedrez, y su confección cuesta más que el material. Todas estas modas nos llegan de Italia y de Francia; son una vergüenza para los germanos que, aunque el mejor pueblo del mundo, incurren en las locuras de otras naciones y se dejan convertir en monos por los sastres extranjeros.» En algunas de las ciudades suizas se prohibían los estilos foráneos y a los extranjeros que llegaban a quedarse se les daba un año para ajustar su guardarropa a la convención local.

El «mapa» de sastres era vívido, aunque confuso. Esto era también cierto del «mapa» lingüístico, del cual tenían al menos una vaga impresión todos los viajeros y todos los habitantes de las grandes ciudades comerciales, así como aquellos que poseían alguno de los muchos libros polilingües de canciones de la época.

Gracias al comercio, a la diplomacia, a la administración de dominios polilingües y al empleo de ejércitos también de esta característica, un conocimiento superficial de idiomas extranjeros no era una hazaña inaudita. Excepto entre eclesiásticos y en las universidades, el latín hablado se estaba quedando restringido a momentos puramente formales, tales como la presentación de las cartas credenciales de un embajador o para llenar lagunas en la comprensión de idiomas modernos. En su *Educación de un príncipe* (1518 ó 1519), Budé subrayaba la importancia del aprendizaje de las lenguas modernas, de tal modo que el gobernante

pudiera hacerse querer de sus súbditos por sí mismo y no tuviera que estar a merced de un intérprete. Maximiliano apuntaba sus propios logros en un manuscristo de su disimulada autobiografía, la *Weisskunig:* alemán, cuando era niño; latín, del maestro de escuela; valón y bohemio, de los campesinos; francés, de su mujer, María de Borgoña; flamenco del círculo de Margarita de York, viuda de Carlos el Calvo; español, de la correspondencia diplomática; italiano, de los oficiales del ejército inglés de sus arqueros a sueldo. El rey Manuel de Portugal aprendía español con fines diplomáticos y Enrique VIII aprendía francés con la ayuda de un preceptor, residente en el país. Aunque los franceses eran reacios a aprender otras lenguas y, quizá por esta razón, la suya había sustituido al latín como el principal idioma diplomático. Commines podía realizar negociaciones en italiano. Los estudiosos ambulantes no podían confiar únicamente en el latín por muy apasionadamente que lo hubieran aprendido: Cornelius Agrippa aprendía francés e italiano, además de su alemán nativo. Solamente a título de hazaña elegante, Lucrecia Borgia añadió el francés al español que aprendió con su padre y al italiano que recibió con la educación. Los descubridores mostraron algún interés en las lenguas nativas: Vasco de Gama se trajo un glosario de palabras malayas y Pigafetta compiló uno en patagonio durante su viaje con Magallanes.

Este aprendizaje no solía ser profundo. La producción de gramáticas, por no hablar de los diccionarios, estaba en sus comienzos: el primer auxiliar valioso fue la gramática castellana de Elio Antonio de Nebrija, impresa en 1492. La mayoría de la gente se seguía dando por satisfecha con manualitos como los *Dialogues in French and English* (Diálogos en francés e inglés) (1480), de Caxton, que seguía los tradicionales *Livres des Mestiers* (Libros de los oficios), con sus modelos de cartas comerciales y sus conversaciones elementales acerca de cómo se compra, cómo se vende, cómo se encuentra una posada y cómo se alquilan caballos.

Desde luego, es imposible evaluar en qué medi-

da un cierto grado de familiaridad con una lengua extranjera ayudaba a las personas a representarse gráficamente el país donde aquélla se hablaba. Tampoco había posibilidad de considerar Europa en términos de un número determinado de unidades lingüísticas porque, por regla general, la clase gobernante hablaba de modo distinto que la masa del pueblo y, además, en todos los países había diferencias regionales muy fuertes. Aunque las administraciones centralizadoras y los escritores que rechazaban el latín porque se estaba estilizando en un lenguaje muerto que ya no admitía los neologismos ni las oraciones vernáculas expresivas o simplemente útiles, ayudaban a uniformar la lengua nacional, el proceso se hallaba lejos de su término. Una anécdota que cuenta Caxton en el prefacio de su *Eneydos* (1490) se puede aplicar más ampliamente. «En mis días —escribía— sucedió que ciertos comerciantes estaban en un barco en el Támesis con la intención de hacerse a la vela y navegar hasta Zelanda, y, por falta de viento, se demoraron en la parte sur del Cabo y fueron a tierra para refrescarse. Y uno de ellos, llamado Sheffield, un mercero, fue a una casa y pidió carne y, especialmente, huevos. Y la buena mujer contestó que ella no sabía hablar francés. Y el comerciante estaba furioso porque él tampoco sabía francés, pero le gustaría conseguir huevos y ella no le entendía. Y entonces, por fin, otro dijo que quisieran "eyren". Y entonces la buena mujer dijo que le entendía bien. Cátate, ¿qué no podría escribir ahora un hombre de aquellos días?» Y Caxton termina diciendo que entre «el inglés llano, el tosco y el raro», ya no sabía qué pensar. En Francia, la *langue d'oil* del norte era incomprensible para los del sur, que hablaban la *langue d'oc*, y entre los primeros había muchas divisiones regionales: cuando *Maître Pathelin*, en la popular farsa de ese nombre, simula la locura para chasquear a un acreedor, desvaría en normando, picardo, limusín y bretón. El «ik-isch» * aún separaba la

* Se refiere a las dos posibles formas de pronunciar el pronombre personal «ich» (yo). (N. del T.)

zona de retirada norte del alemán bajo frente al alto, e incluso entonces, cuando se publicó en Colonia en 1479 la primera traducción de la Biblia al bajo alemán, tenía que llevar bajo franco y bajo sajón en columnas paralelas. Aún más confusa era la situación en los Países Bajos. En Amberes, por ejemplo, el lenguaje de la administración local era el flamenco; el de la correspondencia con la corte o con los representantes del duque, el francés; el de los tribunales eclesiásticos, el latín; en tanto que un enjambre de traductores ayudaba a las transacciones comerciales en alemán, italiano, español. En Rusia había tres grandes divisiones lingüísticas: el gran ruso, el ucraniano y el bielorruso, pero era tan fácil que al viajero le saludaran en eslavo eclesiástico como en cualquiera de los otros. En Noruega, la clase gobernante y muchos de los comerciantes hablaban danés. Aún existían zonas reducidas en Italia meridional donde se hablaba el griego y la diferencia de lengua vernácula entre los grandes estados proporcionaba materia para una interminable controversia literaria. Con su propia contribución a esta controversia *(Diálogo sobre el lenguaje)*, Maquiavelo esperaba que se estableciera la primacía de Florencia y que se «desautorizaría a aquéllos tan desagradecidos por los beneficios que de nuestra ciudad han recibido, que están dispuestos a mezclar su lengua con la de Milán, Venecia o la Romaña y con todos los sucios usos de la Lombardía».

Un obstinado acervo de frases hechas que pretendían retrasar el carácter nacional de los pueblos de modo conciso y simbólico todavía contribuía más a emborronar la impresión que se pudiera obtener de un país extranjero. Para los autores alemanes de las *Cartas de los hombres obscuros* (1515-1517) resultaba axiomático que Polonia era el país de los ladrones; Bohemia, de los herejes; Sajonia, de los borrachos, y Florencia, de los homosexuales. Según este acervo, los franceses eran frívolos; los flamencos, golosos y prodigiosamente limpios; los ingleses, malhablados, avariciosos e insulares. Sin ningún afán descubridor, sino por el placer de soltar una perogrullada, un

italiano de visita en Inglaterra explicaba que «los ingleses son grandes admiradores de sí mismos y de todo cuanto les pertenece; piensan que no hay más hombres que ellos, ni más mundo que Inglaterra; y cuando quiera que ven a un extranjero de buena presencia dicen que "parece un inglés", y que "es una gran lástima que no sea inglés", y cuando comparten un dulce con un extranjero le preguntan: "¿se hace tal cosa en su país?"». Como maestros de juramento, los ingleses tenían un rival: «jurar como un escocés» era un dicho popular entre los franceses; pero el peor insulto que un francés podía utilizar para describir a un inglés, insulto acuñado durante siglos de animosidad, era «coué», rabudo. En su *De cardinalatu*, Paolo Cortese prevenía a un príncipe de la iglesia que estaba levantando casa en Roma para que no emplease criados italianos; los romanos eran demasiado violentos e indignos de confianza; los florentinos, demasiado codiciosos; los venecianos, demasiado arrogantes; los napolitanos, demasiado vagos.

Los epítetos y las frases que poblaron Europa de grotescos fantasmas surgían de una serie variada de antipatías. Por supuesto, una de las fuentes más comunes era la rivalidad política. Hacía tiempo que los escoceses se curaban de sus heridas llamando cobardes a los ingleses. Pero las opiniones basadas en diferencias sociales o culturales eran más generales. Los ingleses despreciaban a los irlandeses porque carecían de un firme gobierno real y de una ley de primogenitura estable. Las naciones meridionales despreciaban a las septentrionales *en bloc* como pobladas de estólidos borrachines; los del Norte desdeñaban a los meridionales, indignos de confianza y presumidos. Las costumbres culinarias eran un verdadero estribillo. «Liberad de esa vieja infamia a los germanos —imploraba Celtis en su conferencia inaugural—, esos escritores que nos atribuyen borrachera, inhumanidad, crueldad y todo mal que se acerque a la bestialidad y a la irracionalidad.» Cuando los acompañantes de Carlos V introdujeron costumbres culinarias nórdicas en la abstemia

España, Pedro Mártir expresó su consternación ante hombres «cuyo único dios es Baco, seguido por Citherea», y un embajador italiano en Suiza estaba aterrado por la manera como sus anfitriones «se pasaban dos o tres horas en la mesa, comiendo sus muchos platos y bárbaras especias con gran ruido». Erasmo hizo a Carón declarar que él no tenía nada en contra de transportar a los españoles sobre la Estigia, pero que los ingleses y los germanos estaban tan hinchados de comida que estaban a punto de hundir el barco. Aunque estos insultos parecen triviales, tenían peso en una época en que a menudo escaseaba la comida y en la que la gula era uno de los pecados más vívidamente representados en los sermones y en el arte popular. Las tallas que representaban escenas coprofágicas de las iglesias del Norte son un exponente de las aberraciones a que podía llegar la imaginación por la situación de tensión entre la voracidad y el sentido de culpa.

A despecho de la cultura literaria de la corte de Borgoña y de los logros artísticos de los Países Bajos, los italianos se aferraban a su convicción de que el norte de los Alpes se hallaba en manos de los bárbaros. En carta a León X desde la culta Bruselas, el discípulo de Rafael, Tomás Vincidor se quejaba de que «tengo mucho que soportar, aquí lejos, entre tanto bárbaro». En visita al relicario de los Santos Lugares, Pedro Casola anotaba con fastidio que «siempre dejo a los ultramontanos entrar precipitadamente». Lleno de irritación, Christopher Scheurl citaba en 1506 un dicho veneciano, según el cual «todas las ciudades alemanas están ciegas —excepto Nuremberg—, ¡y ésa sólo ve por un ojo!». Por otro lado, «tenemos que ser indulgentes», escribía Zuinglio con altivo sarcasmo, «con la presunción italiana... No pueden soportar a un germano que les aventaje en saber». También Francia deseaba importar la cultura italiana sin infectarse con el carácter italiano. Los cantores de Milán tenían mucho que enseñar a los parisinos, pero Jean Marot no pudo abstenerse de exclamar que sus cantos sonaban como los gritos de parto de una cabra enana; también se les com-

paraba con cerditos chillando dentro de un saco. Aprended de ellos, pero no les imitéis, tal era el mensaje de Pedro Gringoire. «Por mi fe que no hay nada peor que un francés italianizado.»

Ya fuera al nivel de muchachos que le daban emoción a sus juegos representando a franceses contra alemanes, o de la propaganda oficial, es posible que esta patriotería moral ayudase a las personas a identificarse con rivalidades internacionales que solamente sus gobernantes podían zanjar. Pero ni todo el refranero de recriminaciones mutuas, ni la conciencia de que otros grupos de hombres hablaban lenguas distintas y se vestían de diferente modo consiguieron aportar un sentido claro de implicación personal en el propio país; mucho menos en la Cristiandad como un todo.

4. LAS ASOCIACIONES LOCALES

Este sentido de implicación personal era aún más débil, si cabe, a causa del vigor de las asociaciones locales y de su capacidad para atender satisfactoriamente al deseo de ayuda mutua, fraternidad espiritual, esparcimiento y simple gregarismo.

En el campo, la parroquia rural, por más que reaccionaba débilmente ante las presiones del gobierno y más regularmente ante las del señor local o de su administrador, era una unidad de administración autónoma y bastante democrática en cuya iglesia se reunía todo el mundo no solamente los domingos o los días de fiesta, de nacimientos, bodas y muertes, sino también en cada una de las peligrosas etapas del año agrícola, a fin de rezar para detener o provocar la lluvia y para dar gracias por la cosecha recogida. Esta combinación de iglesia como centro comunitario y parroquia como una pequeña unidad administrativa que coincidía aproximadamente con la tierra que la aldea trabajaba, ya que no poseía, no se encontraba en toda Europa. Su base era el sistema de parcelas por el que grandes extensiones se dividían entre los cultivadores. Dado que los pedazos

estaban diseminados en varios campos y que las decisiones acerca de cuándo y dónde arar, sembrar y segar había que tomarlas en común, la aldea era el centro natural de actividades, bien fuera una con las casas en andana a lo largo de una calle o dos, o estuvieran éstas amontonadas en revoltillo dentro de una empalizada como en la aldea eslava de «cercado redondo». Allí donde se daba la participación en la cosecha, como en la Francia meridional o en Toscana, o donde la tierra pr cedía de desbosque o bien era demasiado montañosa o árida para sostener una población concentrada, o donde la regla eran los pastos migratorios, los campesinos vivían en alquerías aisladas o en aldehuelas compuestas de tres o cuatro familias. Estos asentamientos representaban sólo una minoría de la población campesina de Europa. Desperdigados desde la Inglaterra septentrional a través de Bretaña central, los Pirineos, los Alpes, los Apeninos y los bancos del Elba y el Vístula, en otro tiempo cenagoso hasta las regiones nórdicas de Escandinavia y de Rusia, estos campesinos semicristianizados, de costumbres brutales, alimentaban las bases de aquellas fantasías solitarias que luego atizaban las hogueras en que se abrasaba a las brujas. No es que la vida aldeana fuera más decorosa o ilustrada, pero sí toleraba la lucha contra la naturaleza y, como veremos más adelante, también permitía que se relajaran las tensiones humanas dentro de un gregarismo organizado para un fin.

La parroquia urbana cumplía un cometido semejante en relación con el resto del pueblo como totalidad, pero uniendo dentro de sí a un enclave de vecinos. Las ciudades grandes estaban divididas en distritos con fines administrativos. Estos también ofrecían oportunidades para cooperar en todo lo relacionado con el mantenimiento de la paz, la prevención de incendios, la organización de la milicia y la vigilancia de mercados vecinos. La lentitud de la recuperación demográfica a partir del siglo XVI permite suponer que la mayor parte de las poblaciones aún contenían grandes espacios abiertos dentro de sus murallas. Si se consideran

los planos, se observa que, frecuentemente, las ciudades se parecían a un grupo de aldeas de calles reunidas, con casas de uno o dos pisos la mayoría de las veces, separadas del núcleo siguiente por huertos o espacios libres. La dispersión de distritos como si fueran aldeas iban en interés de la policía, de las aduanas y de las funciones económicas de las puertas principales, que tendían a convertirse en núcleos de posadas, establos, mercados, tiendas y oficios relacionados con las mercancías que llegaban a través de las rutas mercantiles privadas. No cabe duda de que la catedral o la iglesia más grande y el ayuntamiento significaban un impulso centralizador; pero incluso allí donde las «aldeas» se entrañaban unas en otras, conservaban una típica personalidad identificable. Dado que todas las clases trabajaban en sus casas, no había movimiento de un distrito a otro, ni por la mañana ni por la tarde. A la catedral, a escuchar a un predicador invitado, podía afluir una oleada de gente, y lo mismo al ayuntamiento, para escuchar una proclamación o a una zona concreta de esparcimiento, pero al refluir al distrito, de regreso a la vida autónoma en pequeña escala, la homogeneidad de ésta se reflejaba en la rivalidad entre distritos, en aquellas carreras de caballos o partidos de fútbol que aún se conmemoraban en Italia.

Las calles ostentaban los nombres de los comercios que en ellas se practicaban, de las familias del lugar o de los acontecimientos locales, de las iglesias, cervecerías o posadas; la participación en los intereses profesionales da a entender que habitualmente los parientes vivían en la misma zona de la ciudad. De modo similar se concentraba la actividad de los gremios. No se había producido relajamiento alguno de los fines económicos y sociales para cuya prosecución se había creado el gremio medieval; repuliendo de continuo sus estatutos para protegerse a sí mismos contra los «extranjeros» que, en cantidades crecientes, arribaban a las poblaciones, continuaban cuidando caritativamente de sus miembros, encargando obras de arte para sus capillas en la iglesia local y de-

mostrando aquel celo por «su propio» derecho que todos los grupos profesionales trataban de preservar contra las usurpaciones de la legislación real y municipal. Los gremios representaban una necesidad económica, pero el deseo de alcanzar otras formas de asociación más allá de tales necesidades y del círculo de parentesco era más fuerte que nunca. Los *Meistersinger* (maestros cantores), al principio músicos aficionados extraídos de todas las profesiones, crecieron en cantidad y ampliaron sus escuelas en las ciudades alemanas. Florecieron las cofradías religiosas. La nota de fraternidad llegó a estar muy acentuada: la cofradía de San Ildefonso en Valladolid, por ejemplo, atendía a los cofrades enfermos, pobres o encarcelados y se cuidaba de las viudas y los huérfanos, ordenando, además, que antes de cada reunión anual solemne se debían haber zanjado todas las disputas entre los miembros y «los que no se hablaban con otros» tenían que reconciliarse; tampoco podía invadirse ilícitamente el campo profesional de otro, ni cabía la competencia desleal. En algunos pueblos, particularmente en los ingleses, las corporaciones municipales tomaban bajo su protección a los huérfanos de los burgueses, hasta que llegaban a la mayoría de edad. Se fundaron nuevas hermandades legas, en parte con carácter devoto, en parte recreativo. Asociaciones como las cámaras retóricas de los Países Bajos encargaban e interpretaban piezas de teatro, sostenían discusiones literarias y realizaban lecturas de poesía. El polifacetismo inherente a los humanistas floreció en una erupción de academias y cofradías. Frecuentemente informales, como la Academia Platónica Florentina, donde bajo la presidencia de Marsilio Ficino, se discutían las obras de Platón, o como las reuniones en los jardines de Oricellari, donde los amigos de Cosimino Ruccellai conversaban acerca de la historia de Roma y de su importancia en relación con las convulsiones constitucionales de Florencia; los matices de estos grupos se podían captar en numerosas obras que repetían sus discusiones, aunque ninguna conserva el cálido sentimiento del contacto humano tan bien

como lo hace el *Cortesano* de Castiglione, que asegura registrar conversaciones que tuvieron lugar en el palacio ducal de Urbino en 1507. El club literario florecía tan holgadamente en Alemania como en Italia. Había *cofradías* en Linz, Ingolstadt, Leipzig, Augsburgo, Olmütz y Estrasburgo. Celtis preveía la creación de clubs para las cuatro regiones de Alemania, llamadas la Renana, la Danubiana, la Vistulana y la Báltica; su misión sería revitalizar la vida cultural del país por medio de discusiones y correspondencia y arrebatarles la dirección a los italianos. Al igual que en Italia, la pertenencia a estas asociaciones no estaba restringida a los profesores; también incluía doctores, abogados, ciudadanos educados, eclesiásticos y maestros de escuela. Las personas que compartían intereses más peligrosos se vinculaban unas a otras por medio de juramentos de apoyo mutuo y secreto. Cornelius Agrippa pertenecía a una sociedad secreta de ocultistas; alrededor del mago y místico Mercurio da Correggio se formó otro grupo.

La vida de la ciudad se abastecía por medio de estas asociaciones, a fin de desarrollar sus intereses en asuntos financieros, religiosos, culturales y recreativos. Las condiciones variaban de una ciudad a otra. Es posible que Venecia fuera un caso único debido al brillante papel que interpretaban los gremios en las festividades eclesiásticas y en las procesiones estatales, que hacían del calendario veneciano algo a la vez tan serio y tan alegre. Quizá en ninguna otra parte se pudiera encontrar un interés público tan pronunciado y de tal calidad como el que los florentinos mostraban por los grandes encargos cívicos y gremiales a los pintores, escultores y arquitectos. El alcance de la fiscalización que los mandatarios ejercían sobre cada detalle de la vida, desde el precio del pan hasta el corte de los atuendos y la censura de las piezas teatrales, probablemente en ningún sitio era tan completo como en las ciudades de Alemania. Todas las ciudades ofrecían una red completa y gratificadora de relaciones que absorbían cualquier tendencia que tuvieran los hombres —excepto en el campo de los negocios— a indagar hacia fuera, ha-

cia las comunidades más amplias y más difuminadas, esto es, el estado, la colaboración de los estados en las alianzas, la misma Europa. En 1497, un viajero escribía acerca de Calais: «Se cierran las puertas todos los días a primera hora de la tarde, cuando los habitantes están descansando; lo mismo ocurre durante los días de fiesta, sólo que, en lugar de una vez, como en los días laborables, se hace dos veces; la primera, mientras se realizan los servicios en las iglesias y la segunda, como antes, cuando las gentes están comiendo. Entre tanto, los centinelas y los guardias atalayan en todas direcciones desde las murallas de la ciudad.» La ciudad trabaja, se divierte, se echa la siesta * como si fuera una inmensa y protegida familia. En tiempos de guerra, la primera preocupación de la ciudad era la protección de sus murallas. «Política» hacía referencia a la primacía y anterioridad de la política cívica, esto es, la medida de lo que se podía ver y tolerar en las luchas por la preponderancia y las facciones. El orgullo era, sobre todo, orgullo cívico. Los parisinos se jactaban de su nuevo puente de Nôtre-Dame, que se columpiaba suavemente sobre el Sena, con sus veinte pies de calzada y sus hileras de tiendas. El precio de un cuarto de millón de *livres* se sufragó con una facilidad mucho mayor que cualquier impuesto establecido por el estado para algún fin nacional. Durante las festividades, o cuando se celebraba la llegada de algún gran hombre, la ciudad manifestaba aún más este orgullo disfrazándose. Así, las fuentes se convertían en tarimas para *tableaux vivants;* carrozas de Amor o Venus, o Muerte o Fortuna, arrastradas por figuras extrañamente ataviadas desfilaban por las calles, donde el latón y los lienzos pintados habían transformado las fachadas habituales en vías romanas o senderos en la floresta, y desembocaban en arcos triunfales desde los cuales los pícaros de la región, amarrados con toda seguridad, interpretaban en la dulzaina la pompa de Augusto o los amores de Pan. Jakob Wimfeling, que en 1505 escribía una historia

* En español en el original (N. del T.).

de Alemania, lo hizo desde la perspectiva de Alsacia, su propia provincia, y reservó los más calurosos elogios para su Estrasburgo, la ciudad en la que estaba escribiendo. He aquí su apreciación de la catedral: «Diría que no hay nada tan magnífico sobre toda la faz de la tierra que este edificio. ¿Quién puede admirar esta torre en toda su belleza? ¿Quién puede encomiarla adecuadamente?... ¡Es casi imposible que se haya podido elevar tan alto una tan pesada estructura! Si Scopas, Fidias, Ctesifón y Arquímedes vivieran hoy, tendrían que admitir públicamente que nuestro pueblo les excede en el arte de la arquitectura, y que prefieren este edificio al templo de Diana en Efeso, a las pirámides de Egipto y a todas las otras obras que se cuentan entre las siete maravillas del mundo.» Era difícil hacer una demostración más literal del *Campanilismo* *.

5. LAS RELACIONES PERSONALES Y FAMILIARES

La forma más importante de asociación, en lo que concernía al individuo, era, sin duda, la familia. Los vínculos del parentesco eran sólidos incluso entre aquellos cuyos nombres tienen algún matiz de «individualismo». Los papas aceptaban el escándalo del nepotismo. Miguel Angel, elevado a la categoría de «divino», miraba incansablemente por su poco prometedora nidada de parientes. Durero, quien en su magnífico grabado *Melancolía I* subrayó la soledad esencial del artista creador, escribió con una tristeza minuciosa y meditabunda sobre la muerte de su madre. Se multiplicaron los recuerdos de familia, las reminiscencias de los antepasados muertos, los encargos de retratos y bustos; así como también lo hicieron las peticiones de misas por los difuntos, la compra de indulgencias y la construcción de capillas. En los libros se describía la perfecta administración casera. Los príncipes se enorgullecían no solamente de su linaje ilustre, sino también de que se les

* En español en el original (N. del T.).

conociera como a los padres de su pueblo. Aunque los eclesiásticos conservadores todavía deploraban la inevitabilidad del estado matrimonial, una cantidad creciente de personas creía que la vida en el temor de Dios podía discurrir con la misma facilidad dentro del marco de un hogar que de un convento. El respeto de la familia *pietas* de la antigua Roma, añadido a la desconfianza frente a la moral de los monasterios, produjeron una idealización de la vida en familia.

La solidez de la familia se debía en gran parte al hecho de que era el centro de producción y no un retiro de ella. Entre los campesinos, la familia entera trabajaba la tierra y, en invierno, compartía la casa con los animales por mor del calor de éstos. El artesano trabajaba en su propia casa, como lo hacía el zapatero. Los criados y los aprendices vivían como miembros de la familia, únicamente separados por sus deberes de la vida ordinaria del hogar. De acuerdo con los ajustes de reciprocidad comunes entre los campesinos franceses, diferentes familias vivían bajo un mismo techo y toda su propiedad, incluidos los utensilios de cocina, era de propiedad común. Un sentimiento más consciente de la unidad familiar indujo a la producción de escenas hogareñas en la ilustración, la pintura y el grabado, a veces como fondo para, por ejemplo, el nacimiento de la Virgen, pero frecuentemente como escenas costumbristas propiamente dichas. Los criados atendían a los amos provistos de una no muy clara idea acerca de las divisiones sociales. El marido y la mujer cuidaban uno de otro como una necesidad que podía ser efectiva y respetuosa, aunque raramente era la relación autónoma desde el punto de vista de la pasión o de la comprensión. Se entendía que el padre tenía que gobernar, aunque, a veces, su autoridad sufría rudos ataques. La atmósfera era gregaria; el deseo de intimidad no hacía más que apuntarse (raras eran las muchachas, incluso de las más ricas familias, que disponían, como la Santa Ursula de Carpaccio, de un dormitorio para ellas).

La unidad funcional del hogar hace difícil la

evaluación de la calidad y del tono emocional de la vida familiar. Un alta tasa de mortalidad implicaba una cierta frecuencia en la contracción de segundas nupcias. No es solamente que los parientes planearan los matrimonios, con lo que éstos carecían, al menos en los estadios iniciales, de romanticismo, sino que la velocidad con la que se traía al hogar al nuevo cónyuge obliga a pensar en una cierta contingencia sentimental. Las terceras nupcias solían ser frecuentes. En las familias más ricas era costumbre enviar fuera a los niños, al cuidado de una nodriza, durante los primeros meses, así como (aunque esto era poco común en Italia), mandarlos a que se aducaran, mientras crecían, a alguna casa noble, un «proceso de refinamiento» que comenzaba a la edad de siete u ocho años. Que la familia no se preocupaba por sus miembros más viejos como algo natural lo sugieren algunos contratos por los cuales una persona anciana transmitía su propiedad a sus hijos a cambio de una promesa de apoyo, en la salud y la enfermedad, durante tanto tiempo como hubiese de durar su vida. Y que la atmósfera de la familia no era la más adecuada para mantener a los niños entretenidos y respetuosos de la ley lo muestran las diatribas de los predicadores y los escritores satíricos contra la delincuencia juvenil, en las que se responsabiliza a los padres por no vigilar a sus hijos y por permitirles que frecuenten las malas compañías. Los tardíos casamientos de los hombres y la alta tasa de mortalidad a los treinta y cinco o cuarenta años hacen suponer que muchos niños eran huérfanos de padre al llegar a la adolescencia y que muy pocos tendrían un abuelo que les pudiera vigilar.

Más común que la preocupación por las relaciones entre las generaciones lo era la preocupación por las relaciones entre los sexos. Es posible que, en conjunto, la posición de la mujer hubiera disminuido de importancia. Cuando los maridos se hallaban ausentes, en la guerra o con fines comerciales, la ley había aceptado que sus mujeres eran competentes para gobernar sus posesiones y administrar sus negocios. Con unas guerras que pelea-

ban mercenarios cada vez en mayor número y un comercio que se llevaba a cabo por medio de agentes, las mujeres tenían una función menos prominente que desempeñar en los asuntos. En algunos oficios —especialmente los que dependían del trabajo femenino, como la cintería, la sastrería y el bordado— se admitía a las mujeres como miembros de los gremios, mas raramente en posiciones de autoridad. Las mujeres de los tenderos atendían a los clientes como una prolongación de sus labores domésticas. Había mujeres barberas en Francia, algunas dedicadas al cambio de moneda en Alemania, se recordaban mujeres músicos y, si bien estaban excluidas del drama religioso, se las admitía en los grupos cantores y también como intérpretes en los *tableaux vivants* y en las moralidades. Durante una visita que hizo a Amberes, Durero compró un manuscrito ilustrado por una muchacha de dieciocho años. «Es maravilloso que una mujer pueda hacer una cosa así», comentó. De lo que realmente eran capaces las mujeres únicamente se manifiesta en circunstancias extraordinarias. Catalina Sforza defendió Forli, en la Romaña, con un valor que le hubiera envidiado cualquier hombre. Zoe Paleólogo, esposa de Iván III, desempeñó una parte importante en la italianización de la cultura moscovita. Indudablemente, el refinamiento de las cortes de Ferrara, Mantua y Urbino le debía mucho a la influencia de un puñado de mujeres muy ilustradas, tales como Isabel de l'Este y Elisabetta Gonzaga. Si hubieran nacido para gobernar o, por lo menos, con la posibilidad de gobernar, una Ana de Bretaña o una Margarita de Austria se hubieran mostrado a la altura de los hombres. Por un azar de la suerte, Sigbrit, hija de un tendero y madre de la amante de Cristian II de Noruega, tuvo la posibilidad de demostrar que una burguesa aguda podía gobernar un estado mejor que un rey débil; también por un azar de la suerte, una moza campesina, Maroula de Lemnos, demostró que una mujer puede reunificar una guarnición vacilante y dirigirla en un contraataque triunfante contra los turcos, acción por la cual el estado veneciano le ofreció una

dote y la posibilidad de escoger marido entre sus funcionarios. La literatura ofrecía algunas heroínas brillantes e independientes, pero, para la mayoría de los escritores, el lugar de la mujer estaba en casa sin duda alguna y sus intereses se restringían (como se ve en el retrato de Fernando de Rojas) a: «"¿Qué había de cenar?" y "¿Estás embarazada?" y "¿Cuántos pollos han salido?" y "Llévame a comer a tu casa" y "¿Cómo son tus vecinos?" y otras cosas parecidas.» Vespasiano da Bisticci, librero y biógrafo florentino, ni siquiera les concedía esta libertad. Las mujeres, escribía, deben seguir las siguientes reglas: «La primera es que eduquen a sus hijos en el temor de Dios, y la segunda que estén en silencio en la iglesia, y añadiría que también dejen de hablar en los demás lugares, porque causan con ello mucho agravio.» El mismo estribillo se escuchaba en Inglaterra: «Nada hay que ensalce, aventaje, alabe, adorne, engalane, atavíe y decore a una muchacha como el silencio», avisaba un folleto anónimo inglés. Entre los protectores de la imprenta de William Caxton se contaba aquella enérgica mujer, Margaret Beaufort, Condesa de Richmond y Derby y cofundadora de los colegios de Cristo y San Juan en Cambridge. Sin embargo, el impresor describía un ideal de mujer más pasivo cuando decía que: «Las mujeres de este país son muy juiciosas, complacientes, humildes, discretas, sobrias, castas, obedientes a sus maridos, recatadas, seguras, siempre ocupadas, nunca inactivas, morigeradas en el hablar y virtuosas en todas sus acciones, o, al menos así tenía que ser.» Una extraña excepción: en 1509, Cornelius Agrippa escribió un tratadito en alabanza de las mujeres, con la intención de atraer la atención de Margarita de Austria. Su teoría era atrevida: que únicamente la tiranía masculina y la falta de educación de las mujeres impedían a éstas desempeñar una función en el mundo equiparable a la de los hombres. Mas, al comenzar a buscar argumentos que apoyaran su tesis se vio obligado a utilizar algunos tan poco convincentes como el de que «Eva» tiene una mayor afinidad que «Adán» con el inefable nombre de Dios, JHVH,

y el de que, físicamente, el acabado del cuerpo de las mujeres era más primoroso que el de los hombres. Estos razonamientos denotan una falta de valor que resulta sencilla de comprender en una época en que un estudiante podía garrapatear, junto al nombre de un colega en la lista de matriculación de la Universidad de Viena: «Habiéndose vuelto loco, tomó mujer.»

Con excepción de los círculos de la corte y de algunas familias burguesas excepcionales, a las mujeres se las educaba de casualidad, si se las llegaba a educar en absoluto. Cuanto más rica era una familia, tanto más temprano se concertaban los matrimonios en interés de la propiedad y de la herencia; de este modo, las muchachas que tenían mayores probabilidades de recibir una educación, tenían también mayores probabilidades de que ésta se interrumpiera rápidamente. La idea romana de que «in foemina minus est rationis» ganaba terreno en el derecho, abriendo el camino a los jueces para que impusieran penas menos severas a las mujeres porque les faltaba la fuerza moral y mental necesaria para constituir intención delictiva en sentido estricto del término; también hay algunos indicios de que las leyes que capacitaban a las viudas para recibir una parte proporcional de los bienes del marido a la muerte de éste, estaban cayendo en desuso. Además, si juzgamos a partir del testimonio de los sermones (evidentemente parciales), los padres mostraban una preocupación menor por una educación estricta para sus hijas. Josse Clichthove, que no era en modo alguno un predicador alarmista, daba por supuesto que su feligresía aceptaría su cuadro de una sociedad donde la educación de las muchachas se desatendía y donde se les permitía una peligrosa libertad para corretear y juntarse con malas compañías. Existía, por tanto, la sospecha de que, una vez que un marido había «comprado» a la muchacha, habría que vigilarla.

A pesar de que, legalmente, la autoridad en la familia y en la determinación de la herencia residía en el hombre, según la sátira esta autoridad estaba lejos de ser algo evidente. Un tema favori-

to del arte popular era la batalla por los pantalones, en la que un hombre y una mujer bregaban sobre quién tenía que llevarlos; la victoria (algunas veces adjudicada por un demonio feliz), por regla general, se le concedía a la pendenciera mujer. Otros grabados trataban, alarmantes, de casos famosos de hombres dominados por mujeres: Adán tentado por Eva, Sansón rapado por Dalila, Holofernes decapitado por Judit, Aristóteles embridado y arreado por Campaspe. El hombre calzonazos era un personaje fijo en los dramas. En una farsa de Cuvier, la suegra de Jacquinot le recuerda que «tiene que obedecer a su esposa como debe hacerlo un buen marido». Entre ella y su hija describen una prolija lista de las obligaciones del marido y le obligan a firmarla. El se tiene que levantar el primero, encender las luces, preparar el desayuno, lavar los paños sucios de los niños; de hecho, «ir, venir, trotar, afanarse como Lucifer». El desenlace llega, con gran descanso de los maridos que hay entre el público, cuando su mujer cae en una enorme artesa y le ruega que la saque. «Eso no está en mi lista», rezan sus respuestas a cada petición, y solamente la rescata a cambio de la promesa de que, de ahora en adelante, será él amo en su propia casa. Esta es una caricatura de vena humorística, pero tras ella se esconde el miedo a una forma más oscura de dominación, ya que éste era un tiempo en el que se permitió a las mujeres intervenir en las representaciones de la crucifixión con la misión de forjar alegremente los clavos de la cruz y cuando una misericordia podía pintar a una mujer que arrastraba de un hombre hacia su perdición con una cuerda atada en torno a sus genitales.

El miedo a la sexualidad de la mujer parece haber sido general. «¿Dónde, ¡ay! —suspiraba el más relevante estudioso de la oratoria sagrada impresa a fines del siglo xv en Inglaterra, G. R. Owst—, dónde está nuestra feliz Inglaterra medieval?» La Iglesia, desde luego, utilizó una larga tradición en la que se identificaba a la mujer con *luxuria* y se la describía en términos de abomina-

ción patológica. Mas no eran solamente los clérigos los que creían, junto con Michel Menot, que «luxuria etiam breves dies hominis facit». Etienne Champier, doctor al tiempo que poeta, avisaba a los lectores de su *Livre de Vraye Amour* (Libro del amor verdadero) que demasiada fornicación producía la gota, anemia, dispepsia y ceguera; y no estaba haciendo más que repetir un tópico médico. Tanto los doctores como los clérigos se hacían eco de un miedo que enraizaba en la oscuridad de los terrores populares. Este miedo estaba patente en el más popular de los libros de viajes, los *Travels* (Viajes) de Sir John Mandeville. El autor describe a los habitantes de una isla imaginaria «donde es tal la costumbre que la primera noche de casados hacen que otro hombre yazca con sus mujeres para que les arrebate la doncellez... Porque los del país consideran que es una cosa tan grande y tan peligrosa tener la doncellez de una mujer, que suponen que el primero que la tenga pone su vida en peligro... Y yo les pregunté cuál era la causa de que mantuviesen esa costumbre, y ellos me dijeron que en los viejos tiempos habían muerto los hombres por desflorar a las doncellas que tienen serpientes en sus cuerpos y muerden a los hombres en la verga, y mueren luego». El viajero Ludovico Varthema cuenta una historia similar; y no cabe duda de que la intriga de *La Mandrágora* de Maquiavelo, que gira alrededor del hecho de que un marido burlado cree que una droga que ha tomado su mujer matará al primer hombre con el que se acueste, expresa, a pesar de todas sus implicaciones cómicas, un miedo inconsciente ante la mujer como castradora. Aún hay que añadir otro hecho a este miedo y a las enseñanzas de la Iglesia y de los médicos. La literatura burguesa del tiempo repite continuamente la cantinela de la mujer consumiendo, debilitando, agotando a sus maridos. Las muchachas y las esposas no estaban aisladas del sexo. Los dormitorios no constituían lugares privados (aunque la arquitectura doméstica comenzaba a reflejar el deseo de que así fuera), lenguaje y gesto eran

obscenos y a la mujer se le reconocían abiertamente sus deseos sexuales [3].

Entre las capas más pobres de la sociedad, las circunstancias económicas hacían cada vez más difícil una relación sexual natural entre un hombre y una mujer. «Poca propiedad y muchos hijos —como decía un proverbio flamenco— traen grandes desastres para muchos.» La Iglesia y, en otra medida, el servicio militar, ofrecían posibilidades de empleo fuera de la comunidad local, pero la familia se preservaba generalmente como una unidad autosuficiente (aunque sólo lo fuera marginalmente), por una serie de limitaciones voluntarias. Una de ellas era la postergación del matrimonio en sí para los hombres pobres, frecuentemente hasta que habían llegado a una edad intermedia entre los treinta y los treinta y cinco años. Le segunda era tener relaciones sexuales por medios que no condujeran a la concepción, medios por los que los clérigos recibían instrucciones de inquirir en el confesionario, y que ellos trataban de combatir. La tercera era el aborto, también condenada y, desde luego, penada con la muerte, pero que se practicaba con frecuencia. La última medida era correr el riesgo y en este sentido, al menos en las ciudades, los orfelinatos aceptaban a los niños abandonados, los proveían de nodrizas y se los entregaban a padres adoptivos; un sistema apoyado en la ausencia del prejuicio social, ya que no legal, contra el bastardo. Gracias a estas restricciones y a la secuela de la mortalidad por enfermedad, la familia media, probablemente, no alcanzaría una cantidad superior a los dos padres y dos o tres niños, aunque como los parientes vivían habitualmente en el mismo barrio, si no en

[3] «Es conveniente que el hombre tenga uno de estos lugares en su casa, para protegerse de la molestia de las mujeres» (William Hormo, *Gramática Latina*, 1519). Un libro similar de la misma época, el *Vulgaria* de John Stranbridge, revela algo del estilo conversacional. Los muchachos aprendían formas latinas para los órganos genitales masculinos y femeninos, así como para palabras tales como «pedo», «apestar», «excremento» y «orín» y para frases tales como «mierda para tu boca», «se acuesta con una puta por la noche».

la misma calle, esta cifra puede ocultar la redistribución de algunos niños entre parientes sin hijos o parientes ligeramente mejor acomodados. Aún así resulta difícil liberarse de la sospecha de que las confesiones en los procesos de brujas involucraban una histérica transferencia de responsabilidad por las fantasías y aberraciones originadas en una vida sexual torturada por el miedo, como así sucedía, con toda probabilidad, con las acusaciones de intromisión sexual, presentadas por los hombres, con ayuda de inquisidores célibes, contra las brujas de la noche.

El contraste entre el precepto y el deseo no solamente era profundo, sino también abierto. Casi todas las prácticas prohibidas por el clero se pueden encontrar en el arte popular, en libros y en las diversiones públicas. Era un pecado mortal buscar placer observando el acoplamiento de los animales. En 1514 se puso en la Piazza dei Signori de Florencia un espectáculo animal ampliamente anunciado. Particularmente relevante fue el momento en que se soltaba a una yegua entre varios sementales. En opinión de un observador, el piadoso Luca Landucci, «esto disgustó mucho a las gentes decentes y de buena conducta». Pero a los ojos de otro testigo, Cambi, «era el entretenimiento más maravilloso para que lo vieran las muchachas». Erasmo, en sus muy leídos *Coloquios* da por supuesto el lesbianismo, como un peligro para las monjas jóvenes; y entre las numerosas historias atribuidas al preste Arlotto Mainardi había una de un campesino que confesaba no sólo haber robado el grano del preste, sino también que se masturbaba; la jovial absolución fue: «Saca a pasear a tu almirez tan a menudo como quieras, pero no robes nunca más; deja la propiedad de los demás en paz y, sobre todo ¡devuélveme mi grano!» En el arte, temas como la mujer de Putifar, Susana y los viejos, Betsebé, Lot y sus hijas, les daban una posibilidad a los pintores para mostrar una concepción inmediatamente sensual del desnudo. En las tallas en piedra y en madera de las iglesias, las figuras de la *luxuria* exageraban el uso de la alegoría hasta alcanzar la pura lascivia y el falismo

sin ambages. En los grabados y xilografías se demostraba la «influencia» de Venus con escenas de fornicación; se mostraba a Locura y Muerte presidiendo escenas de burdel en las cuales la convención didáctica se utilizaba como una excusa para celebrar los placeres del sexo, del mismo modo que, de modo traviesamente erudito, mecenas como Federico Gonzaga y Alfonso de l'Este podían permitirse una afición por el erotismo mitológico, con Ios y Danaes, consiguiendo mediante artimañas, en el caso de Alfonso, la genial *Fiesta de los dioses*, de uno de los más grandes pintores de temas religiosos, Giovanni Bellini, y una *Leda* sensualmente acariciante de Miguel Angel. Si añadimos a esto los chistes que cuenta Castiglione en el *Cortesano* como adecuados para las reuniones mixtas, la alegría sexual de la *chanson* francesa y la canción italiana de carnaval (los laúdes y los libros de canciones se hallaban entre las «vanidades» quemadas por Savonarola), obtenemos una imagen de los placeres del sexo, ora completamente abiertos, ora empleando, como lo hacía la «Canción de los vendedores de piña de abeto», de Lorenzo de Médicis, una imaginería sexual fácilmente visible, pero que en ningún caso despreciaba la moral cristiana convencional.

Se producía una clara confrontación: de un lado, anécdotas (italianas) impresas, como ésta: a causa de su excesivo apego al placer, Febo da Sarasino estaba perdiendo gradualmente la vista. Cuando se quedó completamente ciego dijo: «Alabado sea el Señor. ¡Ahora podré conseguir todo lo que quiero sin temor a quedar ciego!», y de otro, un sermón predicado por Olivier Maillard en París en 1494 en el que inquiría: «¿Habéis venido, impresores?... Oh miserables libreros, vuestros propios pecados ya no os bastan; imprimís libros sensuales, viles, libros sobre el arte de amar y dais a los demás ocasión de pecar; iréis al infierno.» Durero, apasionado dibujante del Apocalipsis, se burlaba de Willibald Pirckheimer por su preferencia por los jóvenes, y Pomponio Laeto evitaba la crítica a su homosexualidad poniendo el ejemplo de Sócrates. Con todo, los predicadores advertían a los

italianos que toda la serie de desastres, desde la invasión francesa de 1494 hasta el terremoto veneciano de 1511, era un castigo por la sodomía. Para muchos, el negro de la conducta y de los vagos ensueños podía conciliarse aparentemente sin dificultad con el blanco de la enseñanza cristiana; los hombres pasaban fácilmente del pecado a la absolución, ayudados por una iglesia que, con gran sentido de la realidad, era más indulgente en la corte y en el confesionario que en el púlpito. Pero no todos podían aceptar tan simple dualismo; la tirantez que provocaba la obsesión sexual era demasiado evidente. En el misterio francés *La venganza y destrucción de Jerusalén,* Nerón ordena que se le efectúe una operación a su madre, de forma que él pueda ver el lugar concreto en que ella le concibió. Se hacían cinturones de castidad que, si bien nadie usaba, aparecían en las obras de arte. La tirantez inherente a la versión secular de la moral cristiana, elaborada exhaustivamente en las novelas de caballerías —por las que en aquel tiempo hubo un interés renaciente—, se mostraban en los grabados, en los que se manifestaba el objeto real de la adoración del héroe. La mezcla de la imaginaria sexual y la devota en la poesía de Skelton es una muestra de lo penetrada que estaba la otra concepción etérea de la mujer, la mariolatría, por las imágenes de una especie más grosera.

Todo esto son testimonios que, desde luego, hay que considerar con gran cautela. De poco significado nos resultan los bajos modelos (de moda en algunos lugares) o las piezas largas de formas y colores llamativos (principalmente en Alemania); resulta imposible volver a sentir el efecto sentimental de una moda pasada. Es igualmente imposible obtener conclusión ninguna de la proliferación de desnudos icásticos en el arte. La alegoría no tiene nada que ver con el realismo. Además, el desnudo podía continuar aún una tradición que lo asociaba con la vergüenza y la humillación: de este modo pintó Memling a Tomás Portinari, arrodillado desnudo, con su mujer al lado, en los escalones que llevaban al juicio. Es dudoso, sin embargo, que nadie concibiera el sexo de modo más

neutral que los utópicos, para quienes se asimilaba a los placeres espontáneos comparables a los producidos por el rascamiento o la defecación.

No hay duda de que existía una comprensión auténtica y afectuosa entre los hombres y las mujeres; no obstante, la moral cristiana y los problemas del control voluntario de nacimientos dentro de la familia, habían producido una mentalidad que tenía tendencia a ver a las mujeres como categorías. Había la mujer de la novela, la ensoñada compañera ideal del yo intelectual y fantasioso del hombre; había la mujer como diversión sexual, y había la mujer como esposa, una imagen tópica de persona dedicada a la casa y a la crianza de niños, demasiado ignorante para despertar interés mental, demasiado familiar en el cuadro de la casa y producto excesivamente evidente de una negociación casi financiera, para despertar curiosidad ninguna. Atrapado entre los temores y las zozobras, el hombre casado trataba de encontrar fuera del hogar el romanticismo y el placer despreocupado, real o imaginario. Hay una serie de endechas populares (todas escritas desde el punto de vista masculino) con títulos tales como: *The Newly-wed's Complaint* (El lamento del recién casado) y *The Shades of Marriage* (Las sombras del matrimonio). El poeta francés Coquillart describe con amarga minuciosidad cómo se escapa el amor por la ventana a medida que los embarazos y amamantamientos van haciendo más repulsiva físicamente a la esposa. Un dibujo alemán simbolizaba el matrimonio con dos troncos que crecían de un solo tocón y que terminaban en un travesaño en el que estaban crucificados un hombre y una mujer, ambos desnudos y con los ojos vendados; una actitud que más tarde resumiría Lutero en su desconsolada frase: «Sí, uno puede amar a una muchacha. Pero a la propia esposa... ¡puf!»

En su *Cortesano,* Baltasar de Castiglione defendía el matrimonio, a menos que hubiera una gran desigualdad de edad y temperamentos; pero, al hablar de las bromas y las chanzas entre hombres y mujeres, hacía decir a uno de sus personajes que las mujeres «pueden vilipendiar a los hombres por

su falta de castidad con más libertad de la que tienen los hombres para lastimarlas; y esto es porque nosotros hemos hecho una ley, según la cual una vida disoluta no es una falta o degradación entre nosotros, mientras que para las mujeres significa tan cabal desgracia y vergüenza que, una vez que se ha calumniado a una mujer, sea el cargo falso o no, es desgraciada para siempre». En su bosquejo necrológico de Luis XI, Commines apuntaba con asombro que, durante los últimos años de su vida, el rey había sido fiel a su esposa, «considerando que la reina (aunque era una excelente princesa en otros aspectos) no era una persona en quien un hombre pudiera encontrar gran placer». Antonio de Beatis escribía del joven Francisco I que, «aunque de moral tan airada que se deslizaba fácilmente en los jardines ajenos y bebía del agua de numerosas fuentes, trataba a su esposa con gran respeto y honor». En el elogio del emperador Maximiliano, Johann Cuspinian subraya que, «a diferencia de otros príncipes», siempre fue virtuoso en sus relaciones con las mujeres. Esta doble pauta moral no era exclusiva de los príncipes, y la imagen de las estampas que muestran al amante escabulléndose de la habitación al entrar el marido, indican que se respondía a ella vengativamente. Los utópicos eran celosos guardianes de la moral sexual. «El motivo por el que castigan tan severamente esta falta —explicaba Moro— reside en su previa convicción de que, a menos que se impida cuidadosamente a las personas el trato promiscuo, pocos contraerán el vínculo del matrimonio, en el que hay que pasar una vida entera con un solo compañero y en el que hay que llevar con paciencia todas las inquietudes que le son propias.»

No resulta sorprendente que floreciera la prostitución, ya que el gobierno y, de mucha peor gana la Iglesia, la veían como una válvula de seguridad esencial. Siempre se había garantizado un alto nivel de aprovisionamiento, gracias a la pobreza, especialmente en tiempos de escasez, cuando las familias sólo podían sobrevivir prostituyendo a sus hijas. La demanda la mantenían unas cifras de-

mográficas que señalan una gran desproporción entre los sexos, con una mayor cantidad de hombres que de mujeres. En 1490 se daban cifras (inseguras) de 6.800 prostitutas en Roma y de 11.000 en Venecia a comienzos del siglo XVI. Su situación era distinta, según el punto de vista de las autoridades municipales. Coquillart retrata las calles de París frecuentadas por una figura familiar: «Una mujer que va sin antorcha por la noche y murmura a cada cual: "¿Me queréis?"», mientras que en Nuremberg, si bien las prostitutas estaban protegidas por estatutos propios se les exigía la permanencia en burdeles autorizados por el Estado. La aparición de la sífilis apenas si hizo cambiar esta amplia concepción; la primera reacción fue la precaución y no el pánico. Y, desde luego, durante este período fue cuando se le reconocieron a las prostitutas sus derechos. La sustitución de la palabra «cortesana» por la de «pecadora» revela una mayor tolerancia para la profesión en general, y en Italia, especialmente en Roma, la prostituta procuraba compañía romántica al mismo tiempo que placer. Los hombres buscaban fuera del hogar, por tanto, la camaradería de los gremios o las cofradías, el consuelo del amor menos prosaico y las alegrías de la amistad. En sociedades como la de Florencia, donde era costumbre que las muchachas se casaran alrededor de los veinte años y los hombres al final de los treinta, la desproporción fomentaba las relaciones homosexuales tanto como la prostitución. En general, aparte del compañerismo habitual en los negocios y en la administración y del fuerte sentimiento de solidaridad masculina frente a las mujeres, ésta fue una época de sinceras e intensas relaciones entre las personas. A ello contribuyó en cierto modo el ideal caballeresco de los paladines errantes vinculados, así como la participación en las confidencias y la vigilancia recíproca, estimuladas por la piedad lega de la *Devotio moderna* en interés de un perfeccionamiento espiritual. Las numerosas ediciones de *De amicitia* (De la amistad), de Cicerón, las historias de los famosos amigos de la antigüedad en Grecia y Roma, Pilades y Oreste, Teseo y Peritoo,

Escipión y Laelio, junto al ideal del amor platónico, ampliamente extendido, centraron la atención en el arte y en las ventajas de la amistad. La amistad no se limitaba a los vecinos o conciudadanos. Por supuesto, el correo regular era escaso y, normalmente, restringido a la correspondencia diplomática de los estados que lo habían adoptado. La Universidad de París tenía un sistema por medio del cual los estudiantes se podían mantener en contacto con sus familias en el campo. Los comerciantes de la Hansa tenían su propio servicio postal del mismo modo que las grandes firmas internacionales, como los Welser y los Fugger. Si se disponía de los contactos adecuados, se podían utilizar estos sistemas organizados, aunque eran caros. También llevaban cartas los mercaderes, los alguaciles y los clérigos y, si se prescindía de la demora y la falta de comodidad, también se podía aprovechar el incesante tráfago de hombres que seguían itinerarios propios. En los doce meses que van del primero de agosto de 1514 al de 1515, Erasmo envió cartas desde Lovaina, Lieja, Basílea, St. Omer, Londres y Amberes y recibió correspondencia procedente de Estrasburgo, Friburgo, Lovaina, Londres, París, Arlon (una aldea de Bélgica), Tubinga, Schlettstadt, Ausburgo, Halling (cerca de Rochester, en Kent) y Roma. Y todavía era posible conseguir una vinculación más perdurable que el correo. En 1517, el mismo Erasmo encargó su retrato y el de su amigo Peter Giles al pintor Quentin Matsys, y le envió los dos a Moro «a fin de que estemos siempre con vos, incluso cuando la muerte nos haya aniquilado».

No obstante, dado lo poco extendido que se hallaba el don de la espontaneidad en la escritura, el informe verbal de un mensajero solía ser más apreciado que la carta que llevaba. La capacidad de mantener una relación por correspondencia era poco frecuente. A los hombres les gustaba verse y tratarse mutuamente, beber, orar, discutir y realizar negocios juntos. Les resultaba difícil imaginar aquello que no podían ver u oír; y cualquier estudio sobre los cambios de gobierno, las relaciones exteriores y la guerra ha de tener esto en cuenta.

IV. La Europa económica

1. CONTINUIDAD Y CAMBIO

Si se considera la economía de Europa en su totalidad, se puede ver que no fue ésta una época en la que se produjeran cambios fundamentales. Hacia su final comenzaron a subir lentamente los precios en el Oeste, pero, a despecho de las guerras, de los recientes brotes de peste y de las penurias locales, fueron tiempos de callada prosperidad general. No se producían oscilaciones demográficas, ni tampoco repentinos incrementos o descensos industriales; la próxima oleada de bancarrotas estatales no había de llegar hasta mediado el siglo XVI. La nueva inyección de metales preciosos de las colonias españolas en América aún no tenía la fuerza necesaria para trastornar un metabolismo monetario que ya estaba acostumbrado a las infusiones del oro africano de Portugal.

Si bien las estadísticas no están lo suficientemente completas para juzgar de este punto con seguridad, parece probable que la prosperidad del área italiana del Milanesado-Venecia-Toscana perdiera ventaja lentamente a favor de la Alemania del sudoeste, y no cabe duda de que la supremacía bancaria pasó en la misma dirección. Aunque la banca Médicis y la Fugger eran dos excepciones, la decadencia de la primera en los últimos años del siglo XV y el florecimiento de la segunda a comienzos del XVI, estaban relacionadas con circunstancias que afectaban a las dos áreas en su conjunto, especialmente el aumento de la importancia de los minerales al norte de los Alpes y la creciente dificultad de obtener lana para la industria textil italiana. En cierto sentido, este contraste refleja también un cambio más profundo en la importancia relativa de las costas mediterráneas y atlánticas en lo que se refiere a las posibilidades del desarrollo económico. Todavía no estaba

sucediendo nada que se pareciera a una transferencia de preponderancia de una a otra; que puertos como el de Lisboa y Amberes crecían más rápidos que Florencia y Venecia, no era más que un presagio de lo que reservaba el futuro, ya que, desde un punto de vista comercial, Europa constituía aún una unidad autónoma con áreas que se abastecían las unas a las otras en términos más o menos iguales, más bien que una polarización de áreas dirigidas hacia las pocas que traficarían en gran escala con las tierras que entonces estaban en proceso de descubrimiento.

La explotación de estas tierras se llevaba a cabo a un ritmo verdaderamente llamativo. Hacia 1515, hacia el fin del mandato del virrey portugués Alfonso de Alburquerque, las flotas regresaban regularmente de las costas de las Indias Orientales, estando protegidas, mientras se constituían, por los puertos fortificados de Diu, Goa y Cochin, mientras que los barcos con base en Ormuz y Mombasa las defendían de los piratas árabes en su ruta a través del océano Indico. Además, un fuerte en Malaca servía de base adelantada para proseguir la exploración de Malasia y las Molucas. Antes de que Cortés desembarcara en Méjico en 1519, España había ya establecido asentamientos en Santo Domingo, Jamaica, Cuba y Puerto Rico, en las Indias Occidentales, y estaba convirtiendo a Darién, en Colombia, en la ciudad española más importante de tierra firme. Es dudoso que por estas fechas ninguna de las dos grandes potencias coloniales obtuvieran más de lo que estaba invirtiendo en sus imperios de ultramar. Gran parte del capital necesario para financiar los viajes se obtenía de los banqueros italianos y alemanes, y había que devolverlo; las especias portuguesas atrajeron un beneficio inicial a Lisboa, pero como tenían que seguir camino hacia Amberes, en su mayor parte para la distribución, el beneficio de la venta al por menor iba a parar a manos no portuguesas; comenzaba a afluir oro suficiente a España desde las Indias Occidentales para iniciar el aumento de precios que iba a afectar a toda Europa hacia finales de siglo, pero la verdadera riqueza de Es-

paña la procurarían las minas de plata de Sudamérica, que aún estaban sin descubrir. En 1520, la economía europea no se resentía sino marginalmente de las consecuencias de los viajes de Colón y Vasco de Gama.

La dirección de las corrientes de productos alimenticios básicos y materias primas en Europa continuó siendo constante: lino y pieles de Polonia y Lituania, hacia el Oeste; el grano y el algodón sicilianos, hacia el Norte; la lana de España e Inglaterra, hacia el Este, y el pescado salado de los mares del Norte y Báltico, hacia el Sur. Las áreas de densa población y de manufacturas, las principales consumidoras de estas mercancías, no cambiaban; el centro de gravedad de la vida financiera e industrial de Europa continuaba siendo el sur de los Países Bajos y el norte de Francia, Alemania meridional e Italia septentrional. El Rin, con su raza flotante de hombres y mujeres, nacidos y criados en las gabarras que raramente abandonaban, seguía siendo el río más laborioso de toda Europa. Dentro de esta norma había ciudades que continuaban siendo tan especializadas que dependían en gran medida de las principales corrientes del comercio: grandes depósitos, como Venecia; centros más pequeños, como Pskov, con sus calles atestadas de herreros y plateros, y algunas diminutas, como Waldsee, que exportaba instrumentos de viento de gran calidad. Pero también existían muchas regiones que habían desarrollado tal diversidad de actividad económica que eran, y seguían siéndolo en gran medida, autárquicas. Características de tales regiones era Yorkshire, que enfurtía y tejía los vellones de sus propias ovejas, construía con piedras de sus propias montañas, se alimentaba de su pesca marítima y fluvial, extraía y fundía su propio hierro. Sheffield exportaba plomo para techados y canalizaciones, así como mercancías de acero, y Hull constituía su salida hacia los sólidos puertos comerciales del mar del Norte. Tales regiones se podían relacionar más o menos a su voluntad, con la pauta europea general de comercio, según los suministros y los precios.

Los costes de transporte seguían siendo los que fundamentalmente determinaban los precios. El comprador de especias indias en Toledo pagaba por ellas dos veces lo que hubiera pagado en Lisboa. El 75 por 100 del precio del grano en Arkangel se debía a los costes de transporte desde Moscú, a 650 millas de distancia. El precio de este mismo artículo crecía en un tercio en el corto trayecto desde Rouen a Amiens. Cuanto más voluminosa era la mercancía, más alta la carga que se le imponía: sólo el 5 por 100 del precio de la madera entregada representaba el coste en el bosque, el resto lo absorbía el transporte. Tales cargas incluían los costes de flete, carga y descarga, aseguración, derechos de aduanas y, según la ruta, también portazgos, escoltas obligatorias y peajes. Los artículos en camino desde París a Rouen a lo largo del Sena, pagaban quince portazgos diferentes antes de afrontar los derechos que la misma ciudad de Rouen cargaba. Entre Nuremberg y Frankfurt, unas 150 millas, había que contratar cuatro escoltas diferentes, a medida que los carros pasaban de una jurisdicción territorial a otra, y en el mismo Frankfurt había que pagar derechos de puerta.

Entre el productor y el consumidor se interponía una multitud de derechos señoriales y privilegios municipales. Se hicieron intentos de mejorar los caminos como una alternativa al uso de los ríos, excesivamente recargados de peajes; en Francia se constituyeron asociaciones de comerciantes para negociar con los señores ribereños. Sin embargo, los costes de transporte continuaron determinando los precios y, por ende, los salarios. Los costes de transporte eran asimismo responsables de la naturaleza esencialmente regional de la actividad económica, caracterizada por pequeñas ciudades mercado que abastecían a los territorios adyacentes en un radio de 15 a 20 millas, al tiempo que se abastecían de ellos. Los costes de transporte constituían la prueba de que, aparte de las materias primas, como la lana, y de los productos alimenticios básicos, tales como los cereales, el aceite, la sal y el vino, el comercio de larga dis-

tancia proveía casi exclusivamente a los ricos. Con la posible excepción de un único apresto de atavío para las fiestas, es dudoso que la mayoría de las personas poseyeran un solo objeto a cuyo fabricante no pudieran conocer personalmente. Por causa de los costes de distribución, los comerciantes tendían a establecer monopolios, a despecho de las disposiciones gubernamentales; las grandes compañías mercantiles trataban de incrementar sus beneficios constituyendo asociaciones para traficar con mercancías preciosas y esenciales, como el cobre y el aluminio. Los caracteres básicos de las grandes empresas no se alteraron en otros aspectos. Jugaban sin riesgo ninguno diversificando sus intereses, como lo hicieron sus predecesores medievales, combinando la banca con el comercio y la industria, y continuaron haciéndoles préstamos a los príncipes a cambio de privilegios mercantiles: la Hansa ayudó a Eduardo IV a alcanzar el trono de Inglaterra, los Fugger y los Welser compraron los votos electorales que le dieron a Carlos V un imperio.

Si bien las condiciones básicas de la vida económica continuaban siendo estables, no dejaron de producirse cambios regionales. El rápido desarrollo de los fondos pesqueros de Islandia a expensas de los del Báltico, dañaron la prosperidad de Bergen que, durante siglos, se basó en la salazón y redistribución de los arenques y el bacalao. La escasez de metales preciosos de acuñación en especial para las compras en el levante y en las Indias y, ello en menor medida, para el pago de los ejércitos, suscitaron un gran desarrollo de las minas de plata de Sajonia e hicieron la fortuna de las empresas que las administraban. Las viejas poblaciones sajonas dedicadas a las minas de plata engrosaron a un ritmo que alteró de raíz el equilibrio de la interdependencia campo-ciudad y acarreó un aumento en los precios de los productos alimenticios y del combustible que hizo del campesinado y del proletariado urbano de esta región el factor más revolucionario de toda Europa; se fundaron nuevas ciudades, como Annaberg, cerca de Chemnitz, y los apacibles valles montañosos se

llenaron de emprendedoras comunidades, d das exclusivamente a ese único propósito m. y sorprendentemente homogéneas de carácter. cia el segundo decenio del siglo XVI se calcul que el número de personas empleadas en la minería y metalurgia en todo el Imperio alcanzaba una cifra cercana al centenar de millar. Hacia 1490 el mercado de cereales de Estocolmo cambió su nombre por el de mercado del hierro, debido a la explotación se beneficiaron en general de la creciente demanda de metal para la fabricación de cañones, escopetas y pistolas, así como para armaduras, y los tradicionales centros de fabricación de armas, Malinas, Moscú y Milán, crecieron en importancia, en tanto que surgían otros rivales (Londres, París, Nuremberg, Brescia). Resultan difíciles de valorar las consecuencias de las guerras porque estaban entrelazadas con otros factores. Las interrupciones constantes de las comunicaciones terrestres y marítimas con Italia a partir de 1494 favorecieron sin duda a la marina catalana y francesa y a las grandes compañías mercantiles de Alemania meridional. Pero como Italia era el reñidero de Europa, ello no tuvo un efecto realmente grave sobre la generalidad de la península. Florencia siguió siendo un centro bancario, si bien los nombres de las bancas más prósperas cambiaron. El canal y los sistemas de irrigación de la Lombardía aún convertían al Milanesado en una de las zonas agrícolas más fértiles de Europa. El desarrollo de la fabricación del tejido de seda a base de la materia prima casera, seguía compensando algo de la reducción de suministros de lana extranjera para paños. Y, desde luego, en aquellos mismos años, cuando Francia, Alemania y España trataban de repartirse la península, lo hacían respondiendo a un cambio de gustos, de deseo de comodidad y a una afectación social que les empujaba a comprar cantidades crecientes de artículos de lujo, que el artesano italiano sabía producir con destreza. Nunca había sido tan amplio el mercado de las sedas italianas, así como de los brocados, damascos, fibras de plata, vidrios, porcelanas, joyería y objetos devotos.

Incluso el más conocido de los reveses, la llegada a Lisboa en 1501 de los primeros cargamentos portugueses de especias compradas en la India no produjo más que un doloroso cardenal y no una herida permanente en este brazo del comercio veneciano. En 1504 había especias portuguesas a la venta en Londres, y en el mismo año, las galeras venecianas no encontraron ninguna en las dos principales salidas de especias al Mediterráneo, Alejandría y Beirut —puertos en los que estaban acostumbrados a encontrar tres millones de libras e incluso más—. El susto de estos primeros años y el pánico que los acompañó no duraron largo tiempo. Los muelles vacíos no eran el resultado del monopolio portugués, sino de la dislocación temporal del servicio árabe de distribución a través del océano Indico hasta el mar Rojo y el golfo Pérsico; los culpables no eran las partidas de los portugueses, sino sus cañones. Al comienzo del segundo decenio del siglo XVI se habían restablecido los vínculos con los distribuidores árabes. De entonces en adelante, las especias venecianas tendrían que competir con las de Lisboa, pero el precio de compra en ambos puertos era fundamentalmente el mismo y la demanda más elevada que nunca. Las especias (principalmente la pimienta) eran solamente una de las mercancías con las que comerciaba la marina veneciana, aunque sí la más valiosa. Además de importar otras mercancías de lujo orientales, la ciudad y su *terra ferma* habían comenzado lentamente a tejer paños. También se incrementó la producción de vidrios y de libros impresos. Esta diversificación, añadida a la revivificación de las importaciones de especias, justifican que Venecia fuera más próspera alrededor de 1520 de lo que lo era hacia 1480. Venecia resistía todas las crisis: la guerra con los turcos de 1499 a 1502, las noticias desde Lisboa, los hundimientos de la banca, los gravosos subsidios a los aliados y la catástrofe de la derrota de Agnadelo. En esos años comenzó el proceso por el que los puentes de madera sobre los canales se convirtieron en puentes de piedra. El Foncado dei Tedeschi, que se quemó en 1505, se reconstruyó a mayor escala

que antes, así como el distrito del otro lado del Rialto, cuando también él quedó destruido por el fuego en 1514.

Se produjeron cambios en la importancia respectiva de ciudades y empresas, así como de regiones enteras; las prácticas de comercio más libres y la protección impulsaron a Amberes muy por delante de su rival Brujas; las ferias internacionales de Lyon seguían mermándoles negocios a las de Ginebra; Amsterdam pasó a ser uno de los puertos pesqueros más activos de Europa septentrional, principalmente a expensas de los del Báltico. Más prodigiosa resultó la expansión de las empresas bancarias y comerciales de Alemania meridional a costa del grupo de compañías de la Hansa en el norte y de las de Italia. Las empresas de Ausburgo, Hochstetter, Welser y, sobre todo, Fugger introdujeron sus agentes —que, a veces disimulaban sus contactos con la compañía madre— en las principales ciudades de Europa central, se encargaron de la administración de los ingresos pontificios y, merced al endeudamiento de los mismos Habsburgo y de otros príncipes de Alemania y Hungría, recibieron concesiones para la elaboración y venta precisamente de aquellas mercancías por las que casi todos los gobiernos mostraban un creciente interés: plata y cobre. A pesar de todo esto, la elasticidad que Venecia demostraba indica el conservadurismo esencial del comercio y la industria europeos y la persistencia de las líneas generales de oferta y demanda.

2. EL CARÁCTER DE LA VIDA ECONÓMICA

Cualquier generalización acerca del grado de competitividad económica a que daban origen estas condiciones resulta imposible. Un gran historiador francés ha comparado al comerciante de este período con un soldado, «un hombre de decisiones rápidas, de energías físicas y morales poco comunes, de audacia y determinación inigualadas» [1]. Se pueden añadir muchas cosas a esta de-

[1] Lucien Febvre, *Revue des Cours et conferences* (1921), página 63.

finición. Era una época en la que se acumulaban las mercancías astutamente cuando la demanda se hacía desesperada y en la que los monopolios se defendían con ferocidad. Se contaba que cuando instaron a Jacobo Fugger a que se retirara y disfrutara de su riqueza, él contestó «que no tenía intención de hacerlo, sino que deseaba conseguir ganancias durante tanto tiempo como pudiera». Colón subrayaba la diferencia con Europa cuando escribía de los indígenas de San Salvador que «son tan ingenuos y libres con todo lo que tienen que quien no lo haya visto no lo creería; de todo lo que poseen... os invitan a compartir y muestran tal amor como si pusieran sus corazones en ello». Los monasterios rusos cargaban intereses de hasta 156 por 100 sobre los préstamos a los campesinos empobrecidos. Un sacerdote misionero en Malaca causó el asombro de su vicario al proclamar que «no quedaría satisfecho hasta que se hubiese asegurado 5.000 *cruzados* y muchas perlas y rubíes en el espacio de tres años».

Por otro lado, Durero provocaba la condenación general de la pereza al grabar a un burgués durmiendo junto a una estufa, con el cofre cerrado y soñando, bajo la influencia del diablo, no con la ganancia, sino con Venus. El diarista veneciano Girolamo Priuli atribuía esta actitud tan poco militante no al diablo, sino al sueño sobre los laureles económicos. «Nuestros antepasados eran denodados, fieros, incapaces de tolerar las ofensas, prestos a golpear, orgullosos de combatir. Actualmente somos de espíritu suave, mansos, longánimos, asustadizos, refractarios a la guerra. Y esto me lo explico porque en los viejos tiempos todos vivíamos del comercio y no de ingresos fijos; pasábamos muchos años de nuestras vidas en tierras lejanas, donde tratábamos con razas diferentes y nos hacíamos valerosos... Actualmente, pocos de nosotros viven del comercio. La mayoría vive de sus ingresos o de una paga oficial.»

Para Priuli, pues, los tiempos del soldado habían pasado; él hablaba de Venecia, pero el aumento del número de *rentiers* y de aquellos que aspiraban a la seguridad del empleo administrativo era

general. Desde luego, si se deja de lado la posible excepción de Amberes, donde a un repentino incremento de la prosperidad siguió una intensa competitividad entre las comunidades extranjeras, cada vez más numerosas, y los comerciantes nativos, resulta fácil considerar a la burguesía sobre todo como cauta en los negocios, dotada de un intenso sentido del deber y de la obligación en lo que respecta a los asuntos públicos, recelosa ante las nuevas ideas y genuinamente religiosa. «Y puesto que el Señor Dios es el Donador de todos los bienes», reza un pasaje de un acuerdo de sociedad florentino de 1506, «acuerdan que de los dichos beneficios de esta empresa, darán cada domingo, como limosna a los niños huérfanos, dos de cada 100 florines que hayan recibido durante la semana, bien como empresa, o bien cada miembro por separado distribuirá de acuerdo con esta regla». Mucho más representativo que la observación de Jacob Fugger es el matiz expuesto por Luca Pacioli en su declaración de que «el propósito de todo mercader es conseguir un beneficio razonable y legal de modo que pueda mantener su negocio».

En cualquier caso, eran muy pocas las áreas de la actividad económica que resistieran la tentación de elevarse rápidamente a la riqueza. Una de ellas era el mercado de metales, acaparado por las casas de Alemania del sur; los préstamos a los príncipes y la recaudación delegada de impuestos eran otras, pero escasas eran las personas que tenían capital disponible para probar en la primera y la segunda ofrecía oportunidades sólo a unos pocos. Los costes de transporte minimizaban los beneficios comerciales y las restricciones gremiales los industriales. Es imposible decir cuánta energía se dedicaba a la industria en función del deseo de la mano de obra de ahorrar dinero para mejorar su situación. De cada 30 habitantes de Venecia, uno tenía una cuenta corriente, normalmente muy pequeña. Por otro lado, Clichtove se lamentaba repetidamente de la costumbre de interrumpir el trabajo cuando los sábados a mediodía sonaba el Angelus; ¿no se daba cuenta la co-

munidad, preguntaba, de que el diablo era el que les impulsaba a que observaran el Sabbath judío como observaban el domingo cristiano?

El progreso económico del individuo dependía por lo general de que obtuviera un préstamo, un crédito para la mejora. Y en una sociedad en la que tanto el prestamista como el prestatario trataban de mejorar su posición, un préstamo implicaba la devolución con intereses. Contra el cobro de intereses se elevaban las voces de Aristóteles y de Cristo. En la *Política* se entendía como natural la adquisición por medio de la agricultura y la ganadería, en tanto que la adquisición por medio de la usura «es censurada justamente, porque el beneficio que de ella resulta no se hace naturalmente, sino a expensas de otro hombres». Y en el Sermón de la Montaña, Cristo dijo: «Prestad, no esperéis nada a cambio; y vuestra recompensa será grande y seréis los hijos del Altísimo.» La condenación medieval de esta actividad esencial del comerciante, del prestamista y el banquero había sido constante y se hizo más extensa que nunca a comienzos del siglo XVI. En sus *Adagios,* la más ampliamente programada de sus obras, Erasmo se quejaba de que «desde luego es contrario a la naturaleza, como dijo Aristóteles en su *Poltica,* que el dinero produzca dinero. Pero ahora esta costumbre es tan generalmente admitida entre los cristianos que mientras se desprecia a los labradores... los usureros, por otro lado, se cuentan entre los pilares de la Iglesia. En nuestros días ha alcanzado tal altura el ansia de posesión que no hay nada en el dominio de la naturaleza, sea sagrado o sea profano, de lo que no se pueda obtener un beneficio». Cuando John Eck, clérigo y profesor en la Universidad de Ingolstadt argumentó, en un debate en Bolonia en 1515, que un préstamo comercial podía cargar propiamente el 5 por 100 de interés (la firma bancaria Fugger le había pagado sus gastos de viaje), su amigo Pirckheimer, vástago a su vez de una familia de comerciantes, escribió: «Me duele veros mezclado en un asunto que no puede sino mancillar vuestra conciencia», y

avisó a Eck de que se le estaba utilizando solamente con fines de propaganda.

Ni las prohibiciones directas del Derecho Canónico, ni el continuo raudal de censura desde el púlpito habían conseguido retener al egoísmo económico que suponía utilizar el préstamo o practicar el comercio en función del máximo beneficio que se pudiera obtener. A veces se ignoraba simplemente la convención. En Rusia eran los monasterios quienes cumplían el papel de pacificadores en técnicas de negocios; en ciertas ciudades, como Ginebra, las autoridades, aunque con algunas limitaciones, legitimaban los préstamos que incluían interés; en Lyon se permitía a los comerciantes que cargaran el 15 por 100 en los tratos entre ellos mismos. Con mayor frecuencia aún se evadía la convención por medio de ficciones: se disfrazaba el préstamo de inversión o de colaboración o, más llanamente, las cantidades de devolución, que escondían los intereses cargados, se nombraban en los contratos, o los préstamos se devolvían en moneda extranjera, dando la impresión de un cambio o de una compra recíproca; o bien se pagaba el monto del interés bajo la forma de una donación anual. En la medida en que las expresiones de gratitud para el depositante no eran condición del depósito, no se producía violación alguna del Derecho Canónico; evidentemente, como el banco podía ser pasto de las llamas o el dinero, invertido por el banquero en una flota mercantil, por ejemplo, podía ir al fondo, el depositador encaraba un riesgo posible y ello le legitimaba a cierto pago compensatorio. Todos estos trucos ya eran familiares en el siglo XIV. Es dudoso que las leyes sobre la usura tuvieran efecto alguno, cualquiera que éste fuese, sobre la productividad económica de Europa en conjunto, pero afectaron posiblemente los canales por los que se dirigía la actividad económica y originaron un clima de opinión al que el individuo tenía que ajustarse con varios grados de comodidad. El préstamo al interés más rematadamente perverso era el que se hacía al consumidor que se hallaba en dificultades financieras, y la Iglesia era más tolerante

con los préstamos (en tanto no hubiera una tasa de interés explicitada, fija) realizados con fines comerciales, donde el riesgo para el prestamista era mayor. La tendencia del hombre de negocios escrupuloso era la de preferir la inversión comercial al préstamo monetario directo; en verdad, todos los bancos estaban implicados en préstamos comerciales y el banquero evitaba mucho del oprobio que suscitaban el usurero y el prestamista callejero. Esta desviación creativa de la inversión en la producción más bien que en el apoyo al consumo, estaba equilibrada, sin embargo, por la desviación no creativa de lo invertido en especulación con el cambio extranjero, otro método comparativamente legítimo de conseguir beneficios. La atmósfera que contribuía a condicionar esta alternativa no se caracterizaba tanto por la amenaza de la persecución real como por la facilidad con la que el deudor podía escabullir sus obligaciones invocando la protección de las leyes contra la usura.

Tal afmósfera estaba llena de contradicciones. En Florencia se toleraba a los pequeños prestamistas pero se les negaba el acceso a los sacramentos y al entierro cristiano, aunque casi todos los ciudadanos de cierta importancia poseían valores en el *Monte*, la deuda pública consolidada, que pagaba intereses sobre las cantidades allí depositadas. Cuando, en Venecia en 1499, se hundió la banca Lippomani, Priuli, también comerciante y banquero, escribió: «Los Lippomani eran de tanta distinción y, en el pasado, fueron tan estimados y honrados en Venecia que nadie podía serlo más. Pero ahora están arrestados, aprisionados y son maldecidos de todos. Y ésta es la moraleja de estos acontecimientos: quienquiera que coloque sus esperanzas en las cosas de la tierra, resulta decepcionado al final, porque la rueda de la fortuna no puede permanecer por siempre en un punto.» Otro veneciano, Marino Sanuto anota que, en una ocasión en que el estado andaba urgido de moneda para pagar a las tropas, la ceca pidió permiso para trabajar durante los días festivos. Esta preocupación por la moneda escandalizó al Patriarca, quien

se negó a dar el permiso; pero —dijo— si, no obstante, los hombres trabajaban, él los absolvería más tarde. La próspera ciudad de Amberes era una plaza donde, en la práctica, se prohibían muy pocas actividades financieras. Las comunidades de comerciantes extranjeros escogían cuidadosamente confesores cuyas opiniones podían manipular hasta que, aprisionados entre el Derecho Canónico y las ventajas prácticas de tener penitentes ricos, el desgraciado clérigo se hacía anuente o declinaba su responsabilidad, pidiendo directrices a la Universidad de París. La incomodidad acerca de la situación moral de la vida de los negocios alcanzó probablemente su punto más profundo en la primera generación del siglo XVI. La estricta religiosidad, característica de este período, tuvo algo que ver con ellos. Además, los primeros indicios de lo que habría de ser una amplia subida de precios, enfrentó al consumidor con un fenómeno que, a falta de una teoría política realista, él atribuyó a las perversas maquinaciones de los hombres de negocios, de la *Fuggerei*. Y con el aumento de los precios vino pareja la posibilidad de beneficios extra, susceptibles de reinversión, lo cual atrajo aún mayor atención sobre la producción del dinero por el dinero.

Por supuesto, en los negocios era posible hacer fortuna, elevarse desde los andrajos a la opulencia; pero tales carreras sólo podían realizarse contra un viento dominante de cauto proteccionismo. La intervención estatal se encontraba paralizada entre un movimiento mercantilista que pretendía reducir las importaciones y estimular la producción nacional y la necesidad de minimizar el consumo ostentoso y de mantener bajos los precios de los bienes de consumo básico, así como de los productos alimenticios. En las instituciones municipales tampoco se había producido cambio alguno respecto a la presunción medieval de que el deber de los mandatarios era mantener bajos los precios y elevada la calidad. En las ciudades proliferaban los inspectores de carne y pollería, los medidores de paños, los catadores de vinos, cerveza y pan y los aquilatadores de joyería. Ello no

entraba en contradicción con el espíritu de la mayoría de los productores. La tendencia general en Europa era a favor de la organización gremial, ya fuera autónoma, ya responsable ante el rey o el consejo ciudadano, así como a rechazar todo comienzo de libertad de comercio o de manufactura, y a convertirse en monopolio, haciendo más rígido el sistema maestro-aprendiz-oficial. En Amiens, donde el número de oficios que se protegían por medio de los gremios pasó de 12 en 1400 a 42 en 1500; a las Hermanas de la Merced se les prohibió la fabricación de bienes para la venta en beneficio de sus fondos de caridad. La época del hombre universal fue también la época en la que los puños, las hojas y las vainas de las espadas las hacían gremios diferentes, en la que una silla de montar requería el trabajo de tres oficios distintos: uno hacía la estructura de madera, otro el relleno de la almohadilla y otro la decoración; y cuando *rotisseurs* y polleros discutían con gran ahínco a quien correspondía el derecho exclusivo de vender ganso asado. La multiplicación de los gremios comerciales e industriales en Francia bajo licencia real era ventajosa directamente para la corona; por medio de la disciplina situaban a sus trabajadores y oficiales entre los hombres más importantes de cada ciudad y la gratitud les hacía depender directamente de la autoridad central; además suponían un ingreso al pagar por la aprobación de sus estatutos y por muchas de sus actividades, tales como el alistamiento de un maestro o el contrato con un aprendiz. Constituían, también, objetivos bien definidos para los impuestos reales y los municipales. Sin embargo, no todas las actividades económicas se realizaban por medio de gremios. En Lyon, por ejemplo, el gobierno de la ciudad hizo descender el número de tales corporaciones a cuatro, a fin de atraer a los extranjeros a que se establecieran también como negociantes. Pero este avance general hacia el control estatal no hubiera podido realizarse si la comunidad económica no lo hubiera favorecido. Desde los pequeños gremios de oficios de los pueblos ingleses perdidos en el campo, con sus restriccio-

nes contra los «extranjeros» que venían buscando trabajo, hasta las ricas comunidades mercantiles de la Hansa en Colonia, Dortmund, Brunswick, Lübeck, Danzig, Visby y otras partes, la tónica general no era la de la empresa libre, sino la de control, de igualdad de oportunidades entre los miembros y de seguridad más bien que de riesgos.

Las viejas ideas, la preocupación por la preparación de artífices, por la regulación de la calidad, aún estaban presentes, pero quedaron sobrepasadas por el deseo de crear monopolios y de elaborar un método de entrada rígidamente establecido contra una mano de obra que estaba creciendo a un ritmo alarmante. La creación de monopolios no se proponía la acumulación de nuevas fortunas, sino la reducción de la competitividad; no iba dirigida a crear nuevas condiciones, sino a estabilizar y regular las antiguas. El espíritu que reinaba entre el amplio sector de la burguesía relacionada con la manufactura era el de restricción. La iniciativa comercial había que ir a buscarla entre aquellos que no se dedicaban a la fabricación y venta de un producto particular, entre los comerciantes que compraban en un lugar para vender en otro, hombres cuyos temperamentos les inclinaban más a la especulación que a la producción y que a menudo especulaban con dinero igual que con las mercancías y actuaban como banqueros momentáneos por medio de la manipulación de los préstamos. Aquí residían las mejores oportunidades, junto a los mayores riesgos, y debido a que las circunstancias fomentaban las diferencias entre estos dos tipos principales de actividad burguesa, no hay fácil definición de las clases media y alta que le haga justicia a la variedad de vidas y metas.

Aun en medio de las mayores oportunidades, suponía más de una generación conseguir un cambio significativo en el poder de compra de una familia, así como en la consideración de que gozaba; y era sobre todo la combinación de riqueza mercantil y posición administrativa la que producía los más evidentes ejemplos de movilidad de un medio social a otro. La carrera de Jacques de Beaune resulta notable por exagerada. Hijo de un

comerciante moderadamente acomodado, buscó esposa dentro del círculo de los empleados del rey y, ayudado por estos contactos y por la habilidad con la que multiplicó su fortuna como comerciante y banquero, se convirtió en proveedor de plata de la corona, tesorero de la reina Ana y, en 1495, recaudador general para el Languedoc. Había heredado 3.112 *livres* a la muerte de su padre, que, a fines del siglo, se habían convertido en más de 100.000; en 1518 estaba en situación de prestarle 240.000 a la corona para obras de construcción en los castillos de Amboise y Plessis-les-Tours. Ennoblecido por Luis XII en 1510, recibió la baronía de Semblançay en 1515 de manos de la reina madre, Luisa de Saboya, cuyos asuntos financieros administraba él conjuntamente con su recaudamiento. Entretanto, continuaron prosperando sus negocios particulares, un torrente de regalos afluía de los individuos y ciudades con los que trataba en el ejercicio de su cargo oficial. En 1523 alcanzó la cumbre de su carrera: siendo ya uno de los hombres más ricos de Francia, pasó a ser, como *trésorier de l'épargne* (tesorero del ahorro) el primer cargo financiero del reino. Cuatro años más tarde, tras comprobarse las acusaciones de malversación, le ahorcaban.

Por último hay que decir que poco acicate llegó, si es que llegó alguno, de la misma comunidad financiera, de las matemáticas o las ciencias aplicadas, para una reconsideración de los modos con los que se podía hacer dinero. No se produjeron cambios importantes en las técnicas de los negocios; ya hacia el final del siglo XV, las asociaciones y las compañías con ramas lejanas eran un fenómeno corriente. No había billetes de banco y las letras de cambio y los pagarés no se podían transferir mediante endoso ni tampoco cobrar antes de su vencimiento. Pero las letras y el crédito constituían aspectos familiares del comercio internacional y gozaban de la confianza del inversor privado. Las personas ricas utilizaban los bancos de Ausburgo de un modo similar a como hacen hoy con los bancos de Suiza: en los tiempos azarosos, o con el fin de eludir los impuestos o las obliga-

ciones de la caridad. Lutero se escandalizaba cuando, a la muerte en Roma del obispo de Brixen en 1509, en su casa no se encontró ni oro ni plata, sino simplemente una tira de papel oculta en el reborde de su manga y que un representante de Fugger aceptó como equivalente al valor de 300.000 florines. La contabilidad por partida doble era ya corriente, pero, al igual que en el caso de la letra de cambio, la reflexión se detenía poco antes del punto en el que ésta hubiera adquirido las ventajas adicionales del cheque endosable; la actividad contable daba lugar muy raramente a una hoja de balance, y cuando ello era así, normalmente se debía a causa de muerte, bancarrota o disolución de la sociedad. La situación real de los asuntos de un negocio en un momento dado sólo se podía establecer rebuscando minuciosa y trabajosamente a través de una serie de libros mayores y diarios; todo estaba allí anotado, pero los balances, una ayuda tan preciosa para la planificación del futuro, no se cerraban jamás en la práctica formal. Tampoco estaba uniformado el modo en que se anotaban los conceptos. Como se lamentaba Pacioli, «cada empleado prefiere llevar los libros a su aire».

El sistema de numeración de la sociedad en su conjunto era solamente un añadido de remiendos. Incluso las personas que se podían contar entre los no analfabetos, ya que sabían leer y escribir y aprender de los libros, no solían ser capaces de hacer algo más que sumar, restar, multiplicar y dividir por dos. Las fracciones distintas del medio tenían su lugar entre los *arcana* de las matemáticas, penetrables únicamente para los menos. Nadie aprendía la tabla de multiplicar ni usaba los signos de la adición, sustracción, multiplicación y división. La suma y la resta resultaban inexactas porque se efectuaban de izquierda a derecha. Había (y ello es parte del motivo de lamentación de Pacioli) por lo menos ocho métodos de multiplicación y aún más de sustracción. Todavía más desconcertante, tanto para los contables como para nuestra comprensión de la psicología del hombre de negocios, era la retención general de

los numerales romanos para el cálculo con preferencia sobre los arábigos; tiempo, espacio y exactitud, todo se sacrificaba a este prejuicio. La vaguedad y la confusión en los números eran los responsables de gran parte de los continuos pleitos mercantiles y agrarios, de los que no estaban exentas ni las más altas cumbres de la práctica contable. Roger Doucet, editor de las actas financieras de la corona francesa para 1523, ha señalado que «hay que dar por supuestos los errores de cálculo. Una suma exacta constituye una excepción. A veces, los errores son considerables, incluso superiores al orden de las cien mil *livres*».

La gran cantidad de monedas diferentes complicaba la vida del comerciante. Pacioli mencionaba únicamente algunas de entre las que eran de uso común en Italia: ducados venecianos, florines papales, sieneses y florentinos, *troni, marcelli, carlini* papales y napolitanos, *grossi* florentinos y los *testoni* de Milán. La situación empeoraba debido a que, como ninguna de estas monedas estaba cerrillada, cualquier tratante sin escrúpulos podía cercenarlas o limarlas. Además, se batían y acuñaban a golpes de martillo y sin troquel, con lo que su anchura era variable. Otra dificultad era la variedad de medidas, desde «la yarda de hierro de nuestro señor el rey» en Inglaterra, hasta los numerosos *passi* en Italia. Es cierto que estas dificultades se adaptaban al interés del comerciante; éste valoraba las monedas al peso, había tablas impresas para la conversión de las medidas y tenía varas de medir para las unidades que se utilizaban más comúnmente en las mercancías con que trataba; pero este constante pesar, medir, comerciar por la calidad, realizar operaciones de cálculo con un contador, sobre una tabla cuadrada o un trozo de paño, provoca una acumulación de impresiones que parece haber impedido cualquier cosa que supusiera algo más que un uso elemental de la aritmética mental por parte del comerciante y posiblemente explica la conservación de los números romanos, con el subsiguiente porcentaje de errores. Al igual que en la medicina había poco contacto entre la enseñanza teórica de las universidades

y el ejercicio práctico de la profesión, del mismo modo las matemáticas (que, principalmente, eran geometría) de la educación superior no ofrecían enseñanza alguna a las personas dedicadas al comercio.

Un abismo parecido existía entre la ciencia enseñada en la universidad y la tecnología diaria. Para los turcos, Europa era un enorme laboratorio del que ellos robaban ayudantes para construir galeras, encureñar cañones, fabricar pólvora, diseñar fortificaciones, levantar mapas y trabajar los metales; a la vanguardia del avance otomano en Europa iban los renegados cristianos. Se trataba, sin embargo, de un laboratorio sin ideas nuevas. El descubrimiento metalúrgico clave, el proceso *saiger* para extraer la plata del mineral de cobre, databa de mitad de siglo; la máquina más compleja en aprovechamiento industrial, el torcedor múltiple de seda, se había adoptado antes de fines del siglo XIV. La fuerza hidráulica se utilizaba cada vez más para enfurtir el paño y templar el acero. En Holanda había molinos de sierra movidos por el viento. Las norias trabajadas por perros extraían agua de los pozos en Rouen, mientras que las norias movidas por caballos se usaban para bombear el contenido de las minas en Alemania. Muchos de los dibujos tecnológicos de Leonardo estaban dedicados a demostrar cómo a través de las fuerzas de la naturaleza o del uso de ruedas dentadas, engranajes, poleas y palancas se podía remplazar el trabajo manual o hacerlo más productivo; pero no se aplicaba principio nuevo alguno y las máquinas de cierta complicación tenían escasa importancia en la industria. Esto se debía, de un lado, a lo caro que resultaba construirlas y atenderlas y, de otro, a que el coste del trabajo no era tan elevado que hiciera imperativo el uso extensivo de la máquina.

Es difícil resistir a la tentación de pensar que había otras razones menos tangibles. El amor a la ingenuidad por sí misma, por ejemplo, actuaba como un contrapeso a la ejecución de las ideas mecánicas en una escala más amplia y más rentable económicamente. Muchos de los artilugios de Leo-

nardo no podían funcionar en la práctica: eran garabatos obcecados que desarrollaban *ad absurdum* un único principio mecánico. O quizá se les podía hacer funcionar, pero no sin un desperdicio de energía humana, justificada tan sólo por una llamarada de cinco minutos al pasar ante la tarima principal en un desfile de carnaval; sus «tanques» eran como las máquinas que registra Landucci en su relato de una caza salvaje de leones y búfalos en Florencia, cuando «habían hecho una tortuga y un puercoespín en cuyo interior había hombres que los hacían rodar a lo largo de la piazza (della Signoria), mientras acometían a los animales con sus lanzas». Parecidos a esto eran los complejos relojes que simbolizaban el cosmos, con el sol, la luna y los planetas girando alrededor de la tierra, pero que daban las horas inexactamente, o las pistolas con varias bocas de fuego, o las combinaciones de fusiles con ballestas o picas, todas ellas armas fascinantes, pero poco menos que inútiles.

En aquel tiempo, como ha señalado Roland Mousnier[2], había una incapacidad general para aprender de la experiencia. Pone este autor como ejemplo la práctica agrícola del Poitou, donde la sementera realizada en tierras en las que había venas calizas tenía un alto rendimiento. Pues bien, no se produjo intento ninguno de mezclar yeso con la tierra en ninguna otra parte, a pesar de que ello se encontraba dentro de la competencia técnica de los campesinos del área. Hay que señalar por último que no había intercambio alguno de ideas, en ninguna dirección, entre la ciencia, la ingenuidad tecnológica y el oficio o la experiencia industrial.

Las fábricas eran demasiado pequeñas y no representaban desafío ninguno a la capacidad de organización de los capitalistas y los administradores que las dirigían, así como tampoco podían incitarlos a experimentar al margen de los métodos tradicionales de trabajo. La industria que em-

[2] En *Etudes sur la France de 1494 à 1559* (curso de la Sorbona, París, s. a.), págs 38-39.

pleaba a la mayor cantidad de obreros, la textil, comprendía algo así como 20 estadios que iban desde la lana bruta hasta el producto elaborado. Unicamente dos de esos estadios implicaban algo que pudiera parecerse a una factoría, donde grandes cantidades de hombres trabajaban juntos: el enfurtido, que se hacía en grandes patios y el tendido (extendido), que se realizaba sobre simples armazones en grandes cobertizos, donde también se llevaba a cabo el plegado y atirantamiento de la cuerda. Los otros estadios tenían lugar en familia o sobre la base de un grupo. Toda la organización requerida era un simple problema de horario y transporte; la inversión en la fábrica y, por tanto, el cuidado del equipo eran irrelevantes en relación con el dinero empleado en las materias primas y en los salarios.

La empresa industrial más grande de Europa era el Arsenal Veneciano, los astilleros, que empleaban a unos 4.000 trabajadores en los años de actividad. En algunos años, las alumbreras de Tolfa, en los Estados Pontificios, incluso empleaban más, pero con el hundimiento de los suministros de Volterra a fines del siglo XV y el fracaso del intento francés de industrializar sus propios depósitos a un precio razonable, Tolfa permaneció como único ejemplo de esta industria extractiva bastante elaborada. La minería de carbón era más competitiva, en especial con el desarrollo del área de Lieja. Sin embargo, la mayoría del carbón se extraía de las vetas de superficie, sin aparatos excavadores específicos, aparatos que se requerían, sobre todo, para la excavación de metales, hierro, plata y cobre. Junto a la manufactura del vidrio, en la que Venecia continuaba manteniendo un claro predomniio, era la metalurgia la que empleaba la mayor cantidad de hombres y las más grandes inversiones de capital en un proceso que incluía capacidad técnica y poder mecánico y natural (para la trituración y el lavado), así como conocimientos químicos. A juzgar por las publicaciones metalúrgicas, que comenzaron a aparecer a partir de 1500 y permitían una renuente transmisión de «secretos», estos conocimientos estaban

basados en la memoria y no eran profundos. Un aspecto más importante lo constituye el hecho de que mientras las fábricas se extendían sobre un amplia área, desde los Alpes Corintios a los Pirineos, muy pocas de entre ellas empleaban más de un millar de hombres. A pesar de la demanda de vasijas, campanas, lingotes de oro y plata, armas de fuego y de las enormes gamellas que se utilizaban para evaporar la sal, la industria metalúrgica, como otras industrias, no tenía sino una importancia menor en la delimitación del camino a lo largo del cual algo más que un puñado de hombres reflexionaba acerca de la tecnología, la organización del trabajo y los métodos de administración. Ni la naturaleza de la industria ni su tamaño actuaban como una levadura que hiciera más estricta la vida económica de Europa en sus modelos de cálculo o más conscientemente progresiva. Quizá la imprenta fuera una excepción. Si bien las empresas que empleaban hasta cien hombres, como lo hacía la de Anton Koberger en Nuremberg, eran poco frecuentes, las técnicas de producción de libros se habían racionalizado. El diseño de las prensas, la composición de los moldes, la distribución de los locales, todo estaba orientado a acelerar la producción sin sacrificar la exactitud. El cambio de la posición sedente del cajista a la erecta, aunque sin importancia en sí mismo, resulta significativo como resultado de un estudio de la relación de tiempos y movimientos cuyo paralelo sólo puede encontrarse fuera de la imprenta en los cambios introducidos en los aparejos de los barcos con el fin de ahorrar mano de obra.

3. LA POLÍTICA ECONÓMICA Y EL SISTEMA IMPOSITIVO

El alcance de la intervención estatal en los asuntos financieros de los individuos y las corporaciones variaba de un país a otro; pero todos los estados intervenían y todos perseguían los mismos objetivos, esto es, fomentar los productos nacionales, protegerlos de la competencia exterior y precaver el aflujo de oro al extranjero, haciendo

para ello a sus países tan autárquicos como fuera posible. El primer elemento del nacionalismo que se pudo apreciar ampliamente y sobre el que se pudo actuar fue el económico.

Al languidecer la industria francesa del lino y al importar los franceses los tejidos de Inglaterra, Italia y España, Luis XI estimuló la producción de lino de Arrás, Reims y otros lugares, concediendo exenciones tributarias a las ciudades afectadas e incrementando los derechos de importación sobre el paño extranjero. Su sucesor obligó a las otras industrias en Poitiers a conceder subsidios a la de lino hasta que ésta se recuperó. A fin de fomentar la industria de la fundición, Luis eximió de impuestos a los mineros y a los fundidores y obligó a los terratenientes locales a suministrar leña para el fuego a los maestros fundidores. Por lo general, los gobiernos marítimos ofrecían subsidios a las empresas que construían barcos mercantes tan grandes que pudieran transformarse en buques de combate en tiempos de guerra. Era este un sistema para conseguirse una flota de guerra casi gratis, pero estaba en consonancia con la legislación del tiempo, como el edicto de Castilla de 1500 que exigía que todos los bienes de la nación se exportaran por medio de la flota nativa. Además de los derechos de aduanas, había otro sistema de reducir las importaciones, como el de las leyes suntuarias, que prohibían vestir géneros extranjeros. Para que dieran ejemplo de cumplimiento de tales leyes, a ningún funcionario público veneciano le estaba permitido vestir paños que no se hubieran producido en Venecia o en su *terra ferma*. En un intento (vano) de proteger la industria coralífera catalana, que producía ornamentos muy apreciados en el exterior, se había prohibido la exportación de las herramientas especiales que hubieran hecho el trabajo coralífero más fácil para otros. La acción del gobierno podía determinar la prosperidad económica de ciudades individuales. La elección de Calais como la única salida de exportación para la lana inglesa es un ejemplo, el sacrificio del resto de las ciudades rusas a favor de Moscú a donde los artesanos estaban obligados

a trasladarse por edicto real es otro; un tercero: la deliberada institucionalización de Lyon como un centro banquero y mercantil internacional tuvo tanto éxito que las ciudades menos favorecidas criticaron a la corona.

Fue en Francia donde se manifestó más claramente el principio que se escondía tras la mayor parte de esta actividad gubernamental. «El dinero —como lo expresó un orador en los Estados Generales en 1848— es al cuerpo político lo que la sangre es al cuerpo humano. Por tanto, es necesario examinar qué sangrías y qué purgas ha sufrido Francia.» Las dos mayores sangrías eran los impuestos pontificios y la compra de mercancías en el extranjero. Los efectos de la primera se podían contrarrestar mediante la acción política; los de la segunda, mediante la «introducción del oro y de la plata en el país». La necesidad de crear una balanza comercial favorable era tanto más urgente cuanto que el valor de la moneda y, por tanto, el coste de vida, estaba determinado por el precio del oro, y el oro era escaso. La creencia generalizada en la teoría mercantilista entre los comerciantes les incitaba a buscar en la corona una directiva, especialmente desde que los monarcas de Europa habían reclamado desde mucho tiempo atrás el derecho exclusivo a acuñar moneda y a fijar los valores respectivos del oro y de la plata. Además, en esta época, los gobiernos, ya fueran de reyes o de príncipes independientes, estaban imponiendo efectivamente sus derechos sobre todos los filones de metales preciosos, con independencia de a quién pertenecía la tierra sobre ellos.

Sin duda, esta centralización monetaria fue benéfica para la economía como un todo. También era provechosa para los gobiernos interesados. Por añadidura suscitaba la creación de otros monopolios nacionales —por ejemplo, la extracción de salitre y la fabricación de pólvora— y el apoyo, por razones de interés, a los monopolios ya establecidos o que las compañías privadas querían establecer. El desarrollo de los monopolios bajo protección de la corona no fue en ninguna parte tan evidente como en España. En 1497, Fernando e Isa-

bel concedieron una carta de privilegios a la principal organización de transportes dentro del país, que pasó a llamarse desde entonces la Asociación Real de Tronquistas, por la que se les eximía de los peajes y se les concedían pastos en todas las tierras comunales y sin propietario. En 1497 dieron licencia a la ciudad de Burgos, por la que la convirtieron en el embudo por el que pasaría toda la lana castellana antes de la exportación a la Europa del norte. Siguiendo este ejemplo, en 1503 se estableció en Sevilla la Casa de Contratación como el único punto receptor y distribuidor de mercancías para las Américas. Pero la más ostentosa de estas comanditas por las que la corona canalizaba el comercio a través de su propio bolsillo, se estableció con la *Mesta,* la asociación de ovejeros castellanos. Los rebaños eran de enorme tamaño, en total unos tres millones de cabezas. A causa de la naturaleza del país, tenían que trasladarse desde los pastos de montaña del verano, a los llanos en invierno, a lo largo de distancias que a veces llegaban a las cuatrocientas cincuenta millas. A través de las rutas que seguían se producía un natural conflicto de intereses. Los agricultores pretendían incrementar la cantidad de tierras dedicadas al grano, a las viñas y aceitunas, mercancías todas de alta demanda, los pastores querían vastos corredores de pastos. A partir de 1489, Fernando e Isabel publicaron una serie de edictos en interés de la *Mesta,* de los cuales el más importante, aparecido en 1501, garantizaba a sus miembros el indiscutible usufructo de las tierras sobre las que los rebaños pastaban en el pasado, con independencia de cualquier otro cambio de intención posterior por parte del propietario de la tierra. Otros aseguraban a los pastores contra la prisión por deudas a sus patronos y les eximían del servicio militar. Otro sacrificaba uno de los más viejos monopolios de la corona a su más reciente *protégé* monopolista, es decir, eximía a la *Mesta* del impuesto sobre los cargamentos de sal que acompañaban a los rebaños.

Resulta difícil saber en qué medida este descenso de la corona a la plaza del mercado se debía

a la iniciativa gubernativa y en qué medida a las exigencias de los mercaderes y manufactureros, pero surgía naturalmente del juego recíproco entre el gobierno y la producción. Cuando, tras consultar con los manufactureros, Luis XI publicó una ordenanza en 1479 (repetida y elaborada en 1512) que regulaba el número de hebras, la calidad y la longitud de cada pieza de paño de la zona bajo jurisdicción de los *parlements* de París, Rouen, Burdeos y Toulouse, estaba ejerciendo simplemente una función a nivel nacional que habitualmente habían ejercido los gremios y las municipalidades a nivel local. El establecimiento de los precios por el gobierno era otra transferencia de un deber municipal familiar. Estas transferencias casaban fácilmente con la concepción del rey como padre y protector de su pueblo, y se encontraban en consonancia con la creciente confianza en la justicia central más bien que en la local. La promulgación de ordenanzas económicas nacionales corría paralela con la codificación de las leyes, entendidas como racionalizaciones tanto al servicio del estado como del individuo. Paralelamente también a la creciente tendencia de los nobles y los abogados de ocupar puestos en el gobierno y los tribunales, los grandes mercaderes se mostraban cada vez menos absorbidos por los asuntos económicos y administrativos de sus ciudades y más interesados en sus fortunas personales. Tanto por razones psicológicas como financieras, estos mercaderes pasaban por encima de los muros de las ciudades hacia el gobierno central y en las asambleas consultivas daban su apoyo al patronato real y a las asociaciones locales profesionales y mercantiles, así como a la política económica nacional. Por último, se producía una idea más clara de que fenómenos tales como la subida de precios y el vagabundeo no eran simples castigos infligidos por Dios, sino resultado de factores económicos (los suministros de especias, el cercamiento de los pastos y otros parecidos), con los que quien mejor podía enfrentarse era la acción gubernamental.

Tal realismo era aún esporádico. Las causas y

los efectos en la economía resultaban difíciles de comprender. La teoría se explicaba en función de pseudoexplicaciones tales como los apotegmas del portugués Tomé Pires, «un reino sin puertos es como una casa sin ventanas», y en el mercantilismo se veía de modo acrílico la panacea universal. Aun así, la teoría iba por delante de la práctica. En 1482, Luis XI trató de organizar una marina mercante sujeta a control total por la corona, pero el proyecto exigía un grado de cooperación entre los armadores y los mercantes para el cual no estabán éstos preparados, quedando tal proyecto reducido al papel en el que estaba escrito. En Portugal, los mercaderes estaban preparados para aceptar el sistema por el cual había que acumular las importaciones del Este en cuatro puntos de depósito: Ormuz, Goa, Malaca y Macao, embarcarlas hacia el país en convoyes organizados por el gobierno y distribuirlas a través de una oficina central en Lisboa. El obstáculo aquí residía en que, gracias a la complejidad de regulaciones y a la falta de métodos eficaces de organización en el despacho de aduanas, Lisboa se convirtió en la angostura más hermética de toda Europa. El país, que había iniciado los descubrimientos, inició también la utilización estrecha de la rutina burocrática. España proporciona un tercer ejemplo de los inconvenientes con que tenía que enfrentarse una planificación general. Tras la unificación de las coronas de Aragón y Castilla, se introdujo en Castilla la avanzada estructura gremial de Aragón, a beneficio de la uniformidad y de la conveniencia, con lo que más que aumentar se redujo la producción. La parcialidad a favor de la *Mesta* y a expensas de las tierras arables provocó un aumento que, socialmente, era peligroso en el precio de los productos alimenticios. En conjunto, estos factores eran más desfavorables para la economía del país que la expulsión de los judíos, cuyas funciones económicas iban supliendo progresivamente los extranjeros.

Todos los planes para utilizar al gobierno como un instrumento de cambio económico los obstaculizaba la falta de especialistas burocráticos capacitados, y sobre todo los registros sin método y

las estadísticas inadecuadas. Lo único que podían hacer los gobiernos era barruntar lo que sucedería en el futuro, ya que carecían de cifras claras sobre lo que había sucedido en el pasado. Es necesario dar por supuesto un elemento de azar en los planes comerciales en un tiempo en el que hasta las cifras de población de un país eran difusas, para no hablar de su balanza comercial, en el que los generales podían equivocarse acerca del número de hombres a sus órdenes hasta en un tercio, en el que hasta Venecia, una ciudad financiera gobernada por hombres de negocios, podía llegar a construir más galeras de las que probablemente podría dotar.

Lo mismo sucedía con los planes fiscales. Por aquel entonces se había llegado ya a generalizar la idea de un presupuesto anual, de un balance entre el ingreso y el gasto, así como también los intentos de prever el gasto del año próximo. En países pequeños, especialmente allí donde la carga impositiva caía predominantemente sobre una gran ciudad, como era el caso de Florencia, se podía hacer un balance con cierta regularidad, aunque, entre los períodos de ajuste de las cuentas mayores, resultaba imposible de evaluar. En los países grandes, como Francia, raramente llegaban las declaraciones de impuestos a tiempo de realizar el balance anual completo, y aún así, resultaba aproximativa hasta que un equipo de interventores podía viajar a comprobar las cuentas sobre el lugar. Los procedimientos de cálculo estaban pensados para tratar todavía con fuentes individuales de ingresos más bien que con cifras globales, y tampoco distinguían entre ingresos fijos y no fijos. El presupuesto nacional apenas si servía como una guía imprecisa para los requisitos de los impuestos y para el gasto. Una distinción similar se establecía entre los pequeños países y los grandes en relación con las estadísticas de población y, por tanto, con el cálculo del monto de los impuestos. A través de los encabezamientos, de los fogajes y de los registros civiles, las ciudades italianas tenían una idea bastante clara acerca de cuántos contribuyentes tenían, incluidas las zonas rurales

bajo control directo. En los demás lugares, la incertidumbre acerca de las cifras de población era causa principal de que la productividad de los impuestos estuviera manifiestamente por debajo de la suma anticipada. Un crédito de guerra del Parlamento a Enrique VIII, por ejemplo, que prometía ser de unas 100.000 libras resultó ser de menos de 60.000. Además de la ignorancia, había otros aspectos que contribuían a que se produjesen desniveles de este carácter. Las evaluaciones de la propiedad, de los bienes y del ingreso iban, a veces, con generaciones de retraso. A los tasadores locales y a los recaudadores se les sobornaba con frecuencia. El contrabando, endémico en toda Europa, reducía la productividad prevista de los impuestos de aduanas y de mercancías sobre artículos del comercio exterior. A pesar de que se presentaba el pago de los impuestos como un deber público y de que de las asambleas de representantes se obtenía alguna forma de consentimiento para la mayoría de los impuestos más desacostumbrados, lo cierto es que la resistencia al pago era general. Los extranjeros miraban con cierto escepticismo la práctica que se seguía en la ciudad de Nuremberg, por la cual los ciudadanos tasaban sus propios ingresos y pagaban su impuesto municipal en una hucha común sin que nadie los vigilara.

Entre los pobres y los muy pobres existía la convicción obstinada de que la imposición no era necesaria en absoluto, de que mientras que las guerras y las pestes podían justificarla durante un período, no era natural en cambio el pago de gabelas por productos tales como el pan, la sal y el vino, otorgados por Dios y por los cuales ya habían pagado los hombres con su sudor. Esta idea acerca de una Edad de Oro fiscal no reflejaba solamente la inocencia del ignorante: la división de la sociedad en tres estados permitía que los nobles se negaran a pagar impuestos alegando que su sangre estaba permanentemente al servicio del gobierno, y los clérigos refunfuñaban contra la idea de servir al país con los impuestos dado que ya lo estaban sirviendo con sus oraciones (en efec-

to, estaban gravados aparte de los legos y más suavemente). A fines del siglo xv, cuando el Milanesado cayó temporalmente bajo dominio francés, el consejo de la ciudad de Piacenza se negó a pagar el impuesto sobre los artículos del comercio exterior a causa de la difusión de un extraño rumor, según el cual, en Francia —posiblemente la nación más gravada de toda Europa— nadie pagaba impuestos a no ser que así lo eligiera. En la misma Francia los Estados Generales de 1484 se tomaban completamente en serio otra tradición —por aquel entonces tan pasada de moda que apenas si alcanzaba a ser una superstición—, según la cual el rey podía vivir de los ingresos de sus propias posesiones. En todas las monarquías se hacía la distinción entre los ingresos ordinarios, el ingreso personal del rey y los ingresos extraordinarios en forma de impuestos, derechos y empréstitos. Enrique VII, cuyo ingreso personal estaba reorganizado y se administraba con cierta escrupulosidad, aún necesitaba los derechos de exportación de la lana y del cuero, así como los de importación y exportación del vino, incluso en los años de paz. Por supuesto, en todas partes se estaba convirtiendo el gobierno en un negocio más caro, pero, excepto en caso de guerra, al contribuyente le resultaba difícil comprender el motivo, y éste era otro elemento que explicaba también la resistencia a pagar.

Al dirigirse al joven Carlos de Habsburgo, quien como emperador Carlos V había de convertirse en el más grande colector de impuestos de Europa, Erasmo daba por sentado que un rey trataría de vivir sin imponer a sus súbditos, a menos que «algún impuesto sea absolutamente necesario y que los asuntos públicos lo hagan imprescindible». En tal caso, tendría que gravar a los ricos y cargar «los lujos extravagantes y los caprichos que sólo los adinerados disfrutan», entre los cuales nombró las joyas, la seda, la especias y los tintes. Ya que «un buen príncipe gravará tan ligeramente como sea posible aquellas mercancías que utilizan los miembros más pobres de la sociedad, tales como el grano, el pan, la cerveza, el vino, la indu-

mentaria y todos los otros artículos sin los que no puede existir la vida humana... Pero sucede así que estas mismas cosas soportan las cargas más pesadas de varios modos; en primer lugar, por la extorsión opresiva de los impuestos agrícolas...; después, por los derechos de importación, que también llevan su propio grupo de expoliadores, y, finalmente, por los monopolios, a través de los cuales a los pobres se les desangra tristemente de sus fondos, a fin de que el príncipe pueda obtener un insignificante interés.» Moro hacía un cuadro aún más oscuro de la opresión del pueblo. «Retratemos a los cancilleres de algún rey o a otros que reflexionan con él y maquinan a través de qué sistemas pueden amontonar tesoros para él. El uno aconseja exagerando el valor del dinero cuando tiene que pagar algo y disminuyéndolo por debajo de su precio justo cuando tiene que recibir algo; con el doble resultado de que puede saldar una gran deuda con una pequeña suma y de que, si sólo se le debe una pequeña suma, puede recibir una mayor. Otro sugiere fingir una guerra, bajo cuyo pretexto recogerá dinero, y, cuando ya haya suficiente, hacer la paz con solemnes ceremonias a fin de echar tierra a los ojos del pueblo simple, ya que su amado monarca misericordioso evita gustosamente el derrame de sangre humana. Otro consejero le recuerda ciertas leyes viejas, apolilladas, caídas ya hace mucho tiempo en desuso, de las que nadie se acuerda y que, por tanto, todos han transgredido. El rey tendría que imponer multas por esas transgresiones, ya que no hay fuente de beneficio más rica ni más honorable que ésta, debido a su máscara exterior de justicia.»

Para todas esas formas de extorsión, desde la tajada sacada del impuesto agrícola hasta la puesta en vigor de leyes apolilladas, Erasmo y Moro hubieran podido citar ejemplos en la práctica contemporánea con pelos y señales; y también hubieran podido mencionar otros. Los príncipes alemanes extraían dinero de las ciudades y de los individuos en concepto de protección. En el Palatinado se obligaba a las personas a que plantasen viñedos de modo que tuvieran que pagar el im-

puesto sobre la producción vino. Luis XII de Francia extendió la deplorable costumbre por la cual los puestos administrativos no iban a las personas más cualificadas, sino que se podían comprar por dinero. Las leyes apolilladas eran, sobre todo, las relativas a la posesión feudal. En lo más bajo de la escala social se restablecieron derechos medievales, como el derecho sobre las bellotas y las judías en la cumbre; los reyes emplearon a sus juristas para que indagaran la legitimidad de los títulos de propiedad de la tierra, a fin de poder exigir de nuevo a los arrendatarios los viejos derechos de señorío, posesión y reparación. En ninguna parte se llevó a cabo este proceso con más decisión e ingenuidad que en Inglaterra. Debido a las bajas habidas durante la guerra de las Dos Rosas, se podía demostrar que muchas posesiones habían revertido sobre la corona a falta de herederos. A los que vivían, pero eran menores, se les declaró bajo tutela de la corona, quien administraba sus tierras y recibía sus beneficios hasta que ellos llegaban a la mayoría de edad; momento en el cual tenían que pagar un derecho de toma de posesión para poder administrar su herencia. Enrique VIII, en un golpe maestro de arqueología legal persuadió al Parlamento para que aceptara su embargo de los auxilios feudales cuando armó caballero a su hijo mayor y casó a su hija también mayor.

El ejemplo de Inglaterra muestra en qué medida la posibilidad de aumentar el ingreso representaba un cebo para la eficacia fiscal y la centralización. Solamente durante el reinado de Enrique VII, los ingresos de las tierras de la corona, los derechos de aduanas, los derechos feudales y las tasas y multas legales, se triplicaron desde unas 52.000 libras a unas 142.000 al año. También en Francia aumentó el ingreso por las tierras de la corona, así como el ingreso nacional en conjunto. Pero el aumento de la eficacia no comprendía el inventario de los efectos sociales de un sistema que incluía (que en realidad se basaba en ellos) los defectos sobre los que llamaba la atención Erasmo. A diferencia de Inglaterra, el gobierno francés des-

cansaba fundamentalmente en un impuesto extraordinario permanente, la *taille*, un impuesto sobre la renta que producía casi el 83 por 100 del ingreso total (en 1483). Dado que los nobles, clérigos, jueces y muchos otros funcionarios, junto con ciertas ciudades, estaban exentos, el peso recaía sobre las clases que menos podían soportarlo, especialmente el campesinado. Además no solamente se gravaban con impuestos sobre las ventas *(aides)* mercancías de lujo, como la seda, las especias, los tintes y la joyería, sino casi todos los artículos de primera necesidad: vino, grano, carne, pollería y pescado, géneros de lana y zapatos, materiales de construcción, carbón y el carbón vegetal. El pobre resultaba siempre peor parado. Esta desigualdad, menos evidente en Inglaterra, pero característica de todos los gobiernos europeos, no solamente constituía un peligro social y suponía enormes costes de recaudación, sino que también provocaba la evasión y el contrabando.

Por regla general, se mejoraron los viejos sistemas y, en algunos casos, se ampliaron, pero no se produjo replanteamiento radical alguno de la política fiscal, ni tampoco los gobiernos eran capaces de retener en sus manos todo el proceso de recaudación de ingresos. Como no había empleados públicos suficientes, delegaban los impuestos agrícolas, sacrificando la totalidad potencial del impuesto a la certeza de recibir regularmente una cantidad disminuida por el campesino. Como apenas si tenían una leve noción de la planificación contingente, tenían que recurrir a los préstamos, a veces con tasas de interés muy elevadas o asegurados en términos de devolución específicos. Incluso cuando las asambleas de representantes concedían los impuestos especiales de guerra, había que recurrir normalmente a los préstamos como medios de cubrir los vacíos entre los votos y su ejecución, y los financieros privados añadían sus cargas a las cuentas que por fin había que aceptar. La regularidad fiscal en tiempos de paz entraba en aguda contradicción con el modo como los gobiernos pagaban las guerras. La pignoración de objetos valiosos era algo normal; así, Isabel empeñó sus

joyas para obtener dinero para la campaña de 1489 contra los moros; la soberbia colección de trabajos de orfebrería de Maximiliano se encontraba toda ella en garantía a su muerte. Teniendo siempre presente esta misma posibilidad de empeño, Enrique VII tenía todo su tesoro —de un valor entre uno o dos millones— en joyería y vajilla de metales preciosos. La rapidez con la que su sucesor dispuso de esta enorme suma para financiar guerras que tenían poca justificación económica, si es que tenían alguna, ilustra el doble patrón que caracterizaba a la contabilidad nacional: en el frente doméstico, método e ingenuidad y cierta imaginación con respecto al comercio; en asuntos exteriores, un espíritu de improvisación incauto.

V. Las clases

1. DEFINICIONES Y ACTITUDES

De 1515 a 1519 Nicolás Manuel pintó para los dominicos de Berna una *Danza de la Muerte* que refleja el número de categorías entre las que un habitante inteligente de la ciudad dividía su mundo social. Un papa, un cardenal, un patriarca, un obispo, un abad, un canónigo, un monje y un eremita representaban a la Iglesia; la sangre azul la representaban un emperador, un rey, un duque, un conde, un caballero y un miembro de la Orden Teutónica; un académico y un médico en ejercicio, un jurista y un abogado, un astrólogo, un consejero, un rico mercader y otro de menor categoría, un magistrado, un alguacil, un soldado, un campesino, un artesano, un cocinero y un pintor representaban a la sangre común. La muerte llegaba interrumpiendo las ocupaciones de cada uno de ellos, como lo hacía para llevarse a una emperatriz, una reina, una abadesa, una monja y una prostituta y cinco figuras alegóricas: muchacha, esposa, bachiller y loco.

Los conservadores aún veían a la sociedad como dividida en tres estados que se sostenían mutuamente. El *Mirror of the World* (El espejo del mundo) (1481), de Caxton, ponía la división tradicional en su forma más simple: el pueblo bajo, que trabaja; los caballeros, que combaten, y el clero, que reza. «Los trabajadores deben proveer a los clérigos y a los caballeros de las cosas que sean necesarias para vivir en el mundo honestamente; y los caballeros deben defender a los clérigos y a los trabajadores para que no se les haga agravio; y los clérigos deben instruir y enseñar a esas dos clases de personas, y dirigirlas en sus obras de tal manera que ninguno haga (alguna) cosa por la que pudiera disgustar a Dios o perder su gracia.» Las analogías comunes en la época po-

pularizaban este ideal de armonía y equilibrio: la sociedad existía en función de los tres estados como Dios existía en la Trinidad; el juego del ajedrez dependía de que los caballos, los alfiles y los peones vulgares, trabajando juntos, apoyaran al rey; la vida del hombre dependía de la cooperación de sus miembros: la cabeza piadosa, los brazos protectores y el cuerpo, productor de energía. Si lo vemos en relación con un cuerpo político real, España, por ejemplo, las proporciones resultan grotescas: cabeza, 3 por 100; brazos, 2 por 100; cuerpo, 95 por 100. Que los conservadores eran conscientes del problema de tamaño del tercer estado se demuestra por la insistencia con que Edmund Dudley, en *The Tree of Commowealth* (El árbol de la república) (1509) decía que tenía que funcionar como un miembro de la trinidad social, aunque «dentro de él están todos los mercaderes, artesanos, artífices, trabajadores, propietarios libres, ganaderos, campesinos, agricultores y otros, generalmente la gente de esta región».

En líneas generales, los hombres de letras —y esto incluye a los políticos de espíritu retórico— huían de la observación directa del tercer estado, con sus dos extremos de riqueza bancaria y miseria proletaria. El prestigio adscrito a la tierra, con su aura de poder legislativo y poltico local, dio origen a clasificaciones en el sentido de «eclesiásticos hacendados y sin hacienda». Los autores recurrían periódicamente a Aristóteles para fundamentar su tosca división entre los muy ricos, los moderadamente acomodados y los pobres, que «sólo saben cómo obedecer», ignorando su división de clases más prácticas, la cual incluía no sólo a los asalariados, campesinos propietarios y artesanos, sino también una «clase comerciante» que «comprende a todos aquellos que se dedican a comprar o vender».

Por lo menos, la división de la sociedad secular en capas superiores, medias e inferiores, posibilitaba un análisis social realizable no en términos de deber o servicio, sino de poder adquisitivo. Así lo hizo el más «sociológico» de los observadores de su tiempo, Claude de Seyssel. El propósito de su

La monarchie de France (La monarquía de Francia) (1515) era mostrar cómo debía preservar la armonía social el nuevo rey de Francia, Francisco I. Las categorías de Seyssel no incluyen el clero, al que describe al margen como representando a las capas ricas, acomodadas y pobres, paralelamente a la sociedad secular. Su primer estado es la nobleza, vista convencionalmente como defensores del reino especialmente privilegiados; el segundo comprende a los mercaderes, junto a los funcionarios reales y los burócratas empleados en la administración de justicia y las finanzas; el tercero se compone fundamentalmente de productores, esto es, campesinos y artistas, aunque también incluye empleados inferiores, mercaderes con poco volumen de negocio y los grados más bajos del ejército. Es un estado inferior, subordinado, «de acuerdo con la razón y la necesidad política, al igual que en el cuerpo humano tiene que haber órganos inferiores al servicio de aquellos de más alto valor y dignidad». Si dejamos de lado las metáforas y nos hacemos cargo de la influencia de la preocupación medieval por las tríadas, vemos que la fórmula de Seyssel estaba de acuerdo con la realidad. Un indicio de capacidad de observación aparece en el capítulo titulado «Cómo se pasa del tercer estado y del segundo al primero», en el que Seyssel explica que la ambición puede llevar a un miembro del pueblo común a abrirse próspero camino hacia el segundo estado, y que un servicio público descollante puede mover al rey a ennoblecer a miembros del segundo estado, haciéndoles entrar en el primero, cuyas filas, en todo caso, están disminuyendo continuamente merced a la guerra y —lo que es significativo— a la pobreza. Esta movilidad —explica— es una válvula de seguridad esencial: sin ella «aquellos cuya ambición es irrefrenable, conspirarán con otros miembros de su estado contra los que están por encima de ellos». Tal como están las cosas, el grado de movilidad es tal que «todos los días se ve a miembros del estado popular subiendo por grados al de la nobleza, e incontables acceden al estado medio». Y, como hombre de su tiempo, para quien la ob-

servación no era *suficiente*, añadió que ello reproducía la práctica romana por la cual los plebeyos podían ascender hasta convertirse en caballeros y continuar hasta la clase de los patricios.

Los gobiernos, en su legislación tributaria y social, hacían regularmente la distinción entre la sangre aristocrática, de un lado, y los diferentes grados de riqueza, del otro. Los reglamentos suntuarios ingleses de 1517, por ejemplo, iban encaminados a reducir la extravagancia y la ostentación en materia de comidas, e incluían a los clérigos. Las categorías nobles eran: cardenal (nueve platos por comida); arzobispo y duque (siete); marqués, conde y obispo (también siete); los señores seculares por debajo del grado de conde, los abades pertenecientes a la Cámara de los Lores, alcaldes de la ciudad de Londres y los caballeros de la Orden de la Jarretera (seis). A los demás, según los bienes que poseían o sus ingresos, se les permitían cinco platos, cuatro o tres. Y «se ordena que en caso de que alguno u otros de los estados antes relatados hubiera de comer o de cenar con otro de un grado inferior será lícito para la persona o personas con las que los dichos estados tienen que comer o cenar de esta manera, servirles a todos y a cada uno de ellos de acuerdo con sus grados y según las proporciones antes especificadas»; por ejemplo, un mercader con bienes valorados en 500 libras podía ofrecer una comida de siete platos para un obispo, pero sólo de tres cuando comía solo o con sus colegas financieros. Esta división, según la sangre y la riqueza, se modificó para los funcionarios no aristocráticos, a fin de permitirles ensalzar su prestigio. Por este motivo, el alcalde de Londres, cualquiera que fuese su estado o grado no oficial, tenía permitidos seis platos y también había una provisión especial para los jueces, el primer oficial del tesoro, los miembros del consejo real y los alguaciles mayores de la ciudad de Londres: a todos se les permitían cinco platos, con independencia de su posición en la vida privada.

Sin embargo, la idea de los tres estados no podía morir sino tras larga lucha. En toda Europa

el clero y en la mayoría de los países la nobleza estaban sujetos a leyes diferentes de las que afectaban al tercer estado. Casi en todos los países donde había una asamblea de representantes ésta estaba dividida en el brazo eclesiástico, el nobiliario y el llano, por supuesto, debido a que los monarcas deseaban extraer la riqueza del clero, los ingresos nobiliarios de la tierra y los beneficios mercantiles de los comerciantes. El estado más coherente a sus propios ojos, y a los de muchos otros, era el de la nobleza, que contenía una amplia serie de rangos e ingresos, pero era también de escaso número y la entrada en él estaba regulada por los reyes de armas y venía determinada por la intervención personal del monarca; se encontraba rodeado por el aura de un código especial de conducta y, en ciertos países, como Francia y Suecia, así como en algunas partes de Alemania, estaba exento de contribuciones. El estado eclesiástico era más numeroso y mucho más variado en su composición económica y social. La vida del clero corría pareja con la de la profanidad, lado a lado, desde los palacios de los obispos y las haciendas de los monasterios, a los frailes mendicantes y los curas beneficiados con salarios de hambre. Desde el punto de vista del estilo de vida, el arzobispo tenía más en común con un duque que con un cura párroco. Del mismo modo es posible que el mercader en granos o vinos de la localidad en el campo se sintiera más feliz negociando con el administrador del monasterio vecino que en presencia del juez itinerante. A despecho de esto, los clérigos, en su calidad de responsables ante Roma, de célibes, de administradores de los sacramentos y también de cabezas de turco del anticlericalismo, daban la impresión de ser un orden separado, desperdigado por toda la sociedad, pero esencialmente distinto de ella.

Donde la fórmula realmente se desbarataba era en relación con el tercer estado. La existencia de corporaciones municipales, leyes mercantiles, gremios, cofradías, sistemas diferentes de posesión libre y vinculada, había fragmentado al tercer estado en grupos de interés, de ocupaciones y de

condición social, incluso a los ojos de la ley. En los cuerpos representativos, desde el Parlamento inglés a las cortes catalanas o a la Dieta bohemia, el tercer estado abarcaba una amplia gama social, desde los mercaderes medios hasta las personas distinguidas, propietarios de extensas tierras. En la práctica, ninguno se sentía «parte del tercer estado», sino parte de un grupo específico de actividad y, dentro de éste, de un grupo específico de ingresos. Cuando los polemistas, predicadores y satíricos andaban a la búsqueda de blancos sociales, atacaban a la nobleza como un todo, al clero, habitualmente, bajo dos cabezas, obispos y curas párrocos y monjes y frailes, y al tercer estado, en función de una serie de grupos de los que se pensaba que practicaban una forma de vida que los distinguía de los demás. En su *De vanitate* (De la vanidad), Cornelius Agrippa atacaba a los mercaderes (estafadores y usureros), a los abogados (picapleitos) y a los doctores (curanderos), antes de pasar a una condenación general de los pobres (estúpidos, supersticiosos y zafios). Oliver Maillard, que predicaba en 1500 en Brujas, mencionaba a los príncipes y también a los cortesanos, funcionarios, mercaderes y abogados. En su *Ship of the Fools* (Barco de los locos) (1494), Sebastián Brant atacaba a los artesanos:

Cada aprendiz quisiera ser maestro,
Un gran desastre para todos los oficios,

a los abogados y doctores:

Y mientras él pasa los folios con el pulgar
El paciente al cementerio va,

a los mercaderes y sus esposas:

Hoy la mujer del burgués se viste
Telas mejores de las que se permite una duquesa,

a los campesinos:

Las gentes campesinas eran de modos sencillos
En tiempos no extraordinariamente lejanos,

y criados:

Pagad cualquier salario, que no complacerá
Aún querrán ellos ahorrar sus energías.

Ve en todos los grupos pereza, fraude, ostentación y, sobre todo, la ambición de trepar socialmente:

Todas las naciones se han labrado la desgracia
Y ninguna está contenta con su suerte,
Y ninguna se acuerda ahora de sus señores,
El mundo está lleno de los deseos de los locos.

Por supuesto, dentro de la estructura del tercer estado se daban características locales: en Inglaterra, a los labradores acomodados, propietarios agrícolas de los que se esperaba que velasen las armas si prosperaban suficientemente, se les consideraba como un grupo separado, si bien es cierto que la estimación que un hombre hacía de su propia situación social podía ser distinta de la que hacían sus vecinos. En Florencia se producía una neta división política y una división social moderadamente clara entre los miembros de los gremios mayores y menores; en algunas partes de Alemania, los maestros artesanos tenían que jurar que sus recipiendarios eran «libres y no siervos de nadie, ni tampoco hijos de un servidor de los baños, de un barbero, de un rastrillador de lino o de un trovador». Sin embargo, se puede decir que los coetáneos consideraban al tercer estado dividido ampliamente en las siguientes clases: propietarios agrícolas, trabajadores del campo, funcionarios del gobierno, mercaderes, artesanos escriturados (aprendices, oficiales), criados domésticos y trabajadores urbanos. A los abogados se les consideraba como una clase profesional aparte y a los médicos también, aunque no tanto como a aquéllos. Oscilando entre estas categorías había ciertos grupos identificables: los humanistas profesionales [1], los artistas, impresores, mineros y

[1] Véase más adelante, págs. 324 y s.

soldados mercenarios, a todos los cuales no era fácil examinar en función del patrimonio, grado o condición, porque tampoco se podían asociar con un nivel de ingresos determinado, ya que poseían una forma de vida específica. Bien fuera a causa de su carácter errante, bien de la novedad o del cambio de actitud frente a su posición social, estos grupos no se adecuaban fácilmente en una visión estratificada del tercer estado. Tal visión tampoco tomaba en cuenta a los judíos, gitanos o esclavos.

Para complicar más esta estampa ya de por sí imprecisa, aparecía un prejuicio muy extendido, quizá más fuerte que la barrera que se establecía entre el lego y el cura; tal era el prejuicio del habitante de la ciudad contra el habitante del campo. Y no es que entre la vida rural y la urbana no hubiese contacto alguno; por el contrario, desde Lisboa a Moscú se cultivaban verduras, hortalizas y legumbres dentro de las murallas y los ciudadanos confiaban en la leche y la carne de sus propias vacas. Los burgomaestres de Frankfurt del Main tuvieron que promulgar una ordenanza por la que se prohibía a los ciudadanos el establecimiento de pocilgas en el lado que daba a la calles de sus casas, y en otras ciudades alemanas, los vinateros y los horticultores formaban gremios especiales. En Dijon, los artesános —aforradores, carpinteros, toneleros y otros— tenían viñedos y vendían el vino que ellos no consumían. Si bien las ocupaciones agrícolas estaban generalizadas en las ciudades, la necesidad de los habitantes del campo de tener dos fuentes de ingresos hizo que los oficios de la ciudad se trasladasen al campo, hilandería, tejeduría, fabricación de clavos. Muchos de los artesanos que llegaban a la ciudad con sus cestos, su talabartería, sus marmitas y sus gamellas, a los mercados locales, eran trabajadores agrícolas estacionarios. Aparte del pequeño mercader y del alguacil o administrador residentes en la ciudad, pocos menestrales se adentraban mucho en el campo; en cambio, las ciudades recibían de continuo el flujo de trabajadores rurales a la búsqueda de empleo. También más arriba en la

escala social se daba el intercambio: el hijo del labrador acomodado que se establecía en la ciudad y cuya familia, después de dos o tres generaciones prósperas, regresaba al campo, no era un fenómeno extraño. La mayor parte de los nobles podía tener una casa en la ciudad y pasar algún tiempo siguiendo los asuntos de la corte, pero solía pasar casi toda su vida en sus posesiones agrícolas, estaba familiarizada con cada detalle del año agrícola y podía atravesar cualquier paraje rural guiada por el halcón y el sabueso.

Y, sin embargo, a pesar de todos esos contactos, había un abismo emocional entre los habitantes de la ciudad y los del campo, abismo que era más estrecho entre los ricos y que se hacía más ancho cuando todas las otras clases se enfrentaba a aquella cabeza de turco universal, el campesino, muy evidente en los países más urbanizados, como Italia, Alemania y los Países Bajos, pero perceptible en la literatura y casi siempre visible en el arte, donde se da la torpe figura encorvada del labriego como caricatura o con una condescendencia divertida. Las gentes del campo son subhumanas, gruñía Félix Hemmerlin, un canónigo humanista de Zurich; les sentaría bien que cada cincuenta años se les quemaran las casas y sus campos se les convirtieran en desiertos.

El tópico del rústico hacendado, del primo campesino, del patán que venía a pasmarse ante las maravillas de la capital, tiene una larga historia. Los cuentos como el *Belfagor* de Maquiavelo (entre 1515 y 1520), en el que un labriego engaña al diablo, constituyen extrañas excepciones a la regla de que los trabajadores rurales son despreciables («salvajes, traidores e ineducados», era la opinión de Sebastián Franck) o ridículos. En las obras de teatro, el labrador es un payaso, en las anécdotas resulta un bobo ignorante. En *El Cortesano* se encuentra una versión temprana del chiste en el que un hombre solicita de un mirón que sostenga el cabo de una cuerda, mientras él va alrededor del edificio para medirlo; una vez que se ha perdido de la vista del otro, ata la cuerda a un clavo y se escapa. En *El Cortesano* también se narra un

ardid por el que un estudiante de Padua le roba a un labrador dos pollos. Sin embargo, fue en Italia donde la *Arcadia* alcanzó a aparecer del modo más encantador e imaginativo, donde la ninfa y el pastor labraban primorosamente sus amores, y el caramillo de Pan silbaba provocadoramente a través de densas malezas de versos. Y en los urbanizados Países Bajos, el campo dio una aguda réplica a la ciudad. Entre los *tableaux vivants* apañados para celebrar la entrada de Carlos, conde de Flandes (el futuro Carlos V), en Brujas en 1515, había uno en el que los habitantes de los campos vecinos se presentaban con los rasgos de los verdaderos herederos de la Edad de Oro. Como lo expresaban las descripciones impresas: «En la primera edad y en la arcaica barbarie de la raza humana, bajo el gobierno de los dioses y diosas representados en este recinto, los hombres vivían en chozas y cabañas, completa y apaciblemente de la agricultura y de la ganadería, porque no buscaban ni ganancias ni frutos, salvo los de la tierra y los de las otras bestias brutas.» Y la moraleja era que el crecimiento de las ciudades, que había roto el «bienheureux circle aurian du glorieux Saturne» [2], arruinaba también más una vida simple y sin agresiones.

Este antagonismo duró siglos, durante los cuales las ciudades habían negociado y combatido por su derecho a algún tipo de autogobierno, contra la Iglesia, los nobles y el monarca y habían eliminado el matiz de servilismo que aún persistía en el campo. Y a medida que crecían los niveles de vida y de educación en las ciudades, el contraste de formas vino a constituir una barrera más; Moro había educado a sus ciudadanos utópicos en el campo y les obligaba a volver a las tareas agrícolas de vez en cuando a fin de derribarlas.

La explicación de la sátira —«Todas las naciones se han labrado la desgracia y ninguna está contenta con su suerte»— es que éste fue un período de intenso cambio social, de rapiña competitiva.

[2] Elizabeth Armstrong, *Ronsard and the age of gold* (Cambridge U. P., 1968), pág. 3.

Al investigar las causas psicológicas de las guerras, de la contienda civil y de los disturbios populares, casi por unanimidad los historiadores suelen utilizar el señuelo de la ambición como factor explicativo principal. Por donde quiera que miremos se encuentran quejas que indican que los hombres no están contentos con las condiciones en las que han crecido. «La gente se da ínfulas», escribía el cronista de Lyon, Symphorien Champier, «y alimenta malos pensamientos..., y los criados, que antes eran humildes en presencia de sus señores y eran sobrios y vertían mucha agua en su vino..., ahora quieren beber mejor vino, como sus amos, sin agua alguna o cualquier otra mixtura, lo cual es una cosa contra toda razón». Los prontuarios para confesores exhortaban al clero para que previniera a sus feligreses a fin de que no envidiaran las posesiones o la posición social de otros y de que no comieran ni vistieran por encima de su condición. Clichthove se quejaba, en un sermón tras otro, acerca de las congregaciones, que trataban a la Iglesia como la plaza del mercado, cerrando contratos y discutiendo asuntos de negocios. En 1515, un predicador alemán describía un mundo que, según él, parecía haberse vuelto loco por el dinero. «Cada cual piensa que se hará más rico y que pondrá su dinero a interés con las mayores ventajas. Los artesanos y los campesinos invierten su dinero en una compañía o con comerciantes. Creen que van a ganar una enorme cantidad y a menudo lo pierden todo. Este vicio no existía en los tiempos pasados, sino que ha aumentado en los últimos diez años.» En Inglaterra, Alexander Barclay prorrumpía en invectivas en su *Shyp of Folys* (Barco de los locos) (1509) contra las pretensiones de los campesinos que aspiraban a la clase media acomodada y contra los chicos de los carniceros que pretendían transformarse en alguaciles (en aquel mismo año, Wolsey, hijo de un carnicero de Ipswich, entró al servicio del joven Enrique VIII, como limosnero y consejero). ¿Por qué tienden los hombres a esto? Al fin, la muerte lo nivela todo. «Por consiguiente se me hace que de todas las cosas la mejor es/Que el

hombre esté satisfecho y contento con su grado». La sabiduría popular razonaba del mismo modo. En una obra teatral popular italiana, la *Farsa contra el matrimonio* (hacia el 1500), una muchacha labradora camina hacia el mercado con una cesta de huevos equilibrada sobre la cabeza. Mientras camina, va soñando con el futuro. Venderá los huevos, comprará más, criará pollos y los venderá, comprará tierra y se hará rica. Entonces irá a su padre a decirle que quiere un marido, y no un campesino, ni un hombre de distinción, ni siquiera un noble. Su padre preguntará: «¿Es el emperador lo que quiere?», y ella, inclinando la cabeza ante el esplendor del sueño hecho realidad, dirá: «Sí, señor». Y Fortuna concluye: «Al inclinar la cabeza cayó la cesta con los huevos dentro, y así dieron al traste, y con ellos los planes que esta pobre muchacha había hecho» [3].

El mayor interés del individuo era elevar su nivel de vida dentro de su clase, ya fuera noble, burgués, eclesiástico o campesino propietario. Los más desesperados esfuerzos por mantener el nivel de vida se daban entre aquellos grupos que se aproximaban al filo de la subsistencia, los trabajadores asalariados campesinos y urbanos. El anhelo más consciente se producía entre aquellos grupos de «descolocados» que incluían artistas y humanistas profesionales, quienes, siendo frecuentemente del más humilde origen, estaban obligados a buscarse la aceptación tanto social como intelectual entre aquellas clases tradicionalmente definidas que les protegían. El sentimiento corporativo de clase se expresaba en función del odio hacia aquellos que tenían poder para oprimir o rendir por el hambre en un momento particular, en una ciudad particular o, ya más raramente, en una región particular. La mayoría de las veces era el precio del pan el que provocaba estos estallidos de resentimiento; a veces era un impuesto específico. «¡Matad a todos los hombres de distinción!»,

---

[3] Sigo la sipnosis que ofrece M. T. Herrick, *Italian Comedy in the Renaissance* (University of Illinois, 1960), página 36.

fue la respuesta de los pobres de Oberhasli, cuando los hombres de caudal en su cantón votaron por la concesión de créditos a fin de proveer al francés de tropas. Pero, en general, no había antagonismos de clase en el sentido de una clase que sólo desea permanentemente desposeer a otra.

Cuando Adán cavaba y Eva hilaba
¿Quién era entonces el hombre de distinción?

Era un adagio que persistía como lema y no como actitud política. Los más bajos rangos carecían de fuerza, entre los moderadamente acomodados se daba la suficiente movilidad ascensional como para asegurar que las previsiones sociales se contenían en su mayor parte dentro de las varias jerarquías de riquezas y de honor. A los pobres, y especialmente a los pobres inmigrantes en las ciudades, se les temía menos como revolucionarios potenciales que como trasmisores y nutridores de enfermedades. Además, las diferencias de ingreso alcanzaban tal magnitud que más que provocar la rivalidad de clase la paralizaban. El ingreso anual del conde de Benavente, en las cercanías de Valladolid, era 1.700 veces superior al de un trabajador. En la misma ciudad, el ingreso de un patricio de medios modestos era 18 veces el de un artesano cualificado y 29 veces el de un hombre sin cualificar. Además, la estratificación social estaba fragmentada por las afiliaciones de clan, por los gremios, las cofradías y por los sistemas de clientela, que restringían la capacidad de pensar en términos clasistas horizontales y que asociaba a los hombres de bajo ingreso con los de más elevado en un vínculo de carácter protector.

En todo caso, la tensión social en Europa estaba lejos de ser uniforme. El carácter más complejo y, por tanto, también el menos explosivo se alcanzaba en países con una densidad de población bastante regular, muchas ciudades, mucho comercio y unas reglas bien establecidas que definían las relaciones entre el gobierno, la corporación y el individuo, esto es, Inglaterra, Francia, Italia septentrional, los Países Bajos, Alemania central y

meridional. En países como Noruega, Suecia y España, en los que una clase media ciudadana constituía una frontera muy tenue entre los poseedores y los poseídos, era poco probable un conflicto de clases y una escasa dispersión de la población; una Iglesia vigilante y un derecho tradicional firmemente establecido, reducían el peligro de tensión entre ellas. Sin embargo, si seguimos hacia el Este, más allá de los límites del Danubio austriaco, donde el gobierno y las instituciones eclesiásticas se hallaban muy enraizadas entre una población racialmente homogénea de campesinos, ciudadanos y nobles, cuanto más avanzamos en dirección al mar Negro, o cuanto más nos introducimos en Ucrania y Polonia, tanto más simple y violenta aparece la estructura social, con una Iglesia débilmente organizada, gobiernos impotentes para imponer la ley en vastas zonas de llanura y selva, sin una clase ciudadana bien definida y una aristocracia que aún se veía a sí misma como conquistadora y que consideraba a los campesinos como una presa tolerada a duras penas, sobre cuyas tierras cabalgaron sus antepasados magiares. La crueldad con que se sofocó la rebelión campesina húngara de 1514 no era otra cosa que el más sangriento ejemplo de una propensión general en toda la Europa del este. Con Danzig-Viena a modo de eje, la balanza de la libertad campesina ascendía en el Oeste y se hundía en la servidumbre en el Este. Es cierto que la composición social de los estados del Este da la impresión de ser notablemente más simple de lo que era, a causa de las fuentes: crónicas monásticas escritas, como lo fueron, tras puertas cuidadosamente atrancadas, cronologías reales semejantes a sagas, un mínimo de correspondencia personal o de recuerdos de familia, incluso de centros comerciales establecidos de antiguo, como Novgorod; pero, por supuesto, en ningún sitio del Este se daba una estratificación tan compleja que justificara a un satírico dando suelta a su malhumor en lujos tan minúsculos como el corte de un jubón.

Incluso en el Oeste las posibilidades de movilidad social, de profesión en profesión, de clase en

clase, estaban restringidas a una minoría muy pequeña y los cambios de profesión que implicaban un cambio de nivel de vida eran, por supuesto, muy escasos. Un 90 por 100 de la población de Europa vivía fuera de las ciudades, que eran el único lugar donde había alguna posibilidad razonable de trepar socialmente en el plazo de una generación o dos e, incluso en tal caso, la dificultad de acumulación de capital estorbaba tal movilidad; quizá el 5 por 100 de los ciudadanos, si se le ofreciera la oportunidad, temperamento y suerte, fuera capaz de mejorar su posición durante su vida. Los campesinos pobres podían buscar una nueva ocupación, pero, de cualquier modo, no conseguían otra cosa que convertirse en ciudadanos pobres. El movimiento de una clase a la otra proporcionaba un blanco muy pequeño para que mereciera la pena tirar; el satírico disparaba contra las pretensiones dentro de las clases, entendidas como desviación de la norma. Se criticaban las pretensiones porque representaban la ruptura con el ideal de servicio, de ocupar una plaza útil en la sociedad sirviendo devotamente a un superior a cambio de su protección, ideal éste que no solamente era parte de la nostalgia de la literatura caballeresca, sino que todavía aseguraba la armonía dentro de la casa del comerciante entre el maestro, el aprendiz y el criado, así como la del complejo aparato social preciso para regir las vastas casas de la nobleza. El ideal no significaba nada —ni nunca lo significó— para hombres que trataban de ascender desesperadamente; podía reaparecer en las relaciones de los humanistas con sus protectores y, si bien había surgido dentro de la estructura militar del feudalismo, ahora lo negaban abiertamente los soldados profesionales, quienes se declaraban en huelga en vísperas de la batalla a fin de conseguir más alta paga. Sin embargo, los ataques contra el deseo de los hombres de cambiar la posición social los originaba la comprensión de la satisfacción emocional que proporcionaba el servicio, así como su probado valor como emoliente social.

En los prontuarios de los comerciantes no se

ponía el acento en cómo progresar, de qué manera hacer fortuna, sino en cómo adecuar la vida a la habilidad y las virtudes que la sociedad esperaba de un comerciante. La misma preocupación por las cosas tal como eran muestran las pinturas y grabados que contenían representaciones de los atuendos y ocupaciones de las distintas jerarquías, desde el emperador y el cambista hasta el artesano y el mendigo. Eran representaciones en función de sí mismas o estaban ligadas en series, como las de Manuel, en las cuales la muerte danza con cada persona para llevársela, con independencia de su posición o profesión; o como en las «Cartas de Tarocchi», ilustradas, en las que se incluían figuras de los planetas y virtudes como parte de un modelo de existencia predestinado e incambiable. En lugares de diversión pública, como el festival Schembart, en Nuremberg, figuraban cuadros con los planetas y las virtudes; los cuadros se distinguían unos de los otros por el vestido que, en la calle, señalaba a un hombre como abogado, doctor, tendero o herrero. Este catálogo visual de las clases y las profesiones, al igual que la rigidez creciente de la organización artesanal, la codificación del derecho y la elaboración de escalafones a fin de determinar quién podría entrar, cuándo y dónde sentarse en las funciones diplomáticas, refleja una tendencia a ver la sociedad como cualquier cosa menos algo abierto. Las solemnes procesiones religiosas y estatales en Venecia eran como diagramas animados de la teoría de los tres estados: el dogo y los senadores en un grupo, los clérigos en otro, los distintos oficios y ocupaciones representados por sus funcionarios gremiales en otro, y todos netamente distinguibles por su atuendo. La vida era pública, colorista y conformista; de aquí el miedoso salvajismo con el que se podían tratar anomalías tales como los judíos y los gitanos.

Como ya hemos visto, había una multiplicidad de fines que justificaban la legislación suntuaria, por la cual todos los gobiernos expresaban la opinión de que los hombres y las mujeres no debían vestirse ni divertirse por encima de las posibilidades de su condición social. La Iglesia anhelaba

refrenar la vanidad; el estado, detener el flujo de moneda al extranjero, así como impedir que se retiraran del uso productivo grandes sumas de dinero. Mas el fin principal era el de preservar la estratificación tradicional de la sociedad, hacer que la conducta correspondiese con la jerarquía o la ocupación y, sobre todo, impedir que la nobleza —y, en algunas ciudades, también los patricios— se agotara a sí misma fuera de la vida pública efectiva o por quedar reducida, por extravagancia, a un modo de vida inapropiado a su «verdadero» puesto en la jerarquía social.

Bastaría con señalar la posibilidad de que la fama recayese sobre escritores y artistas de humilde origen, para que fuera posible presentar este período como uno en el que el talento tenía abierta la posibilidad de hacer carrera; pero ello se debe a que, a veces, la moda rompía algunas de las mallas de la red social para darle libre curso al talento. Resulta posible agrupar pasajes de las páginas de escritores especulativos que subrayarían la importancia del hombre hacedor, *homo faber*, y de su libertad para influir su propio destino, mas esto no tiene nada que ver con el progreso social. La carrera abierta al talento —en la medida en que era posible— fue el producto de la demanda específica de protectores del arte con habitaciones que poblar, y de florecientes administraciones con empleos por cubrir; no era la consecuencia de una nueva actitud hacia la movilidad social. Como dependían de la aristocracia o de un patriciado que estaba imitando las formas aristocráticas, los humanistas hablaban de libertad en un tono que se ajustaba al punto de vista social conservador. Respaldados por los autores clásicos, cuyos héroes eran gobernantes, filósofos, artistas e intelectuales y, por lo general, desdeñosos de los resultados de las ambiciones contemporáneas, que ponían en peligro la paz y vulgarizaban el pensamiento, a los humanistas les interesaba cambiar los corazones y las mentes, pero no exigir que se borraran, por poco que fuera, las barreras de clase.

Es posible encontrar pasajes en las discusiones sobre la naturaleza de la auténtica nobleza que

parecen potencialmente destructivos de las divisiones sociales. Para citar a Erasmo de nuevo, cuyas obras alcanzaron mayor resonancia que las de cualquier otro intelectual: «Deja que los otros se pinten leones, águilas, toros y leopardos en sus escudos. Esos son los poseedores de la verdadera nobleza, que puede utilizar en sus escudos de armas ideas que han aprendido cabalmente de las artes liberales»; o, a propósito de un noble indigno: «¿Por qué, te pregunto, hay que colocar a esta clase de persona a un nivel más alto que al zapatero o al campesino?» Mas esta sugerencia de que la nobleza es esencialmente una propiedad de la mente cultivada que se pone a sí misma al servicio del bien común sólo adquiría seriedad al nivel (bastante alto) de la discusión sobre la naturaleza moral del hombre. Entendida en función de la realidad social no pasaba de ser un agradable tema de discusión *risqué*. Castiglione la mencionó sólo para acabar con ella hábilmente. A la desagradable sugerencia de que el plebeyo puede conseguir un puesto en la jerarquía se oponía el argumento de que lo bueno viene de lo bueno. Por tanto, el hombre de distinción tendría cuidado para no ensuciar su casta. Los consejos que siguen eran rotundos: el cortesano no tenía que discutir con el campesino (ello dañaría su situación social si pierde); lo único que tiene que hacer es moverse con confianza entre sus iguales; tiene que mezclarse contadas veces con el pueblo, por miedo a que la familiaridad engendre el desprecio. Estos consejos muestran lo falta de crédito que resultaba la tesis de que un buen zapatero era más digno de respeto que un mal noble. Acaso Dios no había insertado a los aristócratas en su sistema gradual entre los hombres ordinarios y los ángeles (así, Edmund Duddley, en grotesca parodia de Pico).

Tampoco esas dos virutas del leño del pensamiento humanista, Fortuna y Oportunidad, manifestaban una mayor proximidad al problema de la movilidad social. De la pintura a la más barata de las xilografías se multiplicaban las imágenes de Oportunidad, la diosa duende con la cabeza mon-

da, tremolando el copete que el hombre ingenioso podía asir, antes de que ella se desvaneciera habiéndole pasado. En bronce y prosa, Fortuna jinglaba sobre su globo o soplaba las velas de su propio navío, Capricho personificado, menos determinista que el Hado, menos mecánicamente eficaz que la Rueda de la Suerte. En un capítulo clave de su libro sobre lo políticamente posible, *El Príncipe,* semejaba la Fortuna a una mujer a la que se puede reducir a sumisión. Si bien el mensaje de estas imágenes era que el hombre es libre de configurar su carrera y no necesita la humillación ante la Fortuna, ello se aplicaba solamente a la superación dentro de una sola clase, no al esfuerzo que se requería para pasar de una a otra. El humanismo enriqueció el vocabulario subjetivo de las desesperaciones y esperanzas del individuo, en tanto que aceptaba los límites tradicionales sociales de su acción. Recordando estas indicaciones de exclusividad y restricción podemos entender por qué cuando Leonardo diseñó una ciudad ideal, partió que ésta tendría dos niveles: «Las carreteras de alto nivel son... solamente para la conveniencia de las gentes de distinción. Todos los carros y cargas para servicio y conveniencia del pueblo llano se confinarán en el nivel bajo.»

2. CASOS ESPECIALES

La carrera de Jacques de Beaune fue verdaderamente excepcional, pero contenía rasgos que se repitieron en otras que causaron menor conmoción; el nacimiento burgués y el testimonio de que se poseía agudeza financiera, ambas cosas aportaban un matrimonio socialmente ventajoso y los puestos oficiales que eran en sí otra ocasión para hacer más dinero. Nada nuevo había en el hecho de que los reyes utilizaran personas de origen burgués, como consejeros y administradores; muchos de los más altos empleos en el estado aún les estaban reservados a los nobles. Fue el ritmo notablemente rápido de expansión de las administraciones real y principesca el que hizo de la ca-

rrera burocrática, sobre todas las demás, la puerta abierta al talento. En Francia, en 1512, había unos 86.000 hombres cuyas vidas estaban dedicadas, total o parcialmente, al trabajo administrativo. Su importancia variaba mucho, desde un Semblançay a un vigilante de pesos y medidas en un pueblecito, de canciller a aforero de los fardos de lana para el servicio de aduanas. Los motivos que atraían a las personas a estos servicios eran varios. La atracción manifiesta que ejercía el príncipe impregnaba a aquellos que le seguían, aunque fuera desde lejos y se podía «colocar» en el cuadro bíblico de las ocupaciones aprobadas. Las notarías y secretarías reales de Francia formaban una cofradía religiosa bajo la protección de San Juan, porque, como explicaron en 1482, «era el más importante y el más elevado secretario-evangelista de nuestro salvador Jesucristo». La burocracia ofrecía ya una cierta seguridad en la posesión del cargo. Algunos de éstos, en efecto, eran hereditarios. Era una carrera que no solamente podía llevar al ennoblecimiento, sino que, además, implicaba el trato con los nobles, tanto en la corte como en los centros provinciales, en términos de mutuo interés. Tal contacto era satisfactorio por sí mismo, en un tiempo en el que el aristócrata era el tipo social más ampliamente respetado, y por las oportunidades que estas relaciones ofrecían para efectuar un matrimonio dentro de la nobleza. Por último, gracias a la costumbre, corrientísima en Francia, por la que los cargos se vendían en realidad por dinero, al mercader le resultaba posible comprar su ingreso. Se trataba de una carrera en la que pocos llegaban lejos, pero a causa de la mezcolanza de su origen social —nobles, burgueses, clérigos—, la naturaleza específica de la lealtad que fomentaba y también la mezcla de respeto y desconfianza con que se les miraba, los funcionarios requieren un lugar en la lista de las clases especiales, donde los consideraremos antes de pasar a las categorías más amplias del campo, los habitantes de la ciudad y a la misma nobleza.

La idea de los tres estados se basaba en la consideración de una sociedad en la cual cada estado

ayudaba a los otros dos. Desde una perspectiva popular, los funcionarios constituían un grupo que vivía de los demás y no para los demás. Con ellos estaban asociadas otras dos ocupaciones a las que también se veía dedicadas al interés propio a expensas del resto de la sociedad: los doctores y los abogados. La medicina era una materia académica que gozaba de gran reputación —era la cátedra mejor pagada en muchas universidades—, pero resultaba casi enteramente libresca y se deslizaba con facilidad en el oscuro dominio de la astrología. Simón de Pavía, por ejemplo, quien duplicó sus funciones, como médico y como astrólogo, al servicio de Luis XI y Carlos VIII, se casó dentro de la aristocracia y murió rico. Careciendo de una tradición de investigación empírica y dedicados cada vez más a exponer los principios de la medicina clásica, los doctores buscaban las explicaciones en las estrellas más bien que en la circulación sanguínea y le daban preferencia al experimento mágico sobre el clínico. Como querían retener la ventaja crematística que se derivaba de que se les creyera tan prácticos como estudiados, se sentían inclinados a proclamar curaciones maravillosas aunque secretas, exponiéndose con ello a la acusación de curandería. Prudentemente, el público confiaba principalmente en las hierbas y en la sabiduría tradicional, y llamaba al médico únicamente en los momentos de auténtica desesperación, momentos en que un caso había ido más allá de la capacidad de la ciencia médica para curarlo. Por entonces, la imagen popular del doctor era la de una persona que cobraba mucho por fracasar en el cumplimiento de su deber, y la figura del hombre con una botella llena de orina en una mano y un talego de oro en la otra era ya una figura literaria y dramática común.

Pedro Gringoire incluía a los abogados con los doctores y los funcionarios, «llenos hasta el globo ocular con los bienes del pueblo». Aunque ya era tradicional, las maldiciones contra los abogados aumentaron en extensión y amargura. La jurisprudencia, como la medicina, era un tema del más alto prestigio. Las universidades pujaban unas

contra otras, tratando de conseguir los servicios de profesores prominentes. Además, es mediante el estudio de la ley más que de la política, la religión o la literatura, como se articulan los *disjecta membra* de una sociedad pasada; además de ello, el derecho estaba en la base de la excavación humanista del antiguo mundo e incorporaba un prestigio cultural y profesional al mismo tiempo. Una capacitación en leyes era un pasaporte para la promoción en los servicios administrativo y diplomático tanto de la Iglesia como del Estado. Las familias patricias en las repúblicas italianas y las nobles en Alemania, Francia e Inglaterra enviaban a sus hijos a las facultades de derecho como un medio de conseguir un progreso apreciable. Esta tendencia era particularmente clara en Inglaterra, donde la educación legal no era competencia de las universidades, sino de los colegios dependientes de los tribunales. Su astuto padre transfirió a Tomás Moro, de Oxford, a las Posadas, y Erasmo anota, bastante exageradamente, sin embargo, que en Inglaterra «no hay mejor camino para la distinción, porque la nobleza se recluta en su mayoría, del derecho». Alexander Barclay observaba el mismo fenómeno con su habitual melancolía sardónica: «Los abogados son señores, pero la justicia está vendida.» Porque mientras los abogados ocupaban altos cargos en toda Europa y algunos pasaban en algún momento a través de las manos de los hombres con formación legal, se estaba haciendo poco a fin de aumentar la rapidez y disminuir los gastos con los que tenía que enfrentarse el ciudadano en sus tratos con la ley. El conflicto de leyes y la mayor minuciosidad de la capacitación legal consiguieron que los litigantes se acostumbraran a las demoras (el pleito sobre la propiedad de Robert Pilkington duró de 1478 a 1511), al bizantinismo y al traslado de tribunal a tribunal. El mismo Moro expulsó a los abogados de su Utopía, prefiriendo esta situación a que sus ciudadanos estuvieran entrampados «en un número tan infinito de leyes ciegas e intrincadas». Y, para colmo, además de las acusaciones normales, a los abogados se les imputaba universalmente la acep-

tación de cohechos. Tener un apetito «tan promiscuo como la bolsa de un abogado» era ya una expresión proverbial en Francia. ¿Cuál es la cosa más delicada del mundo? El hombro de un abogado: apenas lo has tocado, su mano se dispara a por dinero. La literatura formulaba la desconfianza social en multitud de expresiones como las anteriores. Los abogados podían ser ministros, memorialistas, alguaciles o interventores de casas solariegas, estaban desperdigados a lo largo de toda la escala de ingresos; pero cualquiera que fueran sus funciones y su forma de vida, se les consideraba —y ellos se consideraban a sí mismos— como hombres capacitados legalmente cuya gran cantidad era posible gracias al afan de pleitear de la gente y cuya importancia se basaba en las necesidades de la burocracia, ya que ellos eran lo que la época poseía de más cercano a una educación muy técnica y a una profesión organizada.

El aprovechamiento en los estudios humanistas también podía facilitar una carrera. La capacidad de leer y, aún mejor, de escribir el latín con elegante fluidez era un talento que abría las puertas de cargos tales como la secretaría de un obispo o un noble, historiador de un gobernante o una ciudad, o un puesto de consejero, lo cual requería, además, el prestigio del estilo ciceroniano de moda para la correspondencia oficial, las proclamaciones, los tratados y las solemnes alocuciones con las que los diplomáticos presentaban sus credenciales. Probablemente era extraña la persona de origen humilde que accedía al ejercicio de la ley, pero muchos humanistas tenían orígenes relativamente humildes, que ellos podían ocultar por medio de la latinización de sus nombres: Aesticampano por Sommerfeld, por ejemplo, o Laticefalo por Bredekopp. Celtis (nacido Bickel) era el hijo de un campesino. El padre de Wimfeling era un talabartero. Marineo Sículo nació de padres humildes en el pueblecito siciliano de Vizzini. Analfabeto hasta los veinticinco años, un sobrino, hijo de una hermana que se había casado un poquito por encima de su condición, le enseñó a leer y escribir. Un pariente sacerdote le educó y, a fuerza

de gran aplicación, recibió un puesto de preceptor en Palermo. En este refugio alcanzó tal reputación que consiguió una cátedra en Salamanca, en 1484, sin haber visitado una universidad en su vida. Los intelectuales seculares independientes constituían aún un fenómeno lo bastante extraño y nuevo como para que se les considerara una clase distinta, aunque, al no ser hereditario su talento, no atrajeron la crítica que los empleados y abogados multigeneracionales se habían ganado. De hecho, es muy difícil percibir la actitud de las otras clases hacia los humanistas profesionales. Engendraban algo del prestigio que se asociaba con los aristócratas y los comerciantes educados en humanidades; se les valoraba porque sus mercancías eran adecuadas a los tiempos que corrían. Italia seguía estando interesada (y en Europa aumentaba cada vez más este interés) en la antigüedad no sólo como descanso intelectual, sino como un talismán contra la acusación de ignorancia. Además, se les honraba con regalos, se les respetaba como expertos entre los grupos de discusión patricios o aristocráticos y podían aspirar a la coronación con la corona poética de hojas de laurel. Por otro lado, heredaron algo de la indulgente condescendencia que se les acordaba a sus antepasados juglares y cronistas, estaban sometidos a la acusación de servilismo y su estado civil de casados, así como el carácter frecuentemente disoluto de sus vidas, constituían una anomalía en una época en que la enseñanza profesional era el feudo del clero, célibe y teóricamente casto y sobrio.

Este desasosiego era similar al que aquejaba a la posición social del artista. En 1520, un diplomático portugués, de visita en Etiopía, encontró a un italiano que hacía mucho tiempo que se había instalado allí: «Era una persona muy honorable», señalaba Francisco Alvares, «y, aunque pintor, un gran caballero». Era un resumen bastante acertado de la condición algo equívoca del artista. En la Edad Media, la pintura (a diferencia de la música) no era una de las artes liberales; tampoco (a diferencia de la agricultura y la carda del algo-

dón) una de las artes mecánicas, adecuadas a los hombres nacidos libres. Se trataba sólo de un estigma teórico, pero el pintor, obligado a ser miembro de un gremio, tenía que trabajar con orden, igual que los otros profesionales, y si bien su talento podía originar una proliferación de encargos y acarrearle un cierto grado de fama y riqueza, no le elevaba en la condición social. En cambio, en 1520, el año de la muerte de Rafael, el pintor dejaba una fortuna muy considerable (16.000 ducados); y aún más, a pesar de su calidad de pintor, había vivido, se le había recibido y tratado como a un hombre de distinción. Dos años antes León X escribió al gobernador de Civitavecchia, advirtiéndole que preparara una recepción suntuosa, porque llevaba a algunos escritores y artistas con él «y éstos son personas de gran importancia y de las más caras para mí». Cuatro años antes, Lorenzo Costa, pintor de corte de Francesco Gonzaga, duque de Mantua, se había negado terminantemente a pintar a los hijos del duque. El comentario de Francesco fue un moderado: «Tiene sus caprichos, como muchos hombres de genio.» Alrededor del año 1512, Andrea del Sarto y Julio de Médicis, *il Magnifico,* se hicieron socios del convivio de la Sociedad de la Paleta en Florencia. Y, según Vasari, en 1506, una vez que Miguel Angel, quien había salido a cumplir un encargo de Julio II, fue introducido en presencia del Papa por un obispo que suplicó a éste que excusara al artista, ya que «tales hombres como él son siempre ignorantes»; la ira pontificia recayó sobre el obispo por su anticuada concepción de las cualidades personales de un artista. Esto es tanto más revelador por cuanto que el padre de Miguel Angel, por cuyas venas corría unas gotas de sangre noble, había intentado quitarle a golpes al muchacho la determinación de ser escultor.

Aparte de Miguel Angel, con su pizca de nobleza, del noble Juan Francisco Rustici y de Leonardo, que era bastardo de un notario local prominente, los artistas eran, por lo general, del más llano origen. El padre de Piero della Francesca era un zapatero remendón; el de Botticelli, un curtidor;

el de Fray Bartolomeo, un arriero; el de Andrea del Sarto, un sastre, y el de Antonio y Pedro de Pollaiuolo, un pollero. Y Lucas van Leyden, quien se casó con una mujer perteneciente a la noble familia de van Boshuysen, fue de las pocas excepciones a la regla de que los artistas no mejoraban socialmente a través del matrimonio. La condición de hombre distinguido-aunque-sea-pintor se le atribuía de buena gana a los individuos cuyas obras gozaban de gran demanda, pero no dejaba rastro alguno después de que aquéllos hubieran muerto o caído en desgracia. Por otro lado, la cantidad de información que Vasari pudo recoger acerca de la época para componer sus *Vidas,* constituye en sí misma un índice del interés que despertaban los pintores, escultores y arquitectos. Difícilmente hubiera conseguido la misma cosecha de hechos si hubiera estado acumulando material para hacer una historia de los farmacéuticos. Hay que decir que tampoco la hubiera conseguido fuera de Italia. En el libro de expresiones latinas de 1520 de Robert Wittinton, los escultores, grabadores, imagineros y pintores ocupaban, sin diferencia alguna, el mismo lugar que los yeseros, los vidrieros, los techadores y otros «trabajadores».

Al igual que entre los humanistas profesionales, el éxito que permitía a un artista llevar un estilo de vida fundamentalmente distinto de lo que era habitual entre las personas de origen llano, era poco frecuente; no se podía heredar y, probablemente, sólo era posible allí donde el humanismo hubiera preparado el terreno para una comunidad de intereses entre el pintor y su mecenas... [4]. La idea de unos individuos independientes, intelectual y creadoramente dotados, no había hecho más que comenzar a germinar, pero afectaba más bien a lo que los humanistas y artistas pensaban de sí mismos, y no a la consideración que los demás les tributaban. A despecho de un Erasmo o de un Rafael, en esta época se pensaba más en función de expertos y de capacidades especiales que en términos de intelectuales o de genios. En las prin-

[4] Véase más adelante, págs. 315 y ss.

cipales imprentas del continente era donde, sobre todo, podía verse en funcionamiento algo así como un estado de las artes y las letras, donde capitalistas-eruditos, consejeros humanistas, académicos-correctores de pruebas y artistas y literatos cajistas trabajaban en un ambiente a medio camino entre la fábrica y la academia. La proliferación de las imprentas se había saludado casi con júbilo universal. Los coleccionistas de manuscritos oponían alguna objeción, alguna reserva moderada, frente a un cambio excesivamente brusco de la caligrafía a la imprenta —«aunque tenemos millares de volúmenes», avisaba el abad Trithemio en 1492, «no podemos dejar de escribir, ya que los libros impresos nunca son tan buenos»—, pero el entusiasmo de los clérigos superaba al de los eruditos legos. Ya en 1476 los protectores de una imprenta en Rostock justificaban su empresa llamando a la imprenta «la madre común de todas las ciencias, la ayudante de la Iglesia», y en 1487 el médico del obispo de Ausburgo escribía al impresor Radtot que «sería difícil estimar la profunda deuda de todas las clases sociales con el arte de imprimir, que, por la gracia de Dios, ha surgido en nuestro tiempo y, más especialmente, es éste el caso de la Iglesia Católica, la novia de Cristo, que gracias a aquel arte recibe gloria adicional y va al encuentro de su novio con nuevos ornamentos y muchos libros de sabiduría celestial».

A pesar de que el personal de una imprenta era poco numeroso, únicamente las personas prósperas, como el parisino Jean Petit, quien procedía de una familia de maestros carniceros, podían poner una por su cuenta, debido a los desembolsos en las prensas y los tipos y a los plazos que mediaban entre la impresión de una edición y su venta a través de un sistema de distribución lento y costoso. En ocasiones, un erudito podía conseguir apoyo como lo hizo Aldo con la familia de Pico della Mirandola. Bajo tales protecciones social y financieramente respetables se enrolaba a los mejores cerebros de la comunidad para que ayudaran en la edición y la corrección de pruebas. Si añadimos a esto la colaboración de artistas de la talla de

Durero, Holbein, Burgkmair y el anónimo ilustrador de las *Hipnerotomachia Polifili* se comprende fácilmente lo atractivo del ambiente de los eruditos profesionales y aficionados. Impresores como Badio en París, Amorbach y Froben en Basilea, Schürer en Cracovia y Aldo en Venecia dirigían instituciones que, por su continuidad, su independencia de los centros habituales de actividad intelectual —universidades y monasterios— y por la variedad social de sus colaboradores, ejercían más influencia a la hora de elaborar la idea de la intelectualidad que las relaciones temporales entre el pintor, el mecenas y el consejero erudito, las cuales caracterizaban a algunos de los grandes ciclos decorativos de la época.

El reconocimiento de este ambiente vino preparado, en cierta medida, por la naturaleza de la grafía de mediados del siglo XV. Sin embargo, las imprentas originaron una conmoción bastante nueva. Los conservadores podían interpretar el uso que los griegos hacían del fuego a fin de probar que la antigüedad ya sabía de la pólvora, pero la imprenta era una invención incontrovertible de los modernos; y la posibilidad de la producción en masa se abrió en una época en la que los gobiernos eran cada vez más conscientes de la importancia de la propaganda, y en la que el humanismo había despertado el interés por los textos en ediciones críticas, que no podía ser satisfecha adecuadamente, ni en su cantidad ni en su uniformidad, por los copistas. Si añadimos a esto el hecho de que un creciente número de escuelas producían semianalfabetos sin nada para leer, veremos que la extensión de la imprenta estaba asegurada. A finales del siglo XV, el número de libros impresos se estimaba en seis millones, compuestos de unos 30.000 títulos diferentes y producidos por cerca de 1.000 impresores distintos. Un copista profesional, trabajando aceleradamente, necesitaba seis meses para copiar 400 hojas en folios; no resulta sorprendente que las imprentas rompieran en cierta medida con los criterios sociales convencionales. Así, mientras que hacia los años de 1470 se satirizaba a Vespasiano da Bisticci por su intimidad con los socialmente

superiores, unos cuarenta años más tarde el emperador Maximiliano se hacía retratar en el taller de un impresor. Por último, la imprenta dependía de una nueva clase de artesanos cualificados. Las planchas, la composición de tipos y otras ocupaciones requerían inteligencia y cultura, así como destreza manual, y estaban muy bien pagadas. La imprenta era un centro neurálgico al que afluían las noticias más recientes, las últimas ideas. Era también una industria aquejada de subempleo, cuando el crédito se hallaba demasiado extendido, o cuando decrecía la demanda de artículos tales como los impresos legales, durante las vacaciones. Muchas empresas eran pequeñas y producían sólo unos cuantos libros antes de dejar de funcionar por completo. Todos estos factores se combinaban para producir una imagen característica del impresor asalariado. Su cultura le llevó a reclamar una posición más elevada que la que se concedía a las profesiones mecánicas, simbolizado en el derecho a llevar armas; el desempleo y la errabundez hacían de ellos negociadores obstinados capaces de obtener mejores condiciones de trabajo; el contacto con las nuevas ideas le daba a esa obstinación el matiz de un radicalismo inteligente.

Saber de un hombre que era impresor en aquella época era saber más acerca de él de lo que las palabras «talabartero» o «tejedor» decían acerca de los que practicaban estos dos oficios. Es posible que las otras dos únicas ocupaciones asalariadas que transmitieran de modo tan neto los rasgos del carácter, así como las usanzas del trabajo, fueran las del minero y el soldado profesional.

Tradicionalmente se consideraba que los mineros formaban una casta aparte. Esta imagen, fundada en la rudeza de su trabajo y en el aislamiento de los filones, se reforzaba por las mejoras en la perforación y en la ventilación, que les permitían trabajar más profundamente y en regiones aún más salvajes. A las tradiciones y leyendas sobre el trabajo de los herreros y acerca de las regiones montañosas —en Alemania, a los mineros se les llamaba *Bergleute,* gentes de las montañas— se añadía el prestigio de algunos de los más importantes

descubrimientos tecnológicos de la época: la maquinaria de extracción y trituración, la topografía y la construcción de accesos, la química utilitaria del refinado y la fundición.

El minero era, por tanto, un experto. Luis XI reclutaba mineros en Alemania, e Iván III importó expertos alemanes en 1491, con el fin de que buscasen cobre y plata a lo largo del río Pechora. A causa de la importancia de su oficio y de la cohesión de las comunidades (aunque estuvieran aisladas) en las que habitaban, los mineros eran hombres acostumbrados a los privilegios. Los gobiernos los trataban con alguna precaución; en Suecia, incluso llegaban a enviar delegados propios a las reuniones de los estados. En tiempos de guerra, los oficiales de reclutamiento se dirigían sobre todo a las zonas mineras, en busca de soldados y exploradores duros, con recursos e ingeniosos.

De modo parecido, el soldado mercenario representaba una antigua profesión a la que el cambio de condiciones había dado un nuevo aspecto. Por este motivo causó una nueva impresión en la opinión contemporánea y adquirió una concepción más ceremoniosa acerca de su separación del resto de la sociedad. Las guerras las hacían aún en su mayoría soldados temporales, conscriptos para una campaña específica, que retornaban a sus ocupaciones en tiempos de paz, cuando aquélla se había terminado; los hombres de distinción y unos pocos burgueses luchaban a caballo; los campesinos y los ciudadanos más pobres, a pie. Los costes de mantenimiento de un ejército permanente adecuado eran demasiado elevados y no permitían que se prescindiese de esa fórmula por completo; pero sus inconvenientes se hacían cada vez más evidentes. Los campesinos habían mostrado siempre gran renuncia a alejarse de sus cosechas durante mucho tiempo, y lo mismo los comerciantes de sus tiendas. Si bien en casi toda Europa se les exigía a los legos comprendidos entre los dieciséis años aproximadamente y los sesenta que guardasen armas en casa o en una armería local, rara vez estaban aquéllas en buen uso. Y ahora, tras las dos derrotas, convincentes y ampliamente divulgadas,

de los ejércitos borgoñeses frente a los suizos hacia los años de 1470, se habían aprendido dos lecciones. La primera era que la caballería pesada, el arma noble tradicional, no podía, por sí sola, vencer a los piqueros, y que los ejércitos precisaban ahora un equilibrio más cuidadoso del que hasta entonces podía conseguir cualquier país: caballería ligera y pesada, piqueros y alabarderos, arqueros y arcabuceros; la segunda era que se precisaba un nivel de capacitación más elevado del que el soldado temporal estaba dispuesto a admitir en época de crisis. Para las tareas de guarnición, además, así como para las guardias permanentes personales (por ejemplo, la guardia escocesa de los reyes de Francia), para el mantenimiento de los sitios y la ocupación de territorios conquistados, el soldado profesional, que podía servir en cualquier momento e ir a cualquier parte, podía proporcionar la necesaria continuidad, así como también su experiencia podía endurecer a los cuerpos de tropas escasamente preparados, a los que se añadían sus compañías en el campo de batalla.

Los mercenarios eran de diverso origen social. La caballería incluía no solamente caballeros y gentes de noble nacimiento, sino también hombres cuyos servicios se habían premiado con el regalo de un caballo y una armadura. La infantería cubría toda la gama, desde caballeros que ya no pensaban que luchar a pie fuera indecoroso para un hombre de distinción, hasta exiliados, criminales huidos, mercaderes arruinados y comerciantes descontentos. En 1509, el conservador francés, el señor de Bayard, se negó a desmontar y tomar Padua a la carga junto con los *Landsknechte*. «¿Acaso considera el emperador que es justo y razonable —se quejaba— poner en peligro tanta nobleza junto con su infantería, en la cual el uno es un zapatero, el otro un labrador, otro un panadero y otros mecánicos?» Pero el lugar acordado al mercenario en la imaginación popular no estaba determinado tanto por su origen social o su capacidad para luchar como por su temperamento, conducta y aspecto; una imagen compleja, nutrida por retazos reales, especialmente estampas realizadas por artistas

—Nicolás Manuel y Urs Graf entre ellos— que habían sido mercenarios a su vez. Aventureros errantes, sin lealtad para nadie salvo para el capitán del momento, capaces de matar por dinero y de despilfarrar lo que tenían en bebidas, mujeres y juegos, vestidos con galas andrajosas, blasfemos, despreocupados de la familia; éstos eran los términos según los cuales los mercenarios se convirtieron en unos espantajos que los predicadores y los moralistas podían agitar. Con banderas flameantes y una vaina sobresaliente se les representaba, no sin cierta envidia mal encubierta, eructando y acuchillando por encima de cualquier costumbre decente y violando todas las leyes excepto la de la demanda y la oferta.

La antipatía social tenía una cuádruple base. En primer lugar la constituía el miedo a las pérdidas o daños. Los abogados y los mercenarios, aunque eran necesarios, podían utilizar la confianza que se había puesto en ellos para sus propios fines. De la misma manera podían hacerlo los molineros y los curtidores, hombres difamados universalmente como individuos imprescindibles para elaborar los productos ajenos, pero que podían apartar o sisar parte de esos productos sin miedo a que los descubrieran. En segundo lugar la desaprobación moral. Los hijos de los sirvientes de los baños estaban excluidos de los gremios porque los baños públicos servían para ir limpios, pero también como lugares de prostitución. En tercer lugar la inasimilación en la sociedad legalmente constituida: de aquí el desprecio de los alemanes por los tejedores de lino que carecían de gremios y, por tanto, de voz en los asuntos públicos, y también la desconfianza ante los actores ambulantes, a pesar de lo seductores que resultaban sus talentos. En cuarto lugar un odio latente hacia aquellos cuya posición moral era desconocida; que no solamente carecían de casillero en la jerarquía social, sino que, espiritualmente, eran extraños. Quienes más se destacaban dentro de esa categoría eran los judíos.

Hacia fines del siglo XV se había llegado a un difícil compromiso con los judíos que comprendía el distintivo amarillo (o su equivalente) y una im-

posición repentina y arbitraria, pero aseguraba la libertad de cultos. La separación no era más irritante de lo que lo era en las localidades donde se amontonaban comunidades de comerciantes cristianos; además, la riqueza podía comprar las excepciones. No sólo en el comercio y la banca, sino también como médicos, músicos y profesores los judíos hicieron importantes contribuciones a algunas de las principales corrientes de la vida europea. Crecía el interés por el hebreo[5]; mas este interés en la lengua de Moisés, de los Mandamientos de Dios a los hombres y del mismo Cristo sólo era una quebradiza capa de hielo que recubría los prejuicios seculares de un cristianismo occidentalizado. A partir de la Biblia Vulgata de San Jerónimo, Dios había hablado a los europeos en latín; hebreo era la lengua de los traidores, de Judas. Cuadro tras otro, el niño Jesús bendecía a la humanidad entre las ruinas de la Antigua Ley mosaica y los arcos quebrados del establo significaban el cambio de decoración, de Palestina a Roma. Las obras de teatro sobre la Pasión escenificaban discusiones en las cuales la iglesia había sustituido a la sinagoga. Cuando un nuevo papa se dirigía en procesión a San Pedro, los representantes de la comunidad judía de Roma le salían al encuentro en el puente de Sant-Angelo y le ofrecían los rollos de la Ley mosaica; como representante de San Pedro, el papa los rechazaba imperiosamente, antes de su entronamiento. Esta ceremonia simbólica se realizaba en todas partes. En Corfú, por ejemplo, donde se exhibía una familia a los visitantes como descendiente directa de Judas Iscariote, se presentaba al nuevo arzobispo un rollo de la Ley vieja para que la apartara a un lado, y la comunidad judía tenía además que cubrir las calles con alfombras para que el arzobispal pie pudiera pisarlas.

El hacinamiento, los distintivos infamantes, la intimidación espiritual, todo ello no pasaba de ser una charada humillante en tiempos tranquilos, pero mantenía viva la vulnerabilidad de los judíos

---

[5] Véase más adelante, págs. 355 y s.

como chivos expiatorios. La desaparición inexplicable de un niño cristiano podía provocar la acusación de asesinato ritual y, consiguientemente, arrestos, torturas y quema de sinagogas. Cualquier predicador podía obtener un mayor arrepentimiento penitente en su congregación, atribuyendo parte de la perversidad censurable circundante a la tolerancia frente a los crucificadores; así, por ejemplo, cuando en 1488 fray Bernardino de Feltre dio suelta a las masas en Florencia para que persiguieran a los judíos, acción por la que posteriormente se le expulsó. A raíz del miedo y de la desorientación política que siguieron a la derrota del ejército veneciano en 1509, los habitantes de ciudades tales como Verona, Treviso y Asolo se echaron sobre los judíos, saqueando sus casas y expulsándoles con sus familias, hasta que volvieron tiempos más tranquilos. Este compromiso de coexistencia, que siempre fue quebradizo, comenzó a resultar aún menos seguro cuando se percibió que la función económica para cuya realización se había tolerado a los judíos comenzaban a tomarla a su cargo en la práctica y, hasta cierto punto, también en la teoría los cristianos. Ya no era necesario acudir a los judíos para pedir dinero prestado o para empeñar las pertenencias. En los veinte últimos años de la fundación de bancos públicos de ahorro a través de los cuales los gobiernos municipales concedían préstamos a los pobres. Estos *Monti di Pietà*, como se les llamaba en Italia, dependían de los intereses para su funcionamiento, pero estaban respaldados por la Iglesia y liberaban de la fastidiosa necesidad de la tolerancia. Cuando los florentinos establecieron un *Monte de Pietà*, cuyo proyecto se había discutido largo tiempo, a instancias de Savonarola en 1495, les concedieron doce meses a los judíos para que se prepararan a abandonar la ciudad.

El primer ghetto en sentido estricto, esto es, un barrio herméticamente cerrado desde la puesta a la salida del sol, data de 1516, fecha en que se incomunicó a los judíos venecianos de este modo; sin embargo, debido a una exclusividad natural, los judíos habían vivido ya de antes en un aparta-

miento que resultaba afrentoso para el gregarismo de sus vecinos y daba pábulo a las sospechas: ¿cómo era posible que los judíos, que vivían aparte, casi, como así era, en secreto, siempre parecían disponer de más dinero que los francos y abiertos cristianos eternamente a la busca de préstamos? Oficialmente la Iglesia podía coexistir con los judíos, como lo podía hacer con el esclavismo, la tortura judicial, las armas de fuego y cualquier otra cosa que pareciera necesaria para mantener a la sociedad en funcionamiento, mas a los clérigos individuales y, sobre todo, a la opinión pública les resultaba difícil aceptar la infección hebrea del tercer estado. «¿Por qué los judíos no quieren trabajar con las manos?», preguntaba el predicador Geiler de Kaysersberg. «¿Acaso no están sujetos, como lo estamos nosotros, al mandato explícito de Dios "Ganarás el pan con el sudor de tu frente"?» El cronista español Andrés Bernáldez señalaba que los judíos «nunca quieren trabajar arando o cavando, ni tampoco ir por los campos vigilando el ganado, ni les enseñan a sus hijos a hacerlo; todo lo que quieren es un empleo en la ciudad para ganarse la vida sin mucho trabajo».

En 1498 se les expulsó de Nuremberg (en esta ciudad el motivo fue el interés) a causa de sus «manejos usureros, perversos, peligrosos y taimados». En el mismo año se les expulsó de Würzburg, Salzburgo y Württemberg; en 1499, de Ulm; en 1500, en Nördlingen; en cada uno de estos casos con el permiso (y con la ventaja financiera) de Maximiliano. Expulsados de ciertas ciudades en Francia (entre ellas, Tarascon, Saint-Maximin, Arlés) encontraron refugio en el territorio pontificio de Avignon. En 1495, y de nuevo en 1506, se les desterró de toda la Provenza. De Beatis comentaba que si los judíos traspasaban las escasas yardas que separaban la jurisdicción pontificia de la francesa, «cualquiera podía matarlos sin temor alguno». En 1502, Iván III derogó las medidas de protección que había extendido sobre los judíos de Rusia. Pero fue en España donde las envidias sociales, la euforia religiosa, el cálculo político y, posiblemente, la presión demográfica, produjeron

la catástrofe real: en 1492 se expulsó sumariamente a los judíos practicantes, y la medida se llevó a cabo con tan estricto celo que se ha estimado en unos 150.000 los judíos que posiblemente abandonaron el país. En 1494, Torquemada ordenó que a los descendientes de aquellos a quienes la Inquisición encontrara culpable de haber renunciado formal pero *no* convincentemente al judaísmo se les excluyera de una lista de ocupaciones que, a todos fines y efectos, era una definición de la clase media. «No pueden *tener* o poseer funciones públicas, o puestos u honores, ni pueden recibir órdenes sagradas, ni ser jueces, alcaldes, alguaciles, magistrados, jurados, administradores, funcionarios de pesos y medidas, comerciantes, notarios, escribientes públicos, abogados, apoderados, secretarios, interventores, tesoreros, médicos, cirujanos, tenderos, corredores, cambistas, inspectores de pesos, cobradores, recaudadores de impuestos, *ni* ostentar ningún otro cargo público similar.» Además de la expulsión de los judíos practicantes, los esfuerzos de la Inquisición fructificaron en la quema de 2.000 *conversos* condenados y 120.000 más huyeron del país. El vacío que se produjo en las filas medias de la sociedad no se llenó; a los pobres les faltaba talento y capital, y la aristocracia desdeñaba la vida del comerciante y el banquero. Fueron sobre todo los cristianos extranjeros quienes asumieron la dirección de los asuntos económicos españoles, esto es, genoveses, alemanes y flamencos. En interés de una sola raza, España comenzó su período imperial ultramarino gravosamente mermada en la composición social de su pueblo.

Hasta cierto punto, España compensó esta reducción en la clase distributiva con un aumento de la clase productiva por medio de la institución del esclavismo en el Nuevo Mundo. Los habitantes de las Indias Occidentales se mostraron incapaces de soportar el pesado trabajo de las minas y, posteriormente, del cultivo de la caña de azúcar. En 1501 llegaba el primer cargamento de esclavos africanos. Si bien la introducción de la esclavitud en las Américas coincidió con un descenso en el nú-

mero de esclavos en la patria, lo cierto es que a aquélla la propició el hecho de que en Europa meridional y oriental se daba por supuesto desde hacía mucho tiempo el uso de esclavos no cristianos como criados domésticos y trabajadores agrícolas, contando además con la connivencia de la Iglesia, la cual daba preferencia a la posible conversión del paganismo sobre la cierta pérdida de la libertad personal: mejor un esclavo cristianizado que un hombre pagano. Las órdenes misioneras llegaron a mostrar —y para ello se necesitaba un gran valor— un interés humanitario profundo por la suerte de las poblaciones indígenas de América, mas la importación de esclavos de todas partes había llegado a generalizarse tanto que apenas si permitía mantener una débil preocupación por la institución misma de la esclavitud.

Los portugueses habían estado importando esclavos africanos para su uso propio mucho antes de que comenzaran a facilitárselos a los españoles para las minas y las plantaciones del Nuevo Mundo. En 1500 se habían embarcado ya unos 150.000. A principios del siglo XVI, escribía un observador, no sin cierta exageración, que «apenas sí puede uno creer que en Lisboa haya más esclavos, hombres y mujeres, que portugueses de libre condición». En Italia, los esclavos eran ya de tiempo atrás un rasgo característico de las casas ricas, y si hacia el final del siglo comenzó a decrecer su número —aunque sólo en Venecia parece que llegó a haber unos 3.000—, se debía no a un cambio de actitud, sino al bloqueo de la mayor fuente de aprovisionamiento, debido al control turco sobre el mar Negro y los puertos levantinos. De ahora en adelante, los turcos absorberían los productos multirraciales del mercado de Kaffa, en tanto que a los españoles, italianos y portugueses se les dejaban los etíopes, los moros del litoral africano del norte y algunos griegos y eslavos atrapados en Dalmacia. Además, los esclavos negros eran cada vez más caros y, en las casas burguesas, se habían convertido en un tedioso problema moral: su aprovechamiento como si fueran parte del mobiliario permitía a sus propietarios comprobar la veraci-

dad de una leyenda ya bien desarrollada acerca de la potencia de los africanos. Ahora sólo se les compraba a título de caprichos, bien recibidos como una nota de oscuro exotismo en el elegante *ensemble* de la corte. Los luchadores negros de Hipólito de Médicis o el centenar de moros, un regalo de Fernando a Inocencio VIII en 1488 que el Papa distribuyó entre sus cardenales y los nobles romanos a los que deseaba favorecer, tenían un valor productivo nulo. Y eso mismo es probablemente cierto para toda la Europa del suroeste (hacía tiempo que la esclavitud había desaparecido del *noroeste*) hacia 1500. El esclavo remero de las galeras del Mediterráneo es un fenómeno que aparece a mediados del siglo XVI. Aunque los capitanes de navío utilizaban indígenas capturados en ultramar, en los viajes desde Europa los hombres escogidos para purgar sus delitos o para abandonarlos a lo largo de la ruta a fin de «europeizar» trozos de costa a beneficio de los náufragos o de los exploradores precisados de ayuda eran criminales a quienes se había conmutado la sentencia. Pero el desuso no debilitó el principio. El estudio de la teoría política antigua suscitó un renovado interés por la esclavitud, sobre la que se basaba la sociedad antigua. Este era un punto de vista desde el que se desplegaba la exquisita aristocratización de Castiglione en su concepción de la sociedad, ya que «algunos... han nacido de tal suerte que la naturaleza les ha ordenado obeder, así como los otros han de mandar... Por tanto, hay muchos hombres ocupados solamente con las actividades físicas, y éstos difieren de los hombres versados en las cosas del espíritu tanto como las almas difieren de los cuerpos... Puesto que aquéllos son esencialmente esclavos y para ellos es mejor obedecer que mandar». El principio no se tradujo en acción, desde luego, pero es difícil dudar de que un conocimiento más claro de la estructura de la sociedad griega y romana, surgido de los estudios humanistas, no añadiera algo al matiz de desprecio que incitaba a todo escritor político de esta época a verter su desdén sobre las masas.

La decadanecia de la esclavitud en el Este fue más lenta. A la vuelta del siglo, en Rusia se utilizaban esclavos como criados domésticos en las casas de los príncipes y los boyardos y, en algunas posesiones más grandes, también como trabajadores agrícolas, pero tanto en Rusia como en Lituania la esclavitud se estaba tornando en servidumbre, como ya había sucedido en Polonia, Lituania meridional, sin embargo, constituía una fuente de aprovisionamiento para los tártaros de Crimea en sus incursiones en busca de esclavos. Protegidos por una alianza con Iván III, quien necesitaba su apoyo contra Kazán y el Khanato de la Horda de Oro, llegaron en 1482 tan lejos en sus incursiones que alcanzaron Kiev, saqueando la ciudad y llevándose a gran cantidad de sus habitantes a Kaffa. Los esclavos que, en una época de altos costes de transporte, se podían transportar a sí mismos, eran una inversión muy rentable; además, no había descenso de la demanda entre los turcos, ya fuera la originada entre individuos ricos que deseaban ensalzar la variedad y la pompa de sus séquitos, ya la originada por los agentes del sultán. En un país donde el mismo sultán era hijo de un esclavo, la palabra tenía resonancias distintas de las asociaciones degradantes y a veces temibles que suscitaba en el Oeste. Los esclavos adultos podían terminar remando en las galeras turcas, pero en su mayoría se empleaban como sirvientes o guardias personales. Para los muchachos que frisaban los doce años, ora comprados en los mercados de esclavos, ora parte del tributo humano que los turcos cobraban de los albanos, serbios, croatas, búlgaros y griegos, la posibilidad de movilidad social —aparte de la situación legal— era mucho mayor que en el Oeste, factor éste que hacía que muchos padres de los Balcanes dieran la bienvenida al piquete de inspectores de niños, que pasaba cada cuatro años y que impulsara a muchas familias musulmanas a pagar a las cristianas para que hicieran pasar como suyos hijos de las primeras. Los servicios administrativos y militares del estado otomano se reclutaban de entre los esclavos cristianos

reeducados, y una carrera que comenzaba en una choza albanesa podía acabar en un generalato, un extenso harén y un servicio doméstico que llegaba a los miles de personas. La suerte de los niños conseguidos como tributo se hallaba en radical contraste con la de los negros que trabajaban en las plantaciones de la Española, o con la de aquellos guineanos aún menos afortunados a quienes los franceses vendían como alimento a sus asociados caníbales del Brasil, los Potiguara.

3. LA COMUNIDAD AGRÍCOLA, LOS HABITANTES DE LA CIUDAD Y LA ARISTOCRACIA

Hemos tratado hasta ahora de las anomalías dentro del tercer estado, desde los funcionarios del gobierno hasta los pintores, mineros y esclavos. El trabajo consistía casi exclusivamente en arar la tierra, y la población de Europa estaba constituida, fundamentalmente, por campesinos. En 1510 Lucas van Leyden conmemoraba este hecho en un grabado conmovedor sobre Adán y Eva. Las dos figuras caminan a través de un paisaje de piedras y hierbajos; a su espalda, un árbol con las ramas dobladas por los vientos. Eva, como una premonición de María *(Quos Evae culpa damnavit, Mariae gratia solvit)* y como el símbolo de toda maternidad, se adecua a ese laborioso fondo, sin ser parte de él: con un rostro acariciante y el cabello suelto, su cuerpo y su vestido forman una mezcla maravillosa de gótico y antiguo, acuna un niño que yace en sus brazos como un regordete abad pequeñito. Fuera del tiempo y de las clases sociales, la madre y el niño llevan la escolta de una figura que parece haber surgido del paisaje y que está condenada a permanecer en él; es un hombre viejo, de barba y cabellos hirsutos, con el cuello hundido en unos hombros enormes, vestido con unos jirones de piel y llevando una pala de madera.

Los labradores ya no llevaban pieles, pero la pala, especialmente la de madera, todavía era el distintivo de su trabajo, ya que éste consistía, so-

bre todo, en destripar el suelo para el grano. Si bien había pastores en España, viticultores en Borgoña y apicultores en las selvas rusas, Europa vivía sobre todo del trigo, la avena, la cebada, la escanda y el centeno. La pobreza de las comunicaciones determinaba que ningún área pudiera constituirse en panera para sus vecinos (en la misma Francia no había ni un distrito dedicado exclusivamente a las viñas), y la escasez de abonos, junto a las labores poco profundas y a una ganadería de poca importancia, obligaba a apartar grandes áreas para el grano, aun cuando la tierra fuera más adecuada para pastizal, árboles frutales o huerta, si se quería producir un exceso sobre el consumo meramente local. Existía una cierta variedad: manzanas y albaricoques, lino y judías, pollos y asnos; pero lo que determinaba la condición y organización social propias de los campesinos, reconocible en su similitud desde el Atlántico a los montes Urales, era el cultivo del grano.

Los largos siglos medievales habían producido innúmeras variaciones en la propiedad y las labores campesinas, desde el esclavo sin derechos, pasando por el siervo, capaz de atraer sobre sí la atención del derecho del país a través de la cerca del control señorial, hasta el propietario libre y próspero. La propia naturaleza de la tierra producía la variedad; la orgullosa independencia del campesino bretón, quien separaba mediante cercados su pedazo de terreno del de su vecino, contrastaba con los amplios campos abiertos al sur del Loire y sus fiestas corporativas de la siega. Es posible, sin embargo, enunciar una cierta generalización; la diferencia social esencial se establecía entre aquellos que tenían un arado y los animales necesarios para tirar de él y la mayoría de los que no tenían más que una pala y no podían contribuir sino con uno o dos animales para completar el equipo de un hombre más rico. El cansancio físico, la vigilancia constante contra las intrusiones en los terruños o sembrados que no estaban delimitados mediante setos o cercados, el aislamiento, todos estos factores producían la «mentalidad campesina» y, aparentemente, justifi-

caban la corriente de chanzas y mofas urbanas. Por supuesto, ellos eran los responsables del conservadurismo en la práctica de la agricultura y de la crueldad de la que tanto los gobiernos como los propietarios acomodados tenían que tomar cuenta. Carentes de vida privada —la mayoría tenía una choza o dos habitaciones que cumplía el doble papel de granero y establo— y con escasas pertenencias personales: una mesa, un arca (para almacenar y para sentarse en ella), una olla de hierro y una artesa, con unos niños a los que se empleaba para espantar a los pájaros tan pronto como se tenían en pie y unas esposas que trabajaban tan duramente como ellos; los campesinos no estaban en situación de interesarse en los cambios de superestructura de la civilización de la cual eran el fundamento. La voz campesina que conservan las fuentes escritas es violenta, querellante, llena de ruda superstición. Pero ello se debe a que le oímos simpre más claramente cuando se levanta contra el gobierno o cuando se la denuncia desde el púlpito. Tanto su paciencia como su capacidad para trabajar con los demás y su anhelo de tierra y bienes propios se pueden ver en la misma tierra y en las señales de su trabajo en ella; en lo que afecta al resto, es preciso observar a los campesinos de la Europa moderna, de Montenegro, Cerdeña o Irlanda, por ejemplo, para ver cuánta generosidad y humor pueden caber en un conservadurismo ignorante.

Un rápido vistazo a Europa desde el Oeste al Este nos mostrará las variaciones regionales sobre cuyo fondo hay que medir tales generalizaciones y nos hará conscientes del contraste entre el campesinado relativamente próspero de Inglaterra y Francia y la decadencia de su condición social y nivel de vida en Polonia y Rusia.

En Inglaterra, la variedad era especialmente grande. El aumento gradual de la población obligaba a los hombres con poca o sin ninguna tierra, a los que dependían del empleo ajeno, a afrontar una mayor competencia y a acudir a la caridad. Este mismo factor hacía insegura la vida de numerosos pequeños campesinos, hombres que po-

seían una casa y algunos acres de terreno, pero que buscaban trabajo estacional en otras propiedades, a fin de mantener a sus familias por encima del nivel de subsistencia. Por otro lado, durante el período de escasez de mano de obra que siguió a la Muerte Negra, un crecido número de campesinos había comprado o contratado haciendas propias (y si no estrictamente suyas, sí que por lo menos se podían transmitir a sus herederos sin problema alguno). Como resultado, se agrandó el abismo entre los campesinos sin tierra y los pequeños campesinos de una parte y los pequeños propietarios de otra, quienes, si bien trabajaban ellos mismos la tierra, también empleaban pastores y labradores. Tales personas podían mirar hacia un futuro en el que sus descendientes pudieran huir del trabajo manual y coger el camino al que no se aplicaban reglas reconocidas legales o universales, sino solamente el juicio local y una moderada prosperidad, hacia la amplia gama de los campesinos acomodados o de los ricos; las ganancias en la agricultura eran escasas y las propiedades sólo se podían construir lentamente, una generación tras otra.

En Inglaterra, los campesinos acomodados le debían mucho a la relativa estabilidad de la organización política y a la paz que originó en el campo. Sobre todo se hallaban endeudados con el hecho de que la guerra de los Cien Años hubiera tenido lugar sobre suelo francés. Si bien en Francia era menor la proporción de pequeños propietarios independientes y la clase de los campesinos acomodados no tenía el «peso» que la opinión local le acordaba en Inglaterra, había grandes diferencias en el tamaño de las propiedades rurales y, a despecho de los vestigios del derecho feudal y señorial, posiblemente más libertad de acción y seguridad en la posesión, debido a que, a fin de reactivar las propiedades devastadas por la guerra, los terratenientes hubieron de hacer grandes concesiones para atraer de nuevo a los arrendatarios y evitar la dispersión y el ocultamiento. Hacia fines del siglo XV aún había tierras que esperaban ser restauradas, y el sistema de *métayage*, por el

que se pagaba la renta en especies a cambio de las herramientas, las semillas y el propio uso de la tierra, permitía que los hombres sin capital reclamaran tierra para establecerse en ella con seguridad, aun a pesar de que el beneficio que se podía extraer de una *métairie* era poco adecuado para producir una elevación de la condición social. Que nuestro período —casi precisamente nuestro período— era favorable al campesino francés que deseaba comprar tierra y aumentar sus bienes, nos lo sugieren las cifras recopiladas por la señorita Bezard. Para comprar un hectolitro de mestura (trigo mezclado con centeno), un trabajador hubiera tenido que trabajar seis días bajo Luis XI, dos y medio bajo Carlos VIII, dos y tres cuartos bajo Luis XII y ocho bajo Francisco I; para comprar una vaca, doce días bajo Carlos VIII, cuarenta y tres bajo Francisco I; para comprar una hectárea de terreno, cuarenta y cuatro bajo Luis XI, veintiuno bajo Carlos VIII, ciento cuarenta y seis bajo Luis XII y casi cuatrocientos bajo Francisco I[6].

Si la cantidad de material publicado acerca de la vida rural inglesa y francesa hacen peligrosa cualquier generalización, las conclusiones sobre la situación del campesinado español son temerarias por la razón opuesta. Un decreto de las Cortes en Toledo en 1480 abolió la servidumbre en Castilla y los servicios feudales se abolieron en Cataluña en 1486, a cambio de una compensación en metálico. Es imposible decir, sin embargo, en qué medida se benefició de estas medidas el campesinado, en contraste con Aragón, donde prevalecían las relaciones feudales. En Castilla había bastantes propietarios campesinos prósperos, tantos que se les reconocía como un tipo social en la literatura, pero la posibilidad de que un pobre mejorara su condición estaba gravemente lastrada por la ayuda masiva que el gobierno concedía a las rutas de pastoreo, a los gigantescos rebaños que la *Mesta* organizaba. Aún estaba más gravada en la totalidad de la Península debido al peso de los derechos

[6] *La vie rurale dans le sud de la région Parisienne de 1450 à 1560* (París, 1929), págs. 236-239.

señoriales, los impuestos estatales y los diezmos eclesiásticos; para la mayoría de los campesinos, una desesperada vida de fatigas dejaba sus fortunas exactamente como ellos las habían heredado y, además, no proporcionaba seguridad ninguna contra los endeudamientos que seguían a una mala cosecha. En Portugal, la renta, los derechos feudales y el diezmo podían llegar a constituir un 70 por 100 del producto del campesino.

Y, sin embargo, no fue un período, tanto en España como en Portugal, en el que hubiera que temer una revuelta y mucho menos una guerra campesina. El rey Juan de Dinamarca (1481-1513) podía referirse a los campesinos como hombres nacidos para la servidumbre (condición de servidumbre que los daneses, a diferencia de los suecos, estaban abandonando). El proverbio francés «Jacques Bonhomme tiene fuertes espaldas y cargará con lo que sea» daba por supuesto la pasividad campesina, como también lo hacía el alemán «Un campesino es justo como un buey, sólo que no tiene cuernos», a pesar de que las guerras campesinas iban a estallar en la Alemania meridional y central en 1524-1525, estando precedidas de asociaciones clandestinas, como el movimiento del *Bundschuh* de 1502-1517. Debido a su tamaño y a la heterogeneidad de sus instituciones, de todos los países europeos, Alemania era aquel del cual resulta más difícil generalizar, mas la condición y la prosperidad de los campesinos (y, por tanto, la diferencia entre los pobres y los acomodados) parece haber sido más grandes en el suroeste y haber ido disminuyendo hacia el noroeste. Hablando de Alsacia, Wimfeling escribía: «Sé de campesinos que gastan tanto en las bodas de sus hijos e hijas o en el bautismo de sus niños que con ese dinero podrían comprar una casa pequeña, una granja y una viña.» El testimonio de los moralistas es siempre sospechoso, pero, por otro lado, una ordenanza promulgada en 1497 en Lindau prohibía al «campesino llano llevar paños que cuesten más de medio florín la yarda, sedas, terciopelos, perlas, oro o vestiduras acuchilladas», lo cual confirma el testimonio de que los efectos de las

rutas de comercio de lujo a lo largo del país del Rin no se limitaban a las ciudades. De mayor importancia para los moralistas y el consejo de la ciudad era la independencia nutrida por el ejemplo de los suizos vecinos, quienes, por medio de una prolongada guerra campesina no sólo se habían sacudido los derechos feudales que aún eran comunes en Alemania (aunque ya no fueran un símbolo de la dependencia), sino que habían creado una comunidad independiente. Refleja también dos factores cruciales que, en aquel momento eran inconmensurables y gravitaban sobre la posición del campesinado en toda Europa occidental: los costes crecientes de las administraciones burocratizadas (estatales, civiles y principescas), que se descargan sobre aquellos sectores de la sociedad entre los cuales resultaba más difícil de movilizar la objeción, y la profesionalización de la guerra, lo que significaba que los terratenientes, a quienes les desaparecían los beneficios de los pagos, los pillajes y los rescates, se concentraban en la explotación de sus propiedades. Los *Junker* de Prusia son un claro ejemplo de esta segunda tendencia. También se reactivaron derechos feudales caducos en un movimiento orientado a reducir a los campesinos a la condición de los siervos eslavos, cuyo trabajo se hallaba por completo a disposición de su patrón.

También era clara la diferencia entre los dos modos en que los magnates trataban de asegurarse la mano de obra en sus propiedades al este y el oeste del Elba. En el Oeste, la tendencia era la de reducir, conmutar o abolir las obligaciones laborales, esto es, confiar en la buena voluntad y en el contrato voluntario más que en la fuerza. En el Este, los terratenientes intensificaron su demanda de mano de obra y sus esfuerzos por vincular a ésta a la tierra. Este paso hacia la servidumbre lo respaldaban los gobiernos de la Europa oriental: la vida urbana, siempre menos vigorosa que en el Oeste, estaba en decadencia; los gobernantes se enfrentaban con la bancarrota si no podían procurarse el apoyo financiero, así como político de la clase terrateniente, o noble o propietarios agríco-

las. En 1497 la Dieta bohemia confirmó la servidumbre de los campesinos. En 1519 se declaró que el deber de servicio de una propiedad rural quedaba establecido de un día a la semana (en lugar de uno a seis días al año) y, en la práctica, resultaba mucho más pesado; una serie de leyes, promulgadas entre 1496 y 1511, prohibían tanto al campesino como a sus hijos que abandonaran las tierras sin el consentimiento del señor, y, durante la misma época, se abolió el derecho de apelación contra la justicia señorial excepto en las tierras de realengo o en las eclesiásticas. En 1514, todos los campesinos húngaros que vivieran fuera de los burgos reales libres, fueron condenados a «servidumbre real y perpetua» frente a sus señores. Un descenso semejante de condición y libertad de acción se produjo en Lituania y Rusia, con mayores demandas de obligaciones monetarias y servidumbres laborales y con una vinculación más estrecha del campesino a la gleba; según el Código ruso de 1497, un campesino sólo podía abandonar a su señor durante el período que comprendían las dos semanas posteriores al día de San Jorge, y aún así, tras haber pagado unos elevados derechos por el privilegio de ser un hombre libre durante una ventiseisava parte del año.

La primera razón que explica esta caída en la servidumbre fue la mengua de la importancia de las ciudades y de las influyentes clases urbanas en la Europa oriental. El resentimiento de los nobles frente a las actividades competitivas de los mercados ciudadanos, el alto precio que allí alcanzaban los artículos manufacturados, el refugio que las ciudades concedían a los campesinos fugitivos y la consideración con que las trataban los gobernantes que andaban necesitados de subsidios económicos, todos estos factores provocaron la presión sobre los gobiernos para que redujeran la independencia y la actividad comercial de las ciudades; presiones que tuvieron éxito y que llegaban en una época en que la Liga Hanseática, asimismo en decadencia y atosigada en el Báltico por las marinas inglesa y holandesa, ya no podía servir como ejemplo de la energía urbana en la Eu-

ropa del noreste y cuando las rutas continentales hacia el Oeste se agostaron virtualmente tras la ocupación turca de la costa norte del mar Negro. En 1500 se excluyó a los habitantes de las ciudades de la representación en la Dieta de Bohemia. La recuperaron en 1517, mas la tendencia estaba clara: los nobles y el gobierno se enfrentaban a los campesinos sin el amortiguador económico y político de las ciudades.

Esto no quiere decir que en el Este cesara la actividad burguesa. Los hombres continuaron vendiendo y cambiando mercancías que no producían ellos mismos, dedicándose a los préstamos y al cambio de moneda, pero lo hacían cada vez más como agentes o comisionados, empleados por los grandes de la tierra, o como buhoneros disfrazados, que obtenían ventajas de las concesiones aduaneras de importación que (al menos en Polonia) se hacían para los nobles, pero no para las ciudades. No obstante, poco significa la palabra «burgués» si no se la puede vincular a la cultura burguesa y para eso se precisan cuatro condiciones: una acumulación urbana significativa de hombres dedicados al intercambio de mercancías, servicios o dinero; representación de sus concepciones comunes en el gobierno nacional, regional o local; reconocimiento de la naturaleza y de los valores de su propia forma de vida como específicamente distinta de la de los nobles o de los productores de bienes primarios y reconocimiento de tal diferencia por los otros; posesión de la riqueza suficiente que permita dejar una huella física e intelectual en la cultura de su tiempo por medio de la construcción y el mecenazgo. Si se parte de estos criterios, resulta difícil localizar una cultura burguesa al este del Oder, incluso en Cracovia, Novgorod o Moscú.

Es necesario conservar en la memoria el contraste entre la vida urbana (común a toda Europa) y la cultura burguesa también cuando se trata de estudiar la naturaleza de las clases ciudadanas en Europa occidental. Una cultura burguesa significativa sólo era posible en zonas en las que las ciudades prósperas estaban lo suficientemente cerca

como para que, a través de su interacción, se produjera algo más duradero y más reconocible que la actividad de una ciudad aislada: Flandes e Italia septentrional en el siglo XIV y Alemania del suroeste y la tierra del Rin en el siglo XV eran los ejemplos. En España, las comunicaciones entre las ciudades tan alejadas unas de otras eran demasiado dificultosas como para que la interacción tuviera sentido alguno. La vida burguesa de Londres encontraba poco eco en los otros centros urbanos de Inglaterra, mucho más pequeños.

A pesar de que las ciudades francesas más importantes, tales como Rouen, Burdeos, Toulouse, Marsella y Lyon, estaban muy separadas entre sí, la política económica de Luis XI había estimulado la vida urbana en general. Las ciudades volvían la vista hacia París como un centro de estímulo y fiscalización. En las ferias mercantiles, aun más que en las reuniones de los estados provinciales, la burguesía conseguía aparecer eficazmente como constituyendo un estado propio y la conexión de algunas de las grandes familias comerciantes con la administración real le daba a su condición una publicidad adicional. Lo que quizá llamara más que nada la atención de los contemporáneos más intensamente que antes era la creciente diferencia de ingresos y formas de vida dentro de la propia burguesía como totalidad.

En qué medida era aguda esta diferencia de ingresos dentro de la burguesía hacia 1500 lo podemos ver en una ciudad moderadamente próspera y medianamente grande, Hamburgo, en la que se habían distinguido cuatro categorías[7]: los ricos, con ingresos que oscilaban entre los 5.000 y los 40.000 marcos de Lübeck, esto es, los grandes mercaderes y los propietarios; aquéllos con ingresos entre los 2.000 y los 5.000 marcos, principalmente dedicados a la cervecería y a la navegación; los pequeños cerveceros, los tenderos prósperos, los carniceros y herreros famosos, con ingresos entre 600 y 2.000 marcos; pequeños comerciantes y nu-

[7] Por Heinrich Reincke, cit. P. Dollinger, *La Hanse* (París, 1964), pág. 165.

merosos cerveceros que, más que ser propietarios, eran arrendatarios de sus establecimientos, con ingresos entre 150 y 600 marcos. Por debajo de estas categorías se encontraba la masa de artesanos pobres y empleados municipales, tales como barrenderos, porteros y criados domésticos.

Puestas en relación con estudios comparables en otros períodos, tales cifras muestran que en las ciudades europeas había una clara tendencia a acentuar el contraste, de un lado, entre los burgueses pobres y los ricos y, de otro, entre la burguesía en su totalidad y los trabajadores manuales. Un ejemplo característico es el de Nuremberg, que participó en el crecimiento general de la producción de las ciudades alemanas entre 1480 y 1520. La discrepancia que aquí se encuentra entre los pobres y los muy ricos se ha descrito como «enorme» [8], pero no es posible establecer una correlación sencilla entre la riqueza, la condición social y el poder político. El dominio político residía indiscutidamente en las manos de 43 familias patricias que, a su vez, se dividían en tres categorías, según la antigüedad de su asociación con la administración civil. Al cerrar solemnemente la admisión en las filas del patriciado en 1521, el Consejo definía a esta clase como «aquellas familias que acostumbraban a bailar en el *Rathaus* en los viejos días y que aún bailan allí» mediante invitación formal. Un poco por debajo de los patricios en la reputación pública, pero distinguiéndose de modo similar por el atuendo y las formas de tratarse, se encontraba una clase reconocida específicamente: la de aquellos que habían adquirido más recientemente la influencia o la reputación profesional, hombres cuyos ingresos y formas de vida podían ser similares a los de ciertos patricios, o incluso más solemnes, pero que no podían compartir la peculiar aura de autoridad de aquéllos.

La conciencia de las diferencias de clase dentro

---

[8] Por Gerald Strauss en su *Nuremberg in the Sixteenth Century* (N. Y., 1966), de donde he tomado los datos siguientes.

del tercer estado tenía la misma minuciosidad en las ciudades italianas. Si bien aquí era también importante la riqueza, ésta no constituía más que uno de los criterios por los que se determinaba el respeto que se le profesaba a un hombre o el valor que él atribuía a su propia posición en la sociedad. El enlace duradero con la dirección de los asuntos cívicos creaba un grado por sí mismo, incluso allí donde, como en el caso de los *gentiluomini* sieneses, ciertas familias representaban un grupo cuya función política prácticamente se había anquilosado: el respeto por el linaje podía sobrevivir a la pérdida del poder. A los individuos se les «colocaba» socialmente no de acuerdo con su influencia política y sus cualidades y posesiones personales, sino con referencia a los antecedentes históricos de sus familias y a la posición social de aquellas con las que estaban relacionados por razón de matrimonio. Las antenas sociales eran sensibles y conscientes de la tradición.

Resulta imposible hablar en términos generales acerca del carácter de la vida burguesa. Había una gran distancia desde la circunspección opulenta de Venecia y la melindrería de la conducta florentina hasta las rudas orgías de los mercaderes de Bergen en la fiesta anual de iniciación de los oficiales en las filas de los avezados *Bergenfahrer*. El satírico abogado, Guillermo Coquillart, retrataba al burgués de París y de su ciudad natal, Reims, como un palurdo que aspiraba a ser aristócrata; y de lo que quizá resulta su tema más vigoroso, las relaciones de los sexos, surge un cuadro vivo compuesto de senos manoseados, faldas levantadas y traseros pellizcados, por un lado, y extraños tejidos, peinados artificiosos y gustos melindrosos, por el otro. Uno de sus poemas más chispeantes describe la pelea entre una pareja próspera acerca de con quién se casará la hija. El marido se da por satisfecho con que siga siendo una «belle *bourgoise*», y la mujer insiste en que «on la demoisellera». Coquillart sugiere que, entre tanto, la vistan mitad de lino y mitad de terciopelo, «moytie bourgeoise et demoyselle».

De hecho, probablemente era más frecuente que

los burgueses ricos ascendieran a las filas de la aristocracia, por admisión, ya que no mediante patente de nobleza, que un pobre hombre prosperara hasta alcanzar aquellos niveles de la burguesía donde radicaba el auténtico peso social. La sociedad urbana era antigua. La distribución de poder en los asuntos municipales se había establecido desde mucho antes entre los representantes de las distintas profesiones y oficios, habiéndose hecho pocas concesiones a los cambios económicos del último siglo aproximadamente. Debido a las crecientes restricciones para la admisión entre las filas de los maestros de los gremios, el aprendiz industrioso que lograba ascender era ahora excesivamente extraño y no se le podía considerar como un símbolo del éxito social. En tanto que un maestro podía admitir a sus propios hijos sin restricción como aprendices, el límite para los de fuera de la familia era de uno o dos, y después, tras un aprendizaje que iba desde los cuatro a los ocho años, el oficial cualificado tenía que buscar trabajo por su cuenta hasta que hubiera podido acumular la cantidad que le permitiera comprarse una maestría propia.

La tendencia de la clase de los maestros a perpetuarse a sí mismos, así como la de que la condición social se determinara por la tradición y la familia más bien que por el talento o la respuesta a las fluctuaciones del mercado, se aceleró en una época en que estaba aumentando la inmigración en las ciudades y que en el aumento de los precios obligaba al oficial asalariado y al trabajador urbano, ora a una errabundez inacabable, ora a añadirse a la cola de reparto de pan a los menesterosos, lo que originaba un aumento de la presión de las capas que había sobre ellos. La existencia de un proletariado falto de recursos no era una novedad, pero se convirtió en un fenómeno más visible. «En definitiva», se ha dicho a propósito de Inglaterra, «unos dos tercios de la población urbana vivían cerca o por debajo del límite de la pobreza; el tercio superior lo constituía una pirámide social que ascendía hasta adquirir el tamaño de una aguja, desde los prósperos artífices, comerciantes y

profesionales, hasta el mercader individual que podía pagar por sí solo hasta un tercio del subsidio de la comunidad»[9].

En su desesperación, los hombres carecían de la energía, la confianza mutua y la ideología precisa para unirse efectivamente. Había uniones y protosindicatos que daban una apariencia de conciencia de clase unitaria a los obreros y que ofrecían una forma de consuelo social a los trabajadores errantes o a los oficiales en busca de empleo. Se hacían huelgas por una paga mejor o por mejores horarios, especialmente en las comunidades mineras de Alemania. Pero la noción del contrato colectivo carecía de todo apoyo teórico y el desafío que representaba frente a la vieja idea del servicio mutuo era tan grande que las ciudades estaban dispuestas a perder una profesión antes que a mejorar las condiciones de trabajo aceptando las exigencias que se planteaban desde abajo. Los mercenarios eran los únicos que podían hacer huelgas con un éxito completo; únicamente ellos presentaban reivindicaciones que afectaban tanto a las vidas como a las formas de vivir.

Entre las capas superiores de la burguesía, el desprecio y el miedo crecientes frente al proletariado corrían parejos con el gusto por las maneras aristocráticas que ya había percibido Coquillart. Y esto se producía en una época en que la aristocracia europea —con muchas diferencias personales y regionales— estaba experimentando un cambio perceptible en su función y en sus valores. Se abolieron ciertas ceremonias y tratamientos, como el español «es nuestra voluntad», que imitaban los procedimientos reales. Se recortó la justicia personal. Los nobles ya no podían acuñar moneda, ennoblecer a otros o eximirles de impuestos. Aún iban los nobles a la guerra, mas a invitación del rey y premiados por él. Su posición cada vez más debilitada frente a la corona y a la burguesía se acentuaba por una reducción general de las rentas de sus posesiones, causada por un

---

[9] Joan Simon, *Education and Society in Tudor England* (Cambridge, 1966), pág. 18.

descenso en el poder adquisitivo de la moneda, un descenso que puede haber llegado a ser del orden de los dos quintos entre 1500 y 1520. Teniendo que doblegarse ante las circunstancias —prohibición de la guerra privada y de la construcción de fortalezas; obligación de conseguir más bien que de recabar por la autoridad la mano de obra agrícola; merma de la importancia de la caballería—, la aristocracia se hizo más racional en su calidad de terrateniente, más apreciativa de las oportunidades que se abrían sirviendo al gobierno por un salario, más cuidadosa a la hora de resucitar o de inventarse una parte que representar en la política regional y municipal.

Hasta cierto punto, su posición en la Iglesia compensaba a la aristocracia de Europa occidental de su pérdida de poder político. Las posiciones claves tales como los obispados, abadías, prioratos eran por lo común la prerrogativa de los hijos menores de las familias nobles. Especialmente en Alemania los nobles dominaban los capítulos catedralicios. Cuando le informaron a Erasmo de que la entrada al capítulo de Estrasburgo estaba abierta sólo a aquellos que podían demostrar doce antepasados aristocráticos, tanto por el lado materno como por el paterno, comentó que «¡el mismo Cristo no hubiera podido ingresar en este colegio sin una dispensa!». Pero por cada magnate que podía señorear sobre grandes heredades, aumentadas por astutas alianzas matrimoniales y defendidas por el prestigio de los parientes eclesiásticos, había muchos aristócratas que justo se las apañaban, refunfuñando miserablemente, para mantenerse en su función cada vez más anacrónica. Escribiéndole a Willibald Pirckheimer, von Hutten describía su vida como caballero libre del imperio: «No envidiéis mi vida comparándola con la vuestra... Nosotros vivimos en los campos, selvas y fortalezas. Aquellos gracias a cuyos trabajos existimos son paisanos agobiados por la pobreza a quienes cedemos nuestros campos, viñedos, pastos y bosques. Lo que se obtiene a cambio es excesivamente ralo en comparación con el trabajo empleado... Tengo que vincularme a algún

príncipe a la espera de protección. De otro modo, cualquiera podría considerarme como una presa fácil... No podemos visitar una aldea vecina, ni ir a cazar o a pescar, si no es con la armadura... El castillo, ya esté en la llanura o en la montaña, no tiene que ser elegante, sino firme, rodeado de fosos y murallas, estrecho por dentro, repleto de establos para el ganado y arsenales para las armas, la brea y la pólvora. Además están los perros, con su estiércol; un dulce aroma, os lo aseguro. Los hombres a caballo van y vienen, y entre ellos los asaltantes, los ladrones y los bandidos... El día está lleno de preocupaciones por el futuro, constantes disturbios y continuas tormentas... Si un año es mala la cosecha, sigue entonces una lamentable pobreza, inquietud y turbulencia»[10].

Desde luego, dentro de la casta aristocrática había claras graduaciones de dignidad —en Inglaterra, desde duque y marqués, a través de barón y caballero, hasta el esquire* y el gentilhombre— y una distinción de clases razonablemente clara: entre los aristócratas predominantes y los hombres de prosapia heráldica reconocida pero de posición modesta, había una clase identificada con la *gentry* en Inglaterra, la *petite noblesse* en Francia, la *szlachta* en Polonia, la húngara *Köznemesség*, el *Ritterstand* en Bohemia y los *caballeros* españoles; una clase cuyos privilegios legales eran distintos de un país a otro, pero que se reconocía fácilmente frente a los campesinos y burgueses prósperos. Las fuentes apenas si nos ayudan en nuestra comprensión de estas graduaciones con la delicadeza requerida. En qué medida estaba matizada la percepción de la condición social nos lo muestra el sistema de *mestinichestvo* (jerarquía) observado por los boyardos moscovitas cuando buscaban un cargo. «Se comparaba el linaje de cada candidato al puesto y su lugar en la línea de descendencia (su *otechéstvo*, como se le llamaba)... un sistema notablemente complicado, ya que se basaba sobre

[10] Hajo Holborn, *Ulrich von Hutten and the German Reformation* (N. Y., 1966), págs. 18-19.

* Título nobiliario inglés equivalente a hacendado (N. del T.).

las filas de parientes ocupadas por los antepasados del hombre que estaba haciendo la comparación, así como en el lugar de estos hombres en la línea de descendencia de sus antepasados. El principio fundamental del sistema era que nadie tenía por qué servir bajo superior si se podía demostrar que uno de sus antepasados había tenido una posición más elevada a aquella del superior propuesto. Además, cada servidor era responsable por el honor de todos sus parientes vivos y el de todos sus descendientes, porque si aceptaba un puesto inferior al que le permitía su prosapia, sentaba un precedente que dañaría las carreras de todos sus parientes presentes y futuros»[11].

También había diferencias nacionales en cuanto a la medida dentro de la cual se consideraba propio de un aristócrata ejercer carreras distintas de las de administrador de propiedades o funcionario eclesiástico o real. En Rusia, la ocupación del comercio no se consideraba degradante. En España se despreciaba el comercio en principio, aunque no siempre en la práctica. Lo mismo sucedía en Francia, donde un aristócrata pensaba que le estaba permitido explotar la tierra —incluyendo los depósitos minerales y (ya que dependía de la madera) también la manufactura del vidrio—, pero donde la idea de que el comercio rescindía la nobleza pesaba tanto como para que se extendiera una forma de suicidio financiero en aras de la causa del honor, esto es, evitar un rico matrimonio burgués. Los ingleses llegaron a un compromiso, permitiendo a sus hijos traspasar la frontera de casta en sus estudios legales y, más raramente, accediendo al comercio.

La reducción de la independencia política y el debilitamiento de la posición económica no tenían un efecto social profundo. Dentro de la nobleza, la transición desde el quasi-príncipe al grande es ahora más sencilla de percibir que lo era entonces. En algunos países —Francia, España y Hungría entre ellos—, los aristócratas estaban exentos de la tri-

---

[11] J. Blum, *Lord and Peasant in Russia from the ninth to the nineteenth century* (Princeton, 1961), págs. 137-138.

butación; en todos los países tenían un sistema tributario distinto y su distinción de la burguesía se consideraba aún como un gran alivio. Los nuevos productos de la burguesía eran ya numerosos, pero no tan frecuentes como para que mermaran el prestigio del nacimiento aristocrático, y la resurrección de las formas caballerescas contribuía a acrecentar un aura de distancia social. La *Morte D'Arthur* (Muerte de Arturo) de Malory, impresa en 1485 por Caxton y en 1498 por Wynkyn de Worde, sugería que «todos los caballeros que llevan armas antiguas deberían en derecho honrar a Sir Tristán en los excelentes términos que los caballeros tienen y usan... para que de este modo... todos los hombres de respeto puedan distinguir a un caballero de un campesino». La resurrección de las formas góticas a fines del siglo XV seguían el espíritu de este consejo. Se resucitaron los torneos, con toda la ceremonia medieval y nuevas complicaciones heráldicas, quedando reservados estrictamente para los caballeros; en Inglaterra nadie que estuviera por debajo del grado de *squire* podía competir; en Alemania, con el fin de mantener alejados a los nuevos nobles, el número de antepasados nobles que se requería para calificarse se elevó a ocho y, a veces, incluso a dieciséis. A la par con el culto redivivo de las justas, se produjo una oleada de legislación para devolverle a la clase de los caballeros sus olvidados derechos de caza, ya fuera sobre la «caza mayor» de venado, jabalí, osos y lobos, ya sobre la «caza menor» de gallinas salvajes y liebres.

Era una resurrección que, por un lado, reafirmaba al aristócrata en su convicción de que era distinto de los otros hombres y, por otro lado, enaltecía el atractivo del medio aristocrático frente al burgués; ya que la neocaballería de este período era una moda y moda era algo que el burgués comprendía; incluso la imponía en algunos lugares. «La extravagancia en el atuendo ha empobrecido a la nobleza alemana», escribía tristemente un moralista alemán. «Anhelan dar el mismo espectáculo que los ricos mercaderes de la ciudad. En otros tiempos eran los directores de la moda,

y ahora tienen que ver de mala gana cómo las mujeres y las hijas de los comerciantes los aventajan en la suntuosidad del atavío; y ellos no se lo pueden permitir, porque no obtienen de sus posesiones ni la vigésima parte de lo que los mercaderes pueden ganar con sus negocios y su usura.»

La nostalgia por la nobleza había estado siempre presente, incluso en las repúblicas italianas. La caballería o una patente de nobleza, tales eran las condiciones sociales de una clase aún codiciada, aunque tenía poco que ver con el poder político y ejercía poca influencia sobre la forma de vida de sus poseedores. Servían para llegar hasta la ribera del mundo de los reyes y los emperadores, al honor que se debía a la sangre y no al esfuerzo continuo, a una condición social que era hereditaria y no dependía de las habilidades azarosas de un heredero. Este modo de pensar, unido al contacto con las formas francesas y españolas durante las guerras de Italia, produjo una extendida aristocratización de las capas superiores de la vida italiana. El *Morgante* de Pulci exponía unas ideas caballerescas domeñadas y sazonadas con ironía en el círculo de Lorenzo de Médicis. Boyardo, quien vivía en la corte semirreal de Este en Ferrara, había llevado aún más lejos la naturalización de esas ideas en su *Orlando Innamorato* (Orlando enamorado). El siglo XVI trajo el *Orlando Furioso* de Ariosto y con él toda una literatura caballeresca italiana que respiraba un espíritu enteramente propio. También aparecieron individuos como Luigi da Porto, quien luchó en la campaña que siguió a la derrota veneciana de Agnadello en 1509; combatía como mercenario, pero en un consciente estilo de caballería, prefiriendo el combate singular, donde se podía ver brillar su bravura, exquisitamente cortés con amigos y enemigos, tenaz en el amor y orgulloso de escribir sonetos durante las pausas en el combate. Apareció también una creencia en el valor político de las formas aristocráticas. En 1516, cuando los Médicis estaban tratando cautelosamente de neutralizar las instituciones republicanas de Florencia a su regreso

en 1512, Lodovico Alamani sugirió que convenciesen a los ciudadanos más preeminentes para que se vistieran la esclavina del norte, la principesca moda, en lugar de la capa burguesa. En una época en que en los otros países occidentales la aristocracia se estaba adaptando con diversos grados de precaución a las condiciones no feudales, los patricios italianos, tan acostumbrados a la vida legal y administrativa y a la idea de servicio a la comunidad, daban señales de envidiar el individualismo o, más bien, la comparativa irresponsabilidad del señor. Ni siquiera tenían que mirar al otro lado de los Alpes para ver al señor levantando ejércitos, ejerciendo la justicia personal o emplazando a sus sicarios en los últimos años del siglo XV presenciaron un nuevo florecimiento de las posesiones militares y de las relaciones feudales.

El respeto italiano por las formas de vida de las aristocracias invasoras no se basaba en el respeto a sus logros intelectuales. Castiglione expresaba la esperanza de que si el duque de Angulema sucedía a Luis XII (como así sucedió), pudiera adquirir por fin el francés una cultura que comenzaría a rivalizar con su valor. Sebastián Franck escribía acerca de los aristócratas alemanes que «no tienen más ocupación que cazar con un perro y halcón, emborracharse y armar alboroto». Pero ninguna de estas condenas generales es realmente reveladora. Los hijos de los aristócratas alemanes, por ejemplo, acudían en impresionante cantidad a las universidades.

Del mismo modo, también la aristocracia inglesa era probablemente culta, a pesar de la famosa anécdota de Richard Pace acerca del estallido de humor de un *squire* inglés: «Juro por el cuerpo de Dios que prefiero ver colgado a mi hijo antes que estudiando letras. Porque es apropiado que los hijos de los caballeros toquen el cuerno con maestría, cacen con pericia y lleven y traigan elegantemente un halcón. Pero el estudio de las letras hay que dejarlo a los hijos de los rústicos.» Las condiciones cambiantes estaban demostrando que el prestigio y el progreso económico requerían tan-

to el cuerno como la cartilla *. Los príncipes educados andaban buscando consejeros y sirvientes públicos educados y los estaban encontrando cada vez más entre la burguesía. Que los coetáneos reconocían esta situación lo testimonia la marea de sátira antiburguesa favorecida por los protectores nobles. Y que esta sátira no era suficiente lo testimonia a su vez la advertencia de Edmund Dudley: «Verdaderamente me temo que los nobles y los caballeros de Inglaterra sean los peor educados en la mayor parte de los reinos de la Cristiandad. Y, a causa de ello, los hijos de los pobres y de las gentes de la clase media se elevan hasta la autoridad que los hijos de la sangre noble debieran tener si se obrara en consecuencia.»

* Juego de palabras intraducibles entre horn (cuerno) y hornbook (cartilla) (N. del T.).

VI. La religión

1. LA IGLESIA Y EL ESTADO

En 1498 llegaba a Calicut la primera expedición que se hacía a la vela directamente desde Europa a la India; allí se llevó a sus componentes a un templo hindú y se les mostraron sus columnas fálicas, el altar de Parvati, los amenazadores reyes-demonios y los guardianes del culto de Shiva, con la *sutra,* la triple hebra que señalaba su casta. El acontecimiento lo describe el narrador del viaje de Vasco de Gama. «Cuando llegamos, nos llevaron a una gran iglesia, y esto es lo que vimos. El cuerpo de la iglesia es tan grande como un monasterio, todo cubierto de piedra labrada y de azulejos. En la entrada principal se elevaba un pilar de bronce, tan alto como un mástil, en cuya punta había un pájaro, aparentemente un gallo. Además de éste, había otro pilar tan alto como un hombre y muy sólido. En el centro del cuerpo de la iglesia se levantaba una capilla, toda construida de piedra labrada..., dentro de cuyo santuario había una pequeña imagen que ellos decían que representaba a Nuestra Señora... En esta iglesia dijo sus oraciones el capitán en jefe y nosotros con él. No entramos en la capilla, porque es costumbre que solamente ciertos sirvientes de la iglesia, llamados quafis, pueden entrar. Los quafis llevaban algunas hebras que les pasaban por encima del hombro izquierdo y por debajo del brazo derecho, del mismo modo como nuestros diáconos llevan la estola. Nos asperjaron con agua bendita y nos dieron de una tierra blanca, con la que los cristianos de este país tienen la costumbre de untarse en las frentes, pechos, alrededor del cuello y en los antebrazos. Asperjaron con agua bendita al capitán en jefe... Había muchos otros santos, que llevaban coronas, pintados en las paredes de la iglesia. Estaban pintados de modo vario, con dien-

tes que sobresalían una pulgada de la boca y con cuatro o cinco brazos.»

Aunque se le conceda cierto crédito a la leyenda del trabajo misionero del apóstol Santo Tomás en la India meridional, esta confusión constituye un sorprendente testimonio de hasta qué punto los europeos estaban condicionados a ver y a pensar en términos de cristianismo. Los siglos de cruzadas, comercio y peregrinaciones habían hecho muy poco por abrir los ojos cristianos ante la naturaleza del mahometanismo, la fe vecina y rival del cristianismo. De igual modo tampoco se intentaba comprender la verdadera naturaleza de otra fe que se practicaba en la misma Europa: la de los judíos. Cuando Pico della Mirandola y Reuchlin estudiaban la Cábala lo hacían como parte de la arqueología literaria del cristianismo. Por supuesto, el estudio del hebreo se había emprendido seriamente; la gramática de Reuchlin se publicó en 1506 y la lengua se enseñaba en varias universidades, entre ellas Alcalá, Lovaina, Wittenberg y Oxford. Pero ello se hacía en interés del estudio del Antiguo Testamento, no del judaísmo. No era una época de herejías desafiantes dentro del propio cristianismo. Las relaciones de los católicos y los ortodoxos se hallaban en plena paz; en Corfú, los romanos y los griegos participaban en las mismas procesiones y, una vez por año, la iglesia de San Arsenio ponía su nota discordante en los otros dos estilos de cantos. Pero los grandes debates, los esfuerzos por alcanzar la reconciliación formal a través del entendimiento mutuo, habían dejado de producirse ya a mediados de siglo. Ver un templo hindú en función de la iglesia cristiana era un caso extremo, mas no debe extrañarnos que otros exploradores mostraran poco interés en las creencias de los pueblos que encontraban. «Carecen de fe», escribía Alvise Cadamosto de los habitantes de las islas Canarias. «No tienen creencia alguna, ni comprenden qué es eso», era el comentario de Caminha sobre los nativos del Brasil. Desde el punto de vista espiritual se consideraba a los pueblos no europeos como *tabulae rasae* sobre los que no había más que marcar a punzón las bases ele-

mentales del cristianismo. Y cuando (como sucedió con los aztecas) un sacerdocio floreciente atraía la atención hacia una fe sistematizada, lo que sobre todo se comentaba eran las similitudes con la práctica cristiana. Hasta que las continuas reincidencias en la fe antigua debidas a las conversiones superficiales no comenzaron a ser un problema misionero principalísimo, los cristianos no se percataron de que era necesario estudiar y comprender las fes rivales a fin de atacarlas en las raíces, siendo ésta una evolución del pensamiento que coincidía con la reorientación de la Reforma, al cambiar ésta el centro de interés de la moral a la fe.

Los hombres de Vasco de Gama provenían de una civilización en la que no sólo la devoción, sino toda la calidad de la vida secular estaba permeada por la observancia cristiana. Es éste un tema que no requiere discusión. La apariencia física de las ciudades grandes y pequeñas, así como de las aldeas, estaba dominada por las iglesias. No había multitud ni frecuentada ruta en la que no apareciera un porcentaje de clérigos con sus características ropas talares, de crucifijos y altares a lo largo del camino. En Inglaterra, la proporción entre el clero y los seglares era, poco más o menos, de uno a 75, en Italia era mucho más elevada. Las ceremonias religiosas pautaban las estaciones del año agrícola, las reuniones de las asambleas consultivas y de los gremios. En la universidad, los exámenes de *viva voce* tenían lugar en el coro o en el presbiterio. Las ollas, las camas y las campanas de las chimeneas ostentaban textos cristianos, figuras y símbolos. Los trabajadores traían sus utensilios de trabajo, mientras esperaban empleo en las catedrales. La Iglesia abría sus brazos sin dificultad a los nuevos y a los extraños: a los mineros expuestos a los peligros de las voladuras y a los artilleros, expuestos a los de las explosiones de los cierres, les ofrecía el patronato de Santa Bárbara. El manto protector de la Virgen, que se había extendido sobre los devotos para protegerlos de los flechazos de la peste, se les ofrecía ahora como una defensa contra el nuevo azote de la

sífilis. A través de su concepción de la usura, la Iglesia manifestaba su interés por los negocios de los hombres. Todos los países tenían tribunales eclesiásticos, cuyo fin principal era, aparte de regular la vida de los mismos clérigos, ejercer la vigilancia sobre aquellos asuntos que vinculaban al clero con los laicos administrativamente: las capitulaciones, los testamentos, los contratos, los pagos de los diezmos y otros deberes. Las exhortaciones desde el púlpito sobre problemas morales estaban respaldadas por el Derecho Canónico, que tenía carácter coactivo en los tribunales eclesiásticos, en particular con respecto a las ofensas de tipo sexual, la blasfemia, la calumnia y la negligencia en el cumplimiento de los sacramentos. La Iglesia era responsable también para las diligencias de instrucción y procesamiento de los herejes.

En el aspecto institucional, los abogados podían discutir acerca de los puntos en los que, aparentemente, el Derecho Canónico entraba en conflicto con el civil, pero lo más significativo para ese sentido de la religión, diluido a través de toda la vida secular, era la presunción general de que el derecho de cada país estaba también en concordancia con el derecho divino y de que esto era especialmente cierto cuando, por su naturaleza, un agravio amenazaba con poner en peligro la estabilidad del régimen. El preámbulo a un estatuto inglés del año 1513 expresaba muy claramente esta identidad de intereses: «Por cuanto que, como se ve a menudo, la razón del hombre, a través de la cual debiera él discernir el bien del mal y lo justo de lo injusto, resulta muchas veces reprimida y vencida por seducción del Diablo, de donde se siguen las discordias, asesinatos, robos, divisiones, desobediencia a los soberanos, subversión de los dominios y destrucción de los pueblos...; por esta razón, los emperadores y príncipes y gobernadores de los tiempos antiguos, a fin de contener tan desordenados apetitos y de castigar a aquellas gentes que huyen de pecar por miedo al dolor corporal o a la pérdida de los bienes más bien que por amor a Dios o a la justicia, han ordenado diversas leyes muy sabia y políticamente, que

sirven al mismo propósito, tanto en tiempos de guerra como de paz.» Cabral, siguiendo la misma ruta que Vasco de Gama, era portador de una carta al gobernador de Calicut en la que se advertía a éste que ahora Dios había señalado el camino por el cual los europeos podían dominar el comercio de su país y que él no debía tratar de resistirse a su voluntad manifiesta y conocida. El «crimen» de Maquiavelo no residía en que, al separar la previsión política del trasfondo de la moral cristiana, invitase a los gobernantes a la perversidad, ya que, según ese criterio, en cualquier caso eran perversos, sino en que despojaba a las acciones del Estado del aroma de la aprobación divina.

Entre la introducción del control de la Iglesia sobre las intimidades de la vida doméstica y la suposición de que la violación de la ley era una desobediencia a Dios, había un tercer aspecto que también afectaba al modo como los hombres consideraban la religión: la relación entre la iglesia de un país particular y el Papado. Idealmente, la Cristiandad era una. Cuando los papas convocaban una cruzada, los estados singulares tenían que realizar al menos un cierto esfuerzo de ingenuidad para explicar por qué no podían contribuir a ella. Idealmente, los papas eran los supremos árbitros diplomáticos. «Es función propia del Romano Pontífice, de los cardenales, obispos y abades —escribía Erasmo en 1514— conciliar las querellas de los príncipes cristianos, ejercer su autoridad en este dominio y demostrar en qué medida prevalece el respeto por su oficio.» Desde luego, se invocaba la asistencia papal para establecer un acuerdo entre los suizos y Milán en 1483, y para confirmar el tratado anglo-francés de 1498. A la bula de León X en 1517, en la que ordenaba una tregua de cinco años en Europa, siguió el tratado de Londres de 1518. Mas el auténtico arquitecto de esta pacificación fue Wolsey y no León, y, al igual que en los ejemplos de 1483 y 1489, los contendientes seguían las directivas papales solamente porque ya estaban lo suficientemente exhaustos para dar la bienvenida a un arreglo.

Al igual que los gobernantes utilizaban o ignora-

ban al Papado como árbitro universal, según su propia conveniencia, del mismo modo trataban de crear enclaves dentro de la maquinaria internacional del gobierno eclesiástico, a fin de contener la corriente de procesos, impuestos y derechos que afluían a Roma y de moderar la libertad con la que los papas proveían al personal de las iglesias «nacionales» con candidatos de su propia elección.

Las relaciones entre Inglaterra y el Papado continuaron siendo armoniosas, dentro de los reglamentos del siglo XIV, que limitaban el alcance de los nombramientos papales y de las apelaciones de los tribunales eclesiásticos ingleses a Roma. Contrastando fuertemente con esto, el control de la corona sobre la Iglesia en España se fue incrementando manifiestamente. La Inquisición, organizada por completo bajo el generalato de Torquemada en 1483, era un arma política valiosa y las confiscaciones que imponía constituían una importante fuente de ingresos para la corona. En 1486 Fernando consiguió del papa Inocencio VIII una bula concediéndole el patronato sobre todas las iglesias que se levantaran en el recientemente conquistado reino de Granada. En 1508 se les reconoció a Isabel y Fernando el derecho de nombramiento de todos los beneficios en sus posesiones americanas. En Castilla y Aragón se redujeron las exenciones tributarias del clero y se alcanzó un acuerdo informal por el que el Papado ratificaba el nombramiento de los nóminos reales para los obispados. Si se añade la bula *Inter caetera* y el título de «Reyes Católicos» que les concediera Alejandro VI, se observa que las concesiones que Fernando e Isabel obtuvieron de los papas, precisados éstos del apoyo diplomático de los primeros, fueron notables. Sin embargo, la liberación de la fiscalización de Roma no implicaba un debilitamiento de la ortodoxia católica. Los acontecimientos futuros habían de demostrar que los papas servían a su fe más eficazmente no a través de sus victorias, sino a través de sus concesiones.

En Alemania, Maximiliano soñaba vagamente con una iglesia nacional de la que él sería (de un

modo que jamás explicó claramente) la cabeza, tanto espiritual como secular. Pero, a pesar de que el sentimiento antipapal era más fuerte en Alemania que en otras partes, resultó imposible de movilizar, atrapado entre los intereses encontrados dentro del Imperio, permaneciendo en un estado de desconcertada impaciencia, aliviada aquí y allá por «concordatos» locales establecidos con príncipes aislados y aireada en las reuniones de la dieta imperial bajo la forma de «los agravios de la nación alemana», lamentaciones acerca de la condición fiscal y jurisdiccional del Papado y sobre la reforma moral del clero. El difuso cesaropapismo de Maximiliano encontró un eco más intencional en Rusia, cuando Iván III obtuvo la ventaja de que, como ahora Roma era hereje (desde el punto de vista de los ortodoxos) y Constántinopla había sido conquistada, Moscú era la tercera Roma, el verdadero centro de la Cristiandad. Iván mantuvo deliberadamente la imagen y el ceremonial de Bizancio. Fomentó la idea de su protectorado sobre la Iglesia y empentó continuamente para conseguir el control real sobre ella, tendencia que apoyaban los mismos eclesiásticos, en parte como un mal menor ante el control por parte de los nobles, en parte porque una minoría influyente creía que los eclesiásticos no debían poseer riqueza material. La secularización de las posesiones de las iglesias y los monasterios tras la caída de Novgorod facilitaron el modelo para una cauta política de secularización en el gran Ducado de Moscú, mientras que la teoría de la tercera Roma proporcionaba una cubierta respetable para este fin. Porque, como el abad Filoteo (Filofei) escribía al hijo de Iván en 1510: «El (Iván) es el único emperador de los cristianos sobre la tierra, el dirigente de la Iglesia Apostólica, que ya no reside en Roma o en Constantinopla, sino en la bendita ciudad de Moscú. Moscú es la única que resplandece en todo el mundo con un brillo mayor que el del sol.» En ningún otro país europeo llegó la Iglesia a ver tan ligada su misión con la autoridad del gobernante.

La iglesia de Francia tenía una clara imagen de

sí misma como heredera de derechos y libertades, resumidas en la palabra galicanismo, que le concedían una notable independencia de Roma, en tanto que asumía la correspondiente subordinación a la corona. Al monarca se le llamaba «muy cristiano». La sagrada *ampoule* que contenía el carisma con el que se le ungía en su coronación, le daba derecho a hacer milagros y a curar a los escrofulosos por contacto. A cambio, los reyes tenían que adular cuidadosamente al clero, honrando la fórmula por la que la iglesia francesa era «la hija mayor de la Iglesia», superior en edad y devoción a las otras ramas nacionales del catolicismo. Carlos VIII y Luis XII invocaron esta tradición cuando buscaban ayuda financiera para sus guerras en Italia, y lo mismo hizo Francisco I cuando se presentó candidato al Imperio a la muerte de Maximiliano.

El compromiso dentro del cual trataban de entenderse el rey, el papa y el clero se basaba en el concordato de 1472. Era éste más favorable para el rey que para el clero, puesto que daba al primero gran libertad para nombrar sus propios candidatos a los obispados, mientras que dejaba desamparados al clero frente a los inflexibles impuestos papales. Este concordato agraviaba a los teólogos de la Sorbona, porque modificaba la Pragmática Sanción de Bourges anterior (1438) al Parlamento, porque debilitaba la posición legal de este cuerpo como tribunal de apelación en asuntos eclesiásticos, así como a un núcleo cerrado de ultramontanos y porque no concedía bastante poder al Papado. Penetrar bajo la superficie del concordato era echar una ojeada a un resentimiento en ebullición, a una continua disputa sobre los nombramientos. La provisión de los beneficios era el problema más doloroso. ¿Quién iba a obtener el nombramiento? ¿El hombre del rey? ¿El del papa? ¿El candidato que un capítulo catedralicio había elegido de entre sus propios monjes? ¿El hijo de un magnate local? La incertidumbre acerca de los nombramientos, añadida a la rivalidad entre los galicanos y los ultramontanos, hizo que la religión se tiñera aún más de política. Incluso

el santo eremita Francisco de Apulia, a quien el rey Luis XI había llamado para que le aconsejara en sus días postreros, acabó profundamente mezclado en las intrigas antigalicanas y convertido en el centro de una red de información y en el emisor de noticias que se le pasaban subrepticiamente al papa. El Concordato de Bolonia de 1516 mejoró la situación, pero no la resolvió. Según este acuerdo, el nombramiento era competencia del rey y la institución canónica del papa; esto es, el rey podía nombrar a quién él eligiera, según sus necesidades y la clase de consejo que hubiera escogido, mientras que el papa ponía la estampilla sobre la decisión (la ceremonia de la institución, desde luego, tenía un significado profundo para aquellos que eran capaces de verlo) y las elecciones no eran periódicas. El rey aceptaba ciertos principios que gobernaban los nombramientos: los candidatos a los obispados tenían que tener, por lo menos veintisiete años; para los prioratos y abadías, por lo menos, veintitrés; los futuros obispos tenían que ser graduados en teología; aún había otras salvaguardas, pero también se daban excepciones suficientes (miembros de la casa real, *personnes sublimes)* como para preservar algo de la antigua incertidumbre agotadora. En resumen, la iglesia de Francia miraba menos hacia el Papado y más hacia la corona, a la hora de buscar su lugar. Los que padecían por esta estrecha relación entre la Iglesia y el Estado eran la población y las filas más bajas del clero. La hija mayor de la Iglesia se estaba convirtiendo en la elegante señora que sería después hasta la Revolución de 1789.

En ningún caso resulta fácil, sin embargo, enjuiciar el efecto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ya internamente, ya entre la nación y el Papado, en función de la cualidad de la vida religiosa del pueblo en general. La naturaleza del clero, como el respeto que se le profesaba, la eficacia de su ministerio, todo esto estaba directamente relacionado con la forma en que se efectuaban los nombramientos. Si bien un papa podía imponer a un extranjero impopular, un rey podía nombrar a un favorito sin capacidad religiosa al-

guna. El anticlericalismo, presente en todas partes y oscilando en toda la rama de los sentimientos, desde el pasatiempo hasta la pasión, no cabe duda de que afectaba a la calidad del interés espiritual de los hombres en sus prácticas religiosas; uno de sus elementos era la propiedad de la Iglesia. Y, sin embargo, era tan furioso en Escocia y en Italia septentrional, donde la tierra había ido pasando constantemente del control de la Iglesia a las manos de los laicos, como en Alemania, donde las posesiones eclesiásticas aún eran de proporciones formidables.

2. LOS CLÉRIGOS

Cuanto más estrechos eran los vínculos entre la Iglesia y el Estado tanto más natural parecía que se considerase la vida de la religión como una carrera en la cual, tras dar un salto de costado desde la aristocracia o la burguesía e incrustarse en el nicho adyacente de la jerarquía eclesiástica, una persona podía esperar un rápido aumento de fortuna y, sobre todo, de tierras.)George d'Amboise, arzobispo de Rouen, y más tarde cardenal, procedía de una familia burguesa rica; mas en el plazo de una generación, él y sus hermanos —que llegaron a ser obispos de Poitiers y Albi y abad de Cluny— sobrepasaron con mucho la prosperidad de sus parientes seculares. Tampoco el traspaso de un estado a otro implicaba un cambio excesivamente drástico en la forma de vivir. El clérigo aristócrata tenía que aceptar el celibato, pero todavía podía cazar y guerrear, como lo hizo el arzobispo de Sens, quien invadió Italia junto a Luis XII, con armadura completa y la lanza en la mano. El clérigo burgués seguía, como siempre, absorbido por las cuentas administrativas, el cambio y la acumulación de tierras y el anhelo de lujo por el cual tanto se criticaba a sus colegas seculares. «Vemos venir hacia nosotros —escribía el cronista alemán Butzbach— a nuestros prelados, repletos de soberbia. Están vestidos con el más fino paño inglés... Sus manos, cargadas de costosos anillos, reposan orgullosamente sobre sus muslos. Se admiran a

sí mismos mientras cabalgan los más finos caballos y un numeroso tren de domésticos con espléndidas libreas les siguen. Se hacen construir exquisitos palacios, donde, entre pasatiempos suntuosos, se entregan a una vida de orgía.» Añadiéndole un pellizco de sal, esta descripción hubiera servido para un número bastante elevado de prelados europeos, sobre todo en Francia, España, e Italia y en partes de Alemania. Tras el retrato imaginario de Butzbach se encuentran prelados reales, tales como el arzobispo de Speyer, quien conservaba su posición e ingresos como deán de Mainz, canónigo de Colonia y Trier, preboste de San Donaciano, en Brujas, y cura párroco de Hochheim y Lorch am Rheim, o el caso, aún más escandaloso, de Alberto de Brandenburgo, a quien, tras llegar a ser arzobispo de Mainz, el papa le permitió retener los obispados de Magdeburgo y Halberstadt. Tenía por entonces veinticinco años. El papa cargó derechos muy elevados sobre esos privilegios, que Alberto tuvo que hacer frente acudiendo a los Fugger para obtener un préstamo; mas para ayudarle a pagar, León X le concedió la mitad de los beneficios que se obtuvieron de la venta de las indulgencias de San Pedro en sus diócesis, esto es, la famosa indulgencia con la que se pretendía recaudar dinero para la construcción de la nueva basílica de San Pedro en Roma, y que ayudó a Lutero a definir sus concepciones acerca de la religión de su tiempo.

El escándalo, por supuesto, saltaba a la vista, en parte por sí mismo, en parte porque fascinaba a los contemporáneos. Sin embargo, si se complementan las crónicas con los registros diocesanos, aparecen los obispos, posiblemente una mayoría, que gobernaban sus sillas con la mirada puesta en sus responsabilidades pastorales. En Inglaterra la falta de contacto entre los obispos y la vida de las parroquias se debía, probablemente, tanto al gran tamaño de las diócesis como a sus preocupaciones seculares o al pluralismo, lo cual, posiblemente, también sea cierto de Castilla, donde Isabel intentaba ocupar las vacantes en los obispados con hombres de devoción probada. Sin embargo, un

Alberto de Brandenburgo era responsable de mil veces tantas almas como las que se encontraban bajo los cuidados de un obispo «bueno», como Fisher de Rochester o Francisco d'Estaing, de Rodez. Además, las ausencias a causa de los negocios seculares, así como el frecuente traslado de un beneficio a otro, implicaban que muchas sillas se encontraban sin una dirección efectiva, gobernadas por delegados que, o bien trataban de imitar a sus superiores, o estaban obligados a dedicarse a una administración rutinaria, más que a supervisar activamente a los curas, que eran los responsables primarios para el mantenimiento de la fe del pueblo. La Iglesia cada vez se parecía más a una empresa que, segura frente a la competencia, invertía sus beneficios en los salarios del director y dejaba a sus vendedores en el abandono y la desesperación. Del mismo modo, tampoco se daba por supuesta la entereza de conducta como un distintivo de profundo sentimiento religioso. La fe de un campesino no moría por el hecho de que viera el rostro de su obispo bañado en sudor a causa de la caza, de la misma manera que un oficial no pensaba que la catedral fuera menos la casa de Dios por el hecho de que él acudiera allí a vender su trabajo.

Iguales precauciones deben adoptarse al considerar a la misma Roma y la influencia que en la índole de la religión en Europa ejerció la reputación de los papas notables de este período, especialmente Alejandro VI, Julio II y León X, junto con su no menos notable círculo de cardenales. La elección de Alejandro se atribuyó de mala fe a la existencia de cohecho durante el cónclave y su impopularidad como español que era, así como la abierta preocupación por sus hijos, hicieron proliferar una serie de escandalosas historias. Un panfleto anónimo declaraba en 1501: «No hay desafuero o vicio que no se practique abiertamente en el palacio del Papa... Rodrigo Borgia es un abismo de vicios, un destructor de toda justicia, humana o divina.» El caso de Julio II lo expuso Erasmo, con una fuerza que sugiere una admiración a regañadientes, en su soberbio diálogo de propaganda

(profrancesa) *Julius Exclusus*. En las puertas celestiales, San Pedro desafía al espíritu del papa. «El invencible Julio no tiene por qué responder a un miserable pescador, sin embargo, has de conocer quién y qué soy yo. En primer lugar, soy un ligur y no un judío como tú. Mi madre era la hermana del gran Papa Sixto IV. El Papa me convirtió en un hombre rico, gracias a las propiedades de la Iglesia. Llegué a cardenal. Tuve mis desgracias: sufrí la viruela, se me expulsó de mi país y se me dio caza, pero yo siempre supe que, al final, acabaría por ser Papa... Llegué a la cumbre e hice más por la Iglesia y por Cristo que ningún otro Papa antes de mí... Anexioné Bolonia a la Santa Sede. Derroté a los venecianos. Engañé al gran duque de Ferrara. Deshice un concilio cismático, fingiendo un concilio de mi invención. Expulsé a los franceses de Italia y hubiera expulsado a los españoles si los hados no me hubieran traído aquí. Les he tirado de las orejas a todos los príncipes de Europa. He violado tratados, mantenido grandes ejércitos en el campo de batalla, he cubierto Roma de palacios... Y todo eso lo he hecho yo solo. No le debo nada a mi nacimiento, porque no sé quien fue mi padre; nada a la educación, porque no tengo ninguna; nada a la juventud, porque ya era viejo cuando comencé; nada a la popularidad, porque se me odiaba por doquier. A despecho de los dioses y los hombres, realicé todo lo que te he contado en unos pocos años, y a mis sucesores les he dejado tal cantidad de trabajo pendiente, que puede llegar a durar diez años. Tal es la modesta verdad, y mis amigos en Roma pueden llamarme dios más que hombre» [1]. León X, que obtuvo el capelo cardenalicio a los trece años y que resultó elegido Papa cuando sólo tenía treinta y ocho, pronto cayó bajo el fuego de la crítica por su afición a la caza, la prodigalidad de sus gastos en los placeres del mecenazgo y por haber depuesto al duque de Urbino a fin de instalar en su lugar a su sobrino, Lorenzo de Médicis.

---

[1] Paráfrasis de J. A. Froude, en su *Life and Letters of Erasmus* (Londres, 1894), págs. 142-143.

En general, y si se dejan de lado las acusaciones de inmoralidad personal, ninguna de las cuales se puede probar, una vez que habían asumido el cargo, a los papas se les criticaba por la pompa excesiva, la militancia política, la manipulación del colegio cardenalicio, la venta de cargos y el nepotismo. La triple naturaleza del Papado (su dirección espiritual, su función soberana en una entidad política, los estados de la Iglesia, y el gobierno de su imperio financiero) adquirían un especial relieve en esta época de presión diplomática casi constante o de guerra real. Como príncipes territoriales, los papas eran débiles: otros se habían anexionado zonas que primitivamente pertenecieron a sus estados (Bolonia y Urbino eran dos casos). Tampoco había resuelto el problema de asimilar la baronía local feudal. Necesitaban dinero (escaso y partir de la serie de concordatos) para levantar ejércitos y entrar en el juego diplomático en una posición de fuerza. Tenían necesidad de comandantes leales, y como los papas, aparte de León, eran todos viejos cuando les elegían y no podían dejar dinastía tras ellos, encontraban aún más difícil que los otros príncipes asegurarse de la lealtad de los mandos. Forzaron entonces el precedente, vendiendo los cargos para llenar las arcas y utilizaron a miembros de sus familias, en quienes ellos podían confiar. Al igual que sus colegas los príncipes, que insistían en la necesidad de un mayor control político positivo, los papas hincharon el colegio cardenalicio con sus nóminos y evitaron los cauces tradicionales de mando, hasta colocarse en una posición desde la que podían tomar rápidas decisiones y conseguir que se realizaran. La necesidad de comportarse como los otros gobernantes territoriales y su creciente habilidad para hacerlo así pusieron de modo especial de relieve los aspectos seculares del Papado. Aún así, la multiplicidad de funciones ya les era familiar a los visitantes influyentes, diplomáticos y eclesiásticos, quienes estaban acostumbrados a las funciones similares que realizaba el clero dirigente en sus países. A los papas se les criticaba una cierta política, pero casi nunca el que actuasen como

políticos. Habiendo sabido de la muerte de Alejandro VI en 1503, un mercader florentino transmitió la noticia a un asociado en el extranjero, sin hacer referencia alguna a las cualidades morales o espirituales de Alejandro o a las del que se esperaba que fuera su sucesor. Se limitó a pedir que, «con la ayuda de Dios», se eligiera un papa que fuera capaz de mantener el orden en la Romaña, porque «los negocios en todas las zonas de esta región se encuentran en un estado tal que han de ser estimulados».

Además, no eran tanto los papas como el talante de los cardenales, de los que podía haber hasta 20 ó 40 en Roma al mismo tiempo, lo que concedía al centro de la Cristiandad su aire de secular magnificencia. Muchos de ellos eran, por supuesto, hombres extraordinariamente valiosos, pero de entre los masivos nombramientos de Sixto (34), y Alejandro y León (43 cada uno), muchos no pasaban de ser oficinistas ostentosos. Como a menudo se nombraba a jóvenes que salían del palacio más que de la parroquia, es posible que la mayoría jamás hubiese escuchado una confesión o se hubiera dirigido a una congregación. Un proyecto abortado de bula reformadora de Alejandro VI en 1497 nos transmite un cierto sabor de lo que era su forma de vida. Los cardenales no podían tomar parte en los torneos ni en los carnavales, ni ir a las obras teatrales seculares; sus servicios no podían contar más de 80 personas, de las cuales 12, por lo menos, tenían que estar en posesión de las órdenes sagradas; no podían emplear más de 30 caballos ni tampoco podían emplear muchachos o jóvenes como sirvientes personales.

Para el visitante mundano, repetimos, nada anómalo había en esta conducta, ni tampoco la magnificencia o el ceremonial podrían conseguir algo más que impresionar al peregrino ordinario, acostumbrado a la exhibición eclesiástica que podría encontrar en su comunidad local. Algunos visitantes se quedaban perplejos ante lo que veían, si bien no siempre es posible distinguir de las manifestaciones lo que es la protesta espiritual del puro anticlericalismo o del sentimiento antiitaliano, es-

pecialmente fuerte entre los intelectuales alemanes. Según ciertas acusaciones, todo, incluido Dios, estaba a la venta; la religión se había hecho egoísta y vinculada a lo terreno (reacción de Lutero) y hasta la misma fe se encontraba en peligro a la sombra del Vaticano. Estas no eran quejas nuevas. Además, fuera de la misma Roma, las noticias sobre los papas y los cardenales eran escasas y la distancia les arrebataba su carácter vivo e inmediato.

La situación de los monasterios ofrecía un blanco más visible para los ataques de los coetáneos. Hacia fines de siglo se instaló en Florencia el gran relieve policromado de Andrea della Robbia, que mostraba el encuentro fraternal entre Santo Domingo y San Francisco. Dado que los franciscanos estaban a la gresca con los dominicos de Savonarola, el relieve apenas si expresaba la piadosa esperanza de Sixto IV en la «Bula de Oro» en la que el Papa urgía la necesaria armonía entre las dos órdenes religiosas y entre todas las órdenes y el clero secular. En efecto, en toda Europa las órdenes se combatían entre sí (a veces incluso yendo a la rebatiña para disputarse el primer puesto en las procesiones), y el clero parroquial se lamentaba de las actividades de «ratería» de los frailes, quienes, según se decía, minaban la disciplina pastoral imponiendo penitencias más suaves y que incluso admitían a los excomulgados en sus servicios. Si a esta multiplicidad de lamentaciones dentro de las filas de la Iglesia se añaden las quejas de los laicos, se obtiene un cuadro penoso, aun admitiendo que las bromas y las lamentaciones a expensas de monjes y frailes tenían una antigüedad tan venerable que habían perdido mucho de su filo cortante.

La situación que revelaban las inspecciones y las comisiones de reforma era, desde luego, deplorable: laxitud en la disciplina, negligencia en el cumplimiento de los votos, concubinato, ignorancia, disputas domésticas. Los informes son más reveladores, quizá, cuando no son tan escandalosos, cuando en lugar de describir las bebidas de los abades ricos o de aquellos frailes andaluces, de

los cuales cuatrocientos eligieron la emigración a Africa para abrazar el islamismo antes que prescindir del abrazo de sus concubinas, describen comunidades aisladas, que habían regresado, como lo hicieron, al breñal, a hacer frente a las dificultades y a disfrutar los rudos placeres de la aldehuela ordinaria, comunidades que se distinguían de los campesinos en poco más que en el atuendo y, a veces, ni en eso; o cuando describen aquellas fundaciones más ricas, que albergaban a los vástagos de las familias de la nobleza pobre, escasas en órdenes sacerdotales, quienes con la caza, la cetrería y el alboroto, convertían a sus abadías en castillos de baronía *en masquerades*. Las causas de esta decadencia eran evidentes. Se admitía con excesiva facilidad a los hombres y a las mujeres y no se les instruía propiamente hasta que no habían ingresado. Los campesinos enviaban allí a sus hijos por razones de prestigio, los aristócratas veían en los monasterios y abadías unos mecanismos excelentes de alivio para una prole excesivamente numerosa. Y, sin embargo, en muchos monasterios había decaído el número de tal manera que, prácticamente, cada monje era necesario para realizar alguna función, con lo cual ya no se les podía someter a disciplina bajo amenaza de degradación. En otros se había impuesto un abad por la fuerza por encima de la voluntad de la comunidad, la cual le trataba con un arisco resentimiento. Tanto el absentismo de los superiores como lo inadecuado de las inspecciones periódicas eran explicaciones que se podían encontrar en la estructura monasterial como un todo, así como en la calidad de los individuos. Desafiados en su base moral por el rasgo activista del pensamiento humanista, también se puede encontrar posiblemente una explicación de la decadencia de la moral monástica en el cambio de actitud hacia el trabajo, en la actitud que, revitalizada por la escasez de trabajo que siguió a la Muerte Negra y por el miedo a la violencia que podía resultar del desempleo en las ciudades, insistía en la frase bíblica «trabajarás seis días...». Frente a esta creciente ética del trabajo, que se identifi-

caba particularmente con la burguesía, pero que también la predicaba con placer el clero secular, a los monjes se les veía, y posiblemente ellos fomentaban la imagen, como zánganos, que ya no eran ejemplares de la vida ideal, sino gentes que habían huido de ella.

En 1516, el benedictino Charles Fernand se propuso rebatir la convicción, sostenida por muchos de su orden de que el mundo se estaba haciendo viejo y los hombres tan débiles que ya no se podía esperar de ellos que sufrieran los rigores y las penalidades que los grandes antepasados, como el mismo San Benedicto y San Antonio, habían soportado sin mayor esfuerzo. Este ingenioso pesimismo tampoco lo compartían los otros arquitectos de la reforma monástica. Se expulsó a los miembros flojos, a veces por la fuerza de las armas, como sucedió con los jacobinos de París, y en su lugar se colocó a frailes de casas más estrictas. Las nuevas órdenes, como los mínimos franceses, ayudaron por medio del ejemplo. La reforma no detuvo la decadencia, pero tampoco era la reforma necesaria en todo momento. Lutero ingresó en los agustinos de Erfurt porque, según su reputación, llevaban una estricta observancia de la regla. Los frailes le aceptaron sólo tras haber esperado el año normal de prueba, y bajo su dirección, él se convirtió en un teólogo sobresaliente. Cualquier generalización acerca de la vida monástica ha de tener en consideración a hombres llenos de éxito, como Jean Raulin, quien la eligió para retirarse a ella, estando situado en el pináculo del mundo académico de París.

Como sucedía con muchos miembros de las órdenes religiosas, la masa de los clérigos seculares, especialmente en las aldeas y en las parroquias de los pueblos, apenas si se distinguía del medio ambiente en el que se les reclutaba, campesino o pequeño burgués, por algo más que por la sotana y por un celibato teórico. En la iglesia, durante la misa, la distancia que le separaba de los demás era inmensa y todos la reconocían: sólo él podía transformar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Al igual que los otros sacra-

mentos, no está claro si los feligreses reconocían que su eficacia dependía de la naturaleza del sacerdocio, como tampoco lo está si muchos curas hubieran sido capaces de explicárselo. Bautismo, confesión, matrimonio, extremaunción, todo ello delata que la práctica de la religión estaba profundamente enraizada como un hábito social; el consuelo que aportaban los sacramentos a una población casi totalmente analfabeta, resultaba independiente de los conocimientos teológicos. El clero bajo era ingenuo en materia de teología, ya que cada vez era más difícil que los niños realmente pobres ingresaran en la universidad, puesto que las becas, concebidas en principio para los pobres, las arrebataban los hijos de los burgueses. Debido a la pobreza, muchos de ellos hacían sólo una parte de los estudios universitarios, mientras que otros muchos no pasaban de los cuatro años de arte, que no incluían la teología. La misma admisión al sacerdocio se hacía de modo ligero y poco cabal y producía una masa amorfa de clérigos, cuya influencia sobre sus congregaciones se basaba en el puro accidente de su integridad personal, sin que estuviera apoyada por una creencia razonada. La crítica y la exhortación desde arriba servían de poco. El provincial de una orden monástica que tuviera ideas reformadoras se encontraba, en último caso, con grupos de hombres con los que tratar; un obispo reformador, en cambio, se encontraba paralizado por la naturaleza dispersa de su cargo. Además, la pobreza hacía que resultara imposible a un cura párroco mejorarse a sí mismo; sus diezmos estaban sujetos a tantas cargas legales y de propiedad de la tierra desde los siglos pasados que apenas si le quedaba una fracción de ellos. Un impuesto le podía reducir a la miseria absoluta. Dependía, por tanto, de los derechos. Una anécdota italiana contemporánea decía: «Un año, la cosecha de grano y fruta fue excelente en toda Italia y Toscana, especialmente en el campo florentino. Todo el mundo hablaba y se regocijaba de la gran cosecha de su tierra. Un día, el sacerdote Arlotto se hallaba con un grupo de hombres, quienes estaban hablando acerca de

su buena suerte, y, tras haberles escuchado durante un momento, dijo: "Mi experiencia es completamente distinta de la vuestra. Puedo aseguraros que mi mejor trozo de tierra me dio una cosecha muy pobre". Todos los hombres que se hallaban en compañía de Arlotto mostraron su asombro y le preguntaron cómo era eso posible y de qué lote de tierra estaba hablando que le producía tan pobre cosecha. "Es el cementerio detrás de mi iglesia", replicó. "Todos los años me deja un ingreso de entre 50 a 60 *lire*, ya que cada año entierro allí de seis a ocho personas y por cada cuerpo, que exige tres yardas de tierra, me quedan diez *lire*. Este año, mi cementerio no me ha producido absolutamente nada porque hasta ahora nadie ha muerto, lo cual me aflige mucho".»

Como los curas dependían de una cosecha de derechos, igual que sus feligreses dependían de sus recolecciones, la actitud de los primeros hacia los bienes materiales se confundía con la de los segundos. Y lo mismo sucedía con la organización de su servicio doméstico. Las concubinas eran una causa general de preocupación para los reformadores. El Concilio de Sevilla de 1512 se vio obligado a declarar que, por lo menos, los curas debieran mantenerse alejados de los matrimonios de sus hijos e hijas. La legitimación del bastardo de un clérigo era un fenómeno común. El paralelismo en las costumbres de los curas y del pueblo estaba aún más extendido a causa de la presteza con la que los mejor educados, poseedores de beneficios más remunerativos, dejaban a vicarios al frente de sus parroquias, delegados tan humildes que estuvieran dispuestos a realizar las funciones del otro por un modesto salario.

3. EL LLAMAMIENTO DE LA IGLESIA

Abundaban las denuncias contra la relajación eclesiástica, especialmente dentro de la misma Iglesia, Colet, en un sermón de 1513, resumía el meollo de gran parte de la crítica habitual cuando decía que la Iglesia se había convertido en una

máquina de fomento de los intereses del hombre, tomando dinero del pobre en lugar de transmitirle las enseñanzas de Cristo con amor. Una enorme muchedumbre errabunda de falsos frailes, monjas, vendedores de reliquias y dispensas falsas sacaba provecho de la ignorancia de la gente. Los vendedores de indulgencias subrayaban la eficacia del pago y no de la contrición o de las buenas obras, sobre las cuales insistía la doctrina de las indulgencias. Si Cristo hubiera de regresar a la tierra hoy, decía el franciscano Thomas Murner, predicando en Frankfurt del Main, en 1512, se le traicionaría y Judas pensaría que tenía bien ganadas las treinta monedas. La proliferación de estas denuncias puede hacernos creer que la Iglesia ya se encontraba madura no para la reforma, sino para la Reforma. Sin embargo, el prestigio de su enseñanza, aunque algo más oscura y menos exclusiva que en otros tiempos, aún era activo y continuaba siendo una fuente de inspiración para aquellos que, en creciente número, se apiñaban en los grandes centros de teología —entre los cuales seguía manteniendo su lugar destacado la Universidad de París— y que luego se dirigían a los estratos inferiores por medio de los libros escritos o la palabra desde el púlpito. No existía ninguna figura dominante; los hombres miraban hacia atrás fructíferamente, hacia los grandes pensadores que echaron la semilla, San Agustín, Guillermo de Occam y Tomás de Aquino. Se iniciaba el ataque al escolasticismo, a la forma de estudio y expresión característica de las facultades de teología, pero la violencia del ataque se debía a la vitalidad y no a la debilidad de lo que se estaba atacando. La influencia que entre los fieles habían tenido las controversias teológicas había sido siempre escasa; tales controversias eran la obra de movimientos que, como el franciscano, habían comenzado desde el nivel de los fieles y habían influido en el academicismo teológico. La teología continuaba siendo vigorosa y polémica, intrincada y argumentadora, más que apasionada moralmente y aislada de la generalidad de la Iglesia. El peligro

no estaba en que la Iglesia hubiese perdido su reserva de enseñanza, su capacidad para preparar y estimular, sino que a muchos de sus dignatarios se les nombrara para sus cargos sin haber entrado en contacto prolongado, y a veces sin haber tenido ninguno en absoluto con ella.

La actitud de la Iglesia frente a la literatura latina secular era ambigua. En tanto que León X presenciaba las comedias de Terencio en Roma, Guillaume Michel continuaba la tradición medieval del Ovidio cristianizado con su edición de las *Geórgicas*, de Virgilio, «traducidas (al francés) y moralizadas». Virgilio había escrito de un enjambre de abejas sin patas dentro del cuerpo de una ternera, una imagen que, aunque poco común, era perfectamente rural; Michel se apresuraba a compararla con «el hombre nuevo, regenerado por la sangre de Jesucristo, sin poder propio para caminar y hacer progresos a lo largo del sendero de la virtud». En tanto que en Italia los seguidores de Pico della Mirandola se esforzaban por desvelar el mensaje divino, escondido en la literatura clásica precristiana, la abadesa del convento de Santa Clara escribía a Konrad Celtis agradeciéndole el envío de su descripción de la ciudad de Nuremberg y una copia de unos poemas amorosos latinos, sus *Amores*. «En verdad no puedo negar que la descripción y alabanza de la patria terrenal en vuestro libro, que tanto me complació, me hubiera resultado más cercana y deleitosa si hubiera sido la descripción y alabanza de la patria celestial más allá de Jerusalén, de la que arribamos a este valle de miserias, calamidades e ignorancia y a la que tenemos que aspirar con todas nuestras fuerzas... Porque no tenemos aquí ciudad permanente ninguna, sino que esperamos una que está por venir... Por tanto, justificándome en la estrecha amistad que nos une, exhorto a vuestra merced a abandonar las malvadas fábulas de Diana, Venus y Júpiter y de otros condenados paganos que ahora están ardiendo en el fuego de los infiernos y cuyos nombres y recuerdo tienen que borrar, odiar y entregar al completo olvido los

hombres auténticos que se acuerden con la profesión de cristiano» [2].

La Iglesia tomó a su cargo la censura de libros. La censura local data del año 1475, cuando la Universidad de Colonia recibió autorización del papa para investigar no sólo los libros, sino también los lectores. En 1486 se autorizó al arzobispo Bertoldo de Mainz para que supervisara los libros impresos en su provincia y en 1501 apareció la primera declaración pontificia de carácter general, cuando en la bula *Inter multiplices* (dirigida a Alemania) Alejandro VI saludaba la invención de la imprenta como un medio para extender la verdadera religión, pero llamaba la atención sobre el peligro de que también las concepciones heréticas pudieran obtener auditorio e instruía a los impresores para que sometieran sus obras a la licencia de los arzobispos. Las imprentas monacales no eran raras; en Florencia había una hasta en el convento de monjas dominicas de San Giacopo de Ripoli. La Iglesia tenía pocos motivos para sentirse inquieta por la imprenta. De una cifra aproximada de libros publicados antes de 1500 resulta que, al menos el 45 por 100, eran de naturaleza religiosa y que el porcentaje creció, en lugar de descender, en los siguientes veinte años. Y esa cifra no incluye más que muy pocos recordatorios (xilografías con unas líneas de texto debajo, que constituían todo el mobiliario religioso de innúmeras casas pobres), ni tampoco los infolios o los baratos folletos que detallaban los milagros, las vidas de los santos o unos cuantos textos agrupados por temas, manuales para llevar en peregrinación, breves meditaciones en loor de Nuestra Señora o las últimas palabras en la cruz. Perecederos y realizados por manos chapuceras, su número sólo se puede adivinar tomando como base algunas supervivencias frágiles.

Esta proporción de libros religiosos resulta verdaderamente reveladora si recordamos que la aparición de la imprenta permitió poner en circula-

---

[2] Lewis W. Spitz, *Konrad Celtis, the German Arch-Humanist* (Harvard U. P., 1957), págs. 85-86.

ción por primera vez, y a precios razonables, toda la literatura manuscrita de cada país, esto es, desde libros de cocina y novelas caballerescas hasta poemas y crónicas, un conjunto de obras que se había ido acumulando a lo largo de los siglos. El catálogo, como se ve, estaba completo y, sin embargo, de entre los nuevos libros, la demanda popular daba un lugar de preferencia a los que versaban sobre temas religiosos.

Es difícil medir el efecto de todo esto en las actitudes religiosas de los hombres. De las obras heréticas apenas si había rastro antes de que comenzaran a extenderse los libros luteranos. Cierto es que Sebastián Brant se quejaba de que:

Los credos y los dogmas totalmente falsos
Parecen crecer ahora de un día para otro.
Los impresores consiguen que la situación sea aún
[más lamentable.
Si algunos libros fueran al fuego
Desaparecería mucha sinrazón y error.

Pero parece que estaba pensando, sobre todo, en los relatos de milagros falsos o en las interpretaciones vulgares de la Escritura, que degradaban la creencia ortodoxa sin desafiarla. Por otro lado, se publicaban obras que, sin criticar a la Iglesia, capacitaban a los hombres para definir la naturaleza de su descontento frente a ella. Antes de 1501 habían aparecido más de 90 ediciones latinas de la Biblia y 30 ediciones en seis lenguas vernáculas. Una de las obras que con más frecuencia se reeditaba era la *Imitación de Cristo,* tanto en latín como en traducciones a lenguas vernáculas. Sólo una pequeña parte de la población podía leer, y la distribución de tales libros, aunque supongamos tiradas de un millar de copias y concedamos que hubiera cinco lectores para cada copia, únicamente afectaba a una fracción reducida de esa población. Los inventarios testamentales evidencian que incluso las familias relativamente acomodadas poseían muy pocos libros y, probablemente, la mayoría no tenía más que uno o dos; y un libro leído y releído, alabado y protegido, tiende

a convertirse en El Libro. La Iglesia había desconfiado siempre de la lectura de la Biblia, especialmente de los Evangelios: se podía establecer una comparación ingenua entre las costumbres de Galilea y las de Roma; la enseñanza sencilla del Cristo vivo se podía comparar con la multiplicación de las ceremonias y dogmas instituidos por la Iglesia viva a lo largo de los siglos. De la lectura del libro de Tomás de Kempis se podía interpretar que para imitar verdaderamene a Cristo era necesario retirarse de la religión institucionalizada. En este sentido, la impresión de libros religiosos, aunque testimonio de la religiosidad esencial de la época, fomentaba la crítica a la Iglesia.

Una obra alemana sobre moral, impresa en 1483, relata cómo había una vez un «santo varón que encontró a un diablo que llevaba un saco». Le preguntó que qué llevaba en él. Contestó el diablo: «Cajas de distintas clases de ungüentos. En ésta (mostrándole una caja negra) hay un ungüento con el que cierro los ojos de los hombres para que se duerman durante el sermón... un sermón puede robarme almas que he tenido en mi poder durante treinta o cuarenta años.» La popularidad de que gozaban los sermones es indiscutible. Se publicaban volúmenes de ellos y muchos se traducían de la lengua vernácula en que se pronunciaban (excepto los sermones a un público de clérigos y los que se predicaban con motivo de acontecimientos oficiales) al latín, adquiriendo con ello circulación internacional. El arsenal de sus temas, común a todos los países, incluía: la vida, desde la cuna a la tumba, es una cosa miserable y efímera; los pecados de los hombres son excesivos y no se pueden contar, pero los más importantes son el orgullo, la lujuria y la gula; los hombres generalmente ceden a las insinuaciones de la carne, ignorando las del espíritu; la misma Iglesia está plagada de simonía y de mundanidad pomposa. El tono variaba desde la seriedad enormemente académica de un Colet hasta el estilo del predicador imaginado por Angelo Poliziano, quien, predicando sobre la Anunciación, preguntaba: «¿Y qué creéis, queridas señoras, que estaba haciendo la

Virgen María en aquel momento? ¿Tiñéndose los rubios cabellos? ¡No, desde luego que no! ¡Todo lo contrario! Tenía un crucifijo delante de ella y estaba leyendo el Libro de las Horas de Nuestra Señora.» Variaba desde el franciscano itinerante, que gritaba y pateaba las paredes del púlpito a fin de mantener despierta a su congregación de rústicos, hasta un predicador por quien Poliziano sentía una admiración dominante: Savonarola. Como predicador, Savonarola no era superior a hombres como Olivier Maillard o Michel Menot, en Francia, o a Johann Geiler, de Alsacia, ni tampoco era más popular; también ellos recurrían a altos niveles de elaboración intelectual, dominaban la anécdota y el argumento y podían aterrorizar, inspirar o deleitar.

Al igual que sucedía con los libros, resulta muy difícil evaluar el efecto que tenían los sermones. Sin duda, muchos de ellos eran violentamente emocionales. El farmacéutico Luca Landucci, un devoto seguidor de Savonarola, apunta en su diario que, cuando el fraile comenzó a predicar otra vez, desafiando la prohibición de Alejandro VI, «mucha gente acudió y se habló mucho a propósito de su excomunión, y muchos no fueron por miedo a que los excomulgaran, diciendo: *guista vel inguista, timenda est*». Y el farmacéutico añadía: «Yo fui uno de los que no acudieron.» Si se puede obtener alguna moraleja de la confrontación entre Savonarola, el predicador al que mejor conocemos, y Landucci, uno de los pocos asiduos a los sermones que haya dejado testimonio de sus reacciones, ésta es que, incluso en una época de tensión política y milenaria, ni la fe ni el equilibrio psicológico resultaban fáciles de sacudir. Se ha dicho que la acentuación del *contemptus mundi* creó una atmósfera de alarma desesperada, que los ataques constantes contra la avaricia de los mercaderes, la suntuosidad de los nobles y su indiferencia frente a los que se encontraban necesitados habían estimulado la lucha de clases, lo cual es dudoso. Estos temas tenían siglos de antigüedad. Cuando se iniciaron los primeros intentos de fiscalizar los sermones, lo que se examinó fueron

las herejías y las profecías inflamatorias, no los ataques a los ricos o a los grandes, ni siquiera los ataques a los clérigos mismos. Por supuesto, es más probable que se minara el apoyo a la Iglesia con aquel continuo sacar los trapos sucios al púlpito.

La religión tenía un lado oscuro compuesto de angustia y morbosidad que, al menos, era el resultado combinado tanto del miedo, del miedo físico a la peste, a la carestía y a la violencia, como del sentimiento del alma que se ve condenada a no ser nunca iluminada por la presencia de Dios, a estar eternamente manchada por el pecado. La Iglesia tenía la precaución de dejarle salidas al pecador; tales eran la mediación del sacerdocio, las advertencias de la confesión, la posibilidad de las buenas obras. A menos que existiera sospecha de herejía clara, el yugo era ligero sobre la conciencia del individuo. Los tribunales eclesiásticos imponían penas suaves en delitos tales como el adulterio y respetaban los derechos testamentarios de los bastardos; las feroces penas previstas para la blasfemia se conmutaban generalmente por una pequeña multa o por la donación de una vela a la iglesia del ofensor. El obispo Seyssel reconocía que, en la práctica, los príncipes tenían que tolerar la caterva de prostitutas que acompañaban a a los ejércitos en su marcha, «igual que la Iglesia tolera los burdeles en las ciudades sin aprobar el pecado que ellos implican». La literatura contemporánea muestra con qué facilidad podían marchar juntas la pasión ilícita y la religión, al menos para los cultivados. Con el fin de seducir a la mujer que ama, el héroe de la novela de Caviceo, *Il Peregrino* (El Peregrino), se esconde bajo un altar para conseguir su propósito cuando ella se arrodilla en oración y también se introduce subrepticiamente en su casa, escondido dentro de una estatua de Santa Catalina. Cuando el héroe de la *Celestina,* de Rojas, reclama la ayuda divina para que ayude a su alcahueta a traerle a Melibea a su lecho, no es de Júpiter o de Amor de quienes la reclama, sino de «¡Tú, que guías los perdidos, é

los reyes orientales por el estrella precedente á Belén truxiste, y en su patria los reduxiste!».

También se demostraba la tolerancia en la forma como la Iglesia tomaba conocimiento de los cambios sufridos por la devoción popular. Existía un anhelo extendido por creer que la Virgen había sido concebida inmaculadamente, que la figura más accesible en la vida de Cristo, supremo ejemplo de la feminidad, estaba tan libre de pecado original como su hijo; además de tener el ejemplo del hombre perfecto, el adorador también quería rezarle a la perfecta mujer. Aunque no había justificación ninguna de que ésta hubiera sido así, ni en las Escrituras ni entre los primeros Padres, Sixto IV aprobó el culto, si bien no como dogma, y los teólogos de la Sorbona lo sancionaron en 1496. Asimismo se saludó el culto aún más nuevo (sin que fuera dogma) de Santa Ana, que traducía el deseo de creer que desde el principio de los tiempos también se había escogido a la madre de la Virgen como parte del plan divino de redención de la humanidad y sin que estuviera sujeta al pecado original. Lutero escribía en 1523: «Los hombres comenzaron a hablar de Santa Ana cuando yo era un muchacho. Hasta entonces nadie le había prestado atención.» Los primeros veinte años del siglo XVI vieron multiplicarse la imagen de la santa en las iglesias de toda Europa. En esta época se extendió la devoción del Rosario, después de sus comienzos hacia los años 1470, y el Vía Crucis se convirtió en un culto familiar, aunque, como las estaciones aún no se habían fijado a lo largo de la misma Vía Dolorosa en Jerusalén, el ritual variaba de una a otra iglesia. Tal flexibilidad no se mostraba solamente frente a las aspiraciones populares. La acentuación de la dignidad del hombre entre los académicos humanistas condujo a que se insistiera —especialmente entre los platónicos— sobre la idea de la inmortalidad del alma. A causa de las dificultades filosóficas del concepto, la Iglesia había dejado el asunto abierto, aunque declarándolo imposible de probar. En 1513, el Concilio lateranense convirtió esta creencia en un dogma de la Iglesia.

Esta capacidad de responder a las demandas la manifiesta la Iglesia no sólo en lo que permitía, sino también en lo que condenaba. El caso más notorio es la persecución de las brujas. No había nada nuevo en las creencias en las brujas. En un sermón de 1505 en Tubinga, que suena como una sinopsis enciclopédica de la sabiduría popular, Martin Plantsch recordaba a sus feligreses que las brujas levantaban tormentas, tenían gatos como si fueran familiares suyos, originaban la impotencia, manipulaban la salud y la enfermedad, irrumpían en las bodegas a través de puertas cerradas, utilizaban polvos, infusiones, imágenes y desacralizaban los sacramentos. Tal era la concepción popular. Lo nuevo era que se admitiera oficialmente. En 1484, Inocencio VIII promulgó la bula *Summis desiderantes affectibus,* que autorizaba a los inquisidores dominicos Heinrich Kramer y Jacob Sprenger a erradicar la brujería de Alemania. Dos años más tarde, éstos publicaban el documento básico de la caza de brujas, el *Malleus Maleficarum,* una ficha para el reconocimiento de las brujas, que contenía instrucciones acerca de cómo perseguirlas y que ganó rápida circulación en Europa. Al enumerar las atrocidades cometidas por las brujas, la bula de Inocencio incluía los destrozos de cosechas y animales, la impotencia sexual en los hombres y la esterilidad en las mujeres. Al proveer de chivos expiatorios para una amplia gama de desgracias económicas y personales, la Iglesia satisfacía anhelos tan urgentes como aquellos que buscaban nuevos caminos para expresar las necesidades espirituales.

Se obtenía entusiástico provecho de todos los apoyos tradicionales a la devoción católica; en respuesta a la fuerza de estas devociones alcanzó su máximo apogeo a fines del siglo XV y comienzos del XVI la sátira contra la superstición y contra la exterioridad de la observancia religiosa. Había una abierta creencia en las imágenes milagrosas y en la idea de que los pueblos y las ciudades se hallaban bajo la protección de un santo Patrón. El deseo de convertir la fe en algo visible y, en el caso de las reliquias o de los objetos del culto

tales como las tumbas o ciertas estatuas, también palpable, era más fuerte que nunca. Un inglés, interrogado bajo sospecha de herejía, había imaginado tan claramente el milagro de la transustanciación que creía que la hostia tenía que estar bordeada por un «muy blanco pan del grosor de un pequeño hilo de bramante, porque —dijo— cuando un hombre o una mujer fueran a comulgar podría suceder que la hostia tropezara con los dientes y entonces, si no estaba allí el círculo de pan para retener la sangre, ésta podría caer desdichadamente fuera de los labios»[3].

En Suiza y en Italia, en el Domingo de Ramos, a lo largo de las naves de las iglesias, se tiraba de Cristo, que iba montado sobre un burro de madera. En el día de la Ascensión, en el gran monasterio de Zurich, Cristo emergía de un agujero en el suelo y era izado, desapareciendo por una escotilla en el techo. La Iglesia daba aún gran importancia a las opiniones de San Gregorio y San Bernardo, según los cuales surge más fácilmente la emoción a través de la vista que a través del oído, se estimula mejor la memoria con un argumento pintado que con uno oído; el arte es la letra del iletrado. A fines del siglo xv, el agustino Gottschalk Holle insistía en que se podía atraer a los hombres a la piedad más eficazmente «por medio de la pintura que con un sermón», y Geiler reconocía que «tales artículos de fe como son los esenciales para el hombre los pueden aprender las gentes del común por medio de las pinturas y de las historias que están pintadas por doquier en las iglesias». La pintura se hacía eco de todos los impulsos espirituales y los estimulaba, desde los santos apresuradamente pintarrajeados que, en su utilización religiosa, apenas se distinguían de los amuletos paganos, hasta los ciclos de frescos de una teología más elaborada, como los de Miguel Angel y Rafael. Ya fueran imaginativas u obtusas, prudentes o tontamente atrevidas, la Iglesia permitía que una variedad de experiencias

[3] En Margaret Bowker, *The secular clergy in the diocese of Lincoln 1495-1520* (Cambridge U. P., 1968), pág. 153.

religiosas cubriera sus paredes y coronara sus altares. Además, se continuaban construyendo paredes y altares.

En Francia, España y Alemania había muchas iglesias y nuevas capillas dentro de las viejas. En Inglaterra, el vidrio de Fairford y del King's Colege, en Cambridge, la torre en Fountains y la Abadía de Bath se cuentan entre los más conocidos ejemplos de una actividad impresionante en la construcción de iglesias y en su ornamentación con tumbas, capillas, bancos nuevos, púlpitos y tabiques, así como con el alabastro cincelado que daba fama a la región. Un testimonio aún más imponente de la continua vitalidad de la observancia religiosa se encuentra en las actividades de las cofradías legas, quienes ofrecían a los habitantes de los pueblos que no eran trabajadores una posición personal en la maquinaria y la satisfacción devota que la Iglesia ofrecía. Además de la importancia social de las escuelas que dirigían algunas de ellas y de la caridad, que extendían más allá de sus propios miembros, las cofradías podían ser mecenas notables. En 1517, la cofradía veneciana de San Rocco comenzó la construcción de una casa de reuniones *(scuola)* para la que Tintoretto había de pintar una serie de obras maestras que marcarían un hito en su carrera. En Florencia, la cofradía *dello Scalzo* compró un terreno cercano a su iglesita, destinado a un convento que Andrea del Sarto empezó a decorar en 1511 con los más bellos trabajos de *grisaille* de todos los tiempos. En el extremo opuesto encontramos las placas con emblemas eucarísticos que se vendían por uno o dos chelines a los miembros de la cofradía de York del Corpus Christi para que los guardaran en sus casas.

4. EL DESCONTENTO

La escalera que conducía al hombre hacia Dios tenía muchos escalones. Una ventana en San Lorenzo, en Beauvais, mostraba en 1516 a un hombre arrodillado solicitando la intercesión de Lo-

renzo; el santo, a su vez, mira suplicante hacia la Virgen, quien mira hacia Cristo, quien mira hacia Dios. Aquellos que deseaban desbrozar los escalones de santas reliquias, devociones marianas y símbolos eucarísticos, a fin de acudir directamente a Dios, sin intervención sacerdotal, estaban aislados, y su número no aumentó notablemente en este período. Unicamente en Bohemia estaba extendida la herejía, como un legado de los tiempos de Hus. Los utraquistas, quienes practicaban la comunión bajo las dos especies y leían los Evangelios y las Epístolas en la lengua vernácula, tenían una cierta posición social, con poderoso respaldo entre la clase media rural, y en ciertas ciudades, en su mayor parte, se les permitía practicar sus ritos un poco excéntricos y socialmente inofensivos. Mucho más extremistas eran los Hermanos Bohemios, quienes se encontraban prácticamente más allá del alcance de la ortodoxia, entre sus selvas y montañas. En carta a Erasmo, Jan Slechta, un bohemio culto que contaba con algunos medios, describía sus opiniones. Describen al papa y a sus funcionarios como el Anticristo. Eligen a sus propios obispos, legos iletrados y rudos con mujeres y familia. Se saludan unos a otros con el nombre de hermanos y hermanas y no reconocen otra autoridad que la Biblia. Sus sacerdotes dicen la misa sin vestiduras litúrgicas, utilizan pan con levadura y sólo rezan el Padre Nuestro. Niegan la transustanciación y consideran idolátrica la adoración de la hostia. Ridiculizan los votos por los santos, las oraciones por los muertos y las confesiones a los sacerdotes y no guardan ningún día de fiesta, salvo los domingos, la Navidad, la Pascua y Pentecostés.

La importancia de los Hermanos residía, sobre todo, en la influencia que ejercían sobre todas las personas que llegaban de toda Europa central para trabajar en las minas de plata. No muy distintas eran las creencias de los Valdenses, una secta que encontraba el máximo arraigo entre los valles alpinos del Piamonte y el sureste de Francia, pero que en Italia contaba con comunidades dispersas también en las regiones montañosas, como Cala-

bria y los Abruzzos. Enemigos de los sacerdotes, recelosos de toda práctica cuya legitimidad no se pudiera extraer de los Evangelios y de las Epístolas, creían que toda persona que viviera una vida pura podía administrar los sacramentos que ellos consideraban únicamente como la carne y la sangre de Cristo. Vivían en la pobreza (la mayoría de ellos, a la fuerza) y se preparaban para ayudar a la misa, con el fin de desviar la atención de la Iglesia de creencias que habían sido condenadas repetidamente desde el siglo XII. A partir de 1488 se les persiguió sañudamente y su número se redujo mucho. El tercer grupo, que se puede definir con cierta facilidad, era el de aquellos lolardos ingleses que seguían manteniendo vivas las ideas de Wyclif, esto es, negación de la transustanciación, de la confesión, de las oraciones por los muertos y del celibato clerical. Recelaban de toda ceremonia que no fuera bíblica y subrayaban la importancia de la lectura de las Escrituras en la lengua vernácula. Las ideas de los lolardos se circunscribían, por lo general, a las personas pobres. Aunque legalmente se les podía penar con la muerte si, una vez convictos y retractados, reincidían, los obispos ingleses no los persiguieron con ferocidad. Su número era escaso y muchos de ellos se retractaban al sufrir la primera persecución. Es imposible decir cuántas personas que no eran lolardos, aunque se les podía identificar como tales, fueron influidos por los argumentos contra la riqueza ritual del clero y su exclusividad, así como por su odio contra Roma. Además de estas sectas, cada una de las cuales poseía (o, en el caso de los lolardos, había poseído) alguna firma de «Iglesia» organizada propia, en toda Europa se daban casos de vez en cuando de individuos que, movidos por alguna tensión psíquica, arrojaban la hostia contra el suelo y gritaban que el papa era el Anticristo o anunciaban su intención de engendrar un nuevo Salvador. La ausencia de una clara idea del progreso secular, añadida a la perdurable tradición de los sueños quiliásticos medievales, suponía que, en los momentos de presión política o social, las más apasionadas pre-

dicciones sobre la llegada del Anticristo o el fin del mundo se bosquejaran sobre el futuro, sin que aparecieran como inherentemente inverosímiles. Los excesos místicos conducían a los frailes españoles a proclamar que la unión personal con Dios les liberaba de la inclinación al pecado y les redimía de la necesidad de realizar buenas obras. En Alemania y Holanda existían ideas similares, nutridas en la fuente psicológica y doctrinal común, relacionada con la secular herejía de los Hermanos del Libre Espíritu, según las cuales toda la organización de la Iglesia era un fraude; el hombre puede llegar a ser Dios, y una vez que lo ha reconocido es libre de hacerle el amor ante el altar a su hermana o a su hermano, o de asesinar a sus hijos. La actitud más general era la de atenerse simplemente a las palabras de las Escrituras, y ello no solamente entre los pobres · los ignorantes. «Les doy dos chelines a cualquiera que pueda mostrarme un pasaje en las Sagradas Escrituras que nos ordene ayunar durante la cuaresma», decía Jean Laillier, presentando temerariamente una tesis en la Sorbona en 1484 en la que rechazaba la confesión, la absolución, el celibato clerical y la autoridad de la tradición.

Había otros, sin embargo, que declinaban la compleja hospitalidad de la Iglesia, dándole preferencia a un camino de autoperfeccionamiento. Y aquí es donde parecía residir el auténtico peligro para la Iglesia: en la creencia de que sus ministerios no eran injustos, sino irrelevantes. Los Hermanos de la Vida Común, por ejemplo, hombres y mujeres que vivían en comunidades parecidas a monasterios, que observaban votos autoimpuestos de pobreza, castidad y oración y que conceptuaban la meditación y la recta conducta por encima de los sacramentos y de las ceremonias, representaban una crítica a la Iglesia, sin necesidad de hacerla manifiesta. Fue de estas escuelas completamente ortodoxas de donde habían surgido Erasmo y Lutero para subrayar que la Biblia era la única medida que se podía aplicar a las creencias y al culto. La influencia de la *Devotio moderna,* practicada por los Hermanos, se exten-

dió a otras partes. Los Hermanos tenían casas y escuelas en todo el País del Rin y desde Holanda hasta la lejana Sajonia. La esencia de su fe estaba constituida por la convicción de que la fortaleza del carácter y el amor de Dios constituían apoyo suficiente para el alma que busca a Cristo y de que, para vivir piadosamente, el hombre necesitaba el mínimo auxilio de los ritos y los sacerdotes, para no hablar de la teología de unos académicos enzarzados en disputas sin fin acerca de los límites entre el pecado mortal y el venial. «¿Qué utilidad tiene discutir sobre materias oscuras y ocultas, cuyo conocimiento o ignorancia será irrelevante para nosotros el día del juicio?» La pregunta es típica del principal libro de la *Devotio*, la *Imitación de Cristo.*

La desconfianza frente a la razón, tan acentuada en la *Imitación de Cristo,* era también responsable en parte de un aumento del interés por la magia entre los eruditos. Para el místico, la razón ponía un falso velo, hecho de ingenio humano, ante el rostro de Dios. Para el mago encubría el resplandor de una luz que, brotando desde el Creador hacia el alma humana, podía ceder al individuo algo del poder del creador sobre la naturaleza. Los poderes mágicos no sólo correspondían a las más altas posiciones en la escala de la creación, que algunas corrientes del pensamiento humanista le atribuían al hombre, sino también a un método de fortalecer la naturaleza espiritual de aquél por medio del encantamiento, los talismanes y las fórmulas de hechizo. El mismo humanismo surgió del estudio de los libros paganos, pero sería difícil demostrar que el paganismo total fuera una amenaza para la Iglesia. Hay que atribuirle poca importancia al caso del hombre que en 1503, en París, arrebató la hostia de manos del sacerdote y declaró que «Júpiter y Hércules son los únicos dioses verdaderos». Más significativo e inmensamente conmovedor es el relato que nos dejó Fray Luca della Robbia sobre las últimas horas de Pierpaolo Boscoli, sentenciado a muerte por su participación en el complot para asesinar a los Médicis en 1513. «Liberadme —ro-

gaba— de la memoria de Bruto, para que pueda morir como un cristiano.» El fraile sostiene que, tras haber luchado toda la noche para rescatar a Boscoli de los valores de la educación humanista, al final lo consiguió. No hay duda de que esto es cierto; dado el espíritu religioso de la época, era extraño el caso del hombre cuyos últimos momentos estuvieran ocupados con una visión de los Campos Elíseos en lugar de con la del Día del Juicio Final.

El estudio de la antigüedad podía suscitar puntos de vista más desapasionados acerca del mérito de otros sistemas religiosos que no fueran el cristianismo. Así, Maquiavelo podía alabar el valeroso patriotismo que la religión romana daba a los soldados de la República, y también Mutianus Rufus, que había sido compañero de estudios de Erasmo en los años 1480, podía enseñar que la filosofía de los antiguos y las religiones de los judíos y los cristianos no eran sino diferentes reflejos de la efusión continua de la divinidad de Dios. Y esta consideración comparativa podía sombrearse de deísmo, como sucedió en Celtis:

Te maravillas de que nunca muevo los labios en
[una iglesia,
Murmurando oraciones a través de los dientes.
La razón es que la gran voluntad divina de los
Escucha a la vocecita interior. [cielos
Te maravillas de verme tan raramente
Arrastrando los pies en los templos de los dioses.
Dios está entre nosotros. No necesito meditar so-
En iglesias pintadas. [bre El

Era raro que se produjese duda alguna acerca de dónde se hallaba la preferencia en momentos de angustia, de guerra, de pérdidas personales o en la aproximación de la muerte.

A todas éstas y a otras necesidades respondía la Iglesia permitiendo un incremento de sus enseñanzas y sus prácticas e intentando una reforma de faltas tan sencillamente identificables, aunque estaba obstaculizada, como siempre, por sus propios intereses creados, por la creencia de los

legos de que los sacerdotes y los monjes tenían que ser visiblemente más virtuosos que ellos mismos y, por último, sobre todo, por la certeza de que ninguna institución podía mostrarse realmente, sino que, todo lo más, podía ser puesta a prueba por los individuos.

VII. Las artes y su público

1. LA MÚSICA

Cuando los hombres de Vasco de Gama desembarcaron luego de haber rodeado el cabo de Buena Esperanza, los nativos les saludaron tocando una especie de flauta, «consiguiendo, sin embargo, una agradable armonía para ser negros, de quienes no se supone que hayan de ser músicos». Se suponía, en cambio, que los marineros serían capaces de contestar debidamente, como así lo hicieron. Los primeros viajeros llevaban trompetas y tambores que se usaban para ayudar a la guardia de la tripulación y para hacer señales en la niebla, pero también como distracción. Erasmo no se estaba entregando al sentimentalismo cuando expresaba la esperanza de que alguna vez se cantarían las historias del Nuevo Testamento acompañando a la rueca y al arado. Desde la canción más sencilla, sin acompañamiento, hasta los coros de las catedrales y las orquestas de las cortes principescas, la música suministraba el placer cultural que más profundamente se sentía, el más compartido y el que menos discusión admitía.

No hay descripción de los sentimientos que inspira la vista de una obra de arte que tenga la intensidad de la creación de Andrea Calmo ante un concierto: «En cuanto a la forma de cantar nunca he oído nada mejor. ¡Dios! ¡Qué bella voz, qué estilo, qué plenitud, qué decrescendos, que suavidad, que hubiera hecho fundirse los más duros corazones!» Durero anotaba que, en el curso de otro concierto, en Venecia, a los mismos violones se les soltaban las lágrimas, y uno de los maestros de capilla de León X, Elzéar Genêt, decidió renunciar a todo género de música secular porque temía excitar con demasiada fuerza las malas pasiones. Por razones similares, un libro de oraciones alemán de 1509, aceptando que sus lectores

iban a «cantar durante vuestro trabajo en la casa y en el campo, en vuestras horas de oración y devoción, en días de alegría y en días de pena», añadía: «Las buenas canciones son agradables a Dios, las malas son pecaminosas y hay que evitarlas.» Ya fuera para elevar el espíritu, ya para aliviar el día de trabajo, el poder, la utilidad, la popularidad universal de la música se daban por supuestos de un modo que se diferenciaba bastante del loor acordado a cualquier otra forma de expresión artística.

La inclusión de la música en el *quadrivium* implicaba, por supuesto, que todo graduado universitario y, por ende, una proporción bastante alta de los que eran capaces de expresarse libremente por correspondencia o a través de libros, estaba capacitado para discutir sobre la naturaleza y el efecto de la música, aun a pesar de que el curso de música era teórico y no exigía habilidad ejecutante ninguna. No obstante, el canto y el aprendizaje de algún instrumento constituía una parte normal en la enseñanza escolar de las familias de las clases medias y altas. Seguramente, el instrumento más común habrá sido el laúd, el propio de la época de la *Hausmusik*. Los instrumentos domésticos de teclado eran menos comunes, pero muchas iglesias grandes y casas importantes poseían un órgano, y Rodolfo Agricola expresaba seguramente el parecer de muchos viajeros cuando informaba acerca del placer que sintió cuando, visitando Ferrara, comprobó que podía entregarse a su «debilidad por los órganos». En opinión de Castiglione, los instrumentos de viento debían dejarse a los profesionales, ya que llevaban con ellos (la idea procede de Aristóteles en la *Política)* un matiz de servilismo. Y así era en lo fundamental.

De Portugal a Lituania y Hungría, los cantores errantes, acompañándose de un laúd o de un simple violín, repetían viejas baladas o acontecimientos recientes, poemas épicos nacionales mezclados con la murmuración de la corte y del campo de batalla, constituyendo una especie de periodismo musical que reflejaba los gustos e intereses

populares con más fidelidad que cualquier otro medio, con excepción, quizá, del sermón. Los estudiantes, los oficiales, los miembros de los gremios, los soldados mercenarios, todos tenían repertorios de canciones tan específicos como sus atuendos y sus ocupaciones, canciones que, a pesar de todo, apenas si están registradas como un aspecto de la capacidad del hombre para identificarse con su tipo de trabajo, a través de canciones «noticia» con la autoridad y a través de la épica nacional, adecuada a la forma de balada, con su país como un todo. La danza estaba tan extendida —otra oportunidad para la elaboración de la música popular— que, en ciertas partes de España e Italia, se había incorporado la música a las ceremonias religiosas.

Las ocasiones en las que se interpretaba música solían ser actos públicos, interludios en los autos sacramentales, por ejemplo, o procesiones o la celebración de un tratado de victoria, de alianza o de paz; y muchos pueblos de cierta importancia empleaban una banda municipal de trompeteros, pífanos y tambores. En Amberes incluso se daban regularmente conciertos vespertinos. Pero también hay abundancia de testimonios que muestran que la música dentro de la casa era algo habitual. A partir de 1501 comenzó a aparecer la música escrita, mucha de ella dividida en libros independientes, de tal modo que cada instrumentista podía tener ante sí su propia parte; las dedicatorias que constan en ella hacen pensar que gran cantidad de esta musicografía, tanto vocal como instrumental, estaba pensada para casas privadas.

El ritmo de los cambios en el estilo y la pericia de la ejecución lo determinaban las orquestas y los vocalistas adscritos, como algo perfectamente natural, a las casas nobles. Había una gran competencia para conseguir los servicios de compositores e instrumentalistas. Los cantores en la corte pontificia de León X podían reclamar salarios tan altos, por lo menos, como los que se pagaban a los hombres de letras. Lorenzo de Médicis hizo levantar un cipo en la catedral florentina al músico «de la familia», Squarcialupi. Maximiliano

llegó a armar caballero al organista de cámara, Paul Hofheimer. De conformidad con el prestigio que alcanzaba la música entre las otras artes, cuando Leonardo le escribió una carta a Ludovico Sforza, de Milán, mediante la cual pretendía recomendarse a sí mismo, además de señalar su competencia como pintor, escultor e ingeniero militar, concedió especial relieve a su pericia como tañedor de laúd. El mismo León X compuso música, como también lo hizo Enrique VIII. Sería tedioso, desde luego, citar la lista de los príncipes y monarcas que podían tocar algún instrumento; ello solamente tiene importancia porque no había ninguno que supiera pintar o esculpir o —con la posible excepción de Lorenzo de Médicis, quien presentó un proyecto para la fachada inacabada de la catedral de Florencia— que tuviera capacidad alguna como arquitecto. La plétora de ángeles-músicos en el arte, la utilización de instrumentos musicales como asunto en el trabajo de intarsia, la Santa Cecilia de Rafael (hasta entonces un tema poco común), la existencia de academias de música, dedicadas tanto a la ejecución como a fomentar la discusión de grupos, en Siena y Roma, todos estos casos constituyen un recordatorio de la importancia de la música en una época que, retrospectivamente, se ha hecho famosa por las artes que fundamentalmente dependen del sentido de la vista.

En Italia, la música de cámara acentuaba sobre todo su carácter secular, si bien algunos príncipes manifestaban un gran interés por la música que se hacía en sus capillas. En otras partes, especialmente quizá en Hungría, Bohemia y España, se acentuaba más la música sacra, que, desde luego, continuaba siendo la especial provincia de la misma Iglesia. En Inglaterra estaba tan extendido el interés por una liturgia musicalmente compleja, incluso en las colegiatas de mediano tamaño, que Erasmo, el defensor de la vocalización infantil, se vio obligado a comentar de la música eclesiástica que: «Tienen tanta de ella en Inglaterra, que los monjes no se cuidan de nada más. Una serie de criaturas que deberían estar lamentando sus pe-

cados, se hacen la ilusión de que pueden complacer a Dios gorgoreando en sus gargantas.»

La tendencia a conseguir un tratamiento más armónico de la música en este período se evidencia en el aumento de tamaño de los coros, ya que ahora comenzó a depender mucho más del efecto conseguido por las voces conjuntadas. Así, además de la rivalidad musical intraeclesiástica, que conducía a que se birlaran los coristas unas iglesias a otras, había una creciente demanda de muchachos como cantantes. Los coros y músicos monásticos y parroquiales no se limitaban a interpretar música dentro de las iglesias y las capillas, sino que también marchaban en procesiones, salían a bendecir los ejércitos que partían a la guerra y a celebrar la llegada de los que regresaban. La música religiosa regular se completaba con coros e instrumentalistas apoyados por las cofradías legas, algunas de las cuales, como la cofradía de Nuestra Señora, en Amberes, eran lo bastante ricas para instalar órganos de su propiedad en las capillas que le estaban reservadas.

En resumen, por tanto, si tenemos en cuenta, ya sea la música secular, ya la sagrada, resulta que, al filo del nuevo siglo, había más individuos activamente ocupados con la música y más ocasiones de escucharla que en ninguna época anterior. Fue además uno de los grandes períodos formativos de la evolución del estilo musical; una evolución en la que dominaban la Francia septentrional y Holanda, con compositores tales como Ockeghem, Obrecht, Isaac, Mouton y Josquin des Prez y que afectaba a la composición musical en otros países gracias a las continuas migraciones de músicos y compositores y gracias también, aunque en menor medida, a la circulación de partituras impresas. El intercambio era particularmente fructífero entre Holanda e Italia. En Italia faltaban compositores de auténtica singularidad, mas su gran tradición instrumental constituía un estímulo para los músicos del norte, hasta entonces más orientados hacia la vocalización, y la existencia de centros tales como Milán, Florencia, Mantua, Ferrara y Urbino exhibían una más extensa

gama de mecenazgos que la que se podía conseguir en el Norte. Obrecht, Isaac y Josquin trabajaron una temporada en Florencia.

Los nombres y personalidades de los intérpretes, cantantes y compositores se conocían y discutían ampliamente merced a la imprenta, a la correspondencia de los humanistas interesados en la música y a la competencia entre las cortes y las iglesias. También había otros factores que contribuían a un fin similar; tales eran el mayor interés en la improvisación instrumental, el surgimiento de un discernimiento perito en materia de vocalización, para el cual el juicio sobre la calidad de una voz individual era materia de vehemente discusión. La muerte de Ockeghem, en 1495, no sólo fue llorada por sus colegas compositores en sus obras, sino también por Erasmo en un epitafio. Al igual que en las otras artes, había un intento consciente de romper con las tradiciones anteriores, en particular con el canto gregoriano, tan profundamente enraizado, con el principio de la composición sucesiva (opuesta a la composición polifónica, en la que se imaginaban las partes simultáneamente) y con la subordinación del sentido de las palabras a las pautas musicales. Contra este trasfondo de la novedad anhelada se perfilaban los compositores en vigoroso relieve, como sucede en una carta italiana en la que se compara a Isaac con Josquin des Prez y se sitúa al primero en mayor consideración porque «compone cosas nuevas más a menudo». Las discusiones entre los teóricos ayudaban a mantener la idea de la música como forma artística en evolución. La que tuvo lugar entre el español Bartolomé Ramos de Pareja y Franchino Gaffurio, catedrático de música en Milán y director de la orquesta de la catedral, fue acompañada de una toma de partido generalizada, especialmente cuando la polémica descendió al nivel del agravio personal al acusar Ramos a Gaffurio no sólo de ser un bastardo y borracho, sino de tener la voz de un cuervo.

El interés, la oportunidad, los viajes continuos, la imprenta; todos éstos son los factores que ayudan a comprender la rapidez de difusión que al-

canzó uno de los principales avances de la época: la composición en función de los acordes y no de las ligaduras que se añadían sucesivamente. Pero la creación de una estructura armónica también dependía de dos cosas más: la primera era la invención de la partitura musical, que comenzó a usarse hacia los años de 1480; la segunda, la nueva libertad que Ramos ofrecía a los compositores en aquel mismo tratado controvertido, *De musica tractatus* (Tratado de música), de 1482, al recomendar con ahínco que las terceras y las sextas se considerasen como consonantes, siendo ésta una sugerencia que el oído se había negado a aceptar hasta entonces, basándose en la influencia que ejercía la mente tras haber aceptado un argumento puramente matemático. Y todavía quedaba otro gran adelanto que contribuía al florecimiento de la estructura armónica; tal era la utilización de la música para expresar toda la gama de la experiencia humana, haciendo que el significado de las palabras determinara el sistema.

Los utópicos, como de costumbre, estaban en el carro del progreso. «Toda su música —escribía Moro—, ya proceda de algún instrumento, ya sea interpretada por voz humana, de tal modo refleja y expresa los sentimientos naturales, de tal modo adecua el sonido al asunto (ya sea afligido, triste o furioso) y representa el contenido por la forma de la melodía que afecta, penetra e inflama maravillosamente los espíritus de los que escuchan.» En lo que se refiere a la canción, no era éste ningún principio nuevo. Las canciones de taberna de los estudiantes nunca habían sonado como cantos fúnebres; y a los utópicos ya se les habían adelantado Josquin y Ockeghem, quienes habían llevado la formulación de los sentimientos naturales hasta las más altas cimas de la polifonía compleja. La combinación de una partitura para voces —lo que posibilitaba oír las palabras claramente y orientarse a su significado literal musicalmente— con un sistema de acordes —que subrayaba el significado emotivo de aquéllas—, contribuía a hacer de la música el medio más satisfactorio de todos los que intentaban reflejar la experiencia

humana en tanto que obedeciendo a leyes formales. Desde la broma secular de hacer que las voces rebuznaran como asnos o que los instrumentos imitaran a los pájaros, a los grillos o a las mujeres parlanchinas, hasta la nueva elocuencia con la que se reflejaban los temas de la devoción popular, los sufrimientos de la cruz, las congojas de la Virgen, las tribulaciones de Job, resulta esencial considerar la nueva adaptabilidad de la música si se quiere comprender la función social de la cultura de últimos del siglo XV y principios del XVI.

La música no evolucionaba aisladamente, sino que tenía vínculos evidentes con la enseñanza y las otras artes, evidenciados a través de la naturaleza de los programas de estudios universitarios, la existencia de profesores amantes de la música y de músicos-pintores. La emotividad de la música quizá reflejara el anhelo de una religión más personal. Y la insistencia en que la música siguiera el significado traducía casi con certeza el empeño de los humanistas por establecer propiamente los textos, así como su conocimiento de que la música griega estaba perfectamente adecuada a los poemas que contenía. Imaginándose el efecto que produciría una partitura considerada como un todo en lugar de una acumulación de detalles, los compositores se ponían al pairo con la práctica de los pintores y los escultores. Los vínculos resultan más difíciles de identificar que de intuir, pero no cabe duda de que, en la medida que los hombres habían comenzado a pensar en la «cultura», en sus relaciones con los productos de un cierto número de formas de expresión creativa, ello estaba determinado primariamente por la música. Desde un punto de vista numérico había más hombres y mujeres que oían y hacían música de los que se podían contar en las otras artes. Cualitativamente, el efecto real de la música sobre el individuo parece haber sido más grande. El hombre «universal» estaba inclinado, por educación, a mantenerse al corriente de todas las artes y de la cultura como un todo, pero es más verosímil que fuera a través del laúd, y no del cepillo o del cincel, donde él obtuviera una experiencia prác-

tica de los problemas formales y técnicos que todas las artes avanzadas tenían en común.

2. EL TEATRO

El teatro cedía solamente ante la música en cuanto al número de personas a las que afectaba y por cómo las conmovía. La gama de espectáculos dramáticos era amplia. En un extremo de la escala se encontraba el monólogo teatral, esto es, un único actor que contaba una historia, o daba un sermón burlesco o representaba una variedad de personajes y voces en lo que venía a ser una obra teatral de un sólo actor. En el otro extremo se encontraba el espectáculo callejero, que podía provocar transformaciones de la vía pública y las plazas, así como emplear a una cantidad considerable de la población en calidad de comparsa. Del mismo modo que mantenían orquestas, los personajes poderosos tenían también conjuntos de actores, habitualmente pequeños, de cuatro a diez personas. Al igual que hacían con las orquestas, los poderosos podían prestarse los conjuntos unos a otros, o enviarlos como espectáculo a las bodas, cual fue el caso de los actores que Enrique VII envió a Edimburgo para el casamiento de Jacobo IV en 1503. Por regla general, su tarea consistía en representar piezas cortas, a modo de «interludios» entre los actos sucesivos de aquel entretenimiento característico, la proto-máscara, en la que los miembros de la corte, o del palacio patricio, representaban una historia alegórica, normalmente de amor y, a veces, de carácter político.

Desde un punto de vista numérico, en estas obras «reales» (esto es, situaciones que se expresaban, sobre todo, en forma de diálogo), había más actores aficionados que profesionales, y si a ellos añadimos el número de los que tomaban parte en los espectáculos, en los que, si bien se producía poco diálogo, había una fuerte tendencia a la mímica, a la despersonalización o a la conciencia de formar parte de una historia, el paralelismo con la música se hace evidente. El

teatro era un arte que, en todos los órdenes de complejidad, contaba con un alto nivel de seguridad en sus métodos. Las obras «reales» comprendían los misterios, que aún eran muy populares, basados fundamentalmente en historias de la Biblia o vidas de santos, pero que, con el fin de provocar un efecto cómico, incorporaban por lo general una gran cantidad de asuntos y diálogos de la vida diaria. Las moralidades eran cada vez más populares y, normalmente, constituían variaciones sobre el tema de la elección humana entre la virtud y el vicio, aunque a veces se basaban en un elemento más extremo de narración, tal como la historia de la paciente Griselda o de la virtuosa Blancaflor, quien se cortó las manos antes que casarse con su padre. También eran populares las farsas, que se podían adaptar con más facilidad a la sátira y a la inclusión de referencias a asuntos del tiempo.

Las obras latinas, generalmente comedias realizadas siguiendo el modelo de Terencio, las hacían los aficionados en las universidades y en las cortes humanistas. Ninguna de ellas alcanzó perdurable valor, si bien no se puede decir lo mismo de la comedia secular basada en los mismos modelos. *La Mandrágora*, de Maquiavelo (1518), es la primera obra teatral europea que combina satisfactoriamente la construcción con los personajes de carne y hueso, y en la que la sátira, dirigida principalmente contra la burguesía y la Iglesia —si se dejan de lado algunas referencias locales—, se manifiesta en un diálogo que aún hoy día tiene vigencia. *La Mandrágora* es una obra sorprendentemente independiente de cualquiera fuente clásica específica, por más que la división de los actos, así como parte del mecanismo sobre el que se monta la trama y uno o dos de los personajes, se hayan tomado prestados de Plauto. A fin de ver en qué medida se modernizaban los modelos clásicos, adaptándolos a los tiempos que entonces corrían resulta más interesante considerar la otra obra de este autor, *Clizia*, escrita un poco más tarde, puesto que si bien se hallaba basada manifiestamente en la *Casina* de Plauto. el tono es de

1506, el año en que la sitúa Maquiavelo. Además, la obra es un magnífico ejemplo de la creencia del autor de que «el fin de una comedia es constituirse en espejo de la vida doméstica». Ninguna otra fuente proporciona un resumen tan realista de la vida diaria de un burgués florentino del siglo XVI como el parlamento de Sofronia, en el que ésta lamenta el entusiasmo de su marido por una joven.

«Cuaquiera que hubiese conocido a Nicómaco hace un año y le viera hoy no podría dejar de asombrarse por el gran cambio que ha sufrido. Acostumbraba a ser digno, responsable, sobrio. Pasaba el tiempo aprovechadamente: se levantaba por la mañana temprano, oía misa, encargaba la comida del día y luego se ocupaba de los negocios que tuviera en la ciudad, en el mercado o en los despachos de los magistrados. Si no tenía ninguno, discutía acerca de algún tema importante con unos pocos amigos, o se encerraba en su estudio para revisar o poner al día sus cuentas. Después comía alegremente con su familia y, tras la comida, hablaba con su hijo, le daba consejos, le enseñaba a comprender la naturaleza humana, le ayudaba a vivir, en una palabra, con imágenes del presente y del pasado. Luego salía y pasaba el resto del día ora en los negocios, ora en algún entretenimiento sobrio y respetable. Con la oscuridad llegaba todos los días a casa, permanecía un rato con nosotros, junto al fuego si era invierno, y luego se iba al estudio a trabajar en sus asuntos. Tres horas después de la puesta del sol cenaba en el mejor de los humores... Mas desde que esa muchacha se le ha metido en la cabeza, ha abandonado sus negocios, sus cultivos decaen, su comercio se arruina. Se pasa el día criticando sin saber por qué. Entra y sale de casa mil veces al día, sin que sepa qué es lo que quiere hacer, y a la hora de las comidas no está nunca. Si se le habla, no contesta, o su contestación es completamente disparatada. Al ver esto, sus criados se ríen de él y su hijo le ha perdido todo el respeto.»

En *Clizia*, como en las primeras obras de Ariosto y en la *Calandria*, de Bibbiena, el conocimiento

de la comedia clásica ayuda a darle consistencia a la estructura dramática, y proporciona sugerencias acerca de cómo conseguir que una anécdota se adapte a la duración y variedad de personajes que requiere una obra teatral (las anécdotas eran el meollo de las numerosas *novelle* que, desde los días de Boccaccio, habían ejercido una gran influencia sobre la farsa italiana). Mas la necesidad de interesar al público por lo contemporáneo y familiar era, al menos, tan fuerte como el deseo de adularle con la reminiscencia de lo clásico, y esta presión a favor del realismo se puede observar en todas las formas del teatro. Aún era fuerte el anhelo de alegorías y moralizaciones, mas cuando Enrique VIII se levantó impacientemente en el transcurso de una moralidad interpretada por sus propios actores «y se dirigió a su cámara», estaba haciendo un gesto que simbolizaba el deseo de presenciar un teatro que fuera más un espejo de la sociedad que una traducción de un debate abstracto desde el púlpito o desde el aula de dialéctica. Y la exigencia no era solamente de realismo psicológico; los públicos que, durante generaciones, se dieran por contentos aceptando un árbol en el lugar de una selva, una fuente en el de un jardín de los placeres y un rudimentario castillo en el de un reino completo, ahora exigían, y lo conseguían, escenarios que trataban de reflejar las incidencias físicas de la vida.

Allí donde se podían conseguir artesanos capacitados, artistas y dinero, se empleaban decorados pintados y máquinas escenográficas complejas para crear escenificaciones que simulaban perfectamente la ilusión, añadiendo con ello al placer del reconocimiento el ejercicio de la imaginación. Al igual que la música, el teatro estaba refinando sus propias reglas y dando un paso hacia la creación de su público. Tal público alcanzaba las más altas cifras de asistencia en los misterios. El número de asistentes a una representación de un maratón entre los romanos de Trudias, en 1509, fue de 4.780 el primer día, 4.220 el segundo y casi 5.000 el tercero. Ya era posible realizar una escenografía para los misterios con máquinas que po-

dían izar de una sola vez a grandes grupos hacia el paraíso, y otras que podían imitar la lluvia a las bocas del infierno con llamas reales. Los figurantes, embutidos en huesos y entrañas, añadían un *frisson* a las muertes en la hoguera, y en un misterio en Bourges, en el que aparecían figuras de la mitología clásica, el vestido de Proserpina estaba confeccionado de tal manera que sus pechos no solamente rezumaban sangre, sino que, de vez en cuando, emitían destellos. A este mismo fin se hacían ensayos de los misterios aurcos con el fin de conseguir un alto nivel de interpretación, y los clérigos obtenían permiso para dejarse crecer la barba, mientras preparaban sus papeles.

Las rápidas alternancias entre los momentos trágicos y los obscenos en los misterios, que habían sido un rasgo tradicional en ellos y que daban por supuesto un público emocionalmente transitorio, en el cual las lágrimas y las carcajadas podían alternar rápida y naturalmente, permitían concebir muy pocas esperanzas a favor de un realismo psicológico; el mayor efecto residía en los fines. No obstante, había una tendencia a clarificar la acción incluyendo más diálogos en menos escenas, desarrollando los personajes de un modo más vívido y dejando de lado lo meramente grotesco o milagroso. En 1486, por ejemplo, Jehan Michel acometió la tarea de modernizar una versión primitiva de la pasión de Angers. Cercenó las escenas del Antiguo Testamento, eliminó una en la que se discutía el contenido de la salvación (como demasiado complicada y escolástica) le añadió sabor al personaje de Judas, haciéndole matar a su padre y casarse con su madre, así como sentimiento a la Magdalena. Después de haberse informado, entre los que ya han visto a Jesús, acerca de su edad, complexión y color de ojos, la Magdalena decide seducirle y va a escucharle con su atavío más sugestivo. Tras haber tratado de atraer su atención, sucumbe al hechizo de sus palabras y de su mensaje y, movida por el arrepentimiento y el sentimiento de culpa, se deshace en lágrimas. Al describir la Pasión de Alsfeld (1501), similar a ésta, Kuno Franke escribía que

«con personajes y escenas como ésta, vemos que la leyenda cristiana se halla plenamente aclimatada a la vida en la ciudad alemana... y se ha convertido en la expresión perfecta de la experiencia del ciudadano medio de estos días»[1].

La organización de misterios estaba, por lo general, en manos de los ciudadanos, aunque los podían escribir o modificar los clérigos cultos. Se suponía que todos los miembros de los gremios o de las profesiones, responsables de algunas escenas particulares o de series de episodios, ayudarían a pagarlos. El momento de su representación, por lo común una vez por año, dependía también de determinadas situaciones en las que hubiera necesidad de estimular el sistema de sentimientos locales: la necesidad de interceder a causa de la lluvia, de rezarle a Dios para que mantuviera alejada a la peste o para dar gracias por la cosecha. Sin embargo, lo que mayormente afectaba al ritmo de la revisión y a la naturaleza de los ciclos que se componían era, probablemente, la existencia de textos impresos que alcanzaban amplia lectura. Ahora se podían establecer comparaciones y superar la tradición para satisfacer la demanda de un realismo modernizado, que resultaba difícil de conseguir mientras los textos fueron manuscritos casi sagrados encerrados en los cuarteles generales de los gremios.

A medio camino entre la procesión o cabalgata y los ciclos de misterios se encontraban los espectáculos callejeros, que eran un pasatiempo teatral que utilizaba zonas enteras de la ciudad como escenarios. En una procesión, los participantes no hacían otra cosa que exhibirse espléndidamente ellos mismos y los espectadores eran simples mirones. En el espectáculo callejero, si bien había poco diálogo sobre las tablas —montadas sobre los brocales planos de los pozos a lo largo de las vías públicas, o en las esquinas—, y aunque la alegoría y el discurso formal tenían una gran importancia, la actividad era más genuinamente tea-

---

[1] *Personality in German Literature before Luther* (Harvard, 1916), pág. 137.

tral, en cuanto que los que participaban representaban a alguien que no era ellos mismos, y los mirones, al tener que pasar de un cuadro a otro, se veían obligados a hacer un ejercicio de imaginación bastante distinto del que se realizaba mirando a los patricios y obispos durante los desfiles. Mayores similitudes podían descubrirse con el carnaval, porque en tales ocasiones, el anhelo de ponerse un disfraz —especialmente fuerte en culturas con un exigente código moral y una estructura de clase estrictamente diferenciada— estaba abierto no sólo a los que formalmente se acomodaban en los carros del espectáculo callejero, sino a otros muchos, siendo éste un privilegio que la autoridad concedía a regañadientes, pero que, una vez concedido, como el *Schembartlauf* anual en Nuremberg, era defendido sañudamente. En parte a causa de la policía (ya que, por otro lado, las máscaras y el atuendo no característico se asociaban con lo delictivo) y en parte porque se ponían en escena para agasajar a un dignatario visitante, lo cierto es que los espectáculos callejeros eran asuntos decorosos y que la gran mayoría de la población tenía que contentarse con ver únicamente a los actores y actrices provistos de disfraz, aunque bastara para generar una afición por el teatro.

Por tanto, desde las obras latinas de toga, interpretadas ante auditorios selectos, en las que incluso los mismos príncipes podían tomar parte, como lo hizo el emperador Maximiliano y su sucesor Carlos, hasta los misterios y los espectáculos públicos, una gran cantidad de personas que encargaban o que simplemente se deleitaban ante las pinturas y las esculturas, junto a los mismos artistas, estaban familiarizados con alguna forma de espectáculo teatral.

3. EL ARTE

En cierto sentido, la conexión entre los artistas y el teatro era inmediata. Andrea del Sarto pintaba decorados teatrales, Leonardo hacía diseños

para los espectáculos públicos, Pontormo decoró algunos de los carros triunfales con los que Florencia celebró la noticia de la elevación de Juan de Médicis al Papado, como León X en 1513. El eminente escultor Rollinger dirigía el misterio de la pasión que se celebraba dos veces al año en Viena. La xilografía del arco triunfal de Durero era la copia de un llamativa escala de arcos construidos especialmente para que los visitantes potentados recibieran las alocuciones de bienvenida.

Menos mediata era la conexión entre el teatro y el efecto general que producían las artes plásticas. Por lo menos podía establecerse una comparación entre los *tableaux vivants* de actores, que posaban sobre un fondo disperso a lo largo de la ruta de un espectáculo público y la manera como los pintores situaban a sus personajes en un espacio cerrado; así, en la Anunciación, el nacimiento de la Virgen o la última cena. El sentido de lo unitario y lo cerrado era muy parecido. Es bastante probable que el sentido de la unidad del escenario hubiera pasado originariamente de la pintura a las tablas, pero también es posible que el interés por el realismo psicológico hubiera seguido el camino inverso, esto es, que a los pintores les hubieran ayudado los actores, presenciando una obra, a expresar el temor, la angustia o la expectación. Quizás un vínculo más importante fuera la actitud no de aquellos que las producían, sino de los que pagaban las obras de arte. Prácticamente todo el mundo, ya fuera rico, gremio o patricio, estaba acostumbrado a ver a los hombres actuando en el marco familiar de las historias de la Biblia, las vidas de los santos o en las moralidades y las farsas seculares; también lo estaban, en efecto, a considerar atentamente los cuerpos reales, en reposo o en movimiento, como en una obra de arte que hubiera sido activa. Al pasar del escenario teatral al pintado hubieran podido exigir que las figuras fuesen vívidas; además, estaban en situación de comprender la intención del artista si aquél hubiera sido su fin, ya que el teatro les habría ayudado a romper con la idea de que había que mirar desde diferentes puntos de vista a las

figuras pintadas y a las personas reales. Y la ruptura de esta idea le permitía al ojo del mecenas seguir las intenciones del artista cuando éste dejaba de lado la imitación directa de la vida a favor de la idealización o de la deformación deliberada. Cualesquiera que fueran los otros motivos que subyacían en el tratamiento que el artista hacía de la figura humana —el deseo de imitar la descripción de una pintura antigua, la preocupación por la musculatura, la reacción contra un predecesor o un rival, o el deseo de elaborar mediante la selección la figura perfecta y, por tanto, irreal— unos compradores visualmente entrenados por el teatro le estimulaban a seguir su genio.

Merece la pena recordar la capacidad de la música para mover a los hombres al llanto y la paciencia de los intérpretes de misterios (tres días no eran una duración excepcional para un ciclo), habida cuenta de que los testimonios que se conservan de respuesta directa a las obras de pintura son escasos. Cierto es que la reacción de De Beatis al ver la pieza del altar de Van Eyck en Gante fue de entusiasmo: «Este cuadro, hecho al óleo, está ejecutado con tal perfección y viveza, hay una armonía tan grande entre las partes, los matices de la carne están tan bien reflejados, que uno puede decir, sin duda alguna, que ésta es la mejor obra de la Cristiandad.» Pero también es cierto que era una reacción excepcional. Celtis ignoraba la escultura y la pintura de su descripción de la propia ciudad de Durero. Maquiavelo no dice nada de su conciudadano Leonardo ni de ningún otro artista.

Que la pintura podía provocar efectos comparables a los de la música se puede inferir de las invectivas de Savonarola contra los retratos de escenas religiosas en los cuales la belleza física suscita sentimientos no espirituales. Es posible que, bajo su influencia, se enjalbegaran los desnudos de Pollaiuolo en Arcetri. Dentro del mismo espíritu. Erasmo recomendaba en la *Educación de un príncipe cristiano* «que los artistas deben representar a un príncipe en el atavío y modo que conviene a un príncipe prudente y serio... Las cámaras principescas deben adornarse con pinturas edifican-

tes... en lugar de aquellas que inculcan la licencia, la vanagloria o la tiranía.» Y Cortese, al hacer su descripción acerca de cómo debía vivir el cardenal ideal, subrayaba que en su dormitorio debían colgar únicamente cuadros que le proveyeran de algún tema virtuoso de meditación en cuanto abriera los ojos.

El orgullo cívico era una fuente de interés general para las artes. Cristoforo Landino atribuía en 1481 a los pintores y arquitectos de Florencia el origen de la gran reputación de la ciudad. Félix Faber, al hablar acerca de una nueva iglesia en su descripción de Ulm, su propia ciudad, señalaba con orgullo que «es más grande que cualquier iglesia de París... y más majestuosa que muchas catedrales», y aunque no se atreve a compararla con Santa Sofía en Constantinopla, sin embargo, «nuestra iglesia es más bella que todas las otras». Y seguía citando otra razón por la cual la iglesia era única: «Hay aquí más altares que en todas las otras iglesias parroquiales, porque tiene 51 altares, todos bien provistos y plenamente particularizados; y, además, están equipados no por príncipes o extraños, sino por los mismos ciudadanos de Ulm.»

Este sistema de atribuir las capillas y los altares a familias aisladas o a gremios y cofradías legas contribuyó en gran medida a extender el interés por los cuadros y las esculturas con las que se les dotaban. El mecenazgo no estaba restringido al clero responsable de una iglesia particular, sino que se extendía ampliamente por toda la comunidad, desde los patricios a los artesanos. En algunos lugares se hacía responsables a los gremios del mantenimiento de las iglesias, de su ornamentación y reforma y, dado que los oficiales de los gremios acostumbraban a servir según un sistema de turnos (rotativo), ello ampliaba el número de los que tenían que tomar decisiones relativas a las obras de arte. Es posible que las comisiones municipales educaran el gusto público, como sucedió en el caso de la antecámara del Gran Consejo de Venecia en 1480; al estar abiertas a veces estas comisiones a la competencia pública

(el diseño de la fachada de la catedral florentina de 1489 es un ejemplo de ello) se ofrecía una nueva ocasión para comentarios y discusiones generales.

Los mismos talleres, aunque fueran empresas familiares, empleaban jóvenes forasteros que deseaban llegar a ser pintores o escultores, y actuaban como un estímulo para mantenerse al ritmo a que se producía el cambio. Además, si bien algunas obras estaban destinadas a casas privadas, retratos en su mayoría, pero también, y cada vez más, otros temas, en especial mitológicos, como el *Nacimiento de Venus y Primavera,* de Botticelli, ésta era aún una época en que las obras de arte, aunque fueran de *avant garde,* se exponían generalmente ante el público en las iglesias, edificios públicos y en los patios de los palacios, casi públicos, de los ricos. La novedad del estilo de un artista como Botticelli nunca quedó exclusivamente reservada a la consideración de los coleccionistas. Todos los artistas tenían también trabajo en el sector público. En una ciudad del tamaño de Florencia se conocía bien a los artistas y a sus ayudantes, sus mecenas eran figuras familiares, tema de murmuración política o personal, y las obras de arte se pintaban o se instalaban en algún lugar donde todos las pudieran ver. Hay otro aspecto que conviene señalar. Esta era una época en la que los que no podían permitirse el lujo de comprar cuadros, podían adquirir xilografías v grabados, especialmente de las imprentas de Holanda, Alemania e Italia. Los grabados podían ser caros; así, por ejemplo, algunos de los grandes de Lucas van Leyden costaban un florín de oro cada pieza. Algunos grabados los compraban, sin duda, los otros artistas; así, las xilografías del Apocalipsis de Durero influyeron en los pintores de Francia, de Italia e, incluso, de Rusia; y a él, a su vez, le influyeron los grabados de Schongauer y Jacopo de Barbari. No cabe duda de que algunos estarían clavados en la pared, como si fueran iconos, sustitutos baratos para los crucifijos de madera o los santos tallados, más bien que como obras de arte; muchos, desde luego, no aspiraban a un fin

más estético. Pero las estampas se vendían en grandes cantidades y también ayudaban a modernizar el sentido de la pintura y propagaban la familiaridad con los estilos contemporáneos, como en los xilografías que reflejaban el estilo de Botticelli y Domenico Ghirlandaio, que se vendían en Florencia en gran cantidad. Como se originaban al margen del sistema normal de mecenazgo, debían de representar las intenciones de los artistas de un modo libre y personal, sólo sobrepasado (ya que tenían que ser vendibles) por el dibujo que el artista tenía por hacer o el que le servía de base para un cuadro. A pesar de todo ello, y aún aceptando que había unos gustos establecidos para los que los artistas producían (el amor por la violencia, en virtud del cual se producían xilografías de matanzas y monstruos, el pietismo que durante algunos años satisfizo mecánicamente el Perugino), resulta verosímil que incluso en centros artísticos tales como Florencia, Amberes o Viena, el número de personas susceptibles de conmoverse realmente ante un cuadro u otra obra de arte por sí mismos era más reducido que el de aquellos a los que se podía afectar por medio de la música o el teatro. Por otro lado, el grado de familiaridad con lo que se estaba realizando demuestra que los artistas trataban con un público tolerante, capaz de valorar en lo que merecían el cambio estilístico y la excentricidad personal. El período de 1480 vio cambios fundamentales en la pintura, escultura y arquitectura de Italia, Francia, Alemania y Holanda, cambios significativos en Inglaterra y España y, al menos, cambios aislados en Polonia y Rusia. Cierto que no había vandalismo virtual ninguno, ni tampoco clamor público. No se sabe qué cuadros (si es que hubo alguno), dibujos o grabados perecieron en las hogueras por la vanidad de Savonarola. En todo caso, la protesta iba contra los temas lascivos, no contra la novedad de estilo.

El tema ayudaba a la aceptación de las obras de arte en los lugares públicos. Cambiaba el tratamiento pero los asuntos —santos y natividades en las iglesias, alegorías y retratos políticos en los

ayuntamientos— seguían siendo los mismos. Para las casas de los aficionados particulares se pintaban escenas de la historia antigua y de la mitología. Si bien es cierto que en las ciudades de Italia y del sur de Francia se podían ver sarcófagos y otros fragmentos de la estatuaria romana y que cualquiera que fuese en peregrinación a Roma podía ver la colección de escultura clásica del Capitolio que Sixto IV había abierto al público, la poca frecuencia de los grabados y la ausencia de las pinturas verdaderamente chabacanas sobre temas clásicos parece demostrar que únicamente los acomodados se decidían a encargar tales temas. Verdad es que si bien había poco en el dominio público que conmoviera a través de su tema, tampoco se planteaba nada significativamente nuevo a la inteligencia. Lejos de abandonar el contenido simbólico del arte medieval, el creciente dominio del realismo entre los pintores del siglo XV hizo que se llegara a una utilización más exacta y compleja de los símbolos. No hay obra medieval que incluya tantos objetos simbólicos como el grabado de Durero *Melancolía,* ni tampoco que contenga tantas significaciones como las que se puedan hallar en la *Ultima Cena,* de Leonardo. Pero debido a que una técnica realista ocultaba el símbolo y la alegoría dentro de un escenario aparentemente naturalista, resultaba posible disfrutar del resultado sin que se mezclara el sentimiento de que se había atentado contra la cultura o la ingenuidad. Tampoco era aquél un público incapaz de no ver otra cosa que lo superficial en la pintura. En los sermones se utilizaba con frecuencia la cuádruple interpretación de la escritura: literal, alegórica, moral y mística. Al percibir que Leonardo había dividido a los apóstoles en cuatro grupos alrededor de Cristo, no solamente los monjes que comían en el refectorio del monasterio de Santa María de las Gracias, donde había sido pintado, recordarían el múltiple significado de las palabras de Cristo al referirse al pan y al vino ante él, sino que este modo de ver la pintura podía ser el de muchos de los visitantes. La idea de que la salud del hombre estaba determinada por otra fórmula

cuádruple estaba tan extendida que muchos deducirían de ella otra significación, la de los grupos que representaban la cólera, la flema, la sanguinidad y la melancolía, que sólo podían conciliarse en el hombre perfecto[2]. Por otro lado, la pintura conseguía sus mejores resultados al reflejar aspectos de la vida o al convertirse en registro de acontecimientos.

La juvenil apariencia de la Virgen en la *Pietá* de Miguel Angel no sorprendería a aquellos que acudían a adorarla a San Pedro. Estaban acostumbrados, a través de los sermones, de la adoración ante el sagrario y de las pinturas anteriores, a relacionar el nacimiento de Cristo con su muerte y su promesa sacramental, que constituía la totalidad de su encarnación. La juventud de la Virgen sólo era un modo particularmente conmovedor de relacionar el comienzo y el fin de la más narrada de todas las historias. Y en la cercana Capilla Sixtina, la pintura de Miguel Angel sobre la creación de Eva no se veía como un «acontencimiento», sino como un paso en el proceso que llevaba inevitablemente a Dios a crear a la «nueva Eva», la Virgen, que permitiría a Dios volver a entrar en su creación para darle la posibilidad de la salvación. La idea de que los acontecimientos del Viejo Testamento prefiguraban y anunciaban los del Nuevo era un tópico de los sermones y de la literatura devota y había recibido amplia circulación a través de libros ilustrados tales como la llamada *Biblia del pobre* y el *Espejo de la salvación humana.* Esto no quiere decir que el peregrino medio hubiera captado la naturaleza del compromiso personal de Miguel Angel o del programa intelectual que le ayudaba a dar una unidad visual al esquema celestial como un todo. Sin embargo, es probable que el dominio de las técnicas naturales combinadas con la costumbre de suponer que cualquier cosa podía sustituir a otra, ya fuera como un símbolo (el conejo era el de la sensualidad), ya como una personificación (David, como el valor movido

---

[2] Recojo los puntos de vista de Edgard Wind en un artículo publicado en *The Listener* (8 de mayo de 1952).

ayuntamientos— seguían siendo los mismos. Para las casas de los aficionados particulares se pintaban escenas de la historia antigua y de la mitología. Si bien es cierto que en las ciudades de Italia y del sur de Francia se podían ver sarcófagos y otros fragmentos de la estatuaria romana y que cualquiera que fuese en peregrinación a Roma podía ver la colección de escultura clásica del Capitolio que Sixto IV había abierto al público, la poca frecuencia de los grabados y la ausencia de las pinturas verdaderamente chabacanas sobre temas clásicos parece demostrar que únicamente los acomodados se decidían a encargar tales temas. Verdad es que si bien había poco en el dominio público que conmoviera a través de su tema, tampoco se planteaba nada significativamente nuevo a la inteligencia. Lejos de abandonar el contenido simbólico del arte medieval, el creciente dominio del realismo entre los pintores del siglo XV hizo que se llegara a una utilización más exacta y compleja de los símbolos. No hay obra medieval que incluya tantos objetos simbólicos como el grabado de Durero *Melancolía,* ni tampoco que contenga tantas significaciones como las que se puedan hallar en la *Ultima Cena,* de Leonardo. Pero debido a que una técnica realista ocultaba el símbolo y la alegoría dentro de un escenario aparentemente naturalista, resultaba posible disfrutar del resultado sin que se mezclara el sentimiento de que se había atentado contra la cultura o la ingenuidad. Tampoco era aquél un público incapaz de no ver otra cosa que lo superficial en la pintura. En los sermones se utilizaba con frecuencia la cuádruple interpretación de la escritura: literal, alegórica, moral y mística. Al percibir que Leonardo había dividido a los apóstoles en cuatro grupos alrededor de Cristo, no solamente los monjes que comían en el refectorio del monasterio de Santa María de las Gracias, donde había sido pintado, recordarían el múltiple significado de las palabras de Cristo al referirse al pan y al vino ante él, sino que este modo de ver la pintura podía ser el de muchos de los visitantes. La idea de que la salud del hombre estaba determinada por otra fórmula

cuádruple estaba tan extendida que muchos deducirían de ella otra significación, la de los grupos que representaban la cólera, la flema, la sanguinidad y la melancolía, que sólo podían conciliarse en el hombre perfecto[2]. Por otro lado, la pintura conseguía sus mejores resultados al reflejar aspectos de la vida o al convertirse en registro de acontecimientos.

La juvenil apariencia de la Virgen en la *Pietá* de Miguel Angel no sorprendería a aquellos que acudían a adorarla a San Pedro. Estaban acostumbrados, a través de los sermones, de la adoración ante el sagrario y de las pinturas anteriores, a relacionar el nacimiento de Cristo con su muerte y su promesa sacramental, que constituía la totalidad de su encarnación. La juventud de la Virgen sólo era un modo particularmente conmovedor de relacionar el comienzo y el fin de la más narrada de todas las historias. Y en la cercana Capilla Sixtina, la pintura de Miguel Angel sobre la creación de Eva no se veía como un «acontencimiento», sino como un paso en el proceso que llevaba inevitablemente a Dios a crear a la «nueva Eva», la Virgen, que permitiría a Dios volver a entrar en su creación para darle la posibilidad de la salvación. La idea de que los acontecimientos del Viejo Testamento prefiguraban y anunciaban los del Nuevo era un tópico de los sermones y de la literatura devota y había recibido amplia circulación a través de libros ilustrados tales como la llamada *Biblia del pobre* y el *Espejo de la salvación humana*. Esto no quiere decir que el peregrino medio hubiera captado la naturaleza del compromiso personal de Miguel Angel o del programa intelectual que le ayudaba a dar una unidad visual al esquema celestial como un todo. Sin embargo, es probable que el dominio de las técnicas naturales combinadas con la costumbre de suponer que cualquier cosa podía sustituir a otra, ya fuera como un símbolo (el conejo era el de la sensualidad), ya como una personificación (David, como el valor movido

---

[2] Recojo los puntos de vista de Edgard Wind en un artículo publicado en *The Listener* (8 de mayo de 1952).

por un sentimiento de justicia), ya como una alegoría (la pluma roja de jilguero en la mano del Niño Jesús como una anticipación de la sangre de la pasión) llevaba a un arte religioso más significativo que el precedente. Se proveía a la necesidad de identificación a través del realismo psicológico sin abandonar el temperamento místico que buscaba significados cada vez más profundos bajo la mera apariencia.

El arte auténticamente esotérico estaba restringido exclusivamente a Italia, era secular (los cuadros del Bosco son un raro ejemplo de una visión minoritaria, posiblemente «secreta», de la religión que encuentra expresión visual) y fuera del dominio público. El interés humanista en los textos extraños, en las *curiosidades* jeroglíficas y herméticas, condujo a una proliferación de imágenes que sólo los muy elaborados podían entender, esto es, los que podían distinguir la referencia clásica o ver la adecuación de una imagen a un individuo concreto. Por lo general, tales obras eran medallas o broches que se intercambiaban entre amigos. Surgían naturalmente, aunque de modo antiguo, de la costumbre heráldica de expresar la esencia de un individuo con un penacho y un lema.

Estos diseños no quedaban al arbitrio de un escultor o un artífice. Por supuesto, con pocas excepciones tales como el ejercicio técnico de la cabeza de la Medusa, atribuida por Vasari a Leonardo, o el «falso» Cupido antiguo, atribuido al joven Miguel Angel, todas las pinturas y esculturas eran resultado de encargos directos. Los monasterios, las cofradías, los gremios, los consejos municipales y los individuos encargaban obras de arte por contrato, salvo que el artista estuviera empleado permanentemente por el mecenas. Por lo general, era éste quien especificaba el precio, los materiales que había que utilizar, el tamaño de la obra, el tiempo en el que tendría que estar terminada y el tema. A veces, las condiciones eran vagas, nombrando apenas (por ejemplo) los santos que habían de entrar en un retablo de altar; de vez en cuando, como sucedió con el contrato de Ghirlandaio para los frescos de Santa María Novella, para la fami-

lia Tornabuoni, se determinaba más metódicamente el tema. Raramente se encuentra alguna referencia a algún esbozo preparatorio que había de seguir el trabajo terminado o a otra pintura a la que había de parecerse. Lo que resultaba particularmente interesante en relación con estos contratos es que, en tanto que acentúan la dependencia económica del artista respecto al mecenas (a menudo se pide un adelanto para comprar colores caros y casi siempre para piedra y mármol), así como la dependencia de la elección del tema que hace el mismo mecenas, apenas si suele haber alguna limitación expresa a la libertad del artista para escoger el estilo que prefiera. Y en una época en la que un artista podía cambiar de estilo tan abruptamente como lo hizo Botticelli tras su encuentro con Savonarola, o evolucionar a través de varias fases de un grandioso clasicismo armónico, hasta una anticipación de la deformación manierista, la elección de un artista determinado no era garantía en sí misma de un estilo particular. El hecho de que los mecenas podían aceptar la más baja oferta de entre pintores con muy diferentes estilos es otra prueba de que el estilo tenía menos importancia que el tema.

Por otro lado, tampoco hay que leer entre líneas en tales contratos. Después de todo, las amonestaciones no dicen nada acerca del amor. Julio II se adhirió recalcitrantemente a Miguel Angel porque admiraba su modo particular de pintar y esculpir; Isabel de l'Este perseguía al renuente Giovanni Bellini porque le gustaba su modo de pintar. Y ambos hombres eran exploradores, siendo imprevisible, hasta cierto punto, la naturaleza de su próxima obra. Los hermanos Ghirlandaio estaban ocupados porque a los patricios florentinos les gustaba la manera que ellos tenían de combinar el retrato realista con los grupos y conjuntos graves, aunque de algún modo aristocráticos. Jean Perreal y Jean Clouet eran los retratistas preferidos por la corte francesa porque parecían haber encontrado el justo medio entre el naturalismo y el decoro. Los ricos mercaderes de Augsburgo sostenían a Hans Burgkmair debido a que su obra tenía un matiz

italiano que se estaba poniendo de moda. Y en los centros urbanos que tenían una corte o una burguesía cultivadas era más probable que se concediese el favor de los mecenas a aquellos que se encontraban ligeramente por delante de la tradición estilística.

Sin duda la moda tenía importancia en todo esto. Las personas que estaban dispuestas a soportar las mayores incomodidades para seguir la última moda en vestimenta y armamento es probable que desearan también señalar el camino en sus compras artísticas. Mas importante, sin embargo, era el que ciertas tendencias estilísticas, que conducían al cambio, reflejaban bastante bien las actitudes que se habían originado en la educación y las formas de vida de las personas ricas e influyentes. Ello era especialmente cierto en Italia. A fines del siglo XV, los pintores y escultores estaban en situación de reunir los conocimientos de las generaciones experimentales y a veces un tanto retorcidas, que les habían precedido; esto es, los experimentos en la perspectiva, en la anatomía, en la expresividad emocional y en la monumentalidad. Durante estas mismas generaciones, bajo la influencia del humanismo (que en este contexto incluía fundamentalmente las ideas de Cicerón y Quintiliano y las *Vidas* de Plutarco) y, en menor grado, de la caballería, la clase gobernante había desarrollado una nueva autoimagen consciente. Haciendo las oportunas salvedades de diferencia de lugar y función, esta imagen acentuaba el prestigio de las ocupaciones vocacionales, concedía un amplio campo a las ideas, ostentaba una imperturbable confianza frente a la adversidad, una calculada elegancia en las formas y comportaba diversas consecuciones fáciles.

A lo largo de los últimos años del siglo XV y de los primeros del XVI, la evolución del estilo artístico condujo a su imitación en la vida. Había una búsqueda de efectos espaciales amplios y coherentes, una ausencia de remilgos, una ocultación de los medios a través de los cuales se había obtenido la impresión general, un retratismo que (dueño ahora de la copia directa de la naturaleza)

trataba de resaltar el trabajo de la inteligencia. Se ennoblecía e idealizaba a la figura humana, perfectamente integrada, ya fuera en un escenario arquitectónico o en un paisaje. Esta era una forma de hacer a través de la cual los mecenas obtenían un ensalzamiento de su propia imagen y de sus relaciones con el mundo social. El encuentro de estos dos estilos lo simboliza la amistad entre Rafael y Castiglione (quien ya había redactado el *Cortesano,* antes de encontrarse con el pintor), el pintor «perfecto» y su contrapartida, el «perfecto» gentilhombre. El arte de Rafael tenía la rapidez de percepción, la totalidad armónica, la dignidad carente de pedantería, la búsqueda del ideal y, sobre todo, el sentido de la facilidad de ejecución que Castiglione alababa en la mente y en la conducta del cortesano. Este «estilo del alto Renacimiento», con su dulce armonía, su delicada idealización del hombre y del ambiente de su vida, se correspondía con la concepción que la clase tenía de sí misma; pero también le debía algo a un retroceso deliberado a los principios de un arte que se produjo en circunstancias sociales bastante distintas, a Giotto y Masaccio, a quienes Miguel Angel había estudiado cuidadosamente y que eran los únicos pintores mencionados por Leonardo como dignos de imitación. Tan intensos eran los sentimientos de los artistas al desarrollar sus propios estilos, aprendiendo de otros y rechazándolos, que después de los veinte años que Durero pasó aprendiendo de Leonardo, Pontormo rechazaba el «estilo del alto Renacimiento», auxiliado en algunos de los grabados más góticos de Durero.

No obstante, el mecenas era aún necesario para el artista; todavía no había llegado la época en la que podría pintar o esculpir para propia satisfacción, en la esperanza de que alguien le comprara sus mercancías. Los mecenas no podían originar el impulso que hacía que un artista cambiase radicalmente la dirección de los fines que estaba tratando de conseguir, pero podían fomentar y dar publicidad a estos cambios, así como estimular su imitación y conceder oportunidades especialmente sugestivas o un apoyo cálido a los individuos. Ade-

más, el artista y el mecenas podían hablar un lenguaje común. Ya constituían patrimonio general ideas tales como la dignidad del hombre, su talento creador, el concepto de que hay una norma, una belleza implícita en cada rostro y en cada objeto, que el artista puede aspirar a ver en su imaginación, de que hay leyes que gobiernan la belleza posible en una obra de arte, la cual refleja las que determinan la armonía del cosmos. Resulta verosímil ver tras el desnudo esqueleto de un contrato, las conversaciones en las que el mecenas y el artista, con o sin la intervención de un intermediario cultivado, discutirían no sólo acerca del tema de un cuadro, sino, hasta cierto punto, también acerca del espíritu dentro del cual habría que realizarlo.

Los artistas eran hombres cultos. En 1503 Leonardo poseía 115 libros, una biblioteca inusitadamente grande para una persona privada, y aunque muchos de ellos trataban de cuestiones médicas y matemáticas, también tenía libros de poesías, incluyendo a Pulci y a Burchiello, y algunos ejemplares de la forma más popular de la literatura coetánea de evasión, la novela caballeresca. Si bien éste era un caso excepcional, el taller, con su variedad de ocupaciones, desde los escudos de armas y los cofres de ajuar, hasta los monumentos y los ciclos de frescos, era un ambiente vivo, no muy distinto en la forma al de las imprentas, a las que podía estar vinculado a través de los grabados y las xilografías. La rivalidad personal entre los aprendices y la que se producía entre los talleres suponía un acicate para la formación del artista, un acicate alimentado por la sugestión de las nuevas técnicas, tales como la pintura al óleo en vez de al temple (que aún se desconocía en Italia hacia los años de 1480) y el dibujo en yeso, así como por el deseo de proseguir la educación más allá del límite a la formación que proporcionaban los talleres. El ejemplo de Leon Battista Alberti, quien a mediados del siglo XV combinaba la sangre noble con la erudición humanista y la brillantez ejecutiva en su calidad de arquitecto y escultor, ha sido de importancia perdurable; escribió tratados

sobre pintura, escultura y arquitectura; demostró que el arte se podía aprender y que los hombres cultos podían, e incluso debían, interesarse por las artes. El resultado que se produjo fue el de incrementar la impresión ya en aumento que el artista tenía de la importancia de su propia personalidad y el valor intelectual de su vocación. Se hicieron más frecuentes los viajes emprendidos con el propósito de mejorar la técnica y absorber la atmósfera de un medio más avanzado; tales fueron las razones que llevaron a Durero a Venecia y a Rafael de Urbino a Florencia. Pero los artistas también trataban de cultivar sus inteligencias puestas al servicio de su arte. A Rafael se le consideraba competente para redactar un informe sobre la situación de los antiguos monumentos de Roma, y para hacer sugerencias a fin de preservarlos. El anciano Piero della Francesca escribió un tratado sobre la perspectiva, y Leonardo compilaba material para un tratado sobre pintura. Durero publicaba obras sobre geometría e ingeniería militar. El matemático Luca Pacioli se salió de su terreno en su obra *De divina proportione*, a fin de alabar la habilidad con la que pintores como Giovanni Bellini, Melozzo da Forli, Botticelli y Filippo Lippi empleaban sus conocimientos de teoría matemática al servicio de su arte. La principal aportación del humanismo al arte fue la idea del poder creador del individuo. De aquí se seguía la acentuación de la importancia de la originalidad, la capacidad de «crear nuevas cosas que nunca antes estuvieron en la imaginación de ningún otro hombre», como Durero lo expresaba. Hacia 1520, Isabel de l'Este se quejaba de «estos maestros descarriados», que «o bien se niegan a realizar algo o bien lo hacen inexactamente».

Es verdad que hacía mucho tiempo que pasara la época en la que el artista trabajaba ante los ojos de Dios, puliendo abnegadamente unos detalles que nunca nadie vería después o que sólo se verían de modo oscuro. Un encargo para un tabernáculo alemán en 1493 contiene frases como las siguientes: «La base ha de quedar sólida sin ser muy cara, ya que tampoco se verá mucho de

ella bajo la galería... El cuerpo principal... hay que hacerlo con la más pura y la más fina de las artesanías, puesto que quedará completamente expuesto a la vista del espectador.» Sin embargo, el resto «también se hará bien y sólidamente, pero no de un modo tan sutil como las partes más bajas, puesto que quedará más arriba, no tan al alcance de la vista del espectador». Y, con una considerable perspicacia, Durero escribía a un mecenas que insistía en que se pintase con idéntico detalle cada una de las cien figuras de un cuadro: «¿Quién oyó nunca que se realizase tal trabajo para un retablo de altar? Nadie lo podría ver.» Subrayaba también que, si seguía los deseos de su mecenas, «no lo terminaré en toda mi vida». La observación ilustra no sólo la concepción que el artista tenía de su carrera como una serie continua de oportunidades de autoperfección y experimentación, sino también un característico aspecto de independencia. Era costumbre entre los pintores «firmar» sus obras, aunque como ello se hacía con un rótulo formal en un rollo de pergamino o sobre algún rasgo arquitectónico del cuadro, el fin puede haber sido el de proporcionar una publicidad al taller del artista más que proclamar la obra como propia. Otro signo del aumento de seguridad era la práctica, especialmente generalizada en Italia, de incluir un autorretrato en un cuadro o en un fresco, o la copia, a pequeña escala, de uno de los cuadros propios del autor, aunque esto se hacía más raramente. La preocupación que embargaba a Durero acerca de sí mismo y de sus progresos quedaba reflejada en una serie de autorretratos independientes, que comenzaban con un dibujo a la edad de trece años, así como en la insistencia con que fechaba sus grabados.

Las ideas italianas se extendieron por todo el resto de Europa por medio de los grabados y los dibujos, los viajes de los artistas y la circulación, cada vez mayor, de diplomáticos y militares mecenas por Italia a partir de 1494. En esta época la exportación de cuadros italianos no era muy importante; mucho más peso tenían los envíos de diseños de tapicerías de Rafael —representaciones

supremas del «alto» estilo— a Bruselas, donde había de llevarse a cabo el tejido real. El estudio en el que se almacenaban se convirtió, durante una época, en la capilla Brancacci del Norte. Mas una de las razones por las que se aceptaron las ideas plásticas italianas fue que *no* todas representaban este estilo. El grado de diferenciación individual y regional en la península —algunas de ellas debidas a la importación de obras nórdicas y al empleo de pintores nórdicos a comienzos del siglo XV—, posibilitó a los artistas a pedir prestado de Italia, según sus propias necesidades.

El proceso de difusión fue lento y bajo ningún concepto uniforme. Así, por ejemplo, en ciudades como Nuremberg, Munich y Cracovia, donde aún había una tradición nativa en escultura que se estaba desarrollando según sus propias normas, se rechazó el ejemplo italiano. En Amberes, la pintura italiana no consiguió atraer a los pintores, quienes estaban elaborando un nuevo estilo a su manera. Además, en Holanda había un movimiento bastante extendido, a favor de un revigorizamiento del arte, mediante una vuelta a los principios que siguieron *sus* grandes maestros a comienzos del siglo XV, Van Eyck, el Maestro de Flemalle y Petrus Christus. En Alemania, aunque Grünewald era sin duda un pintor de comienzos del siglo XVI, se inspiraba mirando retrospectivamente el arte devoto de fines del siglo XIV, más que hacia Italia. Desde luego, la serenidad que caracterizaba al conjunto del arte religioso italiano constituía un impedimento para los muchos pintores y escultores que deseaban expresar fuertes sentimientos devotos propios. El gótico tenía dos elementos que podían comunicarle intensidad al sentimiento religioso: un rasgo realista y caricaturesco que se podía aplicar al rostro y cuerpo humanos, y un rasgo curvilinear decorativo que se podía emplear para los matices de intranquilidad y angustia. Entre las ruinas clásicas de Roma, Rafael podía despreciar el gótico como «fuera de toda razón» y carente de «gracia», pero para aquellos que habían crecido en medio de tal arte, resultaba susceptible de evolución. Hacia el año de 1500, el gótico era el estilo

auténticamente internacional, de Inglaterra a Polonia, y del Báltico al estrecho de Gibraltar, configurado libremente de acuerdo con el temperamento local y dotado de gran riqueza de detalles cuidadosamente observados, principalmente a causa de la difusión de la influencia holandesa (incluyendo la borgoñona). El prestigio de la cultura italiana alcanzaba mayor altura entre los eruditos que entre los artistas. Resultaba comprensible que los pintores franceses, tales como el Maestro de Moulins, Jean Hay y el mismo Perreal (quien había conocido a Leonardo en Milán) volviesen la vista en primer y principal lugar a las escuelas vecinas de Gante y Brujas, antes que a las de Venecia o Roma. Y en países como España y Rusia, donde el tema artístico era casi exclusivamente religioso —especialmente en el primero, donde el espíritu guerrero se había mantenido vivo por las largas guerras contra los moros y, posteriormente, por el trabajo misionero en el Nuevo Mundo—, la influencia italiana penetró muy lentamente. Sin estar provistos de un conocimiento acerca de cómo el arte italiano había evolucionado a lo largo del siglo XV y sin estar familiarizados con la teoría que la explicaba, los artistas que no eran italianos tomaron de él principalmente detalles decorativos, como la idea del desnudo en función de sí mismo o las lecciones acerca de cómo retratar las escenas mitológicas, cuya demanda crecía fuera de Italia. Los pocos intentos de imitar la forma general de la pintura italiana —tales como los de Mabuse después de su visita a Italia en 1508— carecían de una vida propia, creada vigorosamente.

A falta de un Vasari nórdico, poco se conoce acerca de las vidas privadas de los artistas no italianos. Como hemos visto, tanto la riqueza como el prestigio social resultaban posibles. Cuando Memling murió en Brujas en 1494 se contaba entre los hombres más ricos de la ciudad. El que Jean Fouquet haya pintado al esmalte su autorretrato indica posiblemente algo parecido a la seguridad personal, tan común en Italia. Perreal se alababa de ser un poeta y de tener algunos conocimientos de astronomía y filosofía; pero tenía

lo que posiblemente era una familiaridad única con los artistas en Italia. Es dudoso que entre los artistas no italianos, en general, hubiera ni el deseo ni la capacidad de obtener ventajas del proceso educativo que en Italia se daba por supuesto. La fama que Fra Bartolomeo ganó para sí y para el taller en el monasterio de San Marcos, en Florencia, que él dirigía, está en manifiesta contradicción con la diagnosis ofrecida por un fraile acerca de los ataques de Hugo van der Goes sobre la depresión patológica: «Puesto que no era más que un ser humano —como somos todos nosotros—, los diversos honores, visitas y acoladas que recibía le hacían sentirse muy importante. Pero como Dios no quería que pereciera, en su infinita compasión le envió esa enfermedad humillante que, desde luego, le hizo sentirse muy contrito.»

Si la atmósfera educacional en la que trabajaban los pintores y los escultores fuera de Italia entorpecía la posibilidad de identificarse con los principios que subyacían en el arte italiano, la dificultad aún era mayor para los arquitectos. Fuera de Italia, la arquitectura estaba fundamentalmente en manos de hombres preparados como albañiles y que cumplían su aprendizaje en las grandes catedrales, que aún se construían en el estilo gótico, Colonia y Tours entre ellas, o en las iglesias parroquiales góticas, como aquélla tan alabada por Félix Fabri. Por otro lado, muchos de los arquitectos italianos eran personas a las que nunca se había enseñado a poner una piedra sobre otra. Tanto a Bramante como a Rafael o Miguel Angel, se les invitó a dedicarse a la arquitectura tras haberse establecido como pintores. Fra Giocondo comenzó en calidad de erudito. Solamente Giuliano y Antonio da San Gallo parecen haber sido arquitectos profesionales desde el primer momento.

En Italia, por tanto, los arquitectos heredaban el interés teórico que para los pintores y la pintura se consideraba apropiado, por medio de escenarios arquitectónicos que podían permitirse el lujo de ser pretenciosamente clásicos porque

nadie tenía que vivir en ellos, salvo los cuadros mismos. En la práctica se volvían principalmente hacia la vigorosa arquitectura regional de la península y hacia el románico, que había adaptado la arquitectura romana al uso cristiano más que hacia la romana misma, si bien podían racionalizar el espacio de acuerdo con los principios clásicos de la armonía y añadir detalles decorativos modelados en los edificios antiguos. El San Pedro de Bramante o el Palacio Strozzi, en Florencia, eran «clásicos» por el estilo, pero de ningún modo reconstrucciones clásicas. Esto implicaba que la arquitectura italiana fuera particularmente difícil de imitar, porque aunque sus elementos estaban formalmente unificados eran muy diversos, extendiéndose hasta los modelos bizantinos, como el San Marcos de Venecia. Una visita a San Pedro no significaba necesariamente que se hubiera comprendido su diseño.

Además, la arquitectura era necesariamente la más conservadora de las artes, ya que originaba el mayor desembolso en metálico y porque tenía que adecuarse a las condiciones climáticas y a las formas de vida. El peristilo arqueado, el patio central encerrado en espiral, rasgos todos que, entre los primeros, comenzaron a revelar la influencia clásica en Italia, no eran adecuados para los climas más fríos. Tampoco era exportable la iglesia redonda, favorecida por Bramante y por Giuliano da San Gallo. Reflejaba una teoría italianizada en el sentido de que intentaba transmitir la matemática perfección inherente a Dios Padre más bien que el sentimiento y la promesa de la cruz y regresaba a una moda italiana medieval de baptisterios redondos despegados.

La parte de Italia más visitada por los mecenas nórdicos era Milán: la primera escala en las numerosas invasiones de la península. Allí, la arquitectura «clásica» era poco más que el enyesado de una riqueza exuberante de detalles antiguos sobre un estilo vernáculo moderadamente adaptado. Y, de hecho, este estilo alcanzaba hasta allí donde llegaba la influencia italiana hacia el Norte. Tanto en el Château de Gaillon como en

la Hampton Court de Wolsey se aplicaban detalles italianizantes sobre un edificio nativo. Y lo mismo sucedía con el Palacio de Malinas de Margarita de Austria. Al igual que sucedía con la pintura y la escultura, existían tradiciones arquitectónicas nativas fuertes y similares. La influencia de Italia se mostraba en la biblioteca de una persona rica mucho antes de que afectara seriamente al edificio que la albergaba.

VIII. La enseñanza secular

1. EL LLAMAMIENTO DEL HUMANISMO

A fines del siglo XV resultaba posible describir el humanismo como una mentalidad que se origina en el estudio de los textos antiguos y que se amplía con un programa educativo basado en algunos de ellos, especialmente en aquellos que tratan de historia, de filosofía moral y de retórica. Paralelos al descubrimiento y edición de los textos y a su utilización como instrumentos educativos surgían los grandes rasgos de una vasta civilización en el tiempo y en el espacio. No cabía duda de que la decadencia primero de Atenas y luego de Roma reflejaba la voluntad del Dios de los cristianos; pero los griegos y los romanos fueron desconocedores de ello, lo que permitía que los que exhumaban y leían sus narraciones consideraran a la antigüedad en función de sus propios términos. El presente se había encontrado, como sucedió, con un *alter ego*. Aparte de los habitantes de la ciudad celestial de Dios, los hombres podían imaginarse ahora una sociedad parecida a la suya, a la que sólo le faltaba el compás, la imprenta, la pólvora, el Papado y las Américas; una sociedad en la que, merced al aventamiento que el tiempo hiciera de sus fuentes y monumentos más triviales, semejaba haber estado habitada por una raza superior intelectual y creadora. Parecía que se hubieran alcanzado las más altas cimas, tanto en el campo de la especulación filosófica como en el de la acción política o el de las realizaciones culturales, con un vigor y una consumación supremas, y ello en un pueblo cuya historia no sólo tenía la claridad que da la distancia en el tiempo, sino también el carácter rotundo de los ciclos completos, partiendo de la oscuridad, a través del imperio mundial, hasta el caos bárbaro.

A medida que, texto por texto, se procedía a la reconstrucción intelectual del mundo antiguo, se iba haciendo más clara la relevancia de ese *alter ego*. Sus palabras ya no resultaban oscuras; sus personalidades habían sido restauradas dentro del contexto de su propia sociedad; el prestigio de los autores que la Edad Media había conocido, esto es, Platón, Aristóteles, Virgilio, Cicerón y Ovidio, era mayor que nunca, y a ellos se habían unido muchos otros. El efecto de todas estas inteligencias sobre los hombres que las estudiaban no sólo por admiración de su conocimiento o de su particular experiencia, sino en calidad de modelos de los que se podía aprender acerca de la teoría del Estado, del arte de la guerra, de la creación de obras de arte y de la capacidad, mucho más importante, de soportar la adversidad, había convertido al humanismo en una fuerza cultural. No se trataba únicamente de una lectura cuidadosa de manuscritos olvidados, sino de una comunicación llena de sentido con una raza de ilustres antepasados. Maquiavelo no era un humanista profesional: no podía hacer una edición de un texto latino (aunque en los *Discursos sobre Tito Livio* comentaba uno), no era capaz de enseñar humanidades, pero la nota de humanismo aparece de modo suficientemente claro en sus cartas más famosas. Dolido de los reveses políticos, le describía su exilio de los asuntos públicos en 1513 a su amigo Francesco Vettori, quien aún se hallaba ocupado en su empleo. Se pasaba los días charlando con los rústicos, pero «cuando llega el atardecer, me retiro a casa y voy a mi estudio. En el umbral me despojo de mis ropas diarias de trabajo, fangosas y llenas de sudor, y me pongo los trajes de la corte y el palacio, y con este grave atuendo penetro en las cortes de los antiguos, donde soy bien recibido por ellos, y de nuevo allí saboreo los alimentos que son sólo míos y para los que nací. Allí tengo el atrevimiento de hablar con ellos y de preguntarles los motivos de sus acciones, y ellos, en su humanidad, me contestan. Y durante cuatro horas me olvido del mundo, no recuerdo vejación ninguna, no le temo más a

la pobreza y ya no tiemblo ante la muerte. Penetro decididamente en su mundo.»

La gran época del descubrimiento de textos había pasado, pero el humanismo se encontraba todavía en una fase de entusiasmo descubridor. «Sin duda es una edad de oro —escribía Ficino en 1492— que ha restaurado a la luz las artes liberales, las cuales habían sido casi destruidas: la gramática, la elocuencia, la poesía, la escultura y la música.» Este milenarismo secular, esta creencia en la importancia y en la posibilidad de la regeneración cultural ya no era fundamentalmente un fenómeno italiano. Italia atraía aún a los que de ella querían aprender, pero la actitud de éstos, como hemos visto, era de independencia creciente. Además, los Alpes nunca fueron un límite cultural: las ideas emigraban a una velocidad que no estaba determinada por la naturaleza, sino por la disposición de los individuos y las sociedades a aceptarlas, y tal disposición estaba acelerada por el testimonio del vigor creador de la cultura vernácula nativa, así como del academicismo clásico. Florencia atravesaba una «edad de oro» debido a que la poesía italiana de Lorenzo de Médicis, la escultura de Verrochio y de Benedetto da Maiano y la pintura de Botticelli, Filippo Lippi y muchos otros, mostraba un aliento de vitalidad que podía obtener ventajas de las enseñanzas de la antigüedad. Von Hutten, en una carta a Pirckheimer en 1518 en la que se refería a los franceses Lefèvre y Budé y a los humanistas de su propio país, exclamaba: «¡Oh, siglo; oh, letras! ¡Es un placer estar vivo! ¡Los estudios adelantan y las inteligencias florecen! ¡Ay de vosotros, bárbaros! ¡Aceptad el lazo, marchad al exilio!» Su optimismo se apoyaba en la fuente creadora más grande de literatura y arte en Alemania hasta el siglo XVIII. Educados en los Países Bajos en una época en que la música holandesa eclesiástica era un ejemplo para el resto de Europa, más tarde amigo de Holbein, Erasmo también expresaba la esperanza de que las humanidades renovarían la calidad de la vida en una época en que el ritmo creativo se estaba acelerando mucho; «el mundo

está volviendo en sí, como si se despertara de un profundo sueño».

Para Erasmo y para Von Hutten, el humanismo era un llamamiento a la sabiduría del mundo antiguo para que reformara los valores del nuevo. En Europa septentrional se pensaba que los valores que más necesitados de corrección estaban eran los relacionados con la vida religiosa. Refiriéndose a la enseñanza del Antiguo Testamento, Erasmo subrayaba que «esta clase de filosofía es más un asunto de disposición que de silogismos, más vital que polémica... Además, aunque nadie la ha enseñado de modo tan absoluto y efectivo como Cristo, aún se puede encontrar mucho concorde con ella en los libros paganos». Con esto expresaba lo mismo que de modo más esotérico habían descrito Ficino y Pico, y Rafael había pintado, en aquella habitación del Vaticano en la que *El Debate* estaba enfrente de *La Escuela de Atenas*. La búsqueda que realizaron los humanistas italianos para encontrar un acuerdo entre las enseñanzas de los antiguos y las de Cristo fue lo que permitió, fundamentalmente, que los estudios clásicos se pudiesen aceptar como susceptibles de cumplir una misión útil en países que a fines del siglo XV habían realizado escasa contribución al estudio de los textos o a la reconstrucción intelectual del mundo antiguo, esto es, Inglaterra, España, Portugal y Polonia, países en los que se acometían los estudios humanistas porque se veían, principalmente, como decisivos para el estudio de la Escritura.

Un ejemplo mostrará la importancia que se atribuía a las realizaciones de la antigüedad con respecto a otras esferas. Los capítulos acerca del arte antiguo en la *Historia Natural*, de Plinio, servían no sólo como una declaración de ideales clásicos, sino como una afirmación estimulante de las tendencias que ya se estaban desarrollando, sobre todo a partir de las demandas de los mecenas frente a los pintores y del interés estético y técnico de éstos por su trabajo. El esfuerzo por el realismo encontraba un amplio respaldo en historias como las de las uvas de Zeuxis, que estaban pin-

tadas de modo tan realista que los pájaros trataban de comerlas, y del caballo de Apelles, ante el cual relinchaban los otros caballos. Estos ejemplos, como otros que daba Plinio, tenían una gran fuerza porque no se podían comprobar. A diferencia de la arquitectura y la escultura, la pintura antigua, aparte de algunos fragmentos decorativos, solamente se conocía por descripciones escritas en las cuales el artista podía leer lo que quisiera. La idea de una belleza ideal temperaba el realismo. Zeuxis volvía a proporcionar un ejemplo de ello. Deseando pintar una figura humana perfecta para el templo de Hera en Girgenti «pasó revista, desnudas, a las muchachas del lugar, y escogió cinco con el propósito de reproducir en el cuadro los rasgos más admirables de cada una de ellas». Aquellos pintores, cuyo interés por la perspectiva les llevaba a valorar las matemáticas, podían estudiar acerca de Pamphilo, «el primer pintor especializado en todas las ramas del conocimiento, especialmente aritmética y geometría, sin ayuda de las cuales mantenía que el arte no puede alcanzar la perfección». Artistas que andaban a la búsqueda de nuevas ideas sobre pintura, como manchas accidentales de color en las paredes, no hacían otra cosa que volver a la definición que los griegos daban de ella, porque «todos coinciden en que nació cuando alguién trazó una línea alrededor de la sombra de un hombre». A la busca de una más elevada consideración para su arte, los pintores se sentían satisfechos al leer que la pintura en el mundo antiguo «tuvo el honor de que la practicara la gente de nacimiento libre y, más tarde, personas de rango, estándole siempre prohibida a los esclavos la instrucción en este arte»; también les enorgullecía leer que Apelles gozó de tan alfo favor con Alejandro Magno, que éste le cedió a su amante Campaspe, de quien el artista se había enamorado cuando la pintó desnuda. En perfecta armonía con el énfasis que los humanistas ponían sobre las cualidades del hombre como creador, la importancia del genio del artista, así como de su producto ya acabado, Plinio afirmaba que en la antigüedad «se admiraba más a las

últimas obras de los artistas, así como sus cuadros inacabados..., que a aquellos que terminaban, porque en ellos están visibles los esbozos y las auténticas intenciones del artista». El artista encontraba siempre reconocimiento y confirmación de la situación liberal de su profesión, ya fuera bajo la forma de la defensa del desnudo, o de acicate para el empleo de colores caros con el único fin de la ostentación, o bien la inclusión del retrato de su amante en un cuadro sagrado. Por supuesto, siempre es más fácil mostrar lo relevante que lo eficaz, pero este ejemplo, al menos, muestra la esperanza que daba la popularización de los estudios humanistas, una esperanza que Cortés expresaba en un contexto muy diferente, al exhortar a su puñado de aventureros españoles para que imitaran los hechos heroicos de los romanos; por ello registra su cronista Díaz: «Respondimos como un solo hombre que obedeceríamos sus órdenes, que la moneda había señalado la buena suerte, como dijo César al cruzar el Rubicón».

La gran atracción que ejercía la antigüedad se basaba en los paralelismos que se establecían entre el carácter de la sociedad antigua y el de la contemporánea. Este paralelismo era muy estrecho, tanto en la política como en la guerra (con excepción de la pólvora). El paralelismo era válido también para las funciones del escritor y el orador, el abogado y el médico, así como para ciertas ocupaciones, tales como la de campesino. Es evidente que, tanto el filósofo como el científico, tenían mucho que aprender; resulta más difícil de estimar, en cambio, en qué medida se percibían las diferencias entre las dos culturas. El mundo antiguo estaba edificado sobre una base de esclavos. Cabe preguntarse si ello hacía aumentar el desprecio que los escritores humanistas sentían frente a las capas más bajas de la población. El mundo antiguo era antifeminista: ¿acaso influyó ello en la creciente subordinación de la importante función que desempeñaban las mujeres en el siglo XVI? Una tercera diferencia reside en que las técnicas de los negocios en la antigüedad eran inferiores y, en cualquier caso, dejaron escaso testimonio

de sí. No obstante, también aquí se conservan ciertas manifestaciones, no bajo la forma de textos específicos, sino de una alabanza general de la vida activa, el ideal de tomar parte de modo total y responsable en la vida de la comunidad. Era éste un ideal especialmente atractivo para los académicos, ya que les toleraba una mayor libertad frente a las asociaciones enclaustradas de la enseñanza medieval. Las ideas de que la virtud y el aprendizaje progresan más rápidamente en la sociedad, de que el amor y la riqueza no son cosas que haya que evitar, sino utilizar sabiamente, reflejan la aceptación que estos conceptos humanistas gozaban entre los mercaderes y los banqueros. Los miembros ricos de las familias mercantes se contaban entre los «organizadores» del humanismo: patrocinaban a los eruditos, realizaban reuniones con el fin de discutir la literatura clásica y la historia antigua, contagiaban a sus seguidores de su propio entusiasmo.

Estos grupos de estudio, ya fueran reuniones informales de amigos, o Academias más conscientemente organizadas, tales como aquellas asociadas con Ficino, en Florencia; Pontano, en Nápoles; Pomponio Laeto, en Roma, o las cofradías alemanas modeladas sobre ellas, tenían una gran importancia a la hora de proporcionar un sentido de unidad a los estudios humanistas, especialmente donde la estructura oficial de la educación aún estaba dominada por las universidades orientadas teológicamente. Algunos hombres tales como Robert Gaguin, en París; el abad Trithemio, Konrad Peutinger y Cuspinian, en Alemania; Ficino, en Florencia, y el peripatético Erasmo, quienes mantenían una extensa correspondencia con otros humanistas y actuaban como centros de distribución para las noticias y las ideas, vinculaban a aquellos grupos y ayudaban a crear la sensación de que existía una república general de estudios humanistas. Tal república general se hizo visible con la publicación de las cartas de sus dirigentes. Hacia 1514, cuando el *doyen* de los humanistas españoles, Marineo Sículo, imprimió su *Epistolarum familiarum,* tal costumbre estaba tan generalizada

que hasta se la utilizaba como una especie de sátira. En aquel mismo año, Reuchlin, perseguido por los inquisidores dominicos debido a su defensa del estudio de los escritos religiosos judíos, publicó, a modo de testimonio abierto, una colección de cartas escritas en apoyo de sus puntos de vista, *Letters of Famous Men* (Cartas de hombres famosos). Dos de sus defensores, Von Hutten y Crotus Rubianus, no se dieron por satisfechos con esto y, al año siguiente, publicaron un apéndice, *Letters of Obscure Men* (Cartas de hombres oscuros). Estas pretendían ser una selección de cartas escritas por sus admiradores a uno de los principales adversarios de Reuchlin, Ortvinus Gratius, un teólogo de la Universidad de Colonia. Con una gran habilidad y gracia, estos «admiradores» dejaban en claro que Ortvinus era un picapleitos ignorante e inmoral. Celebraban sus sórdidos amores, ensalzaban su habilidad para determinar asuntos tan capitales como si comer un huevo que contuviera un pollo no empollado en viernes era pecado mortal o venial y, sobre todo, impugnaban sus enseñanzas. «Cuando estuve en vuestro estudio en Colonia —escribía uno de ellos con respeto burlón— pude ver con holgura que teníais gran cantidad de volúmenes, tanto grandes como pequeños. Algunos tenían tapas de madera, otros de pergamino, algunos estaban recubiertos de cuero, rojo, verde y negro, mientras que otros estaban encuadernados. Y allí estabais vos sentado con un whisky en la mano, para sacudir el polvo de las encuadernaciones.»

Este pasivo respeto ante la cultura que se le atribuía a Ortvinus y a los que eran como él estaba en franco contraste con la utilización que de los libros hacían sus críticos. La imprenta, desde luego, tenía una importancia capital para la difusión de las ideas humanistas y, en general, los gobiernos ostentaban una actitud favorable. Juan II de Portugal autorizó la importación de libros en 1483 «porque es bueno para el bien común que haya muchos libros circulando en nuestro reino». Luis XII, en una ordenanza de 1513, se refería a la imprenta como «una invención di-

vina más que humana». El número de ciudades con imprentas propias difería según los países: en 1500 había 73 centros en Italia, 50 en Alemania, 45 en Francia y cuatro en Inglaterra. La exportación de libros estaba también bien organizada. Los textos impresos permitían a los estudiosos de diferentes países citar los pasajes con indicación de página y capítulo. La imprenta «fijó» la imagen de la cultura medieval por medio de una generosa selección de los textos que había que poner en circulación. Esta imagen fue la que los humanistas manejaron, entendiendo la cultura medieval como un amontonamiento de superstición y frivolidad que oscurecía una perspectiva clara del mundo antiguo. Hacia fines de siglo, este punto de vista ganó en extensión. En Estrasburgo, por ejemplo, donde hacia 1500 sólo el 10 por 100 de los libros trataban del mundo antiguo, en el período comprendido entre 1500 y 1520, en cambio, el 33 por 100 eran ediciones de autores latinos y griegos o de los escritos de los humanistas. Allí, como en cualquier otro sitio, el número de ejemplares de una edición oscilaba entre 400 ó 500 y 1.500 ó 2.000. Un millar de ejemplares es una media aceptable para los textos clásicos, lo cual daría 200.000 ejemplares de Virgilio publicados antes de 1500 y 72.000 de los *Adagia*, de Erasmo, entre 1500 y 1525.

Estos números constituyen una prueba de que, a despecho de la importancia que ello tenía, la fuerza motriz tras el estudio de la antigüedad era aún fundamentalmente académica y literaria. El humanismo carece de sentido a menos que veamos en su sustancia un estímulo puramente intelectual, el interés por la restauración de textos, la comparación, la publicación y la controversia, esto es, el invariable entusiasmo académico. Lo que se recobró enteramente fue el lenguaje. En las páginas de Paolo Cortese y Pietro Bembo se imitaba el lenguaje de Cicerón como parte del movimiento para devolver a la escritura del latín la pureza de su extraordinario modelo. A partir de 1520, al menos en Italia, el ciceronianismo se iba a convertir en una ortodoxia, y entre el deseo y el acto de escribir se perdió algo de espontaneidad

y de sentimiento personal. Entretanto, la polémica sobre el estilo se convirtió en un estímulo para lecturas más amplias y detalladas; no sólo se estudiaba a los autores griegos y, particularmente, a los latinos en función del tema que trataban, sino para saber cómo y por qué escribieron del modo que lo hicieron. Este interés por el estilo implicaba un interés por la forma, la que, a su vez, influía sobre lo que decían aquellos que la estudiaban y la imitaban. Así, la lectura de Tácito, Livio o Tucídides influía no solamente en la concepción de la historia, sino también en la consideración acerca de cuál era el tema adecuado para la misma. De modo similar, la poesía de Horacio y Catulo sugería no solamente nuevos modos de poetizar, sino también nuevos temas. Las comedias de Plauto y Terencio eran al mismo tiempo modelo y estímulo para Maquiavelo y Ariosto. La sátira de Luciano afilaba el ingenio y aumentaba la fantasía de Moro y Erasmo; la correspondencia de la antigüedad, particularmente las cartas de Cicerón, extendía el alcance de lo que se consideraba como el contenido apropiado de la comunicación no convencional entre amigos.

2. LA REFORMA DE LA EDUCACIÓN

El estímulo intelectual, la amplitud de los intereses importantes que buscaban soluciones en lo que, más que las Américas, era de verdad un «nuevo mundo» hacia fines del siglo XV y comienzos del XVI, la popularización del estudio bajo la forma de nombres cristianos «clásicos», la ostentación y las convenciones decorativas; todo ello hace que resulte tentador considerar al humanismo convertido por entonces tanto en una moda como en un compendio, el tema predominante de la enseñanza secular. Para comprobar esta tentación tenemos que considerar su contribución a la religión, al pensamiento político y a la ciencia; pero antes de nada hay que preguntarse en qué medida penetró de hecho el humanismo, esto es, de cuántos europeos puede decirse que estuvieran lo

suficientemente educados como para poseer una vida intelectual.

Acerca de la extensión de la cultura no se pueden hacer más que vagas generalizaciones. En teoría, al menos, todo el clero, tanto secular como regular, podía leer y se le había preparado para el estudio. De las inspecciones episcopales a los monasterios y de los informes sobre ellas se deduce, sin embargo, que en las zonas rurales, sobre todo, había muchos monjes y curas que eran demasiado ignorantes para comprender los servicios que leían y cuya cultura era demasiado insegura como para enriquecerla por medio de la lectura. Entre los trabajadores pobres, el elemento más numeroso de la población, el número de los que podían leer estaba bastante por debajo del 1 por 100 y el de los que sabían escribir era todavía más reducido. Los hijos de los campesinos que habían ido a la escuela y prometían para el futuro era probable que abandonaran el campo por la vía de la Iglesia o de la ciudad. Las personas acomodadas que vivían en el campo podían leer y escribir normalmente y llevar las cuentas. La proporción de los que podían leer y escribir en las ciudades era mucho más elevada; Tomás Moro la fijaba en un 60 por 100 de los londinenses y, en una gran ciudad como Florencia, la proporción debía de ser aún mayor, aunque ambas constituían probablemente excepciones. Las personas de situación social media, sin embargo, eran capaces de escribir cartas y guardar diarios y los estatutos de muchos gremios prescribían la capacidad de leer y escribir como una condición para ingresar en el aprendizaje. Sin embargo, la capacidad para leer y escribir, aunque sólo fuera para firmar o llevar la correspondencia de los negocios, resulta poco significativa a la hora de evaluar la capacidad de leer libros, para no hablar de la de deducir ideas de ellos.

Si bien aumentaba la cantidad de escuelas, especialmente en los pueblos, la mayoría de ellas continuaba utilizando métodos capaces de desalentar la curiosidad intelectual y la posibilidad de proseguir una autoeducación. La escolaridad se

consideraba estrictamente como un proceso vocacional más que como una base general a partir de la cual podía un muchacho liberarse de la ocupación de su padre y de su nivel intelectual. El hijo de un comerciante, por ejemplo, abandonaría la escuela normalmente entre los doce y los quince años con el fin de comenzar a aprender el negocio de su padre. Un muchacho procedente de la clase urbana más baja la abandonaría en cuanto hubiera adquirido el mínimo de capacidad que se requería para la entrada en un gremio. Es bastante seguro que la enseñanza escolar era completa para la pequeña minoría de aquellos que estaban destinados para la Iglesia, el derecho o la medicina; si el muchacho (normalmente se trataba de muchachos, ya que había muchas menos escuelas para muchachas) permanecía el tiempo suficiente, podría leer y escribir en su propia lengua y en latín. El ritmo de avance en la educación, así como la variedad de temas, se encontraban muy restringidos, debido a la gran cantidad de asistentes a las clases, así como a los altos precios de los libros y el material. Salvo algunas excepciones, la mayor parte de la enseñanza consistía en un aprendizaje memorístico de anticuados libros de texto, algunos de los cuales se habían copiado e impreso sin cambio alguno desde los siglos XII y XIII. Tales libros —gramáticas latinas en su mayor parte—, se leían en alto y se copiaban palabra a palabra por los alumnos, la forma métrica en la que estaban redactados muchos de ellos acentuaba la importancia del mero aprendizaje memorístico. Aunque se daba la mayor importancia al latín como la materia fundamental de estudio, así como el principal medio de aprendizaje, y aunque en muchas escuelas se empleaba a los muchachos para espiar a los que hablaban la lengua materna en el patio escolar e informar sobre ellos, lo cierto es que aquellos factores contribuyeron en gran medida a impedirle a la juventud el acceso que, de otro modo, hubiera tenido a la literatura humanista. Los hombres ricos y casi todos los que eran de nacimiento aristocrático preferían emplear un preceptor, en

cuyo caso eran muy superiores las posibilidades de que se elevara la curiosidad mental, a menos que el padre tuviera prejuicios contra el «aprendizaje de los libros» como algo que era mejor dejar para los hijos de las personas pobres, que querían ingresar en la Iglesia.

La gran mayoría de las escuelas lo eran de día, lo cual reducía el número de muchachos pobres del campo que podían asistir, a no ser que les fuera posible permanecer gratis con algún pariente —por lo general, un cura— en una aldea grande o en un pueblo que poseyera una. Ello significa, por otro lado, que el coste de la educación sencilla era reducido; no era extraño que los maestros rurales aceptasen cobrar en especie, madera o productos del campo. En las universidades había que aportar dinero, tanto para el pago de cada conferenciante como para atender a la manutención y alojamiento. Muchas universidades tenían modos de ayudar a los estudiantes pobres; éstos trabajaban como criados en los hogares de los médicos y maestros o en las residencias de estudiantes; además, podían pagar los honorarios por medio de préstamos, o bien les eran condonados o reducidos. Sin embargo, la baja proporción de estudiantes clasificados como «pobres» (16 por 100 en Colonia y sólo 9 por 100 en Leipzig) supone que, incluso en esas circunstancias, muchos jóvenes seguían sin poder ir a la universidad. La carrera comenzaba normalmente a los catorce o quince años y, teóricamente, se seguía el tradicional *trivium* —gramática, dialéctica y retórica (todo ello preparado en forma rudimentaria en la escuela— y el *quadrivium* —aritmética, geometría, astronomía y música—. Tales eran los preliminares esenciales para realizar un trabajo doctoral especializado de teología, derecho civil o canónico o medicina.

Estaban ya muy lejanos los tiempos en los que un hombre podía dominar muchos temas. Si bien, las universidades eran notablemente uniformes en cuanto a organización, la intensa especialización era resultado de su distinta tónica y equilibrio en los primeros grados del plan de estudios, así

como en la fama del nivel doctoral, lo que era una cuestión fundamental para los jóvenes que aspiraban a una carrera profesional —incluyendo la enseñanza universitaria— o alcanzar un ascenso en la Iglesia. Así, Bolonia y Ferrara se identificaban con derecho; Oxford y París, con teología, y Padua, con medicina. Entonces como ahora esa reputación oscilaba continuamente. Cracovia se hallaba en el cenit de su fama hacia fines de siglo, en tanto que Salamanca, en otro tiempo la más prestigiosa de las universidades españolas, se eclipsaba ante Alcalá de Henares, fundada en 1508 y más liberal. De la misma manera, si bien el estudio de Aristóteles continuaba siendo predominante en la enseñanza de todas las universidades, el método de aproximación podía diferir grandemente desde París, donde se le enseñaba en todas las facultades y de modo completamente eclesiástico, hasta Padua, donde se concedía la mayor importancia a sus escritos científicos, considerados como obras que había que leer en su totalidad y no como textos de los que había que cercenar frases para polemizar. A diferencia de las del Norte, las universidades italianas hacían poco caso de la teología, o se la dejaban a instituciones clericales especializadas. Algunas universidades, de las que Lovaina constituía un eminente ejemplo, tenían reputación de ser especialmente «sanas» desde un punto de vista teológico, inhospitalarias para los nominalistas o los pietistas, por no hablar ya de las aproximaciones humanistas al tema.

Esta variedad de tónica, calidad y especialización hacía que frecuentemente fuese necesario viajar lejos con el fin de recibir la enseñanza más estimulante, lo que probablemente contribuía a gravar los platillos de la balanza en contra del estudiante pobre. En cambio, un estudiante acomodado, como Pico della Mirandola, podía permitirse el traslado desde derecho canónico, en Bolonia, a filosofía, en Ferrara y Padua, y a teología, en París, complementando sus cursos universitarios con visitas a Florencia para encontrarse con Ficino y a Perugia, donde había judíos, de los que aprendió el hebreo.

Los métodos educativos eran los mismos en todas las universidades. El rasgo central lo constituía la conferencia, que no era extraño que durase dos horas. Otro era la polémica sobre un tema propuesto. Entre ambos puntos se ocupaba la mayor parte del día, quedando poco tiempo para la lectura de textos enteros y mucho menos para ramonear fuera del programa. En las conferencias se veía con malos ojos la espontaneidad; era preciso leerlas. Al igual que en la escuela, se concedía gran importancia a la memoria y a la capacidad de argumentar, más que a la originalidad o al desarrollo de la capacidad crítica. En las universidades no había una convicción mayor que en las escuelas de que el fin de la educación fuera el ejercicio de la inteligencia, que habría de ser útil en una serie de vocaciones. Las universidades existían para producir expertos. Esto no quiere decir, sin embargo, que las universidades carecieran de entusiasmo intelectual. Los factores que vivificaban el sistema, que se mantenía inmutable desde hacía más de dos siglos, estaban caracterizados por la gran importancia que tenían los estudiantes mismos en el gobierno de los asuntos universitarios, la promoción de buenos profesores debido al hecho de que se les pagaban los honorarios directamente, la práctica del traslado y las facilidades para inscribirse en las nuevas universidades, la posibilidad que tenían los profesores no ortodoxos de establecerse en los pueblos con universidad, las rivalidades interfacultativas, las tendencias dentro de cada facultad, como las de realistas y nominalistas en las facultades de Ingolstadt y Heidelberg.

Conviene subrayar este punto porque frente a la amenidad de los ataques humanistas se corre el peligro de olvidar el vigor y la sutileza que podían producir el método escolástico, compuesto por la lectura y la meditación y por libros de texto escritos en forma de preguntas, respuestas y calificaciones. Frente a la sombra de la Reforma, que cada vez se extendía más, existe el peligro de menospreciar la teología y la filosofía de las universidades como trivial y estéril. Como juicio mo-

ral es probablemente correcto; pero aun sin el estímulo de pensadores de la originalidad y la fuerza de un Guillermo de Occam o de un Tomás de Aquino, el nivel intelectual de aquellas facultades era en lo fundamental elevado. Siempre que se piensa en la Reforma resulta fácil identificarse con la crítica más devastadora de todas las que se realizaron contra las universidades de la época, la del nominalismo (especialmente en el Norte) y la de un aristotelismo revivido (especialmente en Italia), que desmantelaban la armonía tomista entre la razón y la fe y conducían a una mutilación de la teología, ya que el proceso normal de argumentación no podía «probar» ninguna creencia religiosa, así como a una filosofía que no tenía ninguna relación con la vida interior del hombre. Pero esto tenía poco que ver con el ejercicio de la inteligencia. Antes de considerar el ataque humanista a las universidades y las actitudes que defendía éste, resulta importante recordar que pensadores tan creativos como Pico y Ficino, Moro, Erasmo, Guicciardini y Lefèvre d'Etaples eran todos producto de una educación muy ortodoxa y que, si bien los artistas, comerciantes, nobles y mercaderes que no habían estado en la universidad, determinaban en gran medida la tónica de la vida europea, la maquinaria que gobernaba el Estado y la Iglesia estaba casi totalmente controlada por hombres que sí habían ido a la universidad y que la mayoría de los reformadores de la generación siguiente era el producto de un sistema que no se había reformado en absoluto.

El mismo humanismo se había desarrollado en parte dentro y en parte fuera de las universidades italianas. Hacia fines de siglo, cuando ya los estudiosos de la antigüedad cubrían toda la gama desde los filólogos de todo pelaje, algunos tan avinagrados y quisquillosos como cualquier miserable profesor, hasta los filósofos originales y sistemáticos, tales como Ficino, el humanismo como movimiento tenía un claro plan de reforma educacional. En el fondo había una creencia de automejora por medio del incremento del pensamiento y ejercicio de la voluntad, y condujo a una reva-

lorización acerca de cómo y sobre qué debían pensar los hombres, expresado en su forma más mística por Pico, quien escribió que mientras que un perro tenía que actuar siempre como un perro y un ángel no podía hacer otra cosa que actuar angélicamente, el hombre tenía la capacidad de modelar su propio desarrollo, de tal manera que podía bestializarse o espiritualizarse. Sin este elemento místico, que era esencialmente privado y contemplativo, al humanismo le hubiera faltado mucho de su intensidad. Paradójicamente, este nuevo interés por el autoperfeccionamiento permitía que se le considerase por primera vez como un movimiento reformista. El humanismo no hubiera podido tener sus propangandistas educacionales si no hubiese tenido sus escapistas.

De la creencia en que el individuo puede conformar su propia naturaleza, como Dios dio forma al mundo mismo, a la de que también puede el individuo ayudar a los demás a conformar la suya no hay más que un paso. Un fin esencial era el de reunificar el corazón y la inteligencia, de donde se derivaba un ataque al escolasticismo. Otro fin era el de la relevancia; no relevancia en el sentido de una carrera —función que desempeñaban perfectamente bien las universidades medievales, excepto en el caso de las «nuevas», tales como la diplomacia profesional—, sino en el de la evolución moral del hombre. El niño y, posteriormente, el joven tenían que darse cuenta de que todos sus estudios se orientaban hacia su conformación moral como hombres. Otro era rechazar la idea de que Dios había hablado solamente, y a menudo incomprensiblemente, por boca de sus profetas y de su Hijo, y sostener, por el contrario, que había estado esparciendo signos de Su naturaleza y de Sus intenciones a través de los escritos de la antigüedad no judía, de modo que, estudiadas propiamente, las obras de Platón podían proporcionar una guía espiritual, de la misma manera que las de Cicerón podían proporcionarla ética. Estos últimos fines provocaron una nueva valoración de algunos programas de escuelas y universidades, con la intención de armonizar los más nobles men-

sajes de la antigüedad con las menos esotéricas afirmaciones de la Escritura.

El humanismo, por tanto, tenía un contenido místico, ejemplificado en hombres como Pico, Colet y Lefèvre, por un círculo secundario de hombres como Erasmo y Moro, cuya inclinación era predominantemente moral y por un círculo más amplio de popularizadores, cuya inclinación oscilaba entre la pedagogía práctica de Linacre y el cinismo inconsciente de un Castiglione. A todos les sostenía en su entusiasmo un genuino amor por las lenguas de la antigüedad, particularmente el latín (ya que el dominio del griego aún era una hazaña poco frecuente) y un deseo de purificarla frente a una corriente general de profesores que, como Celtis lo expresaba, «hablan desde sus cátedras disparatada y brutalmente contra todo arte y regla de la dicción, con graznidos de ganso y mugidos de buey, vertiendo palabras vulgares, viles y corruptas y cualquier otra cosa que entra en sus bocas, pronunciando dura y bárbaramente la pulida lengua latina».

El ataque contra los métodos de enseñanza casaba más con el espíritu de la práctica diaria. A lo largo de todo el *trivium* y *quadrivium*, y en menor extensión, también en los estudios doctorales, tenía la lógica una importancia tan grande que, en el peor de los casos, al menos, se explotaban las disciplinas aisladas como forraje para la actividad primaria del debate y la resolución de problemas, se ponía la disciplina muy por encima de la comprensión, los compendios y las citas, por encima de los textos de los que se habían extraído. En contra de esta práctica, los humanistas subrayaban la necesidad de estudiar los textos como un todo, junto con un análisis del estilo y el conocimiento de los tiempos en los que se habían escrito. La intención era la de comprender a un escritor en función del por qué, cómo y cuándo escribió. En términos del *trivium* ello significaba un abandono de la gramática y de la dialéctica y una radical valoración de la retórica, el estudio de la literatura y la filosofía con el fin de comprender lo que habían dicho realmente los

grandes hombres y de ser capaz uno mismo de escribir y hablar elocuente y oportunamente, ya que el gran avance de la retórica en este sentido residió en una combinación del aumento del conocimiento con un dominio creciente de la autoexpresión. Cada humanista aislado difería de los otros en su valoración de los escritores de la fase escolástica. Erasmo expresaba un gran respeto por Tomás de Aquino, Colet abominaba de él por poner su celo sistematizador por encima de la clara doctrina de Cristo. Tanto Ficino como Pico admitían que el ejemplo de los mejores escolásticos había ejercido una uniforme y unificante influencia en su propio pensamiento, un punto de vista que Pico defendía con alguna vehemencia contra los reproches del gran humanista veneciano Ermolao Barbaro, quien deseaba que el humanismo comenzara su labor en blanco. Ya se tratara de una defensa parcial de los escolásticos, ya de una temperamental acometida, la actitud de los humanistas dependía en parte de la importancia que cada uno de ellos concediera a la elegancia del lenguaje, como opuesto a la satisfacción en parte del celo religioso, como cuando Pirckheimer, en 1520, realizó una descripción de una «operación» que se llevaba a cabo sobre un adversario de Lutero, Eck, con el fin de amputarle sus sofismas, silogismos y corolarios. Todos los humanistas, sin embargo, atacaban la preponderancia de la lógica sobre el pensamiento y el sentimiento. En su *Pseudo-dialecticus* (1519) Juan Luis Vives desarrollaba su propio ataque contra los métodos escolásticos de enseñanza, así como sus dudas, lo cual es también muy significativo. «¿Quién toleraría que el pintor pasara toda su vida preparando sus pinceles y mezclando sus colores?... Si, en *buena* lógica, este gasto de tiempo resulta intolerable, ¿cuál es el lenguaje adecuado para designar esa cháchara que ha corrompido cada rama del saber?... Yo reconocía que estaba cambiando lo nuevo por lo viejo, lo que ya había obtenido en el campo del conocimiento por lo que aún estaba por ganar... El cambio me resultaba tan odioso que a menudo me apartaba de la idea de mejorar los estudios huma-

nistas, para volver a mis viejos estudios escolásticos, de modo que pudiera persuadirme a mí mismo de que no había pasado tantos años en París para nada.»

Otra presunción compartida era la necesidad de regresar a las fuentes de la creencia moral, ética y religiosa, más que estudiarlas a través de textos degradados y de comentaristas medievales. La idea de «regreso a las fuentes» no era nueva. El deseo de comunicarse tan directamente como fuera posible con una personalidad completamente realizada del mundo antiguo, se había manifestado en la interpretación petrarquiana de Cicerón. La edición de textos latinos y, en menor extensión, también griegos, había sido una de las principales preocupaciones de los humanistas en el siglo XV. Una fuerte corriente orientada hacia la consideración retrospectiva de los orígenes se hacía sentir en las deliberaciones de los gobiernos, así como en el interés por la genealogía; la tendencia intelectual en muchos campos puede resumir en la frase *reculer pour mieux sauter* (retroceder para saltar mejor). Aún más revolucionaria —más bien por la extensión del argumento que por su originalidad— era la determinación de pasar por encima de los teólogos escolásticos, para llegar a la misma Biblia y a los primeros Padres de la Iglesia, «los viejos doctores que se hallaron cercanos a Cristo y a sus apóstoles», como lo expresaba Erasmo.

En 1496, las conferencias de Colet en Oxford sobre las Epístolas de San Pablo a los corintios rompieron radicalmente con los métodos tradicionales de la enseñanza divina. En lugar de aproximarse al tema a través de los comentarios latinos medievales, recordando con ello a su auditorio que la Iglesia representaba una acumulación de interpretaciones, así como de dogmas, utilizó directamente el texto griego y explicó cómo la forma y el lenguaje de las Epístolas estaban condicionados por la visión que San Pablo tenía de los hombres a quienes iban dirigidas. Colocó al mismo Pablo dentro del contexto de la civilización romana y de los primeros años del cristianismo y, al ubicarlo claramente en el tiempo y en el espacio, con-

siguió que Pablo hablara casi tan directamente a los estudiantes de Oxford como lo había hecho a los corintios, como testimonio de los comienzos de la Iglesia, para animar a la reflexión personal, en lugar de que se le usara como una excusa para realizar un despliegue de erudición. Quizá aun más determinante para ejemplificar el deseo humanista de regresar a las fuentes era el de leer la Biblia en el lenguaje que, esencialmente, era el de Dios y Cristo, el hebreo. Pico estudió la lengua, y Reuchlin formuló sus reglas, de forma que otros pudieran estudiarla. Pero, una vez más es en Erasmo donde vemos claramente la motivación. «Nadie comprende la opinión de otra persona sin conocer el lenguaje en que ha expresado tal opinión», escribía en los *Adagia*. «Y así, ¿qué hizo San Jerónimo cuando decidió exponer la Sagrada Escritura?... Se convirtió en maestro en las tres lenguas merced a un incalculable esfuerzo. El que las ignoraba —añadía con su habitual capacidad para anonadar— no es un teólogo, sino un violador de la teología.» En 1508 Guillaume Budé publicaba un trabajo sobre las *Pandectas*, de Justiniano, en el que urgía la lectura completa de esa obra, tan importante para el estudio del Derecho Romano, no a través de las selecciones e interpretaciones de los glosistas medievales, así como una lectura atenta de los juicios y principios legales contenidos en la obra, con su terminología original y contra el fondo de una comprensión histórica de las circunstancias en las que se había escrito. En esta obra, como en el *De Asse*, Budé expresaba muy claramente la alegría del descubridor al limpiar de maleza eclesiástica, a fin de revelar los monumentos de la antigüedad en toda su prístina pureza. «Creo que soy el primero que ha emprendido la tarea de restaurar este aspecto de la antigüedad», declara en el *De Asse*, donde también hacía una observación que, por su distanciamiento crítico, anunciaba la llegada del humanismo; a propósito de un error que había detectado en los cálculos monetarios de Plinio, escribía: «Me parece una absurda atadura a la que se han vinculado muchos hombres instruidos de nuestra época... cuan-

do sostienen que hay que venerar el simple nombre de la antigüedad como si fuera una deidad. Creo que, de hecho, los hombres de la antigüedad eran hombres como nosotros que, a veces, escribían sobre cosas acerca de las cuales no sabían mucho» [1].

El último principio educacional que compartían los humanistas con los más diferentes intereses era el más notable, el de la creación del «hombre completo». «¿En qué campo del conocimiento, digno de expresión literaria, era deficiente Platón? ¿Cuántos estudios de generaciones le fueron necesarios a Aristóteles para abarcar no sólo todo el panorama del conocimiento filosófico y retórico, sino también para investigar acerca de la naturaleza de cada animal y de cada planta? Además, ellos tenían que descubrir todas esas cosas, que nosotros no tenemos más que aprender. La antigüedad nos ha legado todos esos maestros y todos esos modelos para que los imitemos, de forma que no se puede concebir ventura mayor sobre todas las demás que la de nacer en esta época, desde el momento en que todas las anteriores han laborado para que podamos cosechar los frutos de su sabiduría.» Asimismo, el hombre culto «no debe circunscribirse al estudio de la lógica, sino que ha de tener una familiaridad teórica con todos los temas de la filosofía natural..., ni que mientras está familiarizado con el orden divino de la naturaleza, desconozca los asuntos humanos. Debe entender de derecho civil..., debe también familiarizarse con la historia de los acontecimientos en las edades pasadas..., ignorar lo que ocurrió antes de que uno naciera equivale a seguir siendo para siempre un niño. Porque ¿cuál es el valor de la vida humana, a menos que éste se injerte en la vida de nuestros antepasados por medio de los acontecimientos registrados en la historia?»

Lo significativo de estos pasajes es que están tomados respectivamente de los tratados de oratoria de Quintiliano y de Cicerón. El hecho de que

---

[1] He tomado estas citas de un estudio inédito sobre «Le Roy and Budé», que el profesor James Stayer tuvo la amabilidad de permitirme leer.

se *pudieran* escribir en 1500 muestra con cuánta firmeza había arraigado el ideal humanista en la idea clásica de que el retórico debiera ser capaz de hablar con conocimiento y en términos adecuados, acerca de una gran variedad de temas, ampliando de este modo la retórica del *trivium,* tan estrechamente concebida, y convirtiéndola, por tanto, en una especie de recipiente para la educación como totalidad.

La fama del concepto de *l'uomo universale,* le debe mucho a su más celebrado ejemplar, Leonardo da Vinci y a su más elocuente exponente, Castiglione. No se trataba de una nueva idea; incluso entraba en conflicto con la propia exigencia de muchos humanistas de que se estudiaran ramas particulares de la enseñanza en profundidad, adquiriendo con ello unas complicadas capacidades lingüísticas. En el estudio, en los negocios, en la administración, el móvil de la época, la más urgente necesidad era la especialización. Para la mayoría de las personas, cualquier cosa que se acercara al conocimiento universal era sólo alcanzable al nivel del enciclopedismo o del dilettantismo, a pesar de lo atractiva que pudiera resultar la glosa de Castiglione. Incluso en el nivel del dilettantismo, no se podía alcanzar el ideal universalista más que en el caso del rico ocioso, y en este hecho descansaba mucho del interés del universalismo, ya que distinguía entre el caballero, quien no precisaba un conocimiento o capacidad especializados para asegurarse una renta, del académico o del artesano, para quienes sí era necesario.

La mayor importancia que los humanistas concedían a la comprensión sobre la memoria, a los textos sobre la discusión y, especialmente, a adecuar la educación al niño y no viceversa, consiguió un cierto efecto en la organización de las escuelas. La imprenta permitió acelerar el importantísimo proceso de aprendizaje del latín a través de nuevos medios de enseñanza, en especial gramáticas y diccionarios. Parafraseando un principio erasmiano, Marineo Sículo escribía de su propia gramática simplificada que «juzgando que estas pocas nociones son suficientes para los principian-

tes y no siendo necesario el resto, cedo a otros la infructuosa tarea de recargar las mentes de sus estudiantes. Porque si, tras haberse familiarizado con la forma de las palabras emplean el tiempo que los otros gastan estudiando las reglas de la gramática, en escuchar a los autores de los que se han tomado esas reglas, seguramente avanzarán más y llegarán a ser no gramáticos, sino latinistas. Así se enseña a los muchachos en Italia y en Alemania.» Lefěvre hacía la misma observación en Francia y en los Países Bajos, donde el cauto humanismo de los Hermanos de la Vida Común había proporcionado ya un ejemplo. La práctica de la enseñanza en una serie de escuelas, especialmente quizá en Deventer, aún se revisaba más decididamente siguiendo los criterios erasmianos. En Inglaterra, la Magdalen College School fue la iniciadora en los primeros años de 1480 y entre 1508 y 1509, Colet fundó la escuela de San Pablo en Londres, en colaboración directa con Erasmo.

Por regla general puede decirse que las universidades habían aceptado a los humanistas en calidad de profesores de literatura griega o latina con mucha mejor voluntad de la que tenían para aceptar las propuestas humanistas para reformar los programas de estudio. Si la tónica del *trivium* se hizo más humanista ello se debía a que tales profesores, al ser libres para seleccionar sus propios textos, eran capaces de llegar hasta los otros campos de la carrera y de poner en funcionamiento un aumento beneficioso de la carrera de artes como una totalidad. La extensión de este aumento difería según el conservadurismo de las facultades establecidas. A Marineo se le ofreció una cátedra de poesía y oratoria en Salamanca, y Pedro Mártir, en su calidad de profesor allí invitado, relata que tras unas conferencia pública sobre Juvenal, le «llevaron a casa como al vencedor desde el estadio de la Olimpiada». Pero la universidad en sí continuó siendo inflexiblemente tradicional y el gran erudito Elio de Nebrija se encontró con que su actitud de «regreso a las fuentes» respecto a la divinidad era tan impopular entre sus colegas que se vio obligado a trasladarse en busca de la

atmósfera más solidaria de Alcalá. A despecho de la presencia de hombres de cuño tan humanista como Robert Gaguin, la Sorbona continuó imperturbable bajo la influencia de su facultad de teología conservadora. Oxford y Cambridge estaban dominadas por intransigentes facultades de teología cuya resistencia al cambio venía facilitada por la existencia de las Posadas de la Corte, las cuales recibían a los hijos de las familias influyentes que, aspirando a realizar carreras diplomáticas o administrativas, querían una educación más realista.

Aunque el rector de Cambridge a partir de 1503 era John Fisher, un protector de Erasmo, la universidad obtuvo únicamente un catedrático de griego. En Oxford hacía más progresos el humanismo, si bien aquí se debía a la existencia de un nuevo colegio, el Corpus Christi, introducido en la universidad por el obispo Richard Fox en 1517. Si bien había sido fundado en un lugar donde, según rezaban los estatutos, los «estudiosos, al igual que ingeniosas abejas, han de laborar día y noche para hacer cera en honor de Dios y miel, goteando la dulzura, en beneficio de ellos mismos y de todos los cristianos», sus 20 miembros tenían que estar bien impuestos en la literatura latina secular. Aún más importante era la contribución que el Corpus había de hacer a la universidad a través de un catedrático de latín que iba a tratar de los poetas, oradores e historiadores de la antigua Roma, un catedrático de literatura griega y un catedrático de teología, quien «seguiría en la medida de lo posible a los antiguos y santos doctores, tanto griegos como romanos y, en especial, a Jerónimo, Agustín, Ambrosio... y otros de esta categoría, no a Nicolás de Lyra, ni a Hugh de Vienne ni al resto de ellos, quienes, tanto en el tiempo como en la sabiduría, se encuentran muy por debajo de los primeros».

En el plazo de un año había crecido tal oposición contra los «griegos» del Corpus, que éstos se hallaron en la calle, expulsados por los «troyanos» de la Facultad de Teología, lo que obligó a Tomás Moro a venir desde la corte para regañar a las autoridades académicas. Defendió los planes de

Fox diciendo que si la teología no implicaba el estudio de los primeros padres y el del latín, griego y hebreo, retrocedería de nuevo a las estériles discusiones de los académicos, esto es, que proseguiría su rumbo actual, e hizo la observación, ya familiar en la literatura humanista, pero importante a pesar de todo en aquel contexto particular, de que no solamente el conocimiento de la antigua sabiduría no suponía obstáculo ninguno para el estudio de la teología, sino que era de valor positivo para los hombres que gobernaban el Estado y cuyos deberes suponían un conocimiento tan amplio como fuera posible de los asuntos humanos.

En efecto, los gobernantes estaban nombrando a los humanistas como preceptores de sus hijos. Linacre era preceptor del hijo de Enrique, Arturo. A Pedro Mártir le hicieron jefe de la pequeña escuela de palacio, donde se educaba a Juan, príncipe de Castilla, en medio de un grupo cuidadosamente seleccionado de nobles jóvenes. Y si bien algunos de los temas infinitamente discutidos bajo la influencia humanista estaban ya muy trillados, tales como el de si la espada es más poderosa que la pluma, al menos resultaban más adecuados para la vida que los enigmas de las facultades de teología, tales como «si estamos obligados por la ley del amor a liberar al prójimo contra su voluntad de la opresión, la infamia o la muerte, cuando no podemos hacerlo sin causarnos un daño a nosotros mismos». Como Pedro Mártir decía de sus jóvenes y belicosos alumnos: «Están comenzando a admitir que las letras no constituyen un obstáculo para el oficio de soldado, como se les había enseñado a pensar, sino que más bien son una ayuda activa.» Es muy posible que tales debates de moda como armas *versus* letras y la colección de proverbios y anécdotas, como los *Adagia,* de Erasmo, inmensamente populares, hacían más por extender el interés y respeto por la oportunidad del antiguo mundo que ediciones completas de los autores clásicos o la enseñanza de los humanistas en las universidades.

El éxito de cualquier intento de introducir un nuevo programa de enseñanza y una nueva forma

de pensar depende de la extensión en que se les pueda popularizar. Rechazadas por las instituciones establecidas, o sólo superficialmente incorporadas a ellas, la extensión de las actitudes humanistas dependía de los instrumentos que se podían utilizar para la autoeducación. Estos eran aún escasos. Pocos hombres, incluso entre los de mediana situación, poseían más de 20 libros. Algunas poblaciones, entre las cuales Nuremberg, Leipzig y Frankfurt, tenían bibliotecas públicas, pero las grandes bibliotecas no universitarias, como la de los Médicis y la del Vaticano, si bien estaban abiertas al público, sólo las utilizaban en la práctica los estudiantes.

La gran mayoría de los libros capaces de estimular el pensamiento y de sugerir comparaciones y nuevas ideas aún estaban impresos en latín y, por tanto, eran inaccesibles, salvo para aquellos que habían tenido una buena educación, capaces no sólo de aprender latín, sino de seguir leyéndolo. La práctica de cada cual difería. Erasmo escribía sólo en latín; Maquiavelo, sólo en italiano. Durero buscó el consejo de latinistas como Pirckheimer cuando comenzó a escribir sus tratados y, debido a que ignoró en gran parte tales consejos, contribuyó a configurar el alemán como una lengua que, como Moro decía del inglés: «Es suficientemente rica para expresar nuestras mentes sobre todo aquello acerca de lo cual un hombre está acostumbrado a hablar con los demás.» Sin embargo, Moro escribió la *Utopía* en latín. También Nebrija, un humanista profesional que escribía en latín y editaba textos clásicos, fue quien compuso la primera gramática de una lengua europea moderna y la justificó ante Isabel por medio de la famosa y profética observación de que «el idioma es el perfecto instrumento del Imperio». El nacionalismo ascendente era uno de los factores que coadyuvaba a la vulgarización y al incremento del uso de la lengua vernácula, aunque también aquí, se daban algunas contradicciones. Félix Fabri defendió enérgicamente el alemán como «la más noble, la más distinguida y más humana de las lenguas»; pero su defensa estaba redactada en latín. Desde el pun-

to de vista de la autoeducación en las ideas humanistas, el lector común era, hasta cierto punto, víctima de este patriotismo, ya que éste llevaba a los impresores a publicar la historia nacional y la literatura nacional en lengua vernácula, más bien que a popularizar las obras de los humanistas contemporáneos o a editar textos clásicos. Hacia 1520 la lengua vernácula aún no había ganado aceptación general como medio para expresar aquellos aspectos del humanismo que le podían haber dado a la clase media europea algo parecido a una cultura común, y para muchos, que podían leer latín, aunque éste retenía para ellos el aroma artificial de una lengua secundaria y no de confianza, el mundo antiguo continuó siendo extraño, tanto en las ideas como en el tiempo.

3. EL HUMANISMO CRISTIANO

Que los humanistas iban a combinar una función autoatribuida, la de maestros de la Europa secular, con la de reeducadores de la Cristiandad, era una conclusión prevista. El complemento natural de su deseo de restablecer los textos originales de la civilización era el que les había hecho incluir no sólo a Platón, Aristóteles y Cicerón, sino también al sistema de la Iglesia cristiana. Consecuencia lógica de sus ataques a los métodos del escolasticismo fue un ataque a las actitudes frente a la religión que inculcaba el método escolástico y el tipo de pastor espiritual que producían las facultades de teología.

La teología cumplía una función secundaria en las universidades italianas, lo que explica que fuera al norte de los Alpes, sobre todo, donde los esfuerzos de los humanistas para conseguirse puestos en la universidad e introducir *bonae litterae* en los programas condujo a un mayor interés por el carácter de la vida religiosa. A través del ataque a la negligencia en las fuentes, al aprendizaje memorístico, a la aceptación acrítica de las malas autoridades, a la insistencia en la forma por encima de la sustancia, llegaron a convertirse

en críticos de una religión que subvaloraba la vida y el mensaje de Cristo, de observancias tales como la «adoración» de los santos y de la automática repetición de oraciones sin sentimiento, de oraciones fúnebres rezadas por los curas a cambio de un honorario, del culto a las reliquias y de peregrinaciones llevadas a cabo por delegación. Los humanistas vieron que una teología que no le hablaba al corazón llevaba a una vida religiosa que consistía en signos exteriores. Al criticar la práctica religiosa, tras haber criticado la práctica educativa, los humanistas encontraron apoyo en los movimientos preexistentes de piedad lega práctica y de interiorismo místico en el norte, así como en la importancia que los italianos concedían a la dignidad humana y su corolario: especial interés por la vida buena más bien que por la buena muerte. Como franciscanos en vez de benedictinos de la Cristiandad humanizada, subrayaron que aunque en el centro del cristianismo había un misterio, la enseñanza de Cristo no era misteriosa.

Esta era la actitud a la que habían conducido el fervor literario de Petrarca y la sutileza filológica de Valla. ¿Cómo se explica entonces la Inquisición, Lutero, Zuinglio, Calvino, la censura de libros y la increíble reafirmación del incremento de la doctrina medieval por el Concilio de Trento?

El fracaso manifestado por este punto de vista tuvo poco que ver con el suave tinte de paganismo que acompañaba al estudio de la antigüedad. Aunque los distintos humanistas se diferenciaban en cuanto al grado de decisión con el que pensaban atraer a los autores clásicos al redil, como así era, sin que allí se originara disturbio ninguno —Erasmo era más tolerante que Lefèvre, y Lefèvre que Colet, por ejemplo—, cuando señalaba que «seguramente, corresponde el primer lugar a la Sagrada Escritura; pero a veces encuentro cosas escritas por los antiguos, por paganos y poetas, tan castas, santas y divinas, que estoy persuadido de que un buen genio les ilustró. Cierto es que se encuentran muchos en la comunión de los santos que no están en nuestro catálogo de santos».

En un cierto sentido, medio en broma medio en serio, ciertos humanistas se consideraban a sí mismos como viviendo en el contexto de las antiguas costumbres. Celtis encargó a Hans Burgkmair un anticipo de su muerte en un grabado copiado de una tumba romana, donde yace él en el sueño de la muerte, llorado por Apolo y Mercurio. La tumba de dos doctores en medicina, Girolamo y Marcantonio della Torre llegaba a mostrarles a los dos acarreados a través de la Estigia hacia los Campos Elíseos. La iconografía clásica había pasado a ser una moda muy extendida. La tumba de los dos hijos pequeños de Carlos VIII y de Ana de Francia mostraba escenas de los trabajos de Hércules junto a escenas de la vida de Sansón, y, en el monumento al papa Sixto IV, de Pollaiuolo, estaba retratada la misma teología bajo la forma de una Diana desnuda. En 1503 Paolo Cortese, secretario del papa Alejandro VI, publicó un *Compendio del Dogma,* en el que se llamaba a la Virgen la madre de los dioses y a las almas de los muertos *manes,* el Infierno poseía las riberas del Tártaro pagano y a Tomás de Aquino se le llamaba el Apolo de la Cristiandad. Cuando León X, protector de la enseñanza humanista y tan buen coleccionista de manuscritos como sus antepasados del siglo XV, Cósimo *pater patriae* y Lorenzo el Magnífico, entraron en Roma, lo hicieron bajo arcos decorados con citas clásicas, así como estatuas de Apolo y Mercurio, Venus y Baco. León continuó apreciando el arte y la literatura de la antigüedad tras haber publicado los decretos de su predecesor en el Concilio Lateranense, que condenaban un interés excesivo en la enseñanza pagana.

Más debilitador aún del sentido de convicción total y abandono de uno mismo que se necesitaba para una amplia regeneración del cristianismo era la importancia que los humanistas le concedían a la sabiduría y a la ética a expensas de lo milagroso y revelado. Pico y Pomponazzi se contaban entre los pocos humanistas que sufrieron la acusación de herejía. La mayoría aceptaba los dogmas de la Iglesia, pero los ignoraba. Le restaron algo de te-

rrorífico a la imagen del infierno enseñando que un hombre cuyas pautas morales eran prudentes y estrictas y cuyo autoexamen moral era honesto estaba justificado si vivía más en términos de aquí y ahora que en términos de la muerte y el juicio por venir. Sostenida por los rasgos estoicos y epicúreos, comunes a gran parte del pensamiento humanista, la dignidad especial del hombre se creía que residía en su habilidad para lograr una armonía interior placentera a Dios por medio de la ampliación de su pensamiento y de la suma de su conocimiento de la antigua sabiduría y de la enseñanza de Cristo. Había, pues, un interés menor en la naturaleza sacramental del cristianismo. El optimismo esencial de esta creencia en la autoperfectibilidad dejaba de lado la función dramática que jugaba el pecado original en la teología ortodoxa. El Jardín del Edén y lo que allí sucedió se convirtió en la alegoría de una elección, en un aviso sobre el carácter del combate que iba a ser librado en la naturaleza humana, más bien que en el primer paso de un drama acerca de la gente real que requería la efusión de la sangre de Cristo en la cruz. La degradación del drama «histórico» del fruto prohibido estaba sostenida por la creencia pseudohistórica en una Edad de Oro, cuando el hombre vivió durante generaciones en un estado de bienaventuranza inconsciente. Los humanistas no mostraban a los santos como intercesores en función del tesoro amontonado de sus méritos, sino que, más bien, incitaban al hombre a utilizar su propia vigilancia informada para alimentar la semilla de divinidad que había en él. Todo esto era desde luego en interés de una religión personificada. El resultado, igual e inevitablemente, era el de intelectualizarla. La Cristiandad ya no era tan fácilmente perceptible. Las palabras de Cristo se convirtieron en algo más importante que sus milagros y su crucifixión. Los demonios, los ángeles, los vicios, las virtudes, el cáliz de la comunión, sostenido para recoger la sangre que brotaba de la cadera de Cristo, Judas colgado por el cuello, el tormento de los mártires, una larga herencia de arte y teatro quedaba disminuida por exhortacio-

nes a vigilar y rezar menos y a estudiar y pensar más.

Un sorprendente eclecticismo alejaba aún más a la imaginación de la liturgia y del tema del púlpito y presidía la amplia variedad de fuentes que los humanistas juzgaban oportunas para el estudio de la vida religiosa. Una de las causas era una extraordinaria curiosidad académica. Las otras eran: la importancia concedida a la filosofía moral, que buscaba sus ilustraciones en la poesía, la retórica y la historia tanto como en la Sagrada Escritura; el interés por el auténtico sentido de la religión, el alimento a la adoración, que se puede descubrir en todos los credos y en todos los tiempos; el eclecticismo que ya se hallaba presente en algunos de los modelos básicos de los humanistas, especialmente en Cicerón.

El benévolo estudio de las otras religiones ya no estaba fuera de lugar. Cada religión se suponía que reflejaba (aunque el cristianismo lo hacía más directamente) una verdad particular emanada de un solo Dios; era posible descubrir algo significativo de las intenciones de Dios y de la espiritualidad inherente al hombre desde los obeliscos de Egipto hasta el Corán. El riesgo era que el cristianismo no quedara reforzado, sino diluido. «Los ritos y ceremonias de la religión —escribía Cornelius Agrippa— son distintos en razón de las diferencias de tiempo y región; y cada religión tiene algo de bueno, que se dirige hacia el mismo Dios, el Creador; y aunque Dios no aprueba más que la religión cristiana, no rechaza por completo otros cultos practicados en Su honor; tampoco los tiene por completo olvidados y los premia, si no mediante una recompensa eterna, sí mediante una temporal; o, al menos, los castiga menos.»

Este sincretismo alcanzaba su grado diluyente más elevado en su reflejo de una tendencia ampliamente compartida por los humanistas: la combinación de un auténtico estudio original del Nuevo Testamento con otro semejante a una clave de código del Antiguo. Así, la Cábala judía se consideraba como un cuerpo de sabiduría secreta, transmitida oralmente desde los tiempos mosaicos,

antes de que fuera confiada a la escritura, una tradición de sabiduría que, si se aplicaba a la Biblia (si era necesario, después de haber dilucidado el significado simbólico de ciertas letras hebreas), podía suplir la comprensión del Antiguo Testamento. El hecho de que a los hombres sabios se les había concedido un preconocimiento del nacimiento de Cristo y que habían venido del Este lo consideraban los humanistas como un índice para buscar aún más antiguas visiones en los trabajos (o pseudotrabajos) de los sabios orientales, cuyas ideas se creía estaban incorporadas en los escritos de Pitágoras. Egipto también ejercía cierta fascinación, ya que, debido a una tradición que se halla en Herodoto y Platón, se creía que había sido la cuna original de la religión. Parecía como si esta tradición tuviera un lado real a causa de un cuerpo de escritos atribuidos a Hermes Trismegistos, de los que Ficino pensaba (habiéndolos traducido del latín), al igual que sus antecesores, que se trataba de la obra de un antiguo sabio egipcio, si bien habían sido escritos de hecho en los siglos III y IV después de Cristo. Un índice de en qué medida era bien recibido Hermes en el grupo de aquellos que podían arrojar alguna luz sobre el Antiguo Testamento es la inscripción que reza bajo una representación suya en la catedral de Siena, en 1488, donde se suponía que era «contemporáneo de Moisés». El Antiguo Egipto era también el hogar de los jeroglíficos. Estos resultaban fascinantes debido a la posibilidad de que contuvieran huellas directas de los pensamientos de Dios, que (bajo influencia platónica) se suponía que tenían la forma de imágenes-ideas completas, hasta que se dio a Sí mismo una boca humana en la encarnación. Los jeroglíficos aparecían cada vez más en el arte, y Durero, por ejemplo, los utilizaba pródigamente en la contrapieza de su vasto arco del triunfo. Pero los jeroglíficos y el deseo de descifrarlos era un asunto exclusivo de especialistas. No podía existir una clara imagen del humanismo cristiano mientras sus componentes buscaran al mismo tiempo el combate con el sis-

tema teológico, simplicidad para las masas y sabiduría esotérica para ellos mismos.

Si la importancia concedida a la sabiduría secular podía llevar a un olvido de la revelación; si la búsqueda de Dios podía conducir a olvidar a Cristo; si el aliento de esa búsqueda podía llevar a un vago panteísmo, como sucedió con la afirmación de Celtis de que a Dios se le podía adorar de igual manera en el campo y en la Iglesia; si todo esto era así, también la invocación de tantas autoridades podía conducir a la desconfianza en el conocimiento mismo, y, con ello, a socavar un fin central del humanismo: que ampliando su pensamiento el hombre podía aumentar su talla espiritual. Abrumado por la acumulación de conocimientos desde los tiempos en que Tomás de Aquino realizó la conciliación de la razón y la fe, oprimido por la cantidad de estudios de la fuente de creencias, resultaba tentador continuar con el conocimiento y dejar que la fe se las arreglara como pudiera. Resultaba tentador también convertirse en un escéptico de la razón, como lo hizo el sobrino de Pico, Gian Francesco, ver la filosofía de Cristo como un discurso esencialmente autocontradictorio y, desde luego, sin esperanza para unos hombres que, sobre todo, necesitaban el tipo de afirmación que únicamente alcanza lo profundo para proporcionar el consuelo cuando es el resultado de un relámpago revelador en el camino de Damasco. Finalmente, resultaba también tentador confundir los jeroglíficos con los símbolos trazados en el polvo por el bastón del mago y, en cuanto al humanismo, interpretar el intento del hombre como una imitación más que como una búsqueda de Dios, intento que realizó Agrippa y dentro del que figura como uno de los inspiradores del *Fausto*, de Goethe.

El humanismo implicaba inevitablemente la religión. Del mismo modo inevitable sólo podía actuar como una levadura muy lenta dentro de la vida espiritual de Europa como un todo. Los humanistas escribían en latín para un público relativamente pequeño aunque importante. Algunos de ellos, dentro y fuera de la Iglesia, eran autó-

nomos; otros dependían de las fluctuaciones del mecenazgo; otros picaban aquí y allá, no siempre con seguridad, entre las universidades y otras instituciones educacionales. Carecían de un cuerpo de predicadores animados de sus ideas. No estuvieron involucrados con los sentimientos patrióticos de ninguna nación. Sobre todo, quizá, a su mensaje le faltaba humildad y sentido del pecado; y como le faltaba el sentido del pecado, le faltaba la necesaria nota de esperanza. La actitud de Lutero hacia la teología reflejaba algo del matiz humanista que la Universidad de Erfurt había adquirido cuando él estuvo estudiando allí. En sus años tempranos fue un admirador de Erasmo; pero un simple pasaje puede explicar la ruptura que se produjo entre los dos hombres y la gran fuerza penetrante de la visión alemana de la religión. «Creo —escribía— que no puede creer en Jesucristo, mi Señor, o ir hacia El auxiliado por mi propia razón o fortaleza. Pero el Espíritu Santo me ha llamado por medio del Evangelio, me ha iluminado con sus dones, santificado y mantenido en la única fe verdadera.»

4. EL PENSAMIENTO POLÍTICO

Entre todos aquellos que retrocedían para considerar la naturaleza de la sociedad política como una totalidad había una gran cantidad de seguidores de la moda. Muchos sermones, folletos y tratados prolongaban aún el desfasado tema de los «Espejos de príncipes»: bastaba que un gobernante fuera un buen cristiano para que todo estuviera en orden con su pueblo. Este era un rasgo dominante en la *Educación de un príncipe cristiano.* Un punto de vista más moderado lo representaba Seyssel, cuya *Monarquía de Francia* se funda sobre la idea de que un gobernante debe fundar sus acciones en primer y principal lugar sobre el conocimiento de su país, sus instituciones, la composición social y las necesidades del pueblo en general; tendrá que gobernar, de hecho, más con su cabeza que con su corazón o su conciencia:

una vez consciente de las limitaciones a su libertad, sus acciones serán moderadas y perspicaces. Maquiavelo representa un punto de vista similar, aunque puesto al servicio del activismo; el conocimiento sobre los hechos acerca de las instituciones y la naturaleza humana permitían al gobernante aliviar el dinamismo potencial en el sistema político. Por último, en el extremo opuesto del idealismo de Erasmo se encuentra la posición de Cornelius Agrippa, para quien el estudio de la política era simplemente gastar el tiempo; si la monarquía, aristocracia y democracia funcionaban o no dependía de los caracteres de los individuos implicados en ellas; por lo tanto, ¿qué sentido tenía discutir sus méritos como formas institucionales?

Aparte de esta vena excluyente, existía un punto de vista ampliamente compartido entre los escritores sobre política, según el cual se podía aislar, analizar y tratar con los problemas específicos, tanto si se trataba de la injusticia social (Moro), o de las rivalidades internacionales, aparentemente sin sentido (Erasmo), o la debilidad militar (Maquiavelo). De la misma manera que los historiadores comenzaban a dejar de explicar la historia en términos de juego de ajedrez jugado entre Dios y el Diablo con fichas humanas, en términos de ambición individual, avaricia y codicia, también los escritores sobre política eran conscientes de que, hasta cierto punto, los destinos del hombre estaban en sus propias manos y que el resultado de ello dependía del autoconocimiento. Era necesaria mucha flexibilidad para descubrir los adornos familiares de las mejores constituciones de Aristóteles y sus malignos contrapuntos, pues el pensamiento constructivo sólo podía comenzar cuando se las cotejase con la realidad. Así, Seyssel había añadido los oficiales de paz, de cualquier origen social que fueran, al elemento aristocrático en la vida institucional de Francia. Budé, en su muy antierasmiana *Educación de un príncipe,* señalaba que la naturaleza de la economía era más importante para el planificador político que el carácter de su príncipe. Y Savonarola, edu-

cado en la preferencia de Santo Tomás de Aquino por la monarquía como el más cercano reflejo del gobierno único de Dios y el de la naturaleza (la abeja rema) y ansioso como pastor espiritual por una constitución dentro de la cual los hombres pudieran llevar vidas virtuosas, alababa la constitución republicana de 1495, tanto en sus sermones como en sus *Tratados sobre el gobierno de Florencia,* porque casaba con el temperamento y surgía de modo natural del condicionamiento histórico de cada pueblo particular.

Esta importancia concedida a lo que funcionaba más que a lo ideal no sólo era el resultado de una observación directa; estereotipos antiguos y medievales ayudaban a ello. El cuerpo político estaba sujeto a cambios, como lo estaba el cuerpo individual; necesitaba el consejo del diagnóstico político, al igual que el individuo precisa el del doctor. Del mismo modo que el individuo se hallaba vinculado a la rueda que le llevaba del bien al mal a menos que la virtud la frenara, así las naciones pasaban de una forma de constitución a otra, de la prosperidad al desastre, a menos que la presión del conocimiento entrara en funcionamiento. Estas metáforas de cambio no tienen significado por sí solas. Ningún escritor de política pensó que el mundo se estuviera deslizando hacia la senilidad, aunque algunos predicadores y cronistas lo hicieron. Fuera de Italia existía poca comprensión sobre el fenómeno del paso de una forma de constitución a otra: la monarquía hereditaria había sido el gobierno a lo largo de los siglos. Pero ello contribuía a dar un carácter de urgencia y un sentido de misión a los escritores. Budé, Seyssel y Maquiavelo escribían en la lengua vernácula, a fin de atraer la vista de un gobernante concreto, en cualquier caso, un nuevo gobernante, el joven Francisco I y el joven Lorenzo de Médicis, nieto de Lorenzo el Magnífico. Los asuntos son fluidos; así están las cosas en este momento; esto es lo que puedes hacer; cualquiera que sean sus diferencias formales, éste es el mensaje común a sus obras.

Seyssel, un obispo, administrador y diplomático,

se refería con desilusión al montón de libros escritos para aconsejar a los príncipes desde la antigüedad en adelante. ¿Qué efecto práctico habían tenido? Los príncipes o no los necesitaban o no los leían. Sin embargo, gracias a los despachos e informes del naciente cuerpo de diplomáticos, la confianza de maestros de los eruditos humanistas y la creación de los administradores profesionales legalmente preparados, era más fácil de imaginar ahora que en el pasado la función del consejero político efectivo, lo cual le concedía un nuevo sentido de oportunidad a lo que decían.

Era más fácil también conseguir que el consejo tuviera algún valor práctico por medio de comparaciones y obteniendo conclusiones de ellas, no tanto de ejemplos contemporáneos —Venecia, el Imperio, los turcos, las más importantes entre las pocas comunidades políticas que era necesario considerar en términos de instituciones más bien que de gobernantes— como de la antigüedad. Se podía hacer una relación de las acciones y de sus consecuencias, de las instituciones y de sus destinos, que tanto para los escritores como para los lectores resultaba algo en común. Si bien Maquiavelo cotejaba las modernas situaciones con las antiguas, con un sentido de su paralelismo inusitadamente agudo, y en los *Discursos* proclamaba estar abriendo un nuevo sendero al señalar la importancia de la historia antigua para los problemas modernos, la costumbre de invocar la historia del mundo antiguo era casi universal. Trabajando sobre bases muy similares, aunque sin que cada uno conociera la obra del otro (a pesar de que se habían conocido en 1504), Seyssel y Maquiavelo utilizan los mismos ejemplos de la antigua Roma con una frecuencia sorprendente.

Los teóricos políticos, por supuesto, tomaban del mundo antiguo lo que apoyaba a sus propios intereses. Aquellos que se interesaban primeramente por los valores éticos se podían preguntar a sí mismos: ¿qué medio institucional conseguiría producir una nación de cicerones? Los republicanos podían volver los ojos hacia Livio; los monárquicos, hacia Suetonio; los estudiosos del

cambio constitucional, a Polibio; los idealistas, a Platón. Esta gran cantidad de modelos no producía en sí misma obras de mayor originalidad que aquéllas de la Edad Media, para no hablar de las obras encaminadas a influir a los que se hallaban en el poder. Hay que recordar que algunas de las que posteriormente han aparecido como obras cláve no se imprimieron hasta después de este período; entre ellas, la de Francesco Guicciardini, *Los discursos de Logrogno* (1512, impresa en 1558); la de Maquiavelo, *El príncipe* (1513, impresa en 1532), y la de Budé, *La educación del príncipe* (1518 ó 1519, impresa en 1547). Cuanto más claro se veía que todas las instituciones las habían hecho los hombres y que ellos las podían alterar, y que estas alteraciones habían de tomar en cuenta la tónica de la sociedad como un todo, tanto más claramente se consideraba a estas instituciones decididamente clásicas en función de su evolución histórica. Los orígenes y mucho del primer desarrollo de las naciones contemporáneas se hállaban envueltos en la mitología; los de Roma, parecían ser claros. La ausencia de libros adecuados analíticos o de referencia contemporánea hacía que resultara más fácil ver cómo se había gobernado Roma que cómo lo eran las grandes naciones en aquel momento, sin excluir muchas veces a la del mismo escritor.

Fuera de las repúblicas, lo que más influyó a los escritores de política fue la claridad con la que se podía ver a la Roma imperial. En Alemania, que realmente tenía un emperador, si bien uno débil, el pensamiento político en una escala nacional continuaba siendo una aspiración más que una práctica. En Inglaterra, la idea de que el monarca se encontraba sometido a la ley y que estaba allí para proteger al mismo tiempo que dirigir a su pueblo, embotaba la fuerza de la analogía romana, como también hacía la posición de las Cortes españolas. En Francia, sin embargo, el desprecio que casi todos los que tenían una educación humanista sentían por la *plebe*, junto al crecimiento de la eficacia a partir de la monarquía

de Carlos VII, permitían que se pudiera citar el modelo imperial romano sin inhibición ninguna.

Para Budé, que, ante todo y sobre todo, era un erudito por temperamento, el poder del rey era absoluto. A fin de probar que no solamente era esto verdad, sino que había de ser verdad también en términos de la naturaleza del ideal político, citaba (por supuesto, arreglados para este propósito) ejemplos de la historia romana y llegó a ignorar la ceremonia de coronación, con su aura de responsabilidad ante Dios y ante la Iglesia, porque carecía de analogía en el mundo antiguo. El único contrapeso para el absolutismo era la ensoñación de la conciencia del gobernante. Budé estaba utilizando la historia de Roma con el fin de abolir la de Francia, para liberar al rey de los obstáculos del pasado nacional.

Por el contrario, Seyssel, aunque compartiendo en un nivel más superficial el conocimiento de Budé sobre la antigua Roma y coincidiendo con su deseo de enaltecer la autoridad del rey, señalaba que tal autoridad no podía ser absoluta en la práctica. El monarca estaba obligado a no actuar en contra de los intereses de la religión. Estaba obligado a tener en cuenta el derecho del país tal como lo conocían sus jueces. Se encontraba, por tanto, vinculado por ciertas convenciones que habían llegado a alcanzar el estatus de leyes fundamentales, convenciones que gobernaban la sucesión al trono, la inalienabilidad de las tierras de la corona, las relaciones entre la corona y el Papado. Además, el análisis que hacía Seyssel de la composición social de la nación revelaba más «frenos» (para utilizar su propia palabra) sobre la libertad de acción del monarca, ya que su poder se disolvería si ignorase arbitrariamente los intereses básicos de cualquier grupo social.

Por tanto, si bien la posibilidad de conseguir información acerca del antiguo mundo ayudaba a cambiar la tónica del pensamiento político y añadía mucho al alcance de su material ilustrativo, no determinaba su dirección. La utilizaban los profetas del absolutismo, como Budé, y los tácticos, como Seyssel; los entusiastas por imitar las

acciones de los antiguos, como Maquiavelo, y los escépticos, como Guicciardini, quienes miraban hacia la antigüedad como una guía del pensamiento, no para hacer historia. Las zonas principales donde la opinión de los escritores políticos aparecía más o menos unitaria eran la de la política exterior y la guerra. Las instituciones feudales y clericales habían impregnado tan profundamente la vida política nacional con el sentido del contrato y la rectitud cristiana que la mayoría de los teóricos políticos simplemente no podían recomendar un amoralismo cabal al discutir la orientación de los asuntos interiores. En los asuntos exteriores, sin embargo, las lecciones de sutilezas militares y diplomáticas que se podían leer de los historiadores y los escritores sobre la guerra de la antigüedad no eran fáciles de digerir. Cuando piensa sólo en Florencia, Maquiavelo está vinculado, y le gusta estarlo, a las tradiciones de su pasado republicano; pensaba en términos de honradez social, de confianza mutua y de bien común. Pero cuando reflexiona sobre las cualidades que necesita un dirigente que ha de conquistar o tratar con territorios conquistados o negociar con enemigos potenciales, aceptaba la necesidad de disimular y mentir. Expresaba la desconfianza en la naturaleza humana con más decisión de lo que lo hacían muchos de sus contemporáneos, apuntaba la necesidad del divorcio entre la moralidad privada y la política con mayor fruición que los otros, pero su punto de vista no estaba aislado. «Ya que los hombres son corruptos por naturaleza —escribía Seyssel—, generalmente tan ambiciosos y deseosos de dominación... que uno no puede poner ni fe ni confianza en ellos, es muy recomendable y necesario que todos los príncipes responsables del gobierno de los dominios mantengan siempre un ojo cauteloso sobre sus vecinos, incluso en tiempos de paz.» Budé sancionaba el engaño, la falacia y la astucia en los intereses nacionales. No tenía a Maquiavelo presente (de quien nunca había oído hablar) cuando Erasmo recordaba a su propio príncipe cristiano ideal que «los medios por los que algunos príncipes se han ido

deslizando hasta el punto en que las ideas de «buen hombre» y «príncipe» parecen ser la antítesis la una de la otra». Evidentemente resulta estúpido y ridículo hablar de un buen hombre al hablar de un príncipe.

El aspecto más «realista» del pensamiento político contemporáneo debía mucho, ciertamente, al estudio de la antigüedad. No era solamente porque la guerra ocupaba un lugar tan destacado en las obras de los historiadores romanos por lo que se argumentaba que la guerra era *par excellence* la verdadera materia de la historia, sino que los escritores que pagaban impuestos sabían que las guerras eran caras y, como no habían nacido en una casta luchadora, simpatizaban con la concepción de Vegetius de que casi todos los métodos de derrotar al enemigo eran mejores que combatir contra él realmente. La idea de Fortuna era común a los intelectuales. Vegetius, en su muy leída *De re militari*, había llamado la atención sobre la función dominante que desempeñaba la fortuna en el campo de batalla. Resultaba razonable, por tanto, sancionar el uso del terror, el engaño y el subterfugio, ardides y políticas reunidos en antología por otro autor clásico también muy leído, por Frontinus. Resulta dudoso, sin embargo, si este rasgo «realista» habría quedado tan explícito de no haber sido por la crónica de engaños y estratagemas a expensas de los pueblos enemigos determinados, recogidos en el Antiguo Testamento, o incluso por la enseñanza menos consistente del Nuevo; además de los ejemplos clásicos que Seyssel cita en sus capítulos sobre relaciones diplomáticas y guerra, se refería a San Pablo *a propos* de la habilidad para sembrar las disensiones entre los propios enemigos, cuando dice: «Introducía un cisma entre los judíos para ver que conspirasen todos irracionalmente contra él.»

Resulta también dudoso si este rasgo se hubiera generalizado tanto de no haber sido por la tónica general de los asuntos internacionales y por el hecho de que los escritores políticos más originales estaban, o bien situados para observarlos

—Budé, en París—, o habían tomado parte en ellos, como hicieron Maquiavelo, Guicciardini, Seyssel y Moro.

5. LA CIENCIA

Nadie había recibido hasta entonces el nombre de científico. «Scientia» significaba simplemente conocimiento en su totalidad (o una de sus partes) y aquellos que profesaban o estudiaban la «filosofía natural», esto es, la naturaleza del mundo físico, ponían la filosofía por encima de la investigación. La ciencia, en el moderno sentido, era, o bien el derivado de un interés profesional en medicina, magia o alquimia, o una materia fundamentalmente autoaprendida que tenía que ajustarse a otra carrera. El hombre al que más decididamente se puede llamar «científico» en este período (aunque sus descubrimientos no se dieron a la luz hasta más tarde), Copérnico, había estudiado medicina, derecho canónico y filosofía, así como astronomía; ocupó un puesto de canónigo en la catedral de Frauenburg, en Polonia, y se ganaba la vida como secretario del obispo y como médico. Aunque el humanismo afectó al carácter del mayor número de zonas del estudio secular, se oponía al crecimiento de una posición científica excepto en una cuestión: la pasión por la antigüedad produjo la publicación de textos científicos hasta entonces imposibles de conseguir. La oposición de los humanistas al escolasticismo les llevó a ignorar los avances que ya se habían conseguido con la filosofía natural, enseñada en el programa medieval, mientras que su predominante interés en la conducta humana, estudiada en relación con la literatura clásica, les apartaba del estudio de la naturaleza en sí misma. Intocada en las universidades, o escasamente influida por el humanismo, a la ciencia no le iba mejor: la enseñanza de la filosofía natural hacía mucho tiempo que se había convertido en un asunto de memoria.

Y si había pocos conocimientos que descendieran desde las universidades para animar al espíritu científico caracterizado por el proceso observación - experimento - hipótesis - nuevo experimento, también pocos conocimientos ascendían desde el nivel de prueba y error de la tecnología y el oficio. Del mismo modo que no había «ciencia» en el sentido de un método que investigara los fenómenos naturales que se pudieran transferir, aunque fuese bajo una forma diluida, a otras actividades, tampoco existía la idea de una «tecnología» como algo que implicaba la posibilidad de aumentar la eficacia o el control progresivo por el hombre de su medio. La literatura tecnológica (como pintar, forjar cañones o destilar licores) contenía sugerencias que métodos perfeccionados permitirían a la siguiente generación hacer progresar; pero los avances en las artes y oficios concretos no se combinaban en un concepto general de progreso tecnológico, pues estaba aún obstaculizado debido al secreto que guardaban los oficios y al carácter excluyente de los mismos. Había ocupaciones donde los académicos con intereses científicos cooperaban con la ayuda de los cirujanos, la literatura médica se beneficiaba de los dibujos y grabados anatómicos que realizaban los artistas; los matemáticos ayudaban a los topógrafos y a los fabricantes de instrumentos náuticos. Tales contactos, sin embargo, eran demasiado aislados y demasiado escasos y no llegaban a producir una colaboración fértil entre quienes pensaban y quienes actuaban. Fuera de las artes, además, no había lugar adecuado en el pensamiento social contemporáneo para el artesano que tuviera pretensiones intelectuales y, dentro de las artes, la superación intelectual, influida por el anhelo de elevarse de la situación del oficio conducía a una cierta actitud de denigración del elemento manual. El desprecio de Leonardo frente a los escultores sudorosos corría parejo con el de los profesores de la facultad de medicina, quienes relegaban las disecciones a los ayudantes que aspiraban a la humilde condición de cirujanos. Entre la hipótesis y el experimento había un abismo de se-

paración creado por un prejuicio, tanto social como intelectual.

Muchas de las actitudes intelectuales necesarias para conseguir una concepción científica del mundo existían ya. La curiosidad impulsaba a las personas a coleccionar antigüedades, a proveerse de zoos y a buscar rarezas naturales. Si bien un topógrafo alemán podía interrumpir una descripción de Ulm para señalar que la fecha de su fundación la daba su nombre deletreado al revés (MLV ó 1055), el nivel crítico de muchos escritos históricos y filológicos era elevado. El mismo sentido común riguroso que llevaba a Leonardo a deducir de la presencia de conchas fósiles en los Apeninos que los valles de estos montes estuvieron en el pasado cubiertos por el mar, se manifestaba también diariamente en los tribunales de justicia. El informe del médico forense sobre el supuesto suicidio de Richard Hun en la prisión de la Torre de Lollard, en 1515, es un ejemplo excelente y muy representativo del razonamiento deductivo a comienzos del siglo XVI:

> «Todos los pertenecientes a la encuesta subimos juntos a la citada torre, donde encontramos el cuerpo del citado Hun, colgado de una argolla de hierro por medio de un cinturón de seda, con limpio semblante, el cabello bien peinado y el gorro puesto sobre la cabeza, con los ojos y la boca cerrados, sin que tuviera la mirada vidriosa o estuviera boquiabierto o ceñudo; asimismo sin baba ni humor alguno en todo su cuerpo... El nudo del cinturón que rodeaba su cuello estaba bajo su oreja izquierda, lo que obligaba a su cabeza a inclinarse sobre el hombro derecho. Sin embargo, de las ventanas de la nariz le surgían dos regueritos de sangre, que venían a ser unas cuatro gotas. Con excepción de esas cuatro gotas de sangre, la cara, los labios, la frente, el jubón, la golilla y la camisa del citado Hun estaban limpios de toda sangre. Tam-

bién encontramos que la piel del cuello y garganta bajo el cinturón de seda estaba frotada e irritada, por medio de aquello con que los asesinos también le habían roto el cuello. También las manos del citado Hun estaban retorcidas a la altura de las muñecas, por lo cual entendimos que le habían atado las manos. Además, vimos que en la citada prisión no había nada con lo que un hombre pudiera colgarse a sí mismo, sino solamente un taburete que estaba sobre un almohadón en una cama, en tan difícil equilibrio que ninguna persona o animal podría rozarlo sin que se cayera, por lo cual entendimos que no era posible que Hun pudiera haberse servido del taburete tal como se encontraba... Tampoco era posible que el suave cinturón de seda pudiera romperle el cuello o la piel debajo del cinturón. También encontramos en un rincón, algo detrás del lugar donde el cuerpo colgaba, un gran charco de sangre; también encontramos que sobre el lado izquierdo de la chaqueta de Hun, del pecho hacia abajo, corrían dos grandes regueros de sangre. Encontramos asimismo bajo la solapa del lado izquierdo de su chaqueta un gran coágulo de sangre y la chaqueta estaba doblada por encima, lo que Hun nunca pudo hacer después de estar colgado. Por lo cual, a todos nosotros nos pareció muy claro que a Hun le habían roto el cuello y que éste había derramado la gran cantidad de sangre antes de ser colgado. En base a todo esto nosotros encontramos ante Dios y nuestras conciencias que a Richard Hun le habían asesinado y exoneramos al citado Richard Hun de su propia muerte. También encontramos un cabo de vela que John Bellringer dijo que había dejado ardiendo junto a Hun aquel mismo domingo por la noche en que Hun fue asesinado, la cual vela encontramos emplazada sobre los enseres y apagada, a unos siete u ocho pasos del lugar donde habían col-

gado a Hun, la cual vela, en nuestra opinión, nunca la apagó él, debido a muchas consideraciones que habíamos observado»[2].

Que esta curiosidad, el juicio crítico y el sentido común no se coligasen para poner en tela de juicio las ideas establecidas acerca de la naturaleza del universo no es sorprendente. Los filósofos de la naturaleza de los siglos XII y XIII habían elaborado una visión que abarcaba toda la creación, desde las plantas y las piedras hasta la esfera límite de las estrellas fijas y que resultaba lógica y bella y tenía la sanción de la Iglesia. No explicaba suficientemente algunos de los movimientos de los cuerpos celestes observados por los astrónomos, sino que dejaba campo para un debate acerca de la naturaleza del movimiento o la influencia de los planetas sobre la conducta humana. Pero resultaba coherente, sin embargo y tenía sentido si se presumía que Dios estaba únicamente interesado por el ser humano en su tranquila plataforma central, la tierra, y en su interior agrupaba los más pequeños equilibrios de explicación, tales como las analogías que se podían encontrar entre temperamentos, los elementos, las cualidades, los vientos, las estaciones, el tiempo del día y el de la vida, así, el temperamento sanguíneo se asociaba con el aire, las cualidades de húmedo y cálido; el viento céfiro, con la primavera; la mañana y la juventud. Inventado por Jehová, explicado por Aristóteles y Ptolomeo y elaborado y confirmado por innúmeros comentadores medievales, este modelo venerable ya no se discutía. El contramodelo de Copérnico, que establecía la rotación de la tierra y su traslación alrededor del sol, desafiaba a la evidencia; el globo terráqueo tendría que estar constantemente azotado por vientos impetuosísimos, una piedra no caería en línea recta cuando se la tirase. El contramodelo desafiaba a Aristóteles porque el lugar natural del cuerpo

[2] C. H. Williams, ed., *English historical documents*, volumen V, 1485-1558 (1967), págs. 660-661.

más celeste en el universo estaba en el centro de éste. Desafiaba también a la importancia que los humanistas y los cristianos ponían en el hombre, convirtiendo al teatro de su vida en algo periférico al orbe sin vida, al sol. Es probable que fuera por esta razón por la que Copérnico dilató la publicación de sus ideas hasta 1543, aunque ya estaban bien configuradas hacia 1512. Incluso Pomponazzi, el más vigoroso y racional de los filósofos contemporáneos, el cual negaba que se pudiera probar la inmoralidad personal, quien se burlaba de los milagros y dudaba de la eficacia de la oración, aceptaba el modelo tradicional y buscaba el destino del hombre en la influencia de las estrellas.

Otro aspecto del modelo que no invitaba a realizar un estudio desinteresado lo constituían los siglos de servicio que había proporcionado a los astrólogos. Los astrólogos enseñaban en las universidades y recibían pensiones en las cortes de los príncipes. Enrique VII sostenía a un astrólogo, como lo hicieron Carlos VIII y Luis XII. Los *condottieri* como Bartolomeo Alviano y Paolo Vitelli les consultaban. Los gobiernos seguían sus consejos (o, al menos, los buscaban) antes de enviar una embajada y las personas privadas lo hacían antes de poner la primera piedra para construir una casa o antes de salir de viaje. El alquimista necesitaba consejo antes de intentar hacer una transmutación, a causa de las relaciones entre los metales y ciertas estrellas. El médico recogía sus hierbas y las administraba en épocas determinadas astrológicamente. Los campesinos plantaban, cosechaban y hacían la matanza con gran acopio de literatura barata de prognosis en la cabeza. Desplazar a la tierra del centro del universo significaría trastornar los cálculos de todos aquellos que predecían el futuro o escogían tiempos favorables del día o del mes.

Una gran cantidad de ironía acompañaba a la creencia en la astrología. Según una leyenda, un rey de Francia salió a cazar con la esperanza de disfrutar del buen tiempo que le prometía su as-

trólogo. Por no prestar atención a un molinero, quien le advirtió, ya que lo sabía por los tábanos arracimados alrededor de su burro, que iba a llover, el rey hubo de sufrir una tormenta torrencial. En realidad, la elaboración de horóscopos estaba prohibida por el Derecho Canónico, porque negaba el concepto de libre albedrío, pero los astrólogos continuaban ejerciendo su comercio mediante el ardid de que los planetas «inclinan sin coaccionar». La influencia del humanismo condujo en general a un aumento del respeto que se le profesaba a la astrología. La actitud de Cicerón daba lugar a dudas, pero Virgilio, Plinio y Ptolomeo, todos parecía haber creído en el poder de las emanaciones planetarias y siderales, como lo hacía el Platón del *Timeo*.

Pico della Mirandola, el más decidido enemigo de la astrología, creía que si se pensaba que los planetas eran poderosos, ello se debía a que llevaban nombres de dioses de los que en un tiempo se pensó que influían en las vidas de los hombres. Su ataque tenía un gran alcance: tras llevar un diario del tiempo, encontró que las predicciones astrológicas eran correctas sólo siete de cada ciento treinta días. Si la astrología es una ciencia, preguntaba, ¿por qué no pueden coincidir entre ellos los astrólogos? Los astrólogos confiaban en tablas de movimientos celestes y, sin embargo, se sabía que éstas eran erróneas. Sus argumentos claves, no obstante, no se basaban en las observaciones del sentido común, sino en la convicción de que Dios le había dado al hombre la posibilidad de elegir libremente su destino propio. ¿Cómo podían los planetas, simples masas de rocas con nombres paganos, afectar esa elección que se ofrecía al espíritu del hombre? Pero el ataque de Pico era un ataque aislado, porque se basaba en una visión absolutamente personal más que en un razonamiento encadenado verificable que cubría todo el camino, desde guardar su diario del tiempo hasta el deseo de despojar a las estrellas de sus poderes ocultos. Incluso Ficino, su socio más viejo, no negaba tales poderes, si bien él también señalaba los erro-

res cometidos por los astrólogos y las discrepancias entre sus previsiones. Significativamente, hubo de ser el filósofo napolitano Pontano, quien carecía de la vena idealizadora romántica de sus colegas florentinos, quien argumentó de un modo más convincente en favor de la astrología. Aun aceptando la influencia de la herencia, la educación y el medio, Pontano se concentró en la psicología del hombre y encontró aberraciones que, en aquel tiempo, sólo eran explicables (dejando de lado, como él hacía, la acción de Dios sobre el alma) si se tomaba en cuenta la influencia de las estrellas.

Este campo de argumentación filosófica, desde la negativa de Pico a través del escepticismo vacilante de Ficino hasta la afirmación de Pontano, era desde luego irrelevante para la gran cantidad de gente que buscaba una certeza para el futuro, una guía en sus asuntos diarios y una explicación del carácter que solamente la astrología podía proporcionar. Y los principios astrológicos derivados del modelo cósmico medieval desviaban la crítica de este modelo en interés de otra necesidad muy arraigada: ejercer un control real sobre el futuro por medio de hechizos y encantos. La magia era una necesidad y una habilidad en su calidad de tecnología del no cualificado, de ciencia del que no estaba preparado y de poder del no privilegiado. El hombre que no se podía permitir regar su tierra podía comprar un trozo de un galimatías que, si se inscribía en un pedazo de papel blanco y se daba a comer a una rana, originaría la lluvia tan pronto como la rana volviera a saltar en una charca. Una piedra-imán situada junto a una barra de hierro transfería su propiedad de señalar el Norte al hierro; así pues, lógicamente, un extracto de testículo de macho cabrío que se administrara a la mujer adorada, aunque fría, la convertiría en apasionada. Los grillos y los cerrojos se fundirían si las influencias siderales que mantenían rígido al metal se interrumpían por medio de un encanto bien escogido. El hecho de que la magia tuviera sus lados prohibidos y heréticos, que comprendían el trato con

los demonios, y de que hubiera una polémica en cuanto al carácter de la magia verdadera y de la falsa, únicamente conseguía que la magia apareciera más claramente como parte del orden normal de las cosas. Al trabajar dentro de una estructura intuitiva de ideas donde era tradicional, los magos y los astrólogos eran los grandes calculadores de la época, dejando aparte las filas de los negociantes y los funcionarios del gobierno. La ciencia pura dormitaba sosegadamente en las facultades de filosofía natural de las universidades. La ciencia aplicada, el deseo de utilizar un conocimiento de las leyes físicas para cambiar el medio y mejorar la cualidad de la vida de la persona humana eran más vigorosos, pero se trataba sobre todo de un asunto de horóscopos y de hechizos. Por ejemplo, los investigadores no consideraban que les disminuyera el andar entre retortas y hornos para verter ácidos y traspalar aceite a fin de romper los secretos de la naturaleza.

Aparte de algunos hombres de genio, se había venido considerando desde hacía tiempo a la filosofía natural como algo que había que aprender de un puñado de textos casi sagrados. El respeto por las autoridades escritas era tal que una vez absorbido, el conocimiento adquirido se convertía en un fin en sí mismo que quizá necesitara comentario, pero que no exigía mayor investigación. Al multiplicar las autoridades, el humanismo había intensificado esta actitud. Incluso Copérnico estaba más interesado en ajustar a Ptolomeo a sus teorías que en superar a las autoridades antiguas. Además, el apoyo de esta posición era la disposición a creer que algo era verdad por el hecho de estar escrito. Alimentado por la rareza y el valor de los manuscritos, este rasgo se transmitió al amplio público que entonces podía comprar los libros impresos. La imprenta, por supuesto, extendió el conocimiento científico; pero, al mismo tiempo, extendió los errores y retrasó la especulación. Hacia 1500 se habían publicado unos 3.000 libros diferentes que trataban de temas científicos, sacando a la luz no sólo los textos clásicos de fundamental importancia, como la obra anatómi-

ca de Galeno, *Sobre el uso de las partes,* sino también la obra llena de errores de Guy de Chauliac, *Cirugía,* los comentarios del siglo XIII sobre la *Esfera,* de Sacrobosco, y numerosas compilaciones populares que se proponían destilar todo cuanto era necesario saber a propósito de geometría o fisiología en unas pocas páginas. Ya muy avanzado el siglo XVI, cuando se pudo aventar la paja de aquella era, la imprenta iba a servir para registrar descubrimientos recientes y, con profuso uso de las ilustraciones, para igular el modo en el que se discutían aquellos descubrimientos. De momento, sin embargo, el deseo de absorber sobrepasaba al de observar, especular y probar mediante experimentos.

Fuera del laboratorio del alquimista, el deseo de experimentar (como opuesto a las mejoras que se buscaban en la metalurgia, la imprenta y las industrias navales), se limitaba a las artes. El pintor, anhelante de hacer que por lo menos la base de su cuadro, si no el efecto final, fuera una copia exacta de la naturaleza, estaba obligado a estudiar los fenómenos de la naturaleza y a facilitarse el trabajo en el estudio elaborando reglas que iban a permitirle reproducirlos sin mirar a través de la ventana. La búsqueda de reglas venía facilitada por la parte de un todo, ahora se esperaba que la perspectiva calculada matemáticamente influyera en la representación del espacio. «Fíjate —se recordaba Leonardo a sí mismo en uno de sus libros de notas— cuánto disminuye un hombre a una cierta distancia y qué distancia es ésa; luego, a dos veces esa distancia y a tres veces, y hazte de ese modo tu regla general.» Como se ve por sus dibujos, el sentido visual de Leonardo era tan grande que raramente necesitaba de fórmulas para procurar un sentido a la distancia, el efecto de la luz en un cuerpo sólido o el espaciamiento de las hojas que distingue a un árbol viejo de otro joven. Su deseo de hacer que su visión interna, reflexiva y capaz de reorganizar las cosas fuera tan aguda como el ojo con el que miraba el mundo físico, le llevó a realizar afirmaciones que procuran la sensación que más tarde

sería característica de la ciencia, pero que, por entonces, era muy rara: «Me parece que esas ciencias que no surgen del experimento, fuente de toda certidumbre, son vanas y están llenas de error»; «quien, al argumentar, recurre a la autoridad, no utiliza la inteligencia, sino la memoria». El científico deseo de Leonardo de comprender enraizaba en el artístico de copiar. Y este impulso difería del modo contemporáneo habitual de considerar un fenómeno, el cual implicaba ver su significado alegórico o moral, o su relación con fenómenos de clase muy distinta.

Para comprender mejor cuál era la imagen que se tenía de un cuerpo humano, para ser capaz de retratarlo en movimiento brusco o en combinación con algunos otros sin tener que recurrir a los modelos, Leonardo hacía autopsias y estudiaba la función de los músculos. «Los médicos —como escribía Marineo Sículo— deberían poder hacer algo más que husmear en el orinal.» Mas lo que Marineo continuaba diciendo acerca de ellos no tiene nada que ver con el escalpelo y resulta característico por completo de la mayor parte del pensamiento científico de la época: «Tendrían que saber de música, desde luego, y tener una formación matemática y cualquier cosa que ataña a la cantidad y a la medida y a las causas, movimientos, influencia, naturaleza y efectos de las estrellas; ya que si un médico ignora todas esas cosas, ni puede diagnosticar ni curar.» Para la mayor parte de la gente, la investigación «científica» flotaba incómodamente en el vacío, entre la observación del sentido común y una cosmología aceptada de modo no crítico.

APENDICE

EUROPA HACIA EL AÑO 1500: UN NOMENCLÁTOR POLÍTICO

Rusia: población, 9.000.000 (muy inseguro); gran ducado hereditario con centro en Moscú, comprendiendo Novgorod, Viatka, Tver y Riazán. *Moldavia:* población incierta; nominalmente, principado independiente, pero sujeto por turnos a dominio turco, húngaro y polaco. *Lituania:* población incierta; frontera oriental en litigio con Rusia; gran ducado gobernado desde Polonia y en conjunción con ella. *Polonia:* población, 9.000.000; monarquía electiva. *Hungría:* población incierta; monarquía electiva. *Bohemia:* población incierta; monarquía electiva. *Alemania:* población, 20.000.000; principal componente del Sacro Imperio Romano bajo la teórica autoridad del emperador electo, Maximiliano de Habsburgo, gobernante hereditario de los ducados de Austria, Estiria, Carintia y Carniola, junto con el condado de Tirol. En la práctica, Alemania era un conglomerado de unidades independientes que comprendía unos treinta principados (entre los más importantes se cuentan el Palatinado, Alta y Baja Baviera, Würtemberg, Sajonia, Mecklenburgo y Brandenburgo), 50 territorios eclesiásticos, cerca de 100 condados y 60 ciudades libres[1]. *Países Bajos:* población, cerca de 6.000.000; tradicionalmente parte del Sacro Imperio Romano, luego gobernada conjuntamente con Luxemburgo y el Franco Condado por el príncipe Felipe de Habsburgo, hijo de Maximiliano. *Suiza:* población, cerca de 750.000; federación de 11 cantones; parte del Sacro Imperio Romano, pero independiente en la práctica.

---

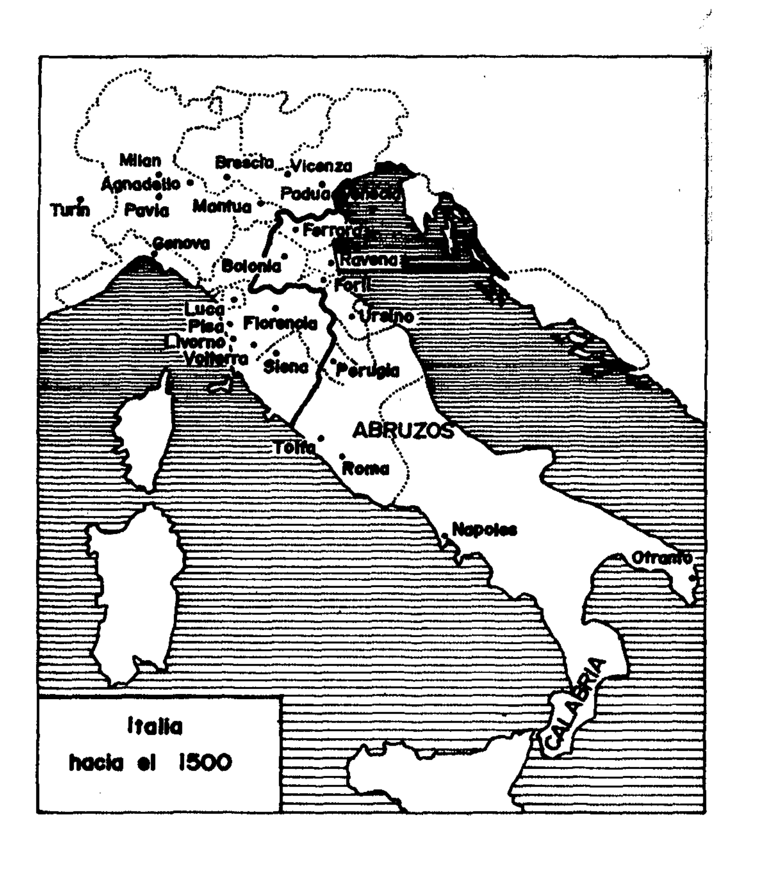
[1] «Nadie consiguió nunca compilar una relación adecuada del número de unidades soberanas de Alemania». Gerald Strauss, *Historian in an age of crisis: the life and works of Johannes Aventinus, 1477-1534* (Harvard U. P., 1963).

Dinamarca: población incierta; monarquía electiva. *Suecia:* población, cerca de 800.000; monarquía electiva. *Noruega:* población, desconocida; monarquía hereditaria. En teoría, desde la Unión de Kalmar (1397) se regían juntos los tres reinos escandinavos; en la práctica Noruega seguía un curso propio, como lo hacía Dinamarca, que económicamente era la más fuerte (controlando el Kattegat por medio de su posesión de Bohus, Hallând y Escania), mientras Suecia estaba dividida entre dos partidos: uno independiente y otro pro-danés. *Italia:* término cuya significación era principalmente geográfica, pero que, en momentos de crisis política o debate cultural, podía referirse a un trasfondo lingüístico más o menos común y a una sensación del común origen en la antigua Roma, compartida por (para enumerar los principales poderes independientes de la península): *Venecia:* población, 1.500.000; república y el único estado italiano con un imperio ultramarino, comprendiendo parte de Dalmacia, Corfú, Creta, Chipre y algunas colonias dispersas en el sur de Grecia. *Milán:* población, 1.250.000; ducado (en 1500 ocupado y administrado por los franceses). *Florencia:* población, 750.000; república. *Estados Pontificios:* población, 2.000.000; principado eclesiástico electivo, gobernado por el papa. *Nápoles:* población, 2.000.000; monarquía hereditaria. Entre los estados italianos más pequeños estaban las repúblicas de *Génova* (con un dominio inseguro sobre Cerdeña), *Lucca* y *Siena,* los ducados de *Ferrara, Módena* y *Urbino* y el marquesado de *Mantua. Sicilia:* población desconocida; reino hereditario, pero dependiente de Aragón. *España:* comprendiendo *Aragón,* población, 11.000.000 y *Castilla,* población, 6.500.000; ambas monarquías hereditarias, pero gobernadas conjuntamente por Fernando e Isabel, sus respectivos soberanos, desde la sucesión de 1479. *Portugal:* población, 1.000.000; monarquía hereditaria. *Navarra:* población desconocida; monarquía hereditaria. *Francia:* población, 19.000.000; monarquía hereditaria. *Inglaterra:* población, 3.000.000; monarquía hereditaria. Esto no agota la lista de entidades políticas que actuaban como es-

tados independientes, bien fuera por derecho, como en el caso del reino de *Escocia* y el ducado de *Saboya*, o porque sus superiores nominales eran incapaces de controlarlos, como era el caso de algunas ciudades bálticas, como Lübeck y el área al sur del golfo de Finlandia, controlada por la Orden Teutónica de Caballeros, ambas sujetas nominalmente al Sacro Romano Emperador. Tampoco incluye un estado que no era de Europa, pero que ocupaba la mitad de ella, el imperio de los *turcos otomanos*, que, a la muerte de Mohamed el Conquistador en 1481, gobernaban una extensión al oeste de los Dardanelos tan grande como la que tenían en Asia y controlaban una población balcánica al sur del Danubio que alcanzaba los 5.500.000.

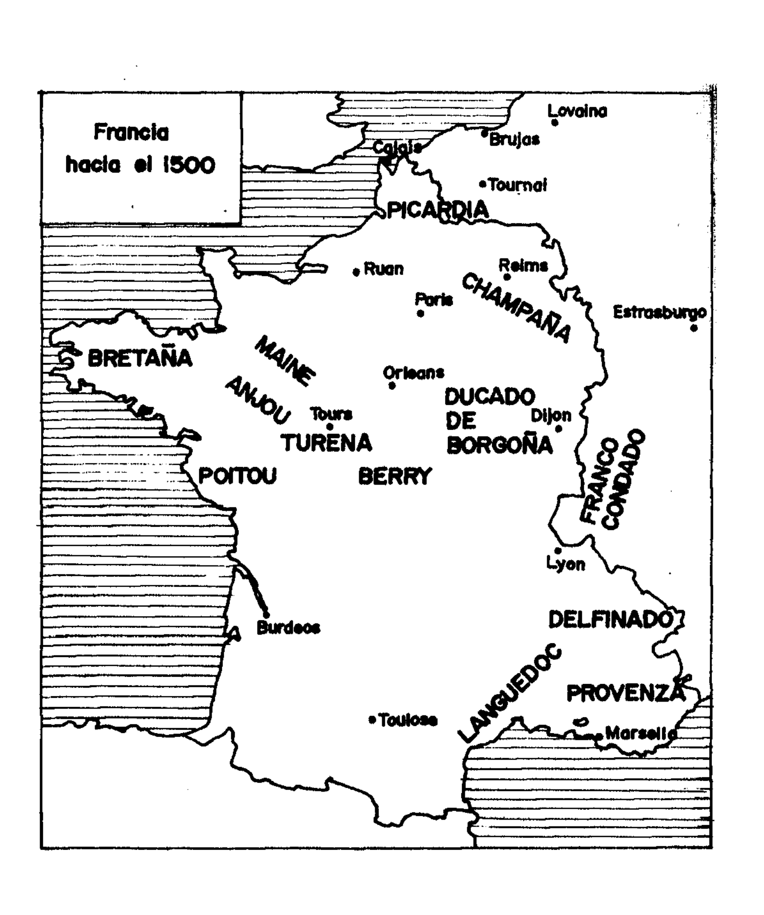

Europa
hacia el 1500
Islas Feroe
Bergen
Islas Shetland
NORUEGA
DINAMARCA
Islas Orcadas
Islas Hebridas
ESCOCIA
IRLANDA
Oceano Atlantico
Isla de Man
Mar del Norte
SCHLESWIG
HOLSTEIN
Lubeck
GALES
INGLATERRA
Amsterdam
HOLANDA
ZELANDA
Antwerp
Londres
FLANDES
BRABANTE
Islas del Canal
ARTOIS
HAINUT
EL IMPERIO
SAJONIA
NORMANDIA
BRETAÑA
LUXEMBURGO
LORENA
BURGUND
Lucerna
BAVIERA
CONFEDERACION
HELVETICA
FRANCIA
Ginebra
SABOYA
TIROL
NAVARRA
ROSELLON
PORTUGAL
ESPAÑA
CASTILLA
ARAGON
Lisboa
Corcega
Islas Baleares
Cerdeña
GRANADA
Mar Mediterraneo
MARRUECOS
ARGELIA
TUNEZ
Malta

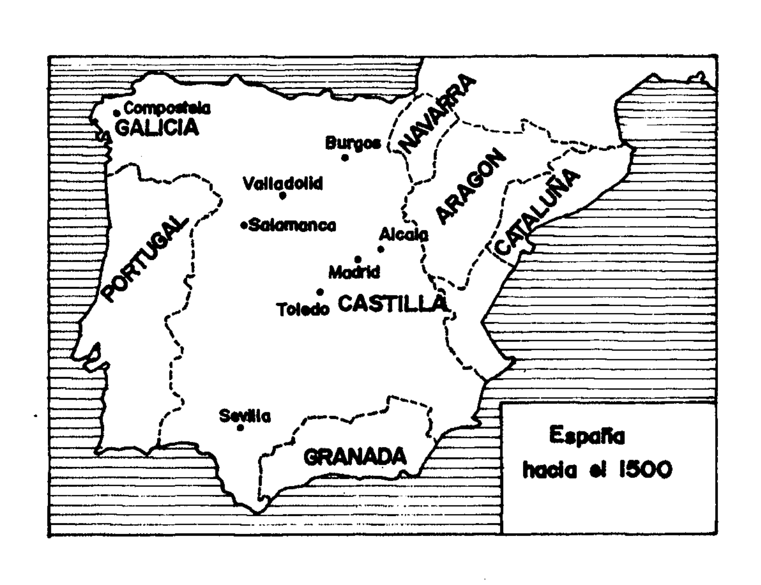

FINLANDIA
RUSIA
Isla Aland
Golfo de Finlandia
Novgorod
Estocolmo
ESTONIA
Pskov
Gotland
LIVONIA
PSKOV
Moscu
Oland
ORDEN TEUTONICA
PRUSIA
LITUANIA
Kiev
POLONIA
VOLINIA
UCRANIA
MORAVIA
Cracovia
GALICIA
PODOLIA
KANATO DE CRIMEA
BESARABIA
TRANSILVANIA
Mar de Azov
Viena
MOLDAVIA
Buda
HUNGRIA
VALAQUIA
Mar Negro
BOSNIA
SERVIA
HERZEGOVINA
MONTENEGRO
IMPERIO
Constantinopla
Mar Adriatico
RUMELIA
Mar de Marmara
OTOMANO
ANATOLIA
Mar Egeo
KARAMAN
CILICIA
AYDIN
Islas Jonicas
Chios
MOREA
Naxos
Caballeros de San Juan
Rodas
Kizira
Chipre
Creta



Italia
hacia el 1500


Hamburgo
Magdeburgo
Colonia
Chemnitz
SAJONIA
Frankfurt
Maguncia
Worms
Metz
Nuremberg
PALATINADO
Espira
Ulm
Ratisbona
Augsburgo
Württemberg
BAVIERA
SUAVIA
Alemania
hacia el 1500


Francia
hacia el 1500
Lovaina
Brujas
Calais
Tournai
PICARDIA
Ruan
Reims
Paris
CHAMPAÑA
Estrasburgo
BRETAÑA
MAINE
Orleans
ANJOU
Tours
DUCADO
DE
BORGOÑA
Dijon
TURENA
FRANCO
CONDADO
POITOU
BERRY
Lyon
Burdeos
DELFINADO
LANGUEDOC
PROVENZA
Toulose
Marsella


Compostela
GALICIA
Burgos
NAVARRA
Valladolid
ARAGON
PORTUGAL
Salamanca
Alcala
CATALUÑA
Madrid
Toledo
CASTILLA
Sevilla
GRANADA
España
hacia el 1500

BIBLIOGRAFIA

*En realidad, esta bibliografía es una dedicatoria fuera de lugar, ya que, ante todo, constituye una relación de mis reconocimientos. El hecho de que, además, esté restringida a títulos en inglés y francés, mutila su posible carácter de introducción comparada a la bibliografía de la época. La mejor de estas introducciones, a mi juicio, es la *Renaissance Bibliografy*, compilada por Gene A. Brucker, para uso de los estudiantes graduados en historia en la Universidad de California, Berkeley.

Muchos de los libros y artículos más abajo citados se refieren a más de un tema; llevan entonces el encabezamiento de aquel al que más contribuyen. Los libros se han publicado en Londres, a no ser que se cite otro lugar.

OBRAS GENERALES

G. R. Potter, ed., *The new Cambridge modern history;* vol. 1 (Cambridge University Press, 1957); Myron P. Gilmore, *The World of humanism, 1453-1517* (N. Y., 1952); Roland Mousnier, *Les XVI^e et XVII^e siècles* (París, 1961); H. Hauser and A. Renaudet, *Les débuts de l'âge moderne* (4.ª edic. París, 1956); Fernand Braudel, *Le Mediterranée et le monde Mediterranéen à l'époque de Philippe II* (edic. revisada, 2 vol., París, 1966); H. G. Koenigsberger and G. L. Mosse, *Europe in the sixteenth century (1968);* W. K. Ferguson, *Europe in Transition, 1300-1520* (Boston, 1962); Denys Hay, *Europe in the fourteenth and fifteenth Centuries* (1966), y, como editor, *The age of humanism: Europe 1480-1530* (1963); R. van Marle, *Iconographie de l'art profane au moyen age et à la Renaissance* (2 vol., La Haya, 1931-32); Charles S. Singleton, *Art, science and history in the Renaissance* (Baltimore, 1967).

En las citas de opiniones contemporáneas me he basado especialmente en las siguientes obras (que no se encuentran relacionadas en otro lugar de esta bibliografía).

Beatis, Antonio de, *Die Reise des Kardinals Luigi d'Aragona (1517-1518)*, ed. Ludwig Pastor (Freiburg im Breisgau, 1905). El texto está en italiano. Cito de mi próxima traducción para la Sociedad Hakluyt.

Castiglione, Baldassare, *The book of the courtier*, trad. George Bull (1967). Trad. española, «El Cortesano», Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, S. Aguirre, imp. 1942.

Chêrot, M., «La societé au commencement du XVI[e] siècle (d'aprés les homélies de Josse Clichtove) 1472-1543», *Revue des Questions Historiques* (1895).

Coquillart, Guillaume, *Oeuvres* (2 vols., París, 1857).

Crotch, W. J. B., ed., *The prologues and epilogues of William Caxton* (1928).

La Borderie, A. de, *Oeuvres françaises d'Olivier Maillard: sermons et poésies* (Nantes, 1877).

Landucci, Luca, *A florentine diary from 1450 to 1516*, trad. Alice de Rosen Jervis (1927).

Lynn, Caro, *A college professor of the Renaissance (Marineo Sículo)* (Chicago, 1937).

More, Sir Thomas, *Utopia*, in *The complete works of St. Thomas More*, vol. 4, ed. Edward Surtz y J. H. Hexter (Yale, 1965), Trad. española, *Utopía*, ed., F. C. E.

Nauert, Charles G., *Agrippa and the crisis of Renaissance thought* (University of Illinois, 1965).

Nève, Joseph, *Sermons choisis de Michel Menot, 1508-1518* (París, 1924).

Oulmont, Charles, *La poésie morale, politique et dramatique à le veille de la Renaisance: Pierre Gringoire* (París, 1910).

Panofsky, Erwin, *The life and art of Albrecht Dürer* (Princeton, 1955).

Phillips, Margaret Mann, *The «Adages» of Erasmus* (Cambridge U. P., 1964).
Rojas, Fernando de, *The Spanish Bawd* (La Celestina), trad. J. H. Cohen (1964). Ed. española, *La Celestina,* Librería Antonio López, editor, Barcelona, 1900.
Seyssel, Claude de, *La monarchie de France,* editor J. Poujol (París, 1961).
Speroni, Charles, *Wit and wisdom of the Italian Renaissance* (U. of California, 1964).
Spitz, Lewis W., *Conrad Celtis, the German archhumanist* (Harvard U. P., 1957).
Strauss, Gerald, *Sixteenth century Germany, its topography and topographers* (Madison, 1959).
Thompson, Craig R., ed. y tr., *The Colloquies of Erasmus* (U. of Chicago, 1965).
Williams, C. H., ed., *English Historical Documents 1485-1558* (1967).

TIEMPO Y ESPACIO

Tiempo: F. A. B. Ward, *Time Measurement* (1958); Carlo M. Cipolla, *Clocks and culture 1300-1700* (1967), vuelto a publicar con *Guns and sails...* (ver más abajo, esta sección) en *European culture and overseas expansion* (1970); J. Le Goff «Au moyen age. Temps de l'église et temps du marchand», *Annales* (1960), 417-33, y «Le temps du travail dans la crise du XIVᵉ siècle: du temps médiéval au temps moderne», *Le Moyen Age* (1963), 597-613; Edouard Jeanselme, *Traité de la syphilis,* vol. 1 (París, 1931); Creighton Gilbert, «When did renaissance man grow old?», *Studies in the Renaisance* (1967), 7-32; Alberto Tenenti, *La vie et la mort à travers l'art du XVᵉ siècle* (París, 1952); C. A. Beerli, *Le peintre poète Nicolas Manuel et l'évolution sociale de son temps* (Ginebra, 1953); Erwin Panofsky, *Tomb Sculpture,* ed. W. W. Janson (1964); P. Burke, *The Renaissance sense of the past* (1970). Espacio: E. H. Gombrich, *Meditations on a Hobbyhorse,* esp. «Psycho-analysis and the History of Art» (1963); A. Richard Turner, *The vision of landsca-*

pe in Renaissance Italy (Princeton U. P., 1966); M. Margaret Newett, *Canon Pietro Casola's pilgrimage to Jerusalem in the year 1494* (Manchester U. P., 1907); A. J. Mitchell, *Spring Voyage* (1964); E. G. R. Taylor, «The surveyor», *Economic History Review* (1947), 121-33. Descubrimientos: J. H. Parry, *The Age of Reconnaissance* (1903); Boies Penrose, *Travel and discovery in the Renaissance* (Harvard U. P., 1952); J. R. Hale, *Renaissance exploration* (B. B. C., 1968); G. V. Scammell, «The New Worlds and Europe in the sixteenth century», *The Historical Journal* (1969), 359-412; J. H. Elliott, *The old world and the new, 1492-1650* (Cambridge, 1970); Carlo M. Cipolla, *Guns and sails in the early phase of European expansion, 1400-1700* (1965); M. Mollat y P. Adam, eds., *Les aspects internationaux de la découverte océanique aux XV^e^ et XVI^e^ siècle* (París, 1966); V. Magalhaes-Godinho, *L'économie de l'empire portugais aux XV^e^ et XVI^e^ siécles* (París, 1970); C. R. Boxer, *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825* (1969); C. O. Sauer, *The early Spanish Main* (U. of California, 1966); R. H. Major, tr. y ed., *Christopher Columbus, four voyages to the New World: letters and selected documents* (reimpresión, N. Y., 1961); E. G. Ravenstein, ed., *The journal of the first voyage of Vasco da Gama, 1497-1499* (Hakluyt Soc., 1898); W. B. Greenlee, tr. y ed., *The voyage of Pedro Alvares Cabral to Brazil and India* (Hakluyt Soc., 1938); Lodovico di Varthema, *The Travels,* tr. J. W. Jones, ed., G. P. Badger (Hakluyt Soc., 1863).

EUROPA POLÍTICA

Temas generales: G. R. Potter, «The beginnings of the modern state», *History* (1946), 73-84; Garrett Mattingly, «Changing attitudes toward the state during the Renaissance», en *Facets of the Renaisance,* ed., W. H. Werkmeister (N. Y., 1959); Gerhardt Ritter, «Origins of the modern state», y Federico Chabod, «Was there a Renaissance

State?», en Heinz Lubasz, ed., *The development of the modern state* (N. Y., 1964). Sobre propaganda: G. E. Waas, *The legendary character of the Kaiser Maximilian* (N. Y., 1914); Chartrou, *Les entrées solonelles et trionphales à la Renaissance 1484-1551* (París, 1928); Sydney Anglo, *Spectacle, pageantry and early Tudor policy* (Oxford, 1969); L. D. Ettlinger, *The Sistine Chapel before Michelangelo: religious imagery and papal primacy* (Oxford, 1965). Países aislados: George Vernadsky, *Russia at the dawn of the modern age* (Yale U. P., 1959); J. L. I. Fennell, *Ivan the Great of Moscow* (1961); Ian Grey, *Ivan III and the unification of Russia* (1964); J. H. Elliott, *Imperial Spain, 1469-1716* (1963); John Lynch, *Spain under the Habsburgs*, vol. 1 (Oxford, 1964); H. S. Offler, «Aspects of government in the late medieval empire», en *Europe in the late Middle Ages*, ed. J. R. Hale, J. R. C. Highfield y B. Smalley (1965); Hans Baron, «Imperial reform and the Habsburgs, 1486-1504: a new interpretation», *American Historical Review* (octubre de 1939), 293-303; H. J. Cohn, *The government of the Rhine Palatinate in the fifteenth century* (Oxford U. P., 1965); P. S. Lewis, *Later medieval France* (1968); R. Mousnier, *Etudes sur la France de 1494 à 1559* (curso de la Sorbona, París, s. a.); R. Russell Major, *Representative institutions in Renaissance France* (Madison, 1960); Denys Hay, *The Italian Renaissance in its historical setting* (Cambridge U. P., 1961); Nicolai Rubinstein, *The government of Florence under the Medici* (Oxford, 1966); D. M. de Mesquita, «The Place of Despotism in Italian Politics», en *Europe in the Late Middle Ages* (cit.); G. R. Elton, *England under the Tudors* (1955) y *The Tudor Constitution* (Cambridge U. P., 1960); Paul L. Hughes and James F. Larkin, eds., *Tudor royal proclamations*, volumen 1 (Yale U. P., 1964); J. M. W. Bean, *The decline of English feudalism, 1215-1540* (U. of Manchester, 1968); *The Cambridge history of Poland*, vol. 1 (Cambridge U. P., 1950); P. Brock, *The political and social doctrines of the Unity*

of Czech Brethren (La Haya, 1957); K. Gjerset, *History of the Norwegian people* (1927); Michael Roberts, *The early Vasas: a history of Sweden, 1523-1611* (Cambridge U. P., 1968); Garrett Mattingly, *Renaissance diplomacy* (1955).

EL INDIVIDUO Y LA COMUNIDAD

J. Huizinga, *The waning of the Middle Ages* (1924), traducción española, «El otoño de la Edad Media», Revista de Occidente, Madrid; mantiene su entero interés como un intento de describir el «espíritu» de una sociedad; más reciente y de más importancia para este período, Robert Mandrou, *Introduction à la France moderne, 1500-1640* (París, 1961). Demografía: el capítulo de Karl F. Helleiner en *Cambridge economic history of Europe*. Sobre la estructura de la familia: Philippe Ariès, *Centuries of Childhood: a social history of family life* (1962), Moral: C. Brunel, «Opuscules provençaux du XVe siècle sur la confession», *Annales du Midi* (1917), 174-224 y 355-409; J. de Pas, «Moeurs rustiques aux XVe, XVIe et XVIIe siècles dans les baillages de Saïnt Omer et Aire», *Mémoires de la Société des Antiquaires de Morinie*, vol. XXXV, 329-78; G. J. Witkowski, *L'art profane à l'église: ses licenses symboliques, satiriques et fantaistes* (3 vols., París, 1908-12); H. C. Lea, *Materials toward a history of witchcraft*, ed. A. C. Howland (3 vols., reimpresión, 1957). Sentimiento intranacional: C. A. J. Armstrong, «The Language Question in the Low Countries», en *Europe in the Late Middle Ages, cit.*; G. Ascoli, *La Grande Bretagne devant l'opinion française depuis la Guerre de Cent Ans jusqu'à la fin du XVIe siécle* (París, 1927); V. Ilardi, «"Italianità" among some Italian intellectuals in the early sixteenth century», *Traditio* (1956), 339-367; R. Schwoebel, *The shadow of the crescent: The Renaissance image of the Turk, 1453-1517* (N. Y., 1967). Sentimiento supranacional: J. Ancel and O. de Törne, «L'évolution de la notion de frontière», en *International*

Commission of Historical Sciences, [illegible] lumen V (Varsovia, 1933), 540-549; [illegible] *Europe: the emergence of an idea* [illegible] U. P., 1957); W. H. Mcneill, *Europe's steppe frontier* (Chicago U. P., 1964); A. S. Atiya, *The crusade in the later Middle Ages* (1938). La vida rura de las ciudades: Yvonne Bézard, *La vie rurale dans le sud de la région Parisienne de 1450 à 1550* (París, 1929); W. G. Hoskins, *Provincial England* (1963). La vida dentro de las ciudades: Gerald Strauss —libro del que me he guiado mucho—, *Nuremberg in the sixteents century* (Nueva York, 1966); Bartolomé Bennasar, *Valladolid au siècle d'or; une ville de Castille et sa campagne au XVI^e^ siècle* (París, 1967); J. B. Wadsworth, *Lyons 1473-1503, the beginnings of cosmopolitanism* (Cambridge, Mass., 1962), y Lucien Romier, «Lyons and cosmopolitanism at the beginning of the French Renaissance», en *French humanism 1470-1600,* Werner L. Gundersheimer, editor (1969); Miriam U. Chrisman, *Strasbourg and the reform: a study in the process of change* (Yale U. P., 1967), y Jacques Heers, *Gênes au XV^e^ siécle* (París, 1901).

EUROPA ECONÓMICA

E. E. Rich y C. H. Wilson, edts., *The Cambridge economic history,* vol. IV (Cambridge U. P., 1967); Phillippe Dollinger, *La Hanse, XII^e^-XVII^e^ siècles* (París, 1964); Richard Ehrenberg, *Capital and Finance in the age of Renaissance,* tr. H. M. Lucas (1928); Raymond de Roover, *The rise and decline of the Medici Bank, 1397-1494* (Harvard U. P. 1963); Gertrude R. B. Richards, *Florentine merchants in the age of the Medici* (Harvard U. P., 1932); M. Bresnard, *Les foires de Lyon au XV^e^ et XVI^e^ siècles* (París, 1924); Jean François Bergier, *Genève et l'économie Européenne de la Renaissance* (París, 1903); Jean Delumeau, *L'alun de Rome, XV^e^-XVI^e^ siècles* (París, 1962); F. C. Lane, *Venetian ships and shipbuilders* (Baltimore, 1934), y *Venice and history: the col-*

lected papers of F. C. Lane (Baltimore, 1966); Julius Klein, *The Mesta: a study in Spanish economic history* (Harvard U. P., 1920); Joan Thirsk, ed., *The agrarian history of England and Wales*, vol. IV (Cambridge U. P., 1967); Lawrence Stone, «State control in sixteenth-century England», *Economic History Review* (1947), 103-120. Ver *Class*, «In the towns».

CLASES

Temas generales: R. Mohl, *The three estates in Medieval and Renaissance literature* (Nueva York, 1933); Lawrence Stone, «Social Mobility in England, 1500-1700», *Past and Present* (abril, 1966) 16-55; Joan Simon, *Education and society in Tudor England* (Cambridge U. P., 1966). Dos «modelos» italianos: D. L. Hicks, «Sienese society in the Renaissance», *Comparative Studies in Society and History* (1960) 412-420; Paul Coles, «The crisis of Renaissance society, Genova 1488-1507», *Past and Present* (abril, 1957) 17-47; Leyes suntuarias: Henri Aragon, *Les lois somptuaires en France. Le luxe sous les rois de France. Le XVe siècle et la Renaissance. Ordonnances et édits* (Perpignan, 1921); J. H. Vincent, *Costume and conduct in the laws of Basle, Berne and Zurich, 1370-1800* (Baltimore, 1935); M. M. Newett, «The sumptuary laws of Venice in the fourteenth and fifteenth centuries», en *Historical Studies*, ed. T. F. Tout y James Tait (Manchester U. P., 1907). Abogados: Lauro Martines, *Lawyers and statecraft in Renaissance Florence* (Princeton U. P., 1968); E. W. Ives, «The reputation of the common lawyers in English society, 1450-1550», *University of Birmingham Historical Journal* (1959-1960), 130-161; Hans Thieme, «La role des doctores legum dans la société allemande du XVIe siècle», en *Individu et Société à la Renaissance* (París, 1967). Otros grupos: Pauline A. Smith, *The Anti-courtier trend in sixteenth century French literature* (Ginebra, 1966); Fritz Redlich, *The German military enterpriser and his work force*, vol. I (Wiesbaden,

1964); Rudolf y Margot Wittkower, *Born under Saturn* (1963); R. Wittkower, «Individualism in art and artist: a Renaissance [illegible]», *Journal of the History of Ideas* [illegible]; S. W. Baron, *A Social and religious* [illegible] *of the Jews*, vol. XIII (1969); Cecil Roth, [illegible] *of the Jews of Italy* (Philadelphia, [illegible] campo: B. H. Slicher van Bath, [illegible] *history of Western Europe, 500-1550* [illegible] Bloch, *French rural history: an essay* [illegible] *sic characteristics*, tr. Janet Sondheimer [illegible] J. Blum, *Lord and peasant in Russia* [illegible] *ninth to the nineteenth Century* (Princeton [illegible] 1961); Brian Tierney, *Medieval poor* [illegible] ley, 1959). Servidumbre y esclavitud [illegible] «The rise of serfdom in Eastern Eu[illegible] *rican Historical Review* (1956-1957), [illegible] Origo, «The domestic enemy: the [illegible] ves in Tuscany in the 14th and 15th [illegible] *Speculum* (1955), 321-366. En las ciu[illegible] V. Alter, *Les origines de la satire* an[illegible] *en France. Moyen Age-XVI^e siècle* [illegible] 1966); P. Boissonade, *Le socialisme* [illegible] *dustrie et les classes industrielles en* [illegible] *dant les deux premiers siècles de l'é*[illegible] *1453-1661* (París, 1927); L. Febvre, «T[illegible] miques et sociaux du XVI^e siècle: le [illegible], *Revue des Cours et Conférences* (19[illegible], 143-157; Régine Pernoud, *Histoire de la bourgeoisie en France*, vol. I (París, 1960); [illegible] Coornaert, *Les corporations en France avant 1789* (París, 1941); Sylvia Thrupp, *The* [illegible] *class of medieval London, 1300-1500* [illegible] U. P., 1948); J. A. Goris, *Etudes sur les* [illegible] *marchands méridionales à Anvers*, 1488-[illegible] (Lovaina, 1925); J. H. Hexter, «The education of the aristocracy in the Renaissance», en s[illegible] *praisals in history* (1961).

RELIGIÓN

Temas generales: R. Aubenas y Ricard, *L'*[illegible] *et la Renaissance, 1449-1517* (París, 1951); [illegible] Imbart de la Tour, *Les origines de la Réforme*,

volumen I (París, 1905); Lucien Febvre, *Au coeur religieux du XVI[e] siècle* (París, 1957); P. S. Allen, *The Age of Erasmus* (Oxford U. P., 1914); H. A. Enno van Gelder, *The two Reformations of the sixteenth century. A study of the religioux aspects and consequences of the Renaissance and humanism* (La Haya, 1961); J. Toussaert, *Le sentiment religieux en Flandre à la fin du moyen-age* (París, 1960). Iglesia y estado: R. J. Knecht, «The Concordat of 1516», *University of Birmingham Historical Journal* (1963), 16-32; Henry Kamen, *The Spanish Inquisition* (1965), trad. española, «La Inquisición española». Clérigos: Ludwig Pastor, *The History of the Popes,* volúmenes IV-VIII, tr. F. I. Antrobus (1894 seq.); M. E. Mallet, *The Borgias* (1969); D. S. Chambers, «The economic predicament of Renaissance cardinals», en *Studies in Medieval and Renaissance History,* vol. III (U. of Nebraska, 1966); David Knowles, *The religious orders in England,* vol. III (Cambridge U. P., 1961); Margaret Bowker, *The secular clergy in the diocese of Lincoln,* 1450-1520 (Cambridge U. P., 1968). Iglesia y pueblo: Emile Mâle, *L'art religieux de la fin du moyen âge en France* (París, 1925); Mirella Levi d'Ancona, *The iconography of the Immaculate Conception in the Middle Ages and early Renaissance* (College Art Association of America, 1957); D. Weinstein, «Savonarola, Florence and the millenarian tradition», *Church History* (1958) 291-305, y *Savonarola and Florence* (Princeton U. P., 1970); G. R. Owst, *Literature and pulpit in Medieval England* (Cambridge U. P., 1933); J. W. Blench, *Preaching in England in the Late Fifteenth and Sixteenth Centuries* (Oxford, 1964). Enseñanza: Margaret Aston, «Books and belief in the later Middle Ages», en *Papers presented to the Past and Present conference on popular religión* (typescript, 1966); A. Renaudet, *Préréforme et humanisme à Paris pendant les premières guerres d'Italie, 1494-1517* (París, 1916); H. A. Oberman, «Some notes on the theology of nominalism with attention to its relation to the Renaissance», *Har-*

vard Theological Review (1960), 47-76; *Letters of Obscure Men*, reimpresa como *On the Eve of the Reformation*, ed. Hajo Holborn (N. Y., 1964); Hajo Holborn, *Ulrich von Hutten and the German Reformation* (Yale U. P., 1937); Lewis W. Spitz, *The religious Renaissance of the German humanists* (Harvard U. P., 1963); Descontentos: A. Hyma, *The Christian Renaissance: a history of the Devotio Moderna* (Hamden, Conn., 1965); H. R. Trevor-Roper, «The European witch craze of the sixteenth and seventeenth centuries», en *Religion, the Reformation and social change* (1967); Auguste Jundt, *Histoire du panthéisme populaire au moyen âge et au seizième siècle* (reimpresión, Frankfurt, 1964); J. A. F. Thomson, *The later Lollards, 1414-1520* (Oxford U. P., 1965); Myron P. Gilmore, «Freedom and determinism in Renaissance historians», *Studies in the Renaissance* (1956), 49-60; Don Cameron Allen, *Doubt's boundless sea* (Baltimore, 1964) y *The star-crossed Renaissance* (Durham, USA, 1941); Lewis W. Spitz, «Occultism and despair of reason in Renaissance thougth», *Journal of the History of Ideas* (1966), 464-469; D. P. Walker, *Spiritual and demonic magic from Ficino to Campanella* (1958); A. G. Dickens, *Reformation and Society in sixteenth century Europe* (1966).

ARTE

Música: Gustave Reese, *Music in the Renaissance* (ed. rev., N. Y., 1959); Dom Anselm Hughes and Gerald Abraham, *Ars nova and the Renaissance, 1300-1540* (Oxford U. P., 1960); Nanie Bridgman, *La vie musicale au quattrocento* (París, 1964); Edward Lowinsky, «Music in the culture of the Renaissance», *Journal of the History of Ideas* (1954), 509-553. Teatro: Gustave Cohen, *Le théatre en France au moyen age* (2 vols. París, 1928, 1931) e *Histoire de la mise en scène dans le théatre religieux français du moyen age* (París, 1926); Jean Jacquot, ed., *Le lieu théatrale*

à la Renaissance (París, 1964); H. G. Harvey, *Theatre of the Bazoche* (Harvard U. P., 1941); E. K. Chambers, *The medieval stage*, vol. II (Oxford U. P., 1903); Glynne Wickham, *Early English Stage 1300 to 1600*, vol. I (1959); Douglas Radcliffe-Umsted, *The birth of modern comedy in Renaissance Italy* (Chicago University Press, 1969); G. R. Kernodle, *From art to theatre: form and convention in the Renaissance* (Chicago U. P., 1944). Bellas artes: Elizabeth G. Holt, ed., *A documentary history of art*, vol., I (N. Y., 1957); John White, *The birth and rebirth of pictorial space* (1957); E. H. Gombrich, «The Renaissance theory of art and the rise of landscape», en su *Norm and Form* (1966); Anthony Blunt, *Artistic theory in Italy 1450-1600* (Oxford U. P., 1940); J. Jex-Blake y E. Sellers, *The elder Pliny's chapter on the history of art* (1896); Otto Benesch, *The art of the Renaissance in Northern Europe* (ed. rev., 1965); Charles de Tolnay, *Hieronimus Bosch* (1966); Charles Garside, *Zwingli and the arts* (Yale U. P., 1966); Wolfgang Stechow, *Northern Renaissance art 1400-1600* (Englewood Cliffs, N. J., 1966); Anthony Blunt, *Art and architecture in France 1500-1700* (1953); Albert Châtelet y Jacques Thuillier, *La peinture française du Fouquet à Poussin* (Ginebra, 1963); Lawrence Stone, *Sculpture in Britain: The Middle Ages* (1955); André Chastel, *The Golden Age of the Renaissance: Italy 1460-1500* (1965), *The studios and styles of the Renaissance: Italy 1460-1500* (1966), *Art et humanisme à Florence au temps de Laurent le Magnifique* (París, 1960); R. Klein y H. Zerner, *Italian art, 1500-1600* (Englewood Cliffs, N. J., 1960); Eve Borsook, *The mural painters of Tuscany* (1960); John Shearman, *Andrea del Sarto* (2 vol., Oxford U. P., 1965); Edgard Wind, *Bellini's Feast of the Gods* (Harvard U. P., 1948); John Pope-Hennessy, *The portrait in the Renaissance* (1967), *Italian Renaissance sculpture* (1958) y «The Italian Plaquette», *Proceedings of the British Academy* (1964), 63-85.

Humanismo: R. R. Bolgar, *The classical inheritance* (Cambridge U. P., 1952); Robert Weiss, *The Renaissance discovery of classical antiquity* (Oxford, 1969); P. O. Kristeller, *The Classics and Renaissance thought* (Harvard U. P., 1955), «The philosophy of man in the Italian Renaissance», en F. L. Baumer, ed., *Intellectual movements in modern European history* (N. Y., 1965) y «Humanism and scholasticism in the Italian Renaissance» en su *Studies in Renaissance thought and letters* (Roma, 1956); Eugenio Garin, *Italian humanism: philosophy and civic life in the Renaissance* (Oxford, 1965); Ernst Cassirer, *The individual and the cosmos in Renaissance philosophy* (Oxford, 1963); J. A. Mazzeo, *Renaissance and revolution: the remaking of European thought* (N. Y., 1965); Eugene Rice, *The Renaissance idea of wisdom* (Harvard U. P., 1958); E. Surtz, *The praise of pleasure* (Harvard U. P., 1957); K. H. Dannenfeld, «Egypt and Egyptian antiquities in the Renaissance», *Studies in the Renaissance* (1959), 7-27; Werner L. Gundersheimer, ed., cit. Alfabetismo y educación: Lucien Febvre y H. J. Martin, *L'apparition du livre* (París, 1958); Elizabeth L. Eisenstein, «Some conjectures about the impact of printing on Western society and thought: a preliminary report», *Journal of Modern History* (1968), 1-56 y «The advent of printing and the problem of the Renaissance», *Past and Present* (noviembre, 1969), 19-89; Albinia de la Mare, *Vespasiano and the Florentine book world* (continuación); R. Hisrch, *Printing, selling and reading, 1450-1550* (Wiesbaden, 1967); H. S. Bennett, *English books and readers 1475 to 1557* (Cambridge U. P., 1952); Henry F. Schulte, *The Spanish press, 1470-1966; print, power and politics* (University of Illinois, 1968); Kenneth Charlton, *Education in Renaissance England* (1965); B. White, ed., *The Vulgaria of John Stanbridge and the Vulgaria of Robert Whittington* (1932). Humanismo cristiano: J. Huizinga, *Erasmus of Rotterdam* (1952);

P. Albert Duhamel, «The Oxford lectures of John Colet», *Journal of the History of Ideas* (1953), 493-510; y ver más arriba, Religión: Educación y descontento. Pensamiento político: Félix Gilbert, «Florentine political assumptions in the period of Savonarola and Soderini», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* (1957), 187 ss., y *Machiavelli and Guicciardini* (Princeton U. P., 1965); R. E. Giesey, *The royal funeral ceremony in Renaissance France* (Ginebra, 1960); Marc Bloch, *Les rois thaumaturges* (París, reimpresión, 1961); Seyssel, op. cit.; Guillaume Budé, *L'Institution du prince,* en C. Bontems, L.-P. Raybaud y J.-P. Brancourt, eds., *Le prince dans la France des XVI^e^ et XVII^e^ siècles* (París, 1956); Erasmo, *The Education of a Christian Prince,* ed., L. K. Born (N. Y., reimpresión, 1965); Philippe de Comines, *Mémoirs* (París, 1925). Ciencia: Edgar Zilsel, «The genesis of the concept of scientific progress», en *Roots of scientific thought,* ed., P. P. Wiener y Aaron Noland (N. Y., 1957); Marie Boas, *The scientific Renaissance,* 1450-1630 (1962); George Sarton, *Six Wings: men of science in the Renaissance* (1958); B. Gille, *Les ingénieurs de la Renaissance* (París, 1964); Margaret T. Hodgen, *Early anthropology in the sixteenth and seventeenth centuries* (U. of Pensylvania, 1964); Giorgio de Santillana, «The role of art in the Scientific Renaissance», in the *The Rise of Science in Relation to Society,* ed., L. M. Marsak (1964); Joan Gadol, «The unity of Renaissance: humanism, natural science and art», en *From the Renaissance to the Counter-Reformation: essays in honour of Garret Mattingly,* ed., Charles H. Carter (1966).

Indice

Historia de Europa

Los cuarenta años que median entre las dos fechas —1480-1520— en las que centra su trabajo el Prof. Hale son los más atractivos del Renacimiento. En otros libros de historia hay abundantes referencias a las figuras más representativas (los Borgias y los Médicis, Maquiavelo y Erasmo, Leonardo y Miguel Angel). También aquí se les contempla, si bien al autor le preocupa en mayor grado dar a conocer al lector —especialistas y profanos encontrarán aquí incitantes sugerencias— el modo de vivir común al mayor número posible de personas, cuál era su actitud ante cuestiones fundamentales, como la justicia social, el amor, el tiempo, el arte, las relaciones personales y familiares, la vida en el campo y en las ciudades, la religión, la política, la enseñanza y la ciencia. Resulta difícil evaluar los testimonios, casi siempre deshilvanados, que permitan reconstruir la mentalidad de la mayoría. El autor, fiel a su propósito, se arriesga por esta vía, y el acercamiento que logra enriquece la visión que el lector adquiere con respecto al pasado, especialmente dentro del diario acontecer, que cambia tan lentamente a través de los siglos.


ISBN 84-323-0110-8
00007
9 788432 301100